AMANDA CLARK
PALABRAS
PINTADAS

Violeta Artés es una joven pintora que apenas llega a fin de mes con lo que saca de la venta de sus cuadros. A pesar de estar satisfecha con su vida bohemia, su mejor amiga la convence para que busque trabajo cuando recibe una carta de desahucio. Entonces conoce a Martin, un importante hombre de negocios que es justo lo contrario a ella: recto y disciplinado. A pesar de representar todo lo que ella detesta, Violeta siente una atracción irremediable hacia ese hombre con el que tan solo tiene una cosa en común: la pasión por el arte. Sin embargo, a medida que se acerca a él, empieza a sospechar que esconde un gran secreto. Cuando decide investigar lo que oculta, acaba viéndose envuelta en una peligrosa trama en la que jamás quiso verse involucrada.

A veces el amor es peligroso…

Amanda Clark

Palabras pintadas

ePub r1.0
Titivillus 26-05-2024

Título original: *Palabras pintadas*
Amanda Clark, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PRÓLOGO

20 de marzo de 1916. Verdún, Francia.

El primer día de la primavera de 1916 fue inauditamente soleado. Camille Lombard miró al cielo y se tapó los ojos con la mano, preguntándose por qué aquel azul inmaculado parecía tan ajeno a todo lo que estaba pasando en la Tierra. Resopló y siguió trabajando. Era una joven menuda y delicada, aunque eso no le impedía almacenar el trigo en el granero decididamente. Nunca le había gustado el campo, pero no había tenido otro remedio que aprender a marchas forzadas. Los trabajadores que labraban las tierras de su abuela se habían marchado al inicio de la guerra para defender su país y las habían dejado solas al frente de aquella enorme finca. De todas formas, mantenerse en movimiento la ayudaba a no pensar, a no escuchar el ruido de las bombas que caían a escasos kilómetros de donde se encontraba la granja. En los días en los que soplaba un viento fuerte, era incluso capaz de escuchar los gritos agonizantes de los soldados, que llevaban semanas recluidos en las trincheras, disparando contra un enemigo prácticamente invisible.

Camille acabó de vaciar el último saco en el granero y se secó el sudor de la frente. Se dirigió al interior de la casa y se encontró a su abuela sentada en su viejo sillón, meciéndose con la mirada perdida en la ventana.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó preocupada. Su salud era cada vez más delicada.

—Hoy se escuchan más que nunca… —murmuró, refiriéndose a los disparos. Camille tragó saliva y asintió, sabiendo que el ruido de aquellas balas no hacía más que recordarle al hijo que había perdido hacía tan solo unos meses en la batalla. Su padre.

—No piense en ello, abuela —dijo, poniendo una mano

cariñosamente sobre su hombro, tratando de aguantar las lágrimas.

La anciana no dijo nada, se limitó a suspirar con una tristeza infinita y Camille decidió dejarle su espacio, así que fue al piso superior a cambiarse. Se puso un vestido de color celeste, sobrio pero delicado y se recogió el cabello dorado en una simple coleta. Posó sus ojos color miel sobre su propio reflejo y se dedicó una mueca. Era casi incapaz de reconocerse a sí misma. Cuando vivía en la ciudad había cuidado hasta el más mínimo detalle de su aspecto. Sin embargo, ya no le quedaba ni el ánimo ni el dinero para hacerlo. Le parecía que aquello había sido en otra vida. Escuchó una fuerte explosión en la lejanía y cerró los ojos con fuerza, sabiendo que aquello se habría cobrado muchas vidas. Vio una enorme columna de humo por la ventana y decidió salir de la casa, para asegurarse que todo estaba bien.

Llegó al porche y revisó el horizonte con la mirada. No parecía que hubiera ningún incendio demasiado cerca, así que suspiró aliviada. Iba a volver a meterse en la casa cuando vio una figura tambalearse en la lejanía. Se tapó la boca asustada y dio un paso atrás. Hasta entonces ningún soldado se había acercado a su granja. Quizá aquella fuera una visita peligrosa. Sin embargo, cuando ya estaba a punto de entrar a buscar la escopeta que guardaba por si la necesitaba algún día, aquel hombre se desplomó. Camille se quedó unos instantes con la mirada fija sobre su cuerpo. La joven se sentía incapaz de moverse o de respirar. ¿Había muerto allí? Unos segundos después de recuperarse del impacto inicial, avanzó con precaución hacia él. Cuando se encontraba a escasos metros del hombre, vio que su uniforme estaba hecho jirones y medio quemado. Era imposible discernir a qué bando pertenecía. Gran parte de su cuerpo estaba al descubierto, lleno de hollín y sangre. Camille se quedó observándole unos instantes más, sin saber qué hacer. Y no pudo evitar pensar en su padre, probablemente muerto en una batalla similar. Quizá si alguien como ella le hubiera ayudado, aún seguiría vivo. Cerró los ojos con fuerza, sabiendo que, a pesar de que rescatar a aquel desconocido podría meterla en problemas, no podía dejarle ahí tirado. Se agachó a su lado y tocó con suavidad su cuello. Su corazón todavía latía, aunque algo desacompasado. Camille le dio la vuelta a aquel soldado reuniendo todas sus fuerzas, era mucho más grande que ella. El hombre no

pareció percatarse de nada y siguió completamente inconsciente mientras la joven observaba su rostro equilibrado. No debía de tener más de treinta años. En otras circunstancias, quizá hubiera pensado que era atractivo. Sin embargo, no tenía tiempo para pensar en tonterías. Lo cogió con cuidado y se lo cargó a la espalda, igual que solía cargarse los sacos de trigo. Y lo escondió dentro del granero. Su abuela ni nadie del pueblo debían saberlo hasta que no descubriera quién era él.

Primera parte

El jardín de las delicias

CAPÍTULO 1

Actualidad. Barcelona, España.

Violeta rebuscaba a toda prisa el tubo de pintura de color púrpura por su pequeño estudio, situado en uno de los edificios más viejos de aquella gran ciudad. No era gran cosa. Consistía en un único espacio diáfano en el que se encontraban una destartalada cama de matrimonio y un gran armario, una diminuta cocina, un baño y, por supuesto, un rincón lleno de pinceles, caballetes y lienzos. Por lo menos estaba bien situado, se decía cada vez que el metro hacía retumbar las paredes de su humilde hogar. Por suerte no era de las que pensaba demasiado en las cosas materiales. No podía permitírselo con la profesión que había escogido. En vez de dedicarse a algo que le aportara una buena suma de dinero a final de mes, había optado por seguir su vocación. La pintura. Y ahí estaba ahora, buscando como una loca el tubo de óleo de color lila para poder continuar con el cuadro en el que llevaba enfrascada todo el día. Lo vio bajo una de las camisetas que se encontraban amontonadas en el suelo y se lanzó a su caza. Sonrió triunfalmente cuando lo tuvo en sus manos y se recogió su larga melena pelirroja en una coleta para continuar con su obra. Dio unas cuantas pinceladas en el cielo de aquel amanecer en la playa que estaba pintando. A pesar de que tenía un equipo de música sonando a todo volumen, oyó un vaso romperse a sus espaldas. Se giró algo sorprendida y se encontró con su gata persa paseando por encima del mármol de la cocina. Se acercó con el ceño fruncido hasta aquella bola de pelo blanco.

—Ya está bien, Frida. Siempre andas por dónde no debes —la regañó, bajándola al suelo. La gata maulló a modo de protesta y se largó a su pequeño capazo, indignada por la interrupción de su aventura.

Violeta resopló al ver el destrozo que había hecho Frida. Había roto un vaso lleno de aceite de linaza, que se deslizaba lentamente por el viejo parqué. Detuvo la música de un golpe, disgustada. Se

colocó el pincel detrás de la oreja y cogió la fregona para limpiar el desaguisado. Después, empezó a recoger los trozos de cristal, cuando oyó otro ruido. Se levantó exasperada, esperando encontrarse con Frida haciendo de nuevo de las suyas. Pero se topó con la mirada estricta de su amiga Lavinia. Violeta contuvo un grito.

—¡Lavinia! Menudo susto…

—Yo también me alegro de verte —respondió la chica, con una mueca—. Hola, pequeña —añadió, acariciando a Frida, que estaba refregándose por sus piernas dándole la bienvenida.

—¿Cómo has entrado? —preguntó Violeta, más extrañada que molesta. Lavinia era su mejor amiga desde que tenía uso de razón y no le importaba que entrara en su piso cuando quisiera.

—Me diste las llaves, ¿recuerdas?

—Ah, sí…

—De todas maneras, llevo media hora llamando —espetó Lavinia.

—Tenía la música puesta —respondió Violeta, con una sonrisa inocente.

—También llevas una semana sin responder al teléfono y sin dar señales de vida —continuó reprochándole a su amiga—. Pensé que quizá te habría pasado algo…

—No, estoy perfectamente.

—Ya veo… —respondió Lavinia con cierto escepticismo, echando un vistazo rápido al desastre en el que estaba convertido el estudio de Violeta.

—He estado ocupada con un nuevo cuadro —dijo la joven, a modo de excusa.

—No puedes seguir así, necesitas algo de orden en tu vida —dijo Lavinia, acariciando el brazo de su amiga. Estaba acostumbrada a sus constantes despistes y su desorden, pero veía que se le estaba yendo de las manos.

—Estoy en una gran etapa creativa y no tengo tiempo de…

—Violeta, no es solo esto lo que me preocupa, —dijo Lavinia, señalando el estudio—. Sino lo que pasa aquí dentro —añadió, dándole un pequeño golpecito en la cabeza.

—Ya te he dicho que estoy bien.

—Hace más de cuatro meses que lo dejasteis. Y ni siquiera has

querido hablar de lo que pasó.

—No hay nada que contar. Él decidió que estábamos mejor separados. Punto.

—No es cierto. Te ha afectado más de lo que quieres reconocer.

—Quizá al principio. Pero la pintura me ayuda a borrarlo de mi memoria.

—¿Pintando esto? —murmuró con disgusto Lavinia, cogiendo uno de los lienzos que se encontraban amontonados contra una de las paredes. En el cuadro se podían ver pinceladas echas con rabia, con tonos rojos y negros.

—Es pintura abstracta.

—Tú nunca haces pintura abstracta… —espetó Lavinia, incrédula.

—Era un experimento.

—Lo que tú digas. Pero no puedes seguir así. Ahora mismo vas a darte una ducha y nos vamos a tomar algo. ¡Es sábado noche, no puedes quedarte aquí encerrada!

—Pero estoy a mitad de…

—No hay peros que valgan. Andando.

Violeta se retiró el pincel de la oreja y lo dejó sobre la mesa en la que tenía sus maletines de colores e infinidad de brochas distintas. Miró a su amiga algo enfurruñada, demasiado orgullosa para admitir que tenía razón, pero no dijo nada. Cogió algo de ropa limpia del armario y se dirigió al baño a darse una buena ducha. La necesitaba. Tenía pintura hasta en las cejas.

Como era habitual un sábado por la noche, aquel pequeño bar de copas estaba a rebosar. Violeta y Lavinia se abrían paso entre el gentío hacia la barra. A pesar de que ninguna de las dos se había arreglado demasiado, la mayoría de hombres se giraban a mirarlas. La larga melena pelirroja y ondulada de Violeta destacaba en la penumbra del local y contrastaba con el pelo corto y oscuro de Lavinia, que iba enfundada en un vestido negro que ensalzaba sus envidiables curvas.

Pidieron un par de cócteles y se fueron a una mesa discreta en el rincón del local, querían estar tranquilas.

—¿Quieres hablar de Marcos? —preguntó Lavinia, con suavidad. Sabía que su amiga tendría que abrirse tarde o temprano y contar lo que había sucedido. Un romance de casi dos años no acababa de un

día para otro por cualquier tontería.

—No. No quiero volver a nombrarle jamás —dijo Violeta, despechada—. De lo que más me arrepiento es de la dichosa “M” que me tatué… —murmuró, mirando la base de su muñeca, en la que podía verse una pequeña letra ribeteada. Lavinia alargó la mano hacia ella y tapó el tatuaje.

—Ya hablaremos de ello cuando estés preparada, no hay prisa —contestó Lavinia, comprensivamente. La ruptura parecía un tema delicado. No pudo decir mucho más porque una joven apareció a su lado. Tenía el pelo castaño y liso, en una melena formal. Llevaba un vestido rojo con unos tacones de vértigo y sus ojos ambarinos eran idénticos a los de su hermana Violeta.

—¡Alicia! —exclamó Lavinia, reconociéndola.

—¿Qué hace mi querida hermana en un antro cómo este? —preguntó Violeta, arqueando una ceja. No se parecían demasiado. Alicia era justo lo contrario a ella: sofisticada, elegante y delicada. Mientras que Violeta había decidido dedicarse a lo que más amaba en este mundo, su hermana había optado por lo que a ella le parecía una profesión aburrida y monótona, pero que le aportaba un buen sueldo a final de mes. Era abogada en una gran multinacional y vivía entre algodones.

—He decidido probar un local nuevo, para variar —contestó Alicia, sin perder la compostura. Ya estaba acostumbrada a los desplantes de su hermana bohemia, que aprovechaba cada ocasión que surgía para recordarle lo capitalistas que eran ella y sus progenitores.

—¿Quieres tomar algo con nosotras? —preguntó Lavinia, tratando de ser amable.

—Gracias, pero vengo acompañada —contestó, señalando con la cabeza a un grupo de chicas sentadas en una mesa a escasos metros de dónde se encontraban. Todas igual de bien vestidas que Alicia. Violeta forzó una sonrisa.

—Qué lástima, otra vez será —repuso Violeta.

—Sí, de hecho, te he estado enviando mensajes, pero no me has contestado —le reprochó Alicia.

—He estado ocupada —respondió, fingiendo haber estado haciendo algo muy importante durante el último mes—. ¿Mensajes sobre qué? —preguntó, volviendo al tema.

—Mi fiesta de cumpleaños. Es la semana que viene.

—Claro —contestó Violeta, como si en realidad se acordara de ello. Lo había olvidado por completo.

—Voy a hacer una fiesta en un local privado. Espero que vengáis.

—Cuenta con nosotras —respondió Lavinia con una gran sonrisa. Violeta le pegó una patada por debajo de la mesa. No le apetecía en absoluto ir a una fiesta llena de compañeros de trabajo de su hermana, con sus bonitos trajes y vestidos, mirándola por encima del hombro. Ya lo había hecho alguna vez y siempre salía con la misma sensación de superficialidad. Sin embargo, sonrió y asintió, tratando de ocultar su disgusto. Alicia pareció satisfecha y se marchó por donde había venido.

CAPÍTULO 2

Violeta estaba sentada en el sofá de cualquier manera, con Frida echa una bola sobre su regazo. La joven comía helado de chocolate con *cookies* con avidez mientras veía una película que llevaban dando en la televisión casi toda la tarde, uno de aquellos insufribles dramas románticos de casi tres horas. Ver el difícil romance entre los dos protagonistas, lejos de ablandar su corazón, no hizo más que incomodarla y ponerla de mal humor. Sin embargo, no había cambiado de canal, sentía curiosidad por ver si la historia terminaba tan mal como la suya propia. Oyó el timbre y se giró disgustada por la interrupción.

—¿Quién es? —dijo, alzando la voz sin levantarse del sofá. El interfono se había roto hacía meses.

—Soy Lavinia.

—Pasa… —murmuró, todavía sin moverse. Escuchó la llave introducirse en el cerrojo y girar. En menos de un minuto, Lavinia estaba frente a ella tapando la televisión, con los brazos en jarras. Violeta la miró extrañada. Llevaba un vestido de color azul marino muy elegante e iba maquillada con sombras de ojos a conjunto, que hacían destacar su mirada. Su corta melena estaba recogida en un pequeño moño, del que escapaban los mechones más cortos.

—¿Dónde vas vestida así?

—No me digas que lo has olvidado…

—¿El qué?

—Por dios, no tienes remedio. Deja el maldito helado y vístete de una vez —ordenó Lavinia, arrancando la tarrina de las manos de su amiga.

—¿Pero qué mosca te ha picado? —espetó Violeta, molesta.

—Es el cumpleaños de Alicia. En media hora tenemos que estar en su fiesta, ¿recuerdas?

Violeta la miró desconcertada durante unos instantes, después cerró los ojos y resopló, llevándose las manos a la cabeza.

—Es verdad, que le dijiste que iríamos —contestó Violeta

dirigiéndole una mirada de reproche a su amiga.

—Es tu hermana, no puedes ignorarla así. Vamos.

Violeta no contestó, pero apartó a Frida de su regazo y la dejó en el sofá. Se levantó y fue hasta su armario, en busca de algo decente que ponerse. Encontró un vestido verde que no era para nada su estilo. Era delicado, con escote palabra de honor y tela de seda, que llegaba hasta los pies. Debía de habérselo regalado su hermana años atrás, cuando todavía intentaba contagiarle algo de su estilo. Se enfundó como pudo el vestido. Había ganado un par de kilos desde la ruptura. Se colocó unos tacones y se peinó rápidamente la melena, que por suerte siempre tenía perfecta.

—Anda, ven —dijo Lavinia, acercándose a ella con algo de maquillaje. Le dio cuatro rápidas pinceladas y añadió algo de carmín a sus labios—. *Voilà*, estás perfecta.

Violeta la miró con escepticismo y cogió el bolso antes de salir por la puerta.

No tardaron en llegar a la fiesta. La sala que había alquilado su hermana se encontraba en un lujoso edificio del centro. Aunque debía de tener más de cien años, estaba completamente reconstruido y se encontraba en su máximo esplendor.

—Buenas noches, necesito las invitaciones —dijo el portero trajeado de la entrada, que era ancho como un armario ropero. Le dieron las invitaciones que Alicia les había hecho llegar por correo y el hombre las inspeccionó durante un instante. Después, cogió un sello y lo estampó en las manos de las chicas—. Es en el séptimo piso.

Asintieron y fueron en busca del ascensor. Lavinia detuvo a Violeta un instante antes de entrar en el elevador.

—Espera.

—¿Qué pasa?

—He pensado que necesitarías un regalo —dijo Lavinia, sacando un pequeño paquete de su bolsillo, envuelto con un lazo rojo.

Violeta la miró boquiabierta y sonrió.

—Eres la mejor —contestó, dándole un fugaz abrazo a su amiga. Sabía que podía contar siempre con ella. No estaba pasando por un buen momento y era ahora cuando más se daba cuenta de lo bien que Lavinia se portaba con ella, cuidándola para que no se hundiera

en la miseria más de lo que ya estaba.

Subieron al ascensor y no tardaron en llegar al séptimo piso. Se oía la música y el jaleo desde el pasillo. Se dirigieron a la única puerta que encontraron y la abrieron. Estaba plagado de gente bailando al ritmo de música comercial, todos ellos con copas de cava y vestidos elegantemente. Violeta buscó a su hermana con la mirada y la encontró entre un grupo de gente que parecía todavía más adinerada que el resto. Violeta resopló, no podía soportar a los *snobs*. Sin embargo, sabía que tenía que acercarse para felicitar a Alicia, por mucho que le disgustaran sus compañías.

—¿Vamos a saludarla? —sugirió Violeta. Lavinia asintió y la siguió entre la gente, hasta que llegaron a Alicia, que llevaba un precioso vestido rosa palo con un vuelo espectacular y un recogido que dejaba al descubierto sus bonitos hombros. Tan glamurosa como siempre.

La chica las vio enseguida y se acercó a su hermana con una alegría insólita en ella. Probablemente ya llevaría alguna copa de más. Abrazó a Violeta durante unos instantes y sonrió.

—Me alegro de que hayas venido.

—Felicidades, Alicia —dijo Violeta, con una sonrisa, al ver a su hermana perfecta algo tocada por el alcohol. Le tendió el regalo que había preparado Lavinia y la chica lo abrió impacientemente, para descubrir un bonito par de pendientes.

—¡Son preciosos! —dijo, poniéndolos al lado de sus orejas, ya adornadas con dos pedruscos.

—Los ha escogido Lavinia —dijo Violeta dedicándole una sonrisa cómplice a su amiga.

—Felicidades —añadió Lavinia, dándole un par de besos a Alicia.

—Muchas gracias a las dos. Venid, os presentaré a los demás —dijo. La sonrisa desapareció rápidamente del rostro de Violeta. Nada le apetecía menos que conocer a su círculo de amigos, pero la siguió. No podía hacerle un desplante así a su hermana mayor el día de su trigésimo cumpleaños.

En aquel grupito se encontraban dos hombres y una mujer. Ella era inusualmente alta y delgada. Vestía unos pantalones negros y una camisa blanca adornada con joyas carísimas. Sus zapatos de tacón de aguja eran de una conocida marca de alto *standing*.

Violeta trató de no fijarse en esos detalles y le sonrió.

—Ella es Marta.

—Encantada —dijo la mujer, plantándole dos besos a cada una de ellas.

—Él, Bruno —explicó, señalando al hombre más joven. Apenas parecía llegar a los veintidós o veintitrés años y su traje de lujo trataba de ocultar la juventud que delataba su rostro. Lavinia y Violeta se acercaron para darle también un par de besos.

—Y él es Martin —dijo, apuntando al otro hombre, que debía tener alrededor de treinta y cinco años. Era alto y atlético, su cabello era de color trigueño y sus ojos, azules. Unas pequeñas pecas adornaban su nariz perfecta. Se movía con una elegancia insólita, aunque a Violeta le pareció que estaba algo tenso, quizá por su postura excesivamente recta. Se acercó hasta ellas y las saludó tendiéndoles la mano, primero a Lavinia y, después, a Violeta.

—Encantado de conocerlas, señoritas —dijo formalmente, dejando entrever un acento claramente británico. De ahí esas maneras tan estiradas, pensó Violeta. Se hizo un silencio ligeramente incómodo y la chica decidió que debían salir de allí rápidamente.

—Vamos a dar una vuelta por la fiesta, nos vemos en un rato —le dijo a su hermana. Alicia asintió, algo decepcionada, y Violeta agarró a Lavinia por el brazo para que la siguiera. Cuando estuvieron lejos, en un rincón de la sala, Lavinia reprendió a su amiga.

—No hacía falta que nos marcháramos tan deprisa.

—¿De qué íbamos a hablar con esos pijos? —se defendió Violeta.

—Vamos, no seas así, son los amigos de tu hermana. Parecían simpáticos.

—Sí, sobre todo ese estirado —soltó con una mueca al recordar la tensión con la que Martin las había saludado.

—No negarás que por lo menos es atractivo —dijo Lavinia, con una sonrisa traviesa.

—Oh, vamos, deja de buscarme novio —contestó Violeta, reconociendo otro de los enésimos intentos de su amiga por que se fijara en alguien—. ¡No quiero saber nada más de los hombres!

—Como quieras… pero creo que le has gustado.

—¿Y en qué te basas exactamente?

—Creo que ha parpadeado dos veces al mirarte —contestó Lavinia, bromeando. Las dos empezaron a reír.

Violeta miró de reojo los canapés que había en la mesa de al lado. A pesar de sentirse llena por la cantidad ingente de helado que había consumido, alargó la mano para coger uno de ellos.

—Por lo menos hay buena comida —dijo, con la boca llena. Su amiga soltó otra carcajada.

—Y alcohol —añadió Lavinia, cogiendo dos copas de cava de la bandeja que un camarero iba paseando con mucho equilibrio por toda la sala.

Después de un buen rato de charla animada con su amiga, Violeta sintió el irremediable deseo de un cigarrillo. Hacía tiempo que lo había dejado, pero desde lo de Marcos, había recaído. Por uno no pasará nada, se decía cada vez. Sacó un pitillo del bolso, que se había traído por si acaso y miró a Lavinia algo avergonzada.

—Voy a la terraza a fumar —dijo—. ¿Vienes?

—¿En serio? Decidimos dejarlo hace años, no me digas que ya has sucumbido otra vez.

—Solo un poco —contestó con una sonrisilla inocente. Lavinia la miró con desaprobación.

—Te espero aquí, si no aún me llevarás por mal camino —repuso. Sabía que si salía a la terraza con Violeta, le acabaría pidiendo un cigarro a su amiga y recaería ella también. Y no quería tirar todo el esfuerzo por la borda, bastante le había costado dejarlo una vez como para tener que comenzar de nuevo.

Aquella gran terraza estaba repleta de flores y plantas, muchas de las cuales caían por las paredes como si fueran enredaderas. Se podía entrever el cielo estrellado a través de los tablones de madera que cubrían parcialmente el espacio. A pesar de ser casi junio, hacía fresco y no había nadie más allí. Violeta lo agradeció. Así podría disfrutar tranquila de las espectaculares vistas que ofrecía aquel séptimo piso. La joven se acercó hasta la barandilla de piedra y se apoyó en ella. Observó la ciudad con melancolía, preguntándose dónde estaría Marcos. Trató de quitárselo rápidamente de la cabeza y encendió el cigarrillo. Dio una calada y suspiró, aliviada.

—¿No tienes frío? —dijo una voz a sus espaldas. Violeta dio un

respingo y se giró, para toparse con la mirada de Martin. Le dedicó una mueca parecida a una sonrisa.

—No. Además, dentro no puedo fumar —explicó, levantando el cigarro.

—Claro —dijo mirando el pitillo con desaprobación—. Antes apenas hemos podido conocernos.

—Ya, quería ver qué había preparado Alicia en su fiesta —contestó. No entendía por qué aquel inglés mostraba interés por ella.

—¿Y qué te ha parecido?

—Muy… bonito —acabó diciendo, omitiendo que en realidad todo le parecía ostentoso e innecesario en aquella celebración.

Él sonrío levemente, dejando al descubierto una dentadura blanca y perfecta, de anuncio de dentífrico. Sin embargo, Violeta se fijó en otro detalle. En sus mejillas se habían formado unos pequeños hoyuelos al sonreír. Como los de Marcos.

—¿Y a qué te dedicas? —preguntó Martin al fin, sacándola de sus pensamientos.

—Soy pintora.

—Oh, es un bonito *hobby*.

—No, no es ninguna afición, es a lo que me dedico —lo corrigió, algo molesta. Nadie solía tomar en serio su profesión.

—Ah, disculpa —dijo—. ¿Entonces vendes tus cuadros en una galería? —preguntó, con curiosidad.

—Bueno, en realidad, todavía no… —murmuró, algo insegura. La verdad es que sus cuadros todavía no habían conseguido hacerse ningún hueco en el mercado. En un mundo en el que triunfaban los artistas abstractos y coloridos, un estilo clásico y romántico como el suyo apenas tenía cabida.

—Quizá quieras enseñármelos. Tengo amigos que podrían ayudarte a venderlos…

—Mira, te lo agradezco, pero no necesito la ayuda de nadie. Además, el arte no tiene nada que ver con el dinero —contestó orgullosa y algo enfadada, apagando el cigarro contra la barandilla. No pensaba admitir ante aquel capitalista que las deudas la estaban ahogando y que llevaba un par de meses sin poder pagar el alquiler del piso.

—No quería ofenderte —respondió él, algo tenso por la tajante

respuesta de Violeta. Tan solo había querido ser amable con ella.

—No importa. Voy adentro.

Lavinia se acercó hasta una de las pocas sillas que había en aquel local y se sentó a esperar a Violeta. No conocía a nadie más y no le apetecía demasiado socializar. Aquella gente era de un mundo distinto al suyo y sabía que la mirarían con condescendencia si les explicaba que no tenía estudios y que no trabajaba en ninguna multinacional. Tampoco lo necesitaba para ser feliz. Estaba muy orgullosa de lo que había conseguido después de muchos años de ahorro y esfuerzo: hacía un año que había inaugurado su propio negocio de estética y masaje en el centro de la ciudad. De momento le iba muy bien. Estaba pensando en todo lo que tenía que hacer la semana siguiente cuando vio que alguien se acercaba. Era Bruno, aquel chico tan joven que estaba con el grupo que Alicia les había presentado.

—¿Puedo sentarme contigo? —preguntó formalmente. Lavinia arqueó una ceja, sorprendida.

—Claro, está libre.

—¿Y tu amiga?

—¿Estás buscando a Violeta? —preguntó la chica, algo decepcionada. Aquel chico le había parecido guapo, pero parecía más interesado en su amiga—. Está fumando en la terraza.

—Ah… no —balbuceó Bruno, mostrando cierto nerviosismo—. En realidad, quería hablar contigo.

—¿Y qué me querías decir? —preguntó Lavinia, disfrutando del momento. El joven parecía ponerse nervioso por segundos y eso le hacía gracia. Le pareció incluso tierno.

—N-nada. Te llamas Lavinia, ¿verdad?

—Sí. ¿Y tú eras…? —preguntó, fingiendo no recordar su nombre.

—Bruno. Trabajo con Alicia.

—Ah, sí, nos han presentado antes —dijo Lavinia, pretendiendo haber recordado de repente quién era.

—¿Hace mucho que conoces a Alicia?

—En realidad, no demasiado. Soy muy amiga de su hermana, pero a ella la habré visto no más que cuatro veces. ¿Y vosotros? ¿Sois muy amigos?

—Tampoco mucho. Hace solo dos meses que entré a trabajar en

su departamento, pero siempre ha sido muy amable conmigo.

—¿Dónde habías trabajado antes? —preguntó Lavinia, con cierta curiosidad. No entendía muy bien para qué se había acercado Bruno, pero le resultaba agradable hablar con él.

—Es… mi primer trabajo —contestó el chico, algo avergonzado. La joven no pudo disimular su sonrisa. Bruno apenas había salido del nido. El chico se dio cuenta de lo que ella estaba pensando y bajó la mirada.

—No te preocupes, no se lo diré a nadie —contestó con una sonrisa amable, poniendo una mano sobre la del chico. Bruno se sonrojó ligeramente y la miró con unos grandes ojos marrones, devolviéndole la sonrisa.

—¿Puedo preguntarte dónde trabajas? —dijo él.

—Tengo mi propio centro de estética —contestó Lavinia, orgullosa.

—¿De verdad? —preguntó el chico, alucinado.

—Sí. Está en el centro, en la misma plaza del mercado.

—¡Debe de ser carísimo un alquiler ahí!

—Sí, pero por suerte viene mucha gente y de momento puedo tirarlo adelante.

—Me alegro. ¿Te gustaría…? —Bruno no pudo acabar su propuesta. Violeta venía a paso rápido hacia ellos. Parecía enfadada y había cogido un cóctel por el camino. El joven decidió retirarse—. Será mejor que me vaya.

—Nos vemos por aquí —dijo Lavinia, con una sonrisa, pero desviando su atención hacia su amiga. Bruno se marchó. Su momento había pasado.

CAPÍTULO 3

Era lunes por la mañana. Violeta todavía no se había recuperado del todo de la fiesta del sábado. Después de la incómoda conversación con Martin, había bebido un cóctel tras otro. Quizá él no había querido ofenderla y era plenamente consciente de que se había comportado como una lunática, pero ya estaba harta de que nadie la tomara en serio. Ni siquiera sus padres o su hermana entendían que la pintura fuera algo más que un *hobby* para ella. No creían que pudiera llegar a ser una pintora de éxito, así que habían tratado de convencerla de tomar un camino diferente en demasiadas ocasiones. Estaba tan disgustada que poco le había importado la imagen lamentable que había dejado en los invitados de su hermana cuando Lavinia tuvo que ayudarla a volver a casa. Era incapaz de mantenerse en pie. Lo peor de todo era que incluso ella misma empezaba a cuestionarse su valía. Quizá no había sido una buena idea elegir aquella profesión, quizá no tenía suficiente talento. De hecho, hacía ya algunos meses que no vendía ni un triste cuadro. Había ido subsistiendo a base de ahorros, pero hacía tiempo que se le habían terminado y ya ni si quiera podía pagar el alquiler de aquel diminuto y viejo estudio.

Violeta estaba remoloneando en el sofá dándole vueltas a su insostenible situación, cuando apareció una carta por debajo de su puerta. Hacía tiempo que unos gamberros habían puesto un petardo en el buzón y nadie lo había arreglado, así que ahora el cartero dejaba la correspondencia como buenamente podía. Igualmente le extrañó. No solían enviarle cartas, normalmente tan solo recibía publicidad. Se levantó para ver qué podía ser. Sintió que se le caía el mundo a los pies al ver que era un aviso de desahucio. Lo que le faltaba. Tiró la carta de mala gana sobre la mesa y volvió al sofá. Y por fin hizo algo que no había podido hacer desde que su relación con Marcos había terminado. Llorar. Se sentía terriblemente sola, vulnerable. Frida pareció darse cuenta de que algo no iba bien y se tumbó encima de su dueña. La gata se quedó quieta mientras

Violeta la abrazaba entre lágrimas.

—Menos mal que tú nunca me dejarás —murmuró. La gata maulló como si la hubiera entendido y siguió en su regazo, ronroneando a cada caricia de Violeta, que pareció calmarse con la presencia del felino.

Lavinia estaba a punto de cerrar su centro de estética para salir a comer. Se empezó a sacar la bata cuando vio que un cliente se acercaba al local. Se la volvió a colocar y sacó a relucir una de sus mejores sonrisas cuando él abrió la puerta. Sin embargo, se quedó congelada unos instantes cuando reconoció al joven que había entrado. Un chico delgado y con una sonrisa tímida la observaba con sus ojos oscuros desde la entrada.

—¿Bruno? —preguntó, sin ocultar su sorpresa.

—Hola, perdona que me presente así. No tenía tu teléfono y…

—Y has decido hacerme una visita —dijo Lavinia, terminando la frase.

—Espero que no te moleste… —balbuceó.

—Para nada —contestó ella, acercándose a la puerta y colocando el cartel de cerrado—. Solo espero que no vengas a hacerte ningún tratamiento, estaba cerrando para salir a comer.

—No. De hecho, yo también iba a ir a comer. ¿Te apetecería que fuéramos juntos? —acabó diciendo, sin levantar la vista del suelo.

Lavinia se quedó algo perpleja. ¿Aquel chico estaba intentando ligar con ella? Nunca había tonteado con alguien más joven, pero Bruno le parecía atractivo. ¿Qué más daba la edad? Al fin y al cabo, tampoco iba a casarse con él. Tenía muy claro que para ella los hombres eran tan solo un entretenimiento fugaz. No tenía ninguna intención de comprometerse con nadie en mucho tiempo.

—Está bien —accedió, quitándose finalmente la bata. Miró hacia sus tejanos gastados y su camiseta del mercadillo, maldiciéndose por no haberse arreglado un poco más aquella mañana. De haberlo sabido, se hubiera colocado sus mejores galas. Sin embargo, a él no pareció importarle. La miró con una gran sonrisa y salieron del local.

—¿Dónde quieres ir? —preguntó Lavinia.

—No lo sé, no conozco bien esta zona.

—¿Te apetece una hamburguesa? —sugirió.

—Sí, claro.

Caminaron hasta una hamburguesería que había en la esquina de aquella misma calle. No era para nada un local ideal para tener una primera cita. Había mucho ruido y era un sitio pequeño atestado de mesas llenas de gente. Las hamburguesas sobrevolaban por encima de sus cabezas a toda velocidad y no tardaron ni cinco minutos en tener sus pedidos frente a ellos. Lavinia se dio cuenta enseguida de que aquella había sido la peor idea que había tenido en mucho tiempo. Comerse aquella hamburguesa gigante con las manos y con mayonesa goteando por todos los laterales no era nada sexy, aunque Bruno parecía disfrutar del momento igualmente.

—¡Está buenísima! —exclamó, dando un sorbo del refresco que había pedido.

Lavinia iba a contestar, pero no le dio tiempo. El camarero que pasaba por el lado de Bruno se tropezó y vio salir volando la bandeja repleta de bebidas por los aires.

—¡Cuidado! —exclamó, tratando de evitar lo inevitable. Bruno se giró justo a tiempo de ver cómo un puñado de refrescos caían sobre su exquisito traje. Todo el local se quedó unos instantes en silencio. El camarero observó horrorizado lo que había pasado y se disculpó, levantándose rápidamente del suelo.

—Lo siento mucho.

El propietario, un hombre orondo de unos cincuenta años, no tardó en acercarse hasta ellos.

—Disculpen las molestias, están invitados —dijo, lamentando el incidente—. Si lo desea podemos hacernos cargo de la tintorería —añadió.

—No hace falta —contestó Bruno, con una sonrisa amable, aunque algo descolocado. Lavinia decidió intervenir.

—Vamos, Bruno, en el centro tengo quitamanchas. Seguro que podemos arreglarlo.

Se marcharon rápidamente de la hamburguesería, todavía oyendo disculpas a su paso. Lavinia abrió la puerta de su local y entraron, aunque no quitó el cartel de cerrado.

—Ven aquí —le dijo.

El chico la siguió hasta una de las salas de masaje. Era un pequeño cuarto con luz tenue y una suave música hindú, con una camilla en el centro y un mueble de madera clara con un sinfín de aceites, mascarillas y toallas.

—Aquí tengo el quitamanchas —explicó Lavinia, rebuscando entre los botes—. Será mejor que te quites la americana y la camisa.

Bruno dudó unos instantes, pero obedeció. Se quitó la chaqueta y Lavinia se la cogió de las manos. Apenas estaba manchada, la peor parte se la había llevado la camisa. Echó un poco de quitamanchas en la americana y observó cómo Bruno se quitaba la camisa. Se la tendió a la chica y Lavinia le sonrió, sin poder evitar echar un vistazo hacia sus brazos y su torso desnudo, más musculados de lo que había esperado. Le echó un buen puñado de quitamanchas a la ropa y la colgó en el perchero.

—Ahora tenemos que esperar a que se seque. Cuando esté, lo podremos sacudir y ya verás que no quedará ni rastro —explicó, tratando de centrarse en otra cosa que no fuera la visión de Bruno medio desnudo en su sala de masaje.

Bruno pareció aliviado ante la explicación de Lavinia, aunque no estaba del todo convencido de que las manchas se fueran por completo. La camisa estaba hecha un verdadero desastre. Y no le iba a confesar a Lavinia que justo la estrenaba aquel día. Había querido ponerse su mejor ropa para ir a verla.

—Muchas gracias —dijo, levantando la vista hasta la de Lavinia.

—Supongo que esperabas una primera cita un poco más tranquila —dijo Lavinia, riendo. Bruno se sonrojó ante el comentario y asintió.

—Por lo menos nos hemos podido conocer un poco mejor —contestó él, con una sonrisa tímida.

Lavinia observó a aquel chico de nuevo. Había algo en él que le parecía realmente atractivo. No sabía si era su timidez, su amabilidad o su cortesía, pero tenía algo diferente al resto. Quizá era aquella inocencia tan inusual. Se acercó hasta Bruno y se quedó a un palmo de su rostro. Acarició su barbilla y levantó la vista hasta sus ojos. El chico le sostuvo la mirada sin moverse. Lavinia se acercó un poco más, hasta rozar sus labios con los suyos. Entonces, el chico reaccionó. La besó con pasión y la abrazó con fuerza. Lavinia fue incapaz de controlarse. Lo estampó contra el expositor de madera en el que se encontraban todos los botes de aceites y los apartó con el brazo. Hicieron el amor allí mismo, sin pensar en nada más.

Aquella misma tarde, Lavinia fue a visitar a Violeta. Llevaba días

viendo como su amiga se hundía en un pozo cada vez más profundo y no sabía cómo sacarla de allí. La ruptura con Marcos parecía que le estaba afectando demasiado. No era capaz ni de hablar de él y su amiga necesitaba sacar de alguna manera aquella furia contenida, aquella tristeza, pero se había cerrado en banda. Después del bochornoso espectáculo del sábado, estaba todavía más preocupada por ella.

Entró en el estudio de Violeta casi sin avisar y se la encontró de nuevo en el sofá, comiendo helado.

—Violeta, no puedes pasarte el día autocompadeciéndote —dijo Lavinia. Su amiga la miró con los ojos hinchados por culpa del llanto, pero no contestó—. ¿Has estado llorando? —preguntó, algo extrañada. No había visto llorar a su amiga desde hacía años, aunque quizá no fuera tan malo. Llorar podía ser un primer paso hacia la aceptación y la superación del fracaso de aquella relación. Pero entonces apareció Frida jugueteando con una pelota de papel entre las patas. Lavinia se acercó y se la quitó. Observó con horror el aviso de embargo y luego miró a su amiga, sin saber qué decir.

—Supongo que ahora ya sabes por qué estoy así —dijo Violeta.

—Pero no lo entiendo. ¿No has…?

—Hace dos meses que no puedo pagar el alquiler.

—Pero Violeta, ¿por qué no me has dicho nada? Podría haberte prestado dinero…

—No quiero ser una carga para nadie.

—Violeta, sabes que te he apoyado siempre, pero esto tiene que acabar —dijo Lavinia, sentándose al lado de su amiga, que la miró con ojos tristes—. Tienes que buscarte un trabajo.

—¡Ya tengo trabajo! —espetó dolida, señalando a sus cuadros con la mano.

—Ya sé que la pintura lo es todo para ti, pero de momento no te paga las facturas —dijo Lavinia, con tono compresivo—. Tan solo te pido que busques algo extra que te ayude a llegar a final de mes.

Violeta sospesó sus posibilidades un largo rato, sin decir nada. Lavinia esperó pacientemente a que su amiga reaccionara y, finalmente, Violeta asintió.

—Tienes razón. No he estado viendo las cosas con demasiada claridad últimamente.

—Pues ahora es el momento de hacer algo para cambiar la

situación.

—Sí, empezaré a buscar trabajo hoy mismo —respondió con una débil sonrisa.

Poco después de que Lavinia se marchara, Violeta sacó su portátil de entre los papeles que tenía esparcidos por el escritorio de su estudio. Lo encontró lleno de polvo y manchado de pintura. Nunca había sido una gran amante de las nuevas tecnologías y aquel aparato era una digna pieza de museo. Lo tenía desde la universidad. Lo abrió y esperó más de diez minutos hasta que se puso en marcha. Abrió varios portales de empleo y empezó a aplicar en aquellas solicitudes que le parecieron más o menos decentes, aunque ninguna de ellas tenía prácticamente nada que ver con la pintura o con sus estudios. Suspiró desanimada, sabiendo que si encontraba un trabajo convencional en el fondo le estaría dando la razón a sus padres.

Frida decidió que su dueña llevaba demasiado rato sin hacerle caso y se subió a la mesa. Cuando Violeta estaba tratando de enviar otra solicitud, la gata se tumbó sobre el teclado panza arriba y borró accidentalmente todo lo que Violeta había estado escribiendo el último cuarto de hora.

—¡No! —exclamó, apartando a Frida, enfadada y dejándola en el suelo—. Mira lo que has hecho… —murmuró frustrada, mirando la pantalla. Ya no estaba en la solicitud, sino que había vuelto a la página de inicio. Pero entonces vio que Frida había clicado con su peluda pata sobre un anuncio algo distinto, que le llamó la atención: pintora para réplicas de cuadros. Abrió rápidamente el anuncio, emocionada. Se sintió algo decepcionada al ver que apenas había información sobre la faena. Sin embargo, el puesto de trabajo se encontraba en su misma ciudad y había un *email* de contacto, así que decidió escribirles. Quizá si le contestaban tendría la oportunidad de averiguar en qué consistía exactamente la posición. Junto a su carta de presentación y el currículum, adjuntó fotos de varios trabajos, con la esperanza de que les gustara su estilo. Cuando terminó, decidió irse a la cama. Tenía la cabeza embotada después de mirar tanto rato la pantalla del ordenador. Frida la siguió hasta la cama y se hizo un ovillo a sus pies, con un maullido de satisfacción.

CAPÍTULO 4

Violeta se despertó por culpa de los truenos. Miró por la ventana y vio que estaba lloviendo a mares. Era normal en aquella época del año, cuando se acercaba el verano. Miró la hora y vio que eran las ocho de la mañana, así que decidió que ya había dormido suficiente. Le puso de comer a Frida y después desayunó un café y unas tostadas. Miró sus cuadros sin terminar e hizo una mueca, sabiendo que aquel día tampoco podría dedicarse a pintar. Tenía una única prioridad: encontrar trabajo para saldar sus deudas y detener el embargo. Llevaba un par de días buscando sin parar, pero todavía no había recibido ninguna respuesta, supuso que era normal. Quizá tenía que pasar algo más de tiempo. Sin embargo, aquella mañana todo cambiaría. Su ordenador apenas se había acabado de encender cuando oyó sonar su teléfono móvil. Se apresuró en contestar.

—¿Diga?

—¿Hablo con Violeta Artés?

—Sí, soy yo.

—Nos enviaste un *email* unos días atrás preguntando sobre una posición vacante para replicar cuadros. ¿Sigues interesada? —explicó una voz de mujer al otro lado.

—Sí, por supuesto —contestó Violeta, tratando de contener su emoción. Aquella era la única oferta que realmente le había parecido interesante de todas a las que había aplicado.

—Entonces, nos gustaría tener una entrevista contigo para que nos explicaras qué trabajos has realizado y nos hablaras un poco sobre tu experiencia. Quizá es muy precipitado, pero ¿te iría bien hoy a las 10h?

—Claro, ningún problema.

—Perfecto, te esperamos en el Boulevard Dell'arte, oficina número 12.

—Allí estaré.

Violeta colgó el teléfono y se acercó hasta su gata, que estaba

espachurrada sobre su capazo.

—Frida, me han llamado de aquel trabajo —dijo, cogiéndola en brazos y dando una vuelta sobre sí misma—. ¡Y todo gracias a que metiste la pata! —exclamó, riéndose de su propio chiste, recordando cómo Frida había pisoteado el teclado de su ordenador llevándola hasta aquella oferta de trabajo.

La joven corrió hasta su armario, en busca de algo decente que ponerse. Encontró una camisa blanca de años atrás y una americana azul marino que no recordaba haberse puesto nunca. Se colocó los pantalones más refinados que tenía y un par de tacones que le había robado a su hermana durante la adolescencia. Se miró en el espejo con mirada satisfecha. Sí, parecía una mujer adulta y responsable. Miró por la ventana y lamentó que justo aquel día hiciera un tiempo tan desapacible. Se recogió rápidamente algunos mechones de su melena, que con la humedad se volvía siempre un poco más salvaje. Luego cogió un paraguas y una carpeta con algunos dibujos justo antes de salir apresuradamente hacia su destartalada furgoneta Volkswagen T1 digna de la época *hippie*. A esas horas no sabía cuánto tráfico se encontraría ni cuánto rato tendría de camino hasta el Boulevard, pero no podía arriesgarse a llegar tarde, quería causar una buena impresión.

Encendió el motor de su vehículo y escuchó aquel grillito que parecía haberse instalado en el motor y que provocaba un extraño ruido. Estaba convencida de que algún día, más pronto que tarde, su viejo furgón la dejaría tirada. Solo esperaba que no fuera aquella mañana. Aceleró y se perdió por la avenida principal de la ciudad.

Lavinia acababa de terminar un masaje y su próxima clienta no había aparecido todavía, así que aprovechó para echarle un vistazo a su teléfono. Ya habían pasado un par de días desde aquel inesperado encuentro con Bruno y, aunque le había dado su teléfono, no había tenido noticias suyas desde entonces. Normalmente, eso no solía importarle. Había tenido muchas aventuras de una noche de las que ni si quiera tenía el teléfono, pero con él había sido distinto. Auténtico. Tampoco quería empezar nada con él, tan solo le apetecía volver a verlo.

Entonces, cómo si Bruno le hubiera leído el pensamiento, le envió un mensaje.

«Perdona que no te haya escrito antes. He estado de viaje por trabajo. ¿Te apetecería que nos viéramos esta tarde?»

«Sí».

Lavinia sonrió y se mordió el labio, nerviosa ante la expectativa de volver a estar entre sus brazos, de volver a besar sus labios.

El Boulevard Dell'arte era un edificio de más de veinte pisos de altura, repleto de oficinas de importantes empresas, la mayoría relacionadas con el mundo del arte y las subastas. Violeta entró emocionada en el edificio, fijándose en cada uno de los detalles. La decoración elegante, los preciosos cuadros colgando de las paredes, las alfombras recubriendo suelos impecables. Cuando volvió a la realidad, se dio cuenta de que el recepcionista sentado tras el mostrador la observaba con cierta desconfianza.

—Buenos días —saludó el chico—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Ah… hola, tengo una entrevista con… —de repente se dio cuenta de que no le había preguntado el nombre a aquella mujer—. En la oficina número doce —concluyó, esperando que no hubiera percibido su titubeo.

—Necesitaré su carnet de identidad, por favor.

—Claro —Violeta le tendió su identificación y el chico lo anotó en el ordenador. Después, le dio una tarjeta con el logo del Boulevard—. Lleve esta tarjeta siempre con usted. Le agradecería que la devolviera a la salida —explicó. Violeta asintió sin saber qué decir ante tanta formalidad—. El ascensor está al fondo a la derecha. La oficina se encuentra en el sexto piso.

—Muchas gracias —dijo la joven antes de dirigirse hacia los ascensores, que eran igual de elegantes que el resto del edificio. Pronto llegó a la puerta de la oficina número 12. Respiró profundamente, tratando de calmar sus nervios y tocó al timbre. Al cabo de pocos segundos apareció una chica muy joven en la puerta.

—Buenos días.

—Hola, soy Violeta Artés. Tenía una entrevista.

—Ah, sí, con Lucrezia —respondió la muchacha con una pequeña sonrisa—. Adelante —añadió, invitándola a entrar—. Voy a avisarla de que ya estás aquí.

La chica desapareció con paso alegre por un pequeño corredor y Violeta tuvo oportunidad de echar un vistazo a su alrededor.

Aquella oficina era increíblemente luminosa gracias a unos grandes ventanales. Había muchísimas plantas que le daban la nota de color a un lugar en el que predominaba el blanco. Las mesas, las sillas, las paredes, todo era blanco. Excepto los cuadros. Había famosísimas obras de arte en las paredes y una de ellas atrajo su atención. *El Beso*, de Francesco Hayez. Una de sus favoritas. Se acercó con una sonrisa y se perdió en cada detalle.

—¿Te gusta? —dijo una voz a su lado.

Violeta apartó la vista del cuadro rápidamente y se encontró con la mirada verdosa de la que supuso que sería Lucrezia.

—Sí, es precioso —contestó la joven.

—Soy Lucrezia Bovari —dijo la mujer, confirmando sus sospechas—. Vayamos mejor a una sala, estaremos más tranquilas.

Violeta asintió y siguió a la mujer, que se adentró por el pasillo hasta encontrarse con una puerta al final. Abrió y le dio paso a una pequeña sala con una mesa redonda en el centro, tan blanca como la recepción y con tan solo un cuadro decorando la estancia. Este era de Dalí.

Se sentaron una frente a la otra y Lucrezia inspeccionó durante unos segundos a la joven que tenía delante. Parecía espabilada, aunque se la veía ligeramente nerviosa.

—Y bien, cuéntame un poco sobre ti.

—Bueno, acabé bellas artes hace cinco años y desde entonces he estado preparando mis propios cuadros y mejorando poco a poco el estilo.

—¿Has traído algún trabajo?

—Sí —contestó, abriendo la carpeta que había dejado sobre la mesa. Sacó los que consideraba que eran sus mejores dibujos y algunas fotos en gran tamaño de sus cuadros. Lucrezia los analizó durante unos minutos en silencio, aunque a Violeta le pareció una eternidad. Observó a la mujer para tratar de pensar en otra cosa que no fuera su posible fracaso y se percató de que era incapaz de saber a ciencia cierta qué edad tenía Lucrezia, aunque probablemente estaría entre los cuarenta y los cincuenta. Llevaba un entallado vestido oscuro con pequeños lunares blancos que resaltaba una figura delgada y alargada. La había visto moverse con agilidad a pesar de llevar unos *stilettos* rojos con los que estaba segura de que ella no aguantaría ni dos segundos en pie.

—Son muy buenos —acabó diciendo Lucrezia. Violeta respiró por fin y sonrió—. Te explico un poco en qué consistiría el trabajo. Estamos buscando a una persona con un estilo clásico como el tuyo que sea capaz de reproducir cuadros de todas las épocas. Creo que podrías encajar bastante bien en el perfil que requiere el puesto.

—¿Y qué tipo de réplicas realizáis?

Lucrezia pasó un buen rato explicándole el tipo de trabajos que llevaba a cabo la empresa, qué estilos eran los que más reproducían y las técnicas pictóricas que utilizaban.

—Si te gusta la idea de reproducir los cuadros de los maestros más famosos de todos los tiempos, disfrutarás mucho con este trabajo. Además, tendrás tu propio estudio aquí para ti sola, para que puedas concentrarte y estar tranquila.

—La verdad es que me parece muy interesante —contestó Violeta, entusiasmada.

—Te seré sincera, nos corre mucha prisa cubrir esta vacante. La pintora que se encargaba de las réplicas se ha marchado bastante precipitadamente y se nos está acumulando el trabajo.

—Puedo preguntar, si no es indiscreción, ¿qué sucedió?

—Claro, Susana simplemente decidió embarcarse en su propio proyecto empresarial —explicó con una sonrisa tranquilizadora—. Entonces, ¿te gustaría trabajar con nosotros, Violeta? Creo que encajarías a la perfección aquí.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Por supuesto que sí —acabó diciendo Violeta, con una gran sonrisa.

—Entonces hablaré con Carlota para que prepare tu contrato. Ella te dirá todo lo que necesita para formalizarlo.

Violeta no podía creerse su suerte. Había encontrado un trabajo de lo suyo y en tiempo récord. No podría dar rienda suelta a su creatividad, pero al menos cobraría a final de mes y podría pagar las facturas atrasadas mientras hacía lo que más le gustaba: pintar.

CAPÍTULO 5

Dos meses después

Violeta estaba enfrascada en el cuadro de *El Grito* de Munch. Ya había anochecido y no quedaba nadie más en la oficina número 12 del Boulevard Dell'arte. Llevaba días trabajando en aquella obra y estaba suponiendo un auténtico desafío para ella. No tenía nada que ver con el estilo que solía pintar y estaba utilizando técnicas que prácticamente desconocía. Se detuvo a mirar cómo lo llevaba y sonrió satisfecha. A pesar de las dificultades, parecía que en un par de días más de trabajo conseguiría acabarlo y con un buen resultado. Llevaba ya algo más de dos meses trabajando allí y se sentía completamente satisfecha. No entendía por qué su antecesora, una tal Susana Ribas, había dejado aquel trabajo. Tenía su espacio, nadie la presionaba y Lucrezia parecía muy contenta con los resultados de los cuadros que había reproducido hasta la fecha. Todo era perfecto. Además, aquello le estaba sirviendo para profundizar en las técnicas de los grandes maestros, que seguro que con el tiempo podría aplicar en sus propias obras. Y, lo mejor de todo, con el sueldo podía pagar el alquiler y había dejado atrás el peligro de embargo. Mantenerse entretenida también la había ayudado a pasar página y superar su ruptura con Marcos. Se sentía con energías renovadas.

Se disponía a cambiar de brocha cuando oyó la puerta de la oficina abrirse. Le pareció extraño que alguien entrara a esas horas y fue a mirar. Encendió todas las luces que encontró a su paso, algo asustada. No le gustaba demasiado la perspectiva de enfrentarse a un ladrón en la penumbra. Ahogó un grito cuando se topó con una mujer, que dio un respingo al verla. Violeta se relajó al comprobar que era Lucrezia.

—¡Violeta! ¡Menudo susto! ¿Cómo es que aún estás aquí a estas horas? —preguntó la mujer extrañada, recobrando el aliento.

—Quería avanzar con el cuadro y se me ha hecho tarde sin

darme cuenta.

—Vete a casa, también necesitas descansar y distraerte. Ya tendrás tiempo de acabar el cuadro mañana —dijo con una sonrisa amable.

—Claro, gracias —contestó Violeta, haciendo ademán de ir a recoger sus cosas.

—Aprovechando que estás aquí… Me ha llamado un cliente hace cosa de una hora para un nuevo trabajo.

—Por supuesto, ¿qué cuadro es?

—*El Jardín de las Delicias*.

—Me encanta, aunque bastante complejo —puntualizó Violeta, pensando en todas las figuras y detalles de aquel famoso lienzo.

—Lo sé, no te preocupes, podrás tomarte todo el tiempo que necesites. Este es un pedido especial. Mañana te lo explicaré todo mejor y te daré todos los detalles. Ahora descansa.

—Perfecto. Hasta mañana, Lucrezia.

Lavinia recorría el pecho de Bruno con sus dedos, mientras el chico miraba hacia el techo, pensativo. Estaban tumbados, desnudos, en el puf gigante que Lavinia tenía en el comedor de su casa. Era un piso pequeño, pero estaba decorado con buen gusto, repleto de velas y bonitos objetos artesanales de madera. Bruno acariciaba el pelo corto de Lavinia, incapaz de parar de darle vueltas a la cabeza. Ya llevaban dos meses viéndose a menudo. No quedaban tan solo para tener sexo, sino que iban a cenar y al cine juntos. Bruno empezaba a sentir cosas por ella. No había podido quitársela de la cabeza desde la primera vez que la había visto. Sin embargo, al conocerla más, había visto que Lavinia no era tan solo bella por fuera sino también por dentro. Y sentía que cada vez necesitaba verla con más frecuencia, tenerla cerca. Lo pasaban tan bien juntos…

—Lavinia —dijo, armándose de valor. Sospechaba que la joven tenía algún tipo de problema con el compromiso.

—Dime —susurró adormilada.

—Tenemos que hablar.

La chica se incorporó y se quedó sentada en el puf, con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

—Ya sé que no te gustan las etiquetas, pero… necesito saber lo que sientes.

—Sabía que esto iba a pasar… —musitó, levantándose del puf y recogiendo su ropa del suelo. Se puso la camiseta—. Bruno, me gustas mucho, de verdad, pero no quiero nada serio ahora.

—¿Entonces estás viendo a otras personas? —preguntó de repente el joven, algo inseguro.

—No es eso. Simplemente no quiero atarme a nadie todavía.

—No te estoy pidiendo que nos casemos —espetó, dolido.

—Ya lo sé, pero estás hablando de sentimientos, de una relación.

—Lo siento, no sabía que eso fuera un crimen.

—No lo es, pero no es lo que yo quiero. Lo siento. Será mejor que te vayas —dijo, dándole su ropa.

—Espera, ¿ya está? ¿se acabó, así, sin más? —preguntó él, vistiéndose precipitadamente.

—Sí, lo siento, Bruno.

El hombre la miró dolido, pero no dijo nada más. Salió del piso dando un portazo. Lavinia se tiró sobre el puf, sintiendo un extraño vacío.

Al día siguiente, Violeta se despertó muy tempano. Nunca había sido amante de los madrugones, pero tenía curiosidad por saber en qué consistía aquel pedido especial y quería aprovechar bien la mañana para poder acabar el trabajo que tenía pendiente. Así que se levantó de la cama y se desperezó. Frida, que estaba tumbada en un cojín a sus pies, la miró de reojo y siguió durmiendo mientras su dueña se daba una ducha antes de vestirse. Violeta decidió no secarse el pelo, aquel mes de septiembre estaba siendo incluso más caluroso que agosto. Se preparó un par de tostadas y se las tomó junto a un café mientras leía un periódico digital que no decía nada interesante. Frida decidió que ya había llegado también la hora de su desayuno y empezó a refregarse por las piernas de Violeta, reclamando su porción con algún maullido nervioso.

—¡Ya va, ya va! —farfulló Violeta, todavía con la boca llena mientras iba a ponerle un poco de pienso. La gata empezó a dar vueltas a su alrededor hasta que vio la comida en su cuenco y se abalanzó sobre ella—. Cualquiera diría que te mato de hambre —dijo la chica con una risilla.

Decidió que ya se había demorado bastante, así que cogió su

bolso y salió rápidamente por la puerta en dirección a la oficina. No tardó mucho en llegar, apenas había encontrado tráfico a esas horas.

La mayoría de luces estaban apagadas y se preguntó si Lucrezia todavía no estaría en la oficina. Normalmente siempre era la primera en llegar. Sin embargo, enseguida vio luz por debajo de la puerta del despacho de la mujer y se tranquilizó. Al menos no había madrugado en balde. Llamó a la puerta.

—Adelante —oyó que decía la voz de Lucrezia.

—Buenos días —saludó Violeta con una sonrisa.

—Hola, qué pronto has llegado esta mañana.

—Sí, me moría de ganas por saber en qué consistía el nuevo trabajo.

—Claro, siéntate y te lo explico.

Violeta entró en el despacho minimalista e impoluto de Lucrezia y se sentó en la silla que había disponible.

—Como te comenté ayer, se trata de reproducir *El Jardín de las Delicias*. Nuestro cliente es una empresa llamada Laroche Auctions. —Violeta se quedó paralizada unos instantes y Lucrezia notó que algo le había sorprendido—. ¿Todo bien?

—Sí, sí, dime —dijo Violeta, tratando de disimular su desconcierto. Laroche Auctions era la empresa para la que trabajaba su hermana, pero prefirió no decir nada. No quería que aquello interfiriera en su trabajo de ninguna manera.

—Resulta que están en un edificio bastante nuevo y quieren pintar el cuadro directamente sobre una de las paredes de la sala de reuniones más grande de la oficina.

—¿Quieren el cuadro directamente pintado sobre la pared? ¿Cómo si se tratara de un fresco?

—Exacto, ellos te dejarán preparada la capa sobre la que deberás pintar para que no tengas ningún problema.

—¿Eso significa que tendré que ir a sus oficinas en vez de venir aquí mientras realice el trabajo?

—Sí, será más fácil que te lleves el material allí y lo trabajes *in situ*.

—Ningún problema. ¿Y cómo de grande es? —preguntó Violeta, temiendo la respuesta.

—Hace dos metros de altura por casi cuatro de anchura.

—¡Madre mía! —exclamó la joven, algo abrumada.

—Lo sé, es un trabajo que puede durar meses, pero confío en que lo harás perfecto. Tómate el tiempo que necesites para ello.

Violeta asintió y trató de dedicarle una sonrisa amable. Después, se levantó de la silla.

—Entonces voy a acabar *El Grito* cuanto antes.

—Muy bien, ¡manos a la obra! —la animó Lucrezia.

Violeta salió del despacho de la mujer y fue hasta su pequeño taller, en el que la esperaba el cuadro que debía acabar en lo que le quedaba de semana. Suspiró y empezó a pintar, sin poder parar de darle vueltas a la cabeza. No le había dicho a sus padres ni a su hermana que se había buscado un empleo a la vieja usanza porque era incapaz de pagar las facturas con lo que le daban de sus propios cuadros. Para ella significaba aceptar que había fracasado, darles la razón. Y por eso lo había mantenido en silencio hasta ahora, pero veía que su secreto iba a salir a la luz sin que pudiera evitarlo. Si se presentaba en la empresa en la que trabajaba Alicia y empezaba a pintar allí, sería prácticamente imposible que no coincidieran en algún momento. Maldijo su mala suerte. De todos los clientes que podían haber acudido a Lucrezia, Laroche Auctions era, sin duda, el más inoportuno.

Aquella misma noche, cuando Violeta pensaba que su día no podía torcerse más, sonó su teléfono móvil. Al instante pensó en Lavinia. Era de las pocas personas que la llamaban y, con diferencia, era la que lo hacía con más asiduidad. Sin embargo, no se trataba de ella. En cuanto Violeta vio el número en la pantalla, llevó los ojos al cielo, molesta, y descolgó.

—Hola, Mamá.

—Violeta, ¿cómo estás? —preguntó su madre al otro lado, con la misma voz suave y delicada que había heredado Alicia.

—Muy bien —contestó Violeta.

—Hace mucho que no sabemos nada de ti… Nunca nos llamas ni vienes a vernos —le reprochó su madre.

—He estado muy ocupada últimamente —contestó Violeta. No pensaba contarle que su relación con Marcos había fracasado. Sus padres nunca le habían aceptado. Era demasiado bohemio, demasiado liberal. Y habían tenido razón. Eso no hacía más que

empeorarlo. Tampoco pensaba explicarles que casi la habían echado de su piso por no pagar el alquiler ni que había tenido que buscarse un trabajo para poder cubrir los gastos.

—Este domingo vamos a hacer una cena en casa. ¿Por qué no vienes? Hace meses que no nos vemos…

—Ah… —Violeta buscó rápidamente cualquier excusa en su cabeza, pero no dio con ninguna creíble, así que no le quedó más remedio que acceder—. Claro.

—Os esperamos a las nueve —dijo la mujer, incluyendo a la pareja de su hija.

—Vendré sola, Marcos está de viaje —mintió rápidamente la joven.

—Ah, vale —contestó su madre, tratando de ocultar la satisfacción en su voz—. Hasta el domingo, cariño.

—Adiós, Mamá.

Violeta colgó y se dejó caer sobre el sofá. Frida la miraba atentamente desde el cojín que había a su lado, como si se hubiera enterado de todo y desaprobara su actitud.

—¿Qué miras? —espetó Violeta, enfurruñada—. No podía decirle la verdad…

Frida pareció no creerse su respuesta y empezó a lamerse el lomo, ignorándola.

CAPÍTULO 6

Los viernes por la tarde los tenía libres, pero Violeta se había tenido que quedar a acabar el cuadro. Ya tan solo le quedaban unos últimos retoques y quería dejarlo terminado antes de empezar el nuevo proyecto en la empresa de su hermana. Dio la última pincelada con euforia y miró el cuadro orgullosa. Había quedado prácticamente idéntico al original, con una única diferencia. En la parte inferior del cuadro, se podía intuir una diminuta V, de Violeta. Era su marca personal. La dejaba en todos y cada uno de los cuadros que había pintado a lo largo de su vida, sin excepción. Solo que en sus réplicas había reducido su tamaño a la mínima expresión. Sabía que nadie repararía en ella. Solo quien supiera que estaba ahí podría verla.

Se levantó de la silla y se estiró, con la satisfacción posterior a un trabajo bien hecho. Preparó un maletín con todas las cosas que necesitaría el lunes para su nuevo proyecto y echó un vistazo a su taller, sabiendo que quizá no volvería a allí en meses, hasta que hubiera terminado su trabajo en Laroche Auctions. Cuando salió, vio que todas las demás luces de la oficina estaban apagadas, incluso Lucrezia se había marchado ya.

Caminó lentamente hasta su furgoneta y lo guardó todo en el maletero, pensando en lo dura que sería la semana siguiente. Un lugar nuevo, lleno de gente desconocida. Y, lo peor, su hermana, que estaría encantada de mirarla por encima del hombro al verla pintando en una de sus salas de reuniones. Suspiró y condujo hasta su casa, tratando de quitarse aquella sensación de inseguridad de encima.

El sábado pasó muy deprisa. Violeta se dedicó toda la mañana a poner orden en su estudio, bajo la mirada atenta de Frida. La joven quería tenerlo todo impecable para cuando empezara su nuevo proyecto. Sabía que no tenía nada que ver, pero era su manera de intentar tener la situación bajo control. Pasó toda la tarde viendo una película bastante larga e incluso se echó una pequeña siesta.

Cuando llegó la noche, sentía que necesitaba salir un rato a dar un paseo. Al fin y al cabo, se había pasado todo el día encerrada en casa. Cogió el teléfono y llamó a la única persona con la que le apetecía estar.

—Hola, Lavinia.

—Ey, Violeta. ¿Qué haces?

—Aburrirme —contestó riendo—. ¿Hacemos algo?

—Sí, por favor, llevo todo el día en casa y necesito salir.

—Yo también. ¿Vamos a tomar algo dónde siempre?

—Me han hablado de un sitio nuevo, podríamos probarlo.

—Claro, ¿cómo se llama?

—Morfeus. Es una coctelería, está cerca de tu casa.

—Genial, creo que ya sé cuál es. Pero parece un poco pija… —añadió con reticencia.

—Qué manía, qué más da eso.

—Ya, tienes razón.

—Venga, ¿paso a buscarte en una hora?

—Perfecto.

Violeta se dio una ducha bien fría para tratar de quitarse el calor de encima y dejó que su cabello se secara al aire mientras se maquillaba. Se colocó un vestido blanco que resaltaba el moreno que había adquirido durante el verano y, por primera vez en mucho tiempo, no se sintió decepcionada ante lo que vio en el espejo. Se sonrió a sí misma y añadió algo de carmín a sus labios.

El Morfeus era un local bastante amplio. En el piso principal se encontraba una gran barra en la que preparaban todo tipo de cócteles y, en el piso inferior, había una pequeña discoteca en la que la gente solía empezar a bailar una vez se habían tomado un par de copas.

Violeta y Lavinia llegaron pronto y pudieron sentarse en uno de los sofás que decoraban la primera planta. Lavinia fue a buscar un par de mojitos. Cuando volvió, le tendió uno de ellos a Violeta y se sentó a su lado, mirándola con una sonrisa.

—Me alegra ver que ya tienes ganas de salir de nuevo —dijo.

—Sí, supongo que mantenerme ocupada me ha hecho ver las cosas de otra manera —contestó Violeta.

—¿Y cómo las ves ahora?

—He llegado a la conclusión de que no vale la pena estar así por

él. No se lo merece.

—Exacto —respondió Lavinia, aunque en realidad seguía sin saber qué había pasado entre ellos.

—Fue muy duro descubrir que… —Violeta se interrumpió, percatándose de que, después de meses de silencio, estaba preparada para hablar de ello con su amiga.

Sin embargo, antes de que fuera capaz de abrir la boca, un hombre abrió la puerta del local. Violeta no pudo quitarle los ojos de encima. No era demasiado alto, pero su cara parecía sacada de una obra de arte. Sus ojos grises brillaban en medio de la penumbra y su pequeña nariz hacía que no pudiese evitar centrar la atención en sus labios y los hoyuelos que se formaban cuando sonreía, como estaba haciendo ahora. Pero esta vez no le sonreía a Violeta, ni si quiera la había visto. Tan solo parecía tener ojos para la mujer que llevaba al lado. Aquella mujer. La misma que había visto aquel día. Se perdieron entre la multitud y Violeta sintió que se transportaba de nuevo a aquel fatídico día, siete meses atrás.

—¿Violeta? —oyó la voz de Lavinia como en otra dimensión y por fin consiguió volver la vista hacia su amiga—. ¿Estás bien? Parece que hayas visto a un fantasma.

—Podría decirse que sí —contestó, recobrándose del impacto. Estaba preparada para hablar de su ruptura, pero no para volver a verlo cara a cara—. ¿Podemos ir a otro sitio?

—¿Por qué? El sitio tampoco está tan mal, ¿no?

—He visto a Marcos —respondió, mirando a su amiga con ojos suplicantes. Lavinia se tapó la boca, tratando de disimular su sorpresa—. Pero él no se ha dado cuenta de que estábamos aquí.

—Claro, mejor vamos a otro sitio.

Se bebieron lo que quedaba de sus cócteles de un trago y salieron rápidamente por la puerta, sin mirar atrás. Si lo hubieran hecho, se hubieran percatado de que Marcos, a pesar de tener abrazada a aquella mujer, no podía apartar la mirada de la melena pelirroja que acababa de salir por la puerta.

—¿Vas a contarme lo que pasó de una vez? Hemos salido prácticamente corriendo de la coctelería —dijo Lavinia, sin poder aguantar más. Violeta le tendió un vaso de licor y se sentó a su lado. Se habían refugiado en su pequeño estudio, allí nadie no podría interrumpirlas.

—Sí, te lo contaré todo —respondió, sentándose a su lado en el sofá y dando un sorbo de alcohol.

»Aquel parecía un día normal como cualquier otro. Sin embargo, mi vida estaba a punto de cambiar. Me encontraba en aquel curso de técnicas de dibujo al que me apunté meses atrás. Tan solo quería descubrir nuevas ideas para crear cuadros que interesaran más en el mercado. Ya llevaba dos horas de clase cuando la profesora se interrumpió. Debía finalizar la clase antes de tiempo debido a unos asuntos personales, así que recogió sus cosas rápidamente y desapareció por la puerta. La mayoría de alumnos se levantaron de las sillas y guardaron los dibujos desperdigados por encima de las mesas en sus carpetas. Yo hice lo mismo, pero con cierta reticencia, como si supiera que lo que iba a pasar luego iba a ser horrible. Me marché sin hablar con nadie. Hacía ya un par de meses que había empezado aquel curso, pero todavía no conocía a nadie. Ya sabes que no soy demasiado extrovertida, así que solía mantener la mirada puesta en mis creaciones en vez de intentar socializar con el resto de asistentes.

»Recuerdo que al salir me recibió una ola de aire frío, estábamos en pleno febrero. Me cubrí bien el cuello con la bufanda y empecé a andar hacia mi casa, a tan solo un par de manzanas de allí. Viví allí tan poco tiempo que nunca llegaste a verlo, pero era un piso espacioso y acogedor. Además, tenía todo lo que necesitaba: un bonito comedor, un pequeño cuarto para pintar y una gran habitación doble, que compartía con Marcos y Frida.

»No tardé en llegar a mi supuesto nidito de amor y casi al instante percibí que algo no iba bien. En el umbral había unos zapatos de tacón que no reconocía. Yo nunca llevaría algo tan extremado. Avancé por el pasillo que distribuía los diferentes espacios del piso y fui descubriendo prendas de ropa esparcidas por el suelo. Una falda, unos pantalones, una camisa y un sujetador. Puse la mano en el pomo de la puerta cerrada de nuestra habitación, con miedo a lo que iba a encontrarme. Pero tenía que hacerlo. Abrí y alcé la vista en busca de la dueña de aquella ropa y me quedé petrificada al verla sobre mi querido Marcos en una actitud más que cariñosa. Por suerte o por desgracia, él no tardó en darse cuenta de mi presencia. Recuerdo cómo gritaba mi nombre, entre sorprendido y horrorizado, tratando de retenerme. Pero no me

quedé para escucharle. Salí corriendo y bajé precipitadamente las escaleras hacia la calle, en busca de aquel aire frío para que me devolviera a la realidad. Aquello no podía estar pasando, tenía que ser una pesadilla. Mi relación con Marcos era perfecta, idílica, siempre lo había sido. O eso era lo que yo, tonta de mí, había creído.

Lavinia había escuchado toda la historia sin apenas pestañear, conteniendo el aliento y entendiendo por fin el sufrimiento por el que su amiga había estado pasando durante todos esos meses.

—No sé qué decir —concluyó, sin encontrar las palabras para transmitirle cuánto lo sentía. Su tristeza por aquel encontronazo con Bruno le parecía una tontería en comparación con lo que había sufrido su amiga.

—No te preocupes, hace mucho tiempo de eso, ya estoy mucho mejor.

—Por eso te marchaste de su piso tan repentinamente… —dijo Lavinia, atando cabos.

—No podía pasar ni una noche más en la misma cama en la que él había estado con otra.

—Por supuesto que no. ¿Pero cómo pudo hacer algo así? Parecía tan…

—Eso fue lo mismo que pensé yo. Parecía tan bueno, tan perfecto. Y luego no dudó en irse con otra.

—Qué poca vergüenza. Si lo llego a saber le hubiera dicho cuatro cosas bien dichas en la coctelería.

—No vale la pena. En realidad, me hizo un favor. Me enteré a tiempo de la clase de persona que era.

—Eso es verdad.

—Igualmente, aún no estoy preparada para enfrentarme a él.

—Por eso has querido marcharte —dijo Lavinia. Violeta asintió.

—Y porque estaba con la misma mujer.

—¿En serio? —preguntó su amiga, alucinando.

—Sí.

—Pues yo no estaría tranquila sabiendo de lo que es capaz.

—Ambos tienen lo que se merecen —concluyó Violeta con una sonrisa maliciosa—. ¿Quieres otra copa? —preguntó al ver el vaso vacío de Lavinia. La joven asintió y Violeta rellenó los dos vasos.

—¿Y ahora cómo estás? —preguntó Lavinia.

—Creo que ya lo he superado. Gracias al trabajo me he mantenido tan ocupada que podría decirse que lo he olvidado —explicó—. Aunque igualmente no quiero saber nada de hombres en siglos —añadió riendo.

—No me extraña —contestó Lavinia con una sonrisa—. La verdad es que creo que ese trabajo te está haciendo mucho bien.

—Sí, disfruto mucho más de lo que había pensado, pero…

—¿Qué pasa?

—No sé si las próximas semanas serán tan bonitas como hasta ahora.

—¿Por qué dices eso?

—Resulta que tengo un nuevo proyecto en el que tengo que ir a pintar a las oficinas de un cliente. Y a que no adivinas dónde es.

—¿Dónde?

—En la misma empresa en la que trabaja Alicia.

—No me digas…

—Sí, no quería que ni ella ni mis padres se enteraran de lo del nuevo trabajo y mira.

—No es nada malo, en realidad.

—Ya lo sé, pero para ellos será como darles la razón.

—Es tu familia, seguro que se alegrarán por ti y ya está.

—No creo, ya sabes cómo son… Y encima este domingo tengo una cena con ellos.

—Explícaselo con naturalidad y todo irá bien. Al fin y al cabo, estás pintando, no es ningún fracaso.

—Ya, visto así…

—¿Qué más hay? Sé que algo más está rondando por esa cabecilla —preguntó Lavinia, viendo que la mirada de Violeta seguía intranquila.

—No saben lo de Marcos —confesó.

—Bueno, yo tampoco lo sabía hasta hoy. Si no te apetece, no tienes por qué contarles lo que hizo.

—No, me refiero a que no saben que ya no estamos juntos.

—¿Qué? —preguntó Lavinia, incrédula.

—Odian a Marcos. Si les digo que lo nuestro ha acabado, me mirarán condescendientemente y añadirán un “te lo dije”.

—A la Violeta que yo conocía no le importaba lo que pensarán los demás.

—Ya… pero siento que algo de esa Violeta se perdió para siempre aquel día. Me importaba tan poco lo que pensaban los demás que ni siquiera me di cuenta de que mi novio estaba pensando en otra.

Lavinia se quedó en silencio, sin saber qué decir. Ella tampoco se reconocía a sí misma. Desde que había dejado a Bruno sentía un extraño vacío en su pecho que se hacía cada vez mayor. Y no era capaz de hablar sobre ello. Frida pareció darse cuenta de que la atmósfera se había entristecido y se lanzó sobre las chicas en el sofá. Empezaron a acariciar a la gata y a reírse ante las reacciones del felino, que consiguió hacerles olvidar durante un rato la mala época por la que estaban pasando.

CAPÍTULO 7

—Ya lo sé, Frida, a mí tampoco me apetece ir, pero tengo que hacerlo —dijo Violeta mirando a la gata con una mueca. El felino no paraba de refregarse entre sus piernas, como sabiendo que su dueña iba a marcharse pronto.

Violeta no se había molestado en arreglarse. Quizá fuera por rebeldía o por pereza, pero se limitó a colocarse unos *shorts* vaqueros y una camiseta negra junto a unas sencillas sandalias. Se recogió su larga melena en una cola y se colgó un enorme bolso.

Se dirigió hasta su furgoneta, aparcada a menos de una calle y emprendió el camino hacia casa de sus padres, a las afueras de la ciudad.

Tardó una media hora en llegar a la mansión de estilo victoriano en la que se había criado. Recordaba cómo le encantaba jugar con su hermana por aquellos grandes jardines cuando eran niñas. El olor a flores que siempre se desprendía de las plantas, aquel pórtico en el que se refugiaba en los días de lluvia. Había sido feliz entonces, cuando todavía no existían las preocupaciones, los desacuerdos. Todo aquello se terminó en cuanto creció y descubrió su vocación por la pintura.

Dejó de pensar en el pasado y se bajó de la furgoneta, acercándose por el camino de piedra hasta la puerta doble que se abría tras la escalinata. Su madre la esperaba en la entrada, bastante seria, vestida con un traje chaqueta blanco, impoluto.

—Buenas noches —saludó Violeta.

—Llegas tarde, como siempre —espetó su madre, molesta.

—No empecemos —repuso su padre a su lado, con una sonrisa amable. Él siempre había sido el más comprensivo de los dos. Se acercó hasta su hija, a la que no había visto en meses, y le dio un buen abrazo. Violeta se sintió de nuevo como una niña, a salvo—. Vamos a la mesa, tu hermana y Carlos ya están aquí.

—¿Carlos? ¿Quién es Carlos?

—Su novio.

—No sabía que tuviera novio… —musitó Violeta.

—Lo sabrías si la llamaras de vez en cuando —dijo tajantemente su madre. Violeta frunció el ceño, pero no dijo nada.

Entró en la casa sin protestar y se topó con una mesa excelentemente preparada, a la que no le faltaba detalle, repleta de comida. Se encontró con la mirada de disgusto de Alicia al verla entrar. Llevaba un vestido azul celeste por encima de la rodilla y unos bonitos zapatos de tacón. El hombre a su lado iba igualmente arreglado, con un pantalón de pinzas *beige*, una camisa blanca y una americana azul marino. No era especialmente guapo, pero tenía buena planta.

—Te presento a Carlos —dijo, señalándole.

—Encantada —dijo Violeta, con cierta formalidad, dándole la bienvenida a su extraña familia.

Violeta no tardó en sentir que no pertenecía a aquel lugar. Hablaban todo el tiempo de temas superfluos, de política, de trabajo, nada que realmente le interesara.

—¿Y cómo es que no ha venido Marcos? —preguntó Alicia. No parecía una pregunta maliciosa, pero Violeta quiso matarla.

—Está de viaje.

—¿Por trabajo?

—Sí.

—¡Qué lástima! Quería que también conociese a Carlos.

Violeta sabía que aquel era el momento de confesar la verdad a su familia sobre su relación con Marcos, pero sintió que no tenía fuerzas suficientes para afrontar aquella situación.

—Otra vez será —dijo con una sonrisa forzada—. ¿Y cómo os conocisteis? —preguntó, más bien por cambiar de tema que por que tuviera verdadero interés.

—En el trabajo.

—¿También eres abogado? —le preguntó Violeta al hombre, que había estado callado todo el tiempo.

—Sí, trabajamos en el mismo departamento.

—¿Y la empresa no os pone pegas? —preguntó Violeta, con genuina curiosidad esta vez.

—En realidad… no lo saben —contestó Alicia, bajando la mirada. Probablemente era lo más ilegal que hubiera hecho en su vida y su sentido de culpabilidad hizo que Violeta casi se echara a

reír. Pero se contuvo.

—Entiendo.

—¿Y cómo va tu carrera, Violeta? —la interrumpió su madre, saliendo al rescate de su hija predilecta. No podía permitir que Alicia se sintiera juzgada o incómoda por su hija más irresponsable.

Violeta supo en ese instante que no debería haber ido a esa cena. Lo único que su madre quería era echarle en cara sus malas decisiones y disfrutar de su fracaso, pero no se lo permitiría.

—Muy bien —mintió.

—¿De verdad? ¿Ya tienes una galería propia? —continuó preguntando su madre, con perspicacia.

—Todavía no, pero pronto —dijo Violeta rápidamente, con una sonrisa lo más natural que pudo.

—Espero que no tengamos que esperar seis años más —espetó su madre.

—¡Carla! —dijo su padre, sin poder creerse lo cruel que era su mujer con su propia hija—. Deja a la niña en paz, ya nos avisará cuando esté todo listo —dijo con una sonrisa amable. Violeta le lanzó una mirada de agradecimiento y siguió comiendo el segundo plato, aunque se le había quitado el hambre.

—Voy a buscar el postre —concluyó Carla, molesta, levantándose de la mesa y perdiéndose en la cocina.

Violeta no llegó demasiado tarde a casa aquella misma noche. Poco después del postre se había despedido de su recién estrenado cuñado, de Alicia y de sus padres y había desaparecido por el camino hacia la ciudad.

Se tumbó en la cama, con Frida ronroneando a sus pies. No podía parar de pensar en lo desastrosa que había sido la cena. No tan solo había sido incapaz de confesarles la verdad sobre Marcos, sino que además les había ocultado que tenía un nuevo trabajo. Y era cuestión de tiempo que se enterasen de lo segundo. Su hermana la vería al día siguiente en la empresa y su mentira quedaría al descubierto.

CAPÍTULO 8

Violeta no había podido dormir en toda la noche, inquieta ante el día que estaba por venir. No solo tendría que trabajar en una gran empresa repleta de personas con una filosofía de vida contraria a la suya, sino que su hermana estaría allí para verlo, para ser testigo de cómo renunciaba a todos sus principios. No era capaz de recordar la de veces que había llamado a Alicia capitalista, pero ahora tendría que tragarse sus propias palabras. Al final, Violeta sentía que al aceptar aquel trabajo se había convertido en uno más de ellos, pero necesitaba el dinero.

Cuando amaneció, se levantó de la cama, cansada de dar vueltas durante horas de insomnio y se preparó un café acompañado de unas tostadas. Miró su teléfono móvil mientras desayunaba y estuvo a punto de atragantarse al ver un mensaje en concreto. Era de Marcos.

> «Hola Violeta. Sé que tú también me viste la otra noche en el Morfeus. Necesito hablar contigo».

Violeta resopló, incrédula ante la desfachatez de aquel hombre. ¿De verdad creía que iba a rebajarse a hablar con él después de lo que había hecho? Eliminó el mensaje sin pensarlo dos veces y fue hasta el armario para ver qué iba a ponerse. Decidió que no le importaba vestir diferente al resto, así que se puso su vestido favorito de estilo ibicenco. Era largo hasta los tobillos y los tirantes finos dejaban adivinar un poco su escote. El estampado azul marino contrastaba con su cabello pelirrojo. Se colocó unas sandalias a conjunto y sonrió satisfecha. Renunciaría a sus principios, pero no iba a disfrazarse como si fuera uno de ellos.

Se despidió de Frida y se subió a su Volkswagen rumbo a un nuevo camino.

Cuando llegó, quedó impresionada por aquel gigantesco edificio de oficinas, que pertenecía en su totalidad a Laroche Auctions. Debían de ser realmente importantes, pensó Violeta, algo

intimidada. Entró por una gran puerta circular de cristal, que le dio paso a una recepción igual de amplia e impresionante que el exterior de la construcción. Los mármoles de los suelos eran nuevos y prácticamente deslumbraban de lo brillantes que eran. En un largo mostrador se encontraban dos mujeres tecleando en el ordenador. Una de ellas, la mayor, levantó la vista por encima de sus gafas, escrutando a la joven de arriba abajo. Miró de reojo a su compañera, que realizó una sutil mueca. Allí nadie entraba sin traje y aquella muchacha parecía recién salida de la playa. Encima llevaba un extraño maletín en la mano. Violeta se arrepintió casi al instante de la elección de su indumentaria, pero se acercó hasta ellas con paso firme, tratando de ocultar su inseguridad.

—Buenos días, soy Violeta Artés. Vengo a pintar un cuadro en la sala de reuniones. Me dijeron que preguntara por el responsable de subastas.

—Sí, claro. Un momento —contestó la mujer, fingiendo una sonrisa amable mientras descolgaba el teléfono—. En recepción hay una chica preguntando por usted. Dice que viene a pintar una de las salas.

La mujer colgó el teléfono y volvió a mirarla con aquella sonrisa forzada que le había mostrado hacía unos instantes.

—Enseguida baja. Puedes esperarle en esos sillones —explicó, señalando una zona con varios sofás y mesitas con revistas de arte.

Violeta se dirigió hasta donde le habían indicado y esperó pacientemente durante más de diez minutos. Cuando estaba a punto de preguntarle a la mujer si se habían olvidado de ella, oyó el sonido del ascensor. Fijó la vista en la puerta y apareció un hombre alto y elegante, trajeado. Se dirigió a paso rápido hacia ella y fijó sus ojos azules en los de Violeta. Sonrió y en sus mejillas se formaron unos pequeños hoyuelos. La chica no sabía dónde meterse. No podía creer que una única persona pudiera acumular tanta mala suerte.

—Vaya, si eres la hermana de Alicia… —dijo el hombre, tendiéndole la mano. Violeta tardó unos instantes en reaccionar y juntó su mano con la de él.

—Sí, Martin, ¿verdad? —logró decir la chica. El inglés al que le había soltado un pequeño sermón en la fiesta de cumpleaños su hermana. Qué oportuno.

—Veo que por lo menos recuerdas mi nombre —contestó él. Lo dijo tan serio que Violeta no supo si iba con segundas. Probablemente la había visto marcharse tan borracha de la fiesta que pensaba que no recordaría nada de aquella noche. Pero se acordaba perfectamente de lo impertinente que había sido con él en la terraza. Violeta se sintió terriblemente avergonzada y solo pudo asentir con una pequeña sonrisa—. Te mostraré un poco las oficinas y luego te enseñaré la sala en la que queremos que pintes el cuadro.

—Claro, gracias.

—¿Necesitas ayuda con eso? —preguntó Martin, dirigiendo la mirada hacia el maletín en el que llevaba todas sus herramientas y pinceles.

—Ah, no, no pesa demasiado… —Sin embargo, antes de que lograra acabar la frase, el hombre ya le había arrebatado el maletín de las manos. Violeta suspiró, exasperada. Claro, un *gentleman* no podía permitir que una dama cargara con algo de peso. Por favor, ¿de qué siglo había salido ese hombre?

Martin se dirigió al ascensor y la chica lo siguió a paso rápido, ante la atenta mirada de las recepcionistas, que parecían divertirse con la situación. La chica entró en el ascensor y Martin pulsó el número dieciséis. Violeta nunca había estado en un piso tan alto. Miró a través de las paredes de cristal del elevador, que subía a una velocidad vertiginosa.

—Al principio impresiona un poco, luego te acostumbras —dijo Martin, adivinando sus pensamientos.

—Me imagino que sí.

Salieron del ascensor y cruzaron por una puerta que dio paso a una gran sala diáfana, en la que había montones de mesas ocupadas por personas hablando por teléfono. Se respiraba movimiento y algo de estrés en los rostros de aquellos trabajadores.

—Este es el departamento de compras. Negocian el precio de los cuadros y piezas para las subastas.

Violeta asintió, alucinada. Aquella empresa era gigantesca.

—¿Todo esto es Laroche Auctions?

—No. La planta dieciséis es tan solo el departamento de subastas.

—¿Y eres el responsable de toda esta planta? —preguntó la joven, sin poder evitarlo. Por lo que la recepcionista había dicho era

obvio que sí. Martin parecía ser alguien importante allí y no quería meter la pata el primer día. Quería tener claro con quién estaba hablando.

—Sí —contestó, sin añadir nada más.

El hombre le enseñó los demás departamentos que conformaban aquella sección de la compañía y, por suerte, en ninguno de ellos se encontró con Alicia. Quizá no trabajaba en aquella planta. Eso sería un gran alivio.

—Y esta es la estancia en cuestión —dijo el hombre por fin, abriendo una puerta doble y dejando a la vista una enorme sala de juntas. La pared del fondo no estaba pintada como el resto, sino que estaba acondicionada para que empezara a trabajar cuando quisiera —. Espero que sea de tu agrado.

—Sí, por supuesto, está todo perfecto.

—Te dejo trabajar entonces —dijo, dejando el maletín sobre la mesa—. Hasta luego.

Lavinia se había llevado un bocadillo para comer. No le apetecía ir a la hamburguesería de al lado del trabajo. Le recordaba demasiado a Bruno. Hacía días que se sentía triste y apagada y ella no era así. Siempre tenía una sonrisa en los labios y algo interesante que hacer. Sin embargo, desde que le había dicho a Bruno que no quería verlo más, todo había cambiado. Nunca antes se había sentido así y no entendía qué le estaba pasando. Tampoco se atrevía a hablar de ello. Violeta ya estaba pasando por su propio calvario y no necesitaba más preocupaciones. Igualmente, tampoco sabía cómo explicárselo. Al fin y al cabo, era ella la que había escapado de él, la que había cortado de raíz los inicios de una posible relación. Suspiró y puso el cartel de cerrado en la puerta. Sacó su bocadillo del bolso y fue hasta la sala de atrás. Se lo comió a pequeños bocados, desganada. Cuando le quedaban apenas dos mordiscos, tocaron al timbre. Quizá se había entretenido demasiado y ya era la hora de comenzar la sesión de la tarde. Miró el reloj y se dio cuenta de que aún tenía tiempo. Frunció el ceño y se dirigió hasta la puerta, quizá era un nuevo cliente que no conocía los horarios. Sin embargo, se encontró con la mirada de Bruno al otro lado del cristal, que la observaba con sus grandes ojos marrones. Lavinia se avergonzó del aspecto que debía tener en aquel instante, con la bata manchada de aceite y el pelo sin peinar. Bruno pareció preocupado

al verla. Últimamente la joven dormía y comía poco, así que había perdido peso y las ojeras hablaban por si solas. Pudo leer en los labios de Bruno que le pedía que le abriera la puerta. Se lo pensó unos segundos y finalmente quitó el pestillo.

—Hola —la saludó con una voz más fría de lo que era habitual en él.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Lavinia, sin andarse con rodeos. Había sido muy clara con él.

—No puedo dejar de pensar en ti… —confesó el joven, dejando su orgullo a un lado.

—Creo que ya te dije que prefería que no nos viéramos más.

—No me puedo creer que no sientas nada.

—Bruno, no soy ese tipo de chica. No me enamoro locamente ni soy romántica. Lo siento. Será mejor que te marches.

—No voy a marcharme.

—¿Cómo?

—Quiero hacerme un masaje. No echarás a un cliente, ¿verdad?

Lavinia lo miró indignada.

—Está cerrado.

—Pero tú estás aquí.

—¿No has visto el cartel de la entrada? —espetó, señalando el cartel en el que se podían leer unas letras rojas que decían “cerrado”.

—Muy bien, ¿para cuando puedo tener hora?

Lavinia llevó los ojos al cielo ante su insistencia.

—Está bien. ¿El jueves a las 19h?

—Perfecto. Nos vemos el jueves.

Lavinia forzó una sonrisa mientras él salía por la puerta. No pensaba estar allí cuando volviera. Ya había tomado la decisión: le encargaría a la chica del turno de tarde que le hiciera ella el masaje.

Violeta había perdido la noción del tiempo. Había pasado un buen rato preparando todas sus herramientas y materiales, y ya había esbozado prácticamente un cuarto del lienzo cuando llamaron a la puerta de la sala. La joven se giró, un poco molesta. No le gustaba que la interrumpieran mientras trabajaba, pero tendría que acostumbrarse a ello. Al fin y al cabo, ahora no estaba en su taller del Boulevard Dell’arte ni en su pequeño estudio con Frida. Estaba en una empresa con cientos de trabajadores moviéndose por todos

lados.

—Adelante —dijo, al ver que nadie entraba. La puerta se entreabrió y Martin asomó la cabeza.

—Siento interrumpir —se disculpó, quizá sabiendo lo que Violeta había pensado.

—Tranquilo, ¿necesitáis hacer una reunión o alguna cosa aquí? —preguntó la joven.

—Ah, nada de eso. Venía a buscarte.

—¿Para qué?

—Vamos a salir a comer y había pensado que…

—¿Comer? ¿Pero qué hora es? —exclamó Violeta, mirando el teléfono móvil. Las dos y cuarto—. ¡Se me ha pasado la mañana volando!

—¿Entonces vienes? —Las tripas de Violeta rugieron a modo de respuesta.

—Sí —dijo, a la vez que se deshacía el improvisado recogido que se había hecho para estar más cómoda. Casi al instante se arrepintió de su respuesta. ¿Y si Alicia iba a comer con ellos? Sin embargo, tenía demasiada hambre como para declinar su invitación por evitar a su hermana. Además, sería casi inevitable que Alicia se enterara de su presencia en la empresa, Martin se lo acabaría diciendo más pronto que tarde—. ¿Va a venir Alicia también? —preguntó, con la máxima naturalidad de la que fue capaz.

—No. Esta semana está fuera de viaje —contestó. Violeta suspiró, aliviada. Martin se dio cuenta del detalle—. ¿No lo sabías?

—Ah… no —contestó—. No hablamos demasiado —concluyó, forzando una sonrisa con la que dio por concluidas sus explicaciones.

Martin no indagó más y guio a Violeta hasta la salida del edificio, en la que un hombre y una mujer los estaban esperando.

—¿Te acuerdas de Marta? —dijo Martin, señalándole a aquella elegante mujer a la que había conocido en la fiesta de cumpleaños.

—Es un placer volver a verte —dijo la mujer. Cruzaron una sonrisa formal.

—Igualmente —consiguió decir Violeta, aunque no podía centrarse en ella. No podía apartar los ojos del hombre que estaba a su lado, Carlos. El nuevo novio de su hermana. El novio secreto del que nadie en la empresa sabía nada. Y al que se suponía que no

conocía.

—Y él es Carlos, trabaja con tu hermana en el departamento legal de la sección de subastas —explicó Martin.

—Encantada —balbuceó Violeta, sin saber dónde meterse. El hombre tampoco parecía estar pasando un buen rato, pero le sonrió con formalidad y nadie notó nada extraño. Por lo que acababa de decir, si tanto él como Alicia trabajaban en el departamento de subastas, Martin era su jefe. Así que él era la última persona que debía enterarse de su romance secreto.

Fueron a comer a un restaurante cercano a la oficina. Servían menú diario y estaba lleno de ejecutivos. Era un lugar bonito y con cierto encanto, pero todo iba tan deprisa que Violeta se sintió mal por aquellos pobres camareros, que corrían estresados de un lado para otro, cargados con platos repletos de una comida que parecía exquisita y perfectamente presentada.

Hicieron sus pedidos y en apenas cinco minutos tenían los platos en la mesa. Cuando apenas había pegado un bocado, Marta trató de entablar una conversación con ella.

—Entonces, ¿eres pintora?

—Sí —contestó Violeta, con la esperanza de que aquella conversación no se torciera demasiado. Se sentía completamente fuera de lugar.

—¿Estás pintando tu cuadro en nuestra sala? ¡Me parece una idea genial!

—Bueno, en realidad no es mi cuadro. Es una reproducción.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy pintando *El Jardín de las Delicias*.

—¿Ese es el nombre que le has puesto? —preguntó la mujer, con una sonrisilla ingenua. Violeta trató de mantener la calma. Al parecer, aquella mujer no tenía ni idea de arte ni de lo que era una reproducción.

—No —contestó Martin, para su sorpresa—. Lo que Violeta está haciendo es reproducir un cuadro famoso de otro pintor —explicó.

—¿Una copia? —preguntó Marta, extrañada. A Violeta le pareció detectar una nota de desprecio en su voz.

—Sí, una copia —dijo fríamente, frunciendo los labios. Marta detectó que había tocado un tema delicado y decidió callar.

—¿Y qué tal tu primer día? —dijo entonces Carlos, tratando de

romper un poco el hielo y evaporar la tensión.

—Bien, aunque impresiona un poco.

—Sí, tanta gente nueva puede ser intimidante, pero hay muy buen ambiente, ya lo irás viendo —explicó el chico, con una sonrisa. Violeta pudo ver por qué Alicia había elegido estar con él. Aunque no fuera especialmente atractivo, era amable. Además, detrás del traje parecía que se escondía un hombre bondadoso. Le devolvió la sonrisa.

—¿Y tienes tu propia galería? —preguntó de repente Marta. La curiosidad era superior a ella. Violeta le dirigió una mirada seca, pero respondió. No quería ser grosera con ella.

—Todavía no —contestó.

—Trabajar aquí podría ayudarte con eso. Al fin y al cabo, compramos muchos cuadros y tenemos buenos contactos.

Martin observaba la situación en silencio, recordando cómo Violeta había reaccionado ante su oferta de ayudarla.

—No estoy aquí por negocios ni por conseguir contactos —espetó, molesta—. El arte es algo más que eso.

—Pero si no te mueves en los círculos adecuados será muy difícil que…

—Bueno, será mejor que volvamos a la oficina —interrumpió Martin, sin quitar la vista de Marta, que entendió el mensaje. Violeta se levantó y fue a la caja a pagar, incapaz de quedarse en esa mesa por más tiempo. Los demás hicieron lo mismo, pero cuando salieron a la calle, la joven ya se había marchado hacia el edificio a paso rápido, indignada.

CAPÍTULO 9

Violeta pasó dos días sin hablar prácticamente con nadie más que no fuera Frida. Evitaba a Martin, Marta y Carlos por todos los medios. Después de aquella incómoda comida, había decidido llevarse bocadillos o fiambreras sencillas para comer tranquilamente en su lugar de trabajo, sin nadie que la molestara. Martin no había vuelto a preguntarle si quería salir a comer con ellos y, aunque era un alivio porque así no debía rechazar su oferta, en el fondo le parecía bastante desconsiderado por su parte. A media mañana, llamaron a la puerta de la sala.

—Adelante —dijo, interrumpiendo el dibujo. Todavía estaba esbozando los numerosos detalles del cuadro.

—Buenos días —saludó Martin, con una pequeña sonrisa.

—Hola —contestó ella, algo fríamente.

—Venía a ver cómo te iba —explicó. Violeta frunció el ceño. ¿Era realmente interés por su trabajo o simplemente venía a controlar cómo iba el lienzo?

—Ya estoy acabando el boceto —contestó, apartándose hacia un lado para que el hombre lo pudiera ver bien.

—Es impresionante la cantidad de detalles que hay… —murmuró él, aproximándose y observándolo más de cerca.

Violeta sonrió. Quizá al fin y al cabo sí que era genuino interés por su trabajo y no una visita de control.

—Quería disculparme —dijo él, de repente, apartando la vista del lienzo y fijándola en ella. La joven se dio cuenta de lo intimidantes que eran aquellos ojos azules, que parecía que supieran lo que pensaba.

—¿Por qué?

—Marta estuvo muy desacertada el otro día.

—No tienes que disculparte por algo que tú no has hecho —contestó ella.

—En realidad, no dijo nada que yo no te dijera en aquella fiesta —continuó.

—Ya…

—Me imagino que debes estar harta de oír siempre lo mismo.

—Un poco —contestó ella, riendo.

—Lo siento. Supongo que no te apetecerá venir a comer con nosotros.

—Tengo mucho trabajo aquí… —se excusó la joven. Aunque no tenía ninguna intención de volver a ir a comer con ellos, por lo menos él se había molestado en preguntar. Supuso que no lo había hecho antes por miedo a su reacción.

—Entiendo —repuso él, empezando a cerrar la puerta.

—Pero gracias —añadió.

Él sonrió y desapareció de la sala.

El jueves por la mañana Lavinia estaba nerviosa. No entendía muy bien por qué. Ya había acordado con la chica del turno de tarde, María, que le haría el masaje a Bruno mientras ella se marchaba a hacer unos recados. Aunque los masajes no eran su especialidad, María no había preguntado demasiado y había accedido a la petición de Lavinia sin ponerle problemas. Sin embargo, Lavinia sentía en su interior que deshacerse de él no sería tan fácil y que algo iba a pasar.

Su teléfono móvil sonó y la sacó de sus pensamientos. Se le detuvo el corazón al ver que era María. No podía ser nada bueno. Descolgó el teléfono y no tardó en darse cuenta del porqué de aquella llamada. La voz de María sonaba congestionada y nasal.

—Buenos días Lavinia. Lo siento, he cogido un buen catarro.

—¡Pobrecita! —exclamó—. Quédate en casa y descansa el tiempo que necesites, ¿vale?

—Muchas gracias.

—No hay de qué. Mejórate.

Lavinia colgó el teléfono y sintió que todo le daba vueltas. Se estaba mareando. Quizá fuera la cruda realidad. Esa misma tarde Bruno vendría a hacerse un masaje y se había quedado sin la ayuda de María. Tendría que hacerle el masaje ella misma.

Las horas pasaron deprisa y, sin apenas darse cuenta, el reloj dio las siete de la tarde. La hora en la que Bruno entraría por aquella puerta. Al ver que no aparecía, Lavinia tuvo la esperanza de que se lo hubiera pensado mejor. Quizá se había percatado de lo ridícula que era la situación y había decidido no presentarse. Sin embargo, antes de que pudiera ilusionarse demasiado, la puerta se abrió. Y

allí estaba él, con una sonrisa decidida.

—Buenas tardes, Lavinia.

—Hola, Bruno. Acompáñame —dijo, llevándole a la sala de masaje. El hombre la siguió sin decir nada. Al entrar en la sala los dos se quedaron unos segundos en silencio, recordando lo que había pasado allí tan solo dos meses atrás.

—Quítate la ropa y túmbate en la camilla —ordenó Lavinia, de la manera más neutra que fue capaz. Bruno no dijo nada—. Vuelvo en cinco minutos.

Lavinia salió de la sala para darle tiempo a cambiarse y trató de calmarse. Sería un masaje como cualquier otro. Era una profesional. Cuando pasó un tiempo prudencial entró de nuevo en la sala y se encontró al chico tumbado boca abajo con una toalla cubriendo sus nalgas. Miró su espalda, recordando la de veces que la había recorrido con caricias. Trató de despejarse y se untó las manos con aceite. Luego, se acercó hasta él y tocó su piel. No pudo evitar cerrar los ojos al sentirlo de nuevo. Pasó diez minutos recorriendo su cuerpo en silencio, concentrada en su trabajo, intentando no pensar.

—Lo haces muy bien —dijo Bruno, de repente. En los dos meses que habían estado juntos, ella nunca le había dado ningún masaje. Quizá había sido por miedo a crear un vínculo con él. Sin embargo, había pasado de todas formas. Bruno se había enamorado de ella.

—Gracias —contestó.

—¿Por qué no quieres verme más? —dijo, sin poder evitarlo—. Te prometo que no te pediré nada serio.

—No puedo hacer eso, Bruno. Te haría daño —respondió Lavinia, sorprendida de nuevo ante la ingenuidad de aquel chico.

—Ese será mi problema, no el tuyo. Es mi decisión.

—No —respondió tajantemente. Sin embargo, sintió que se le nublaba la vista casi al momento. Tuvo que apoyarse en el mueble para no caer al suelo. Bruno se dio cuenta enseguida.

—¿Lavinia? ¿Estás bien? —dijo el chico, levantándose de la camilla y acercándose hasta ella.

—No sé qué… —Sin embargo, Lavinia no pudo terminar la frase. Se desvaneció y Bruno la sostuvo como pudo para evitar que cayera al suelo.

—¿Lavinia? ¿Me oyes?

La chica no respondió. Bruno la llevó rápidamente a la camilla y le mojó la cara con agua a la vez que llamaba a una ambulancia, asustado y con las manos temblorosas. ¿Quizá había forzado demasiado la situación?

Lavinia abrió los ojos desconcertada. Miró a su alrededor y descubrió que se encontraba en la blanca e impoluta habitación de un hospital. Se encontró con la mirada preocupada de Bruno, que le sostenía la mano.

—Bruno, ¿qué ha pasado?

—Te has desmayado.

—¿Cómo? —preguntó sin comprender demasiado bien.

—Estábamos en el centro de belleza y de repente te encontraste mal. Acabaste desmayándote —explicó. Lavinia frunció el ceño.

—¿Y el médico? ¿Saben qué me pasa? —preguntó asustada.

—Te han hecho unos análisis, me han dicho que en un rato tendrían los resultados.

Casi como si hubieran estado coordinados, un médico apareció por la puerta. Debía de rondar los cincuenta años y llevaba unas gafas de pasta de color lila que desentonaban un poco con el aspecto serio de su rostro.

—Buenas noches, Lavinia —dijo, consultando su nombre en el informe.

—Hola…

—¿Es usted su marido? —preguntó, dirigiendo la vista hacia Bruno.

—No.

—Verá, lo que voy a hablar con ella es confidencial. —El médico se giró de nuevo hacia Lavinia—. ¿Prefiere que espere fuera? —le preguntó. La joven asintió con la cabeza. Si estaba enferma no quería que Bruno se enterara. El chico pareció algo desconcertado, pero se marchó al pasillo sin rechistar.

—Bueno —dijo el médico cuando Bruno se hubo marchado. Se sentó en una silla al lado de la cama y la miró por encima de las gafas—. Lo primero que debe saber es que no está enferma. —Lavinia suspiró, aliviada.

—¿Entonces solo ha sido una bajada de tensión? A veces me pasa…

—No, es algo un poco más importante que una bajada de

tensión —contestó, con una sonrisilla—. Está usted embarazada.

Lavinia sintió que le fallaban las fuerzas. ¿Embarazada? No podía ser…

—Pero no es posible…

—Le aseguro que está usted muy embarazada. ¿No ha notado nada extraño con su periodo?

—Sí, pero pensé que era un retraso. La verdad es que últimamente he perdido algo de peso y he dormido muy mal… así que pensé que…

—Pues no. Su insomnio y sus pocas ganas de comer son un claro síntoma de embarazo. Igual que los mareos.

Lavinia se tapó la boca, al darse cuenta de que era real, no era ningún error.

—¿De cuánto…?

—Dos meses. El bebé está perfectamente, puede irse a casa cuando se sienta con fuerzas. No hace falta que guarde reposo, pero tómese las cosas con calma.

—Gracias —dijo finalmente, sin saber qué más decir.

Cuando el médico desapareció por el pasillo, Bruno entró por la puerta con cara de preocupación. El padre de su hijo. Estaba completamente horrorizada. Nunca se había planteado tener hijos. No era algo que ligara con su estilo de vida. No le gustaban las ataduras. Y esa era la mayor atadura del mundo. Suspiró y trató de calmarse. Bruno no tenía que notar nada.

—¿Estás bien?

—Sí, tan solo ha sido una bajada de tensión. Puedo volver a casa.

—Te acompaño.

Lavinia no tenía fuerzas para rechazar su ayuda, así que asintió y se incorporó en la cama, hacia un camino completamente incierto para ella.

El resto de la semana pasó a una velocidad vertiginosa. Violeta ni si quiera se dio cuenta del paso de los días. Estaba tan concentrada en el cuadro que apenas recordaba comer o dormir. Era viernes por la tarde y no quedaba casi nadie en las oficinas de Laroche Auctions. Todos se habían marchado ya, camino a un nuevo fin de semana repleto de planes. En cambio, Violeta no tenía ninguna intención de salir de allí pronto. No quería cortar aquel momento de inspiración

en el que se encontraba. Veía que la luz de la calle iba desapareciendo, dando pie a un bonito atardecer, pero no le importaba. No veía más allá de los colores, de las formas, del olor de la pintura.

La puerta de la sala se abrió de repente y Violeta dio un respingo, asustada. Pensaba que no quedaría nadie allí a esas horas. Se volvió y se encontró con la cara pasmada de Martin.

—Perdona —dijo al darse cuenta del susto que se había llevado la chica—. Pensaba que no había nadie en la oficina.

—Yo también —contestó ella, con una sonrisa.

—Has avanzado mucho —exclamó él, al ver el estado del lienzo, en el que ya empezaba a haber alguna pincelada de color.

—¿Venías a ver el cuadro? —preguntó ella, algo sorprendida.

—Sí. En realidad, vengo cada día —confesó.

—¿De verdad? No te he visto.

—Suelo venir cuando ya no queda nadie.

—¿Siempre te vas el último a casa? —preguntó.

—Sí, se puede decir que soy un *workaholic*, un adicto al trabajo.

—Ya somos dos —dijo ella.

—¿Te molesta que venga?

—No, para nada.

—Me gusta ver cómo se va formando día a día. Nunca antes había visto a alguien hacer un cuadro y siento curiosidad. —Violeta volvió a sonreírle. Quizá se había equivocado al juzgar a aquel hombre. Parecía realmente interesado—. ¿Te queda mucho? —preguntó entonces—. Tengo que cerrar y poner la alarma antes de irme.

—Claro, ya estaba recogiendo —mintió la chica, empezando a limpiar sus pinceles.

—¿Te ayudo? —preguntó.

—No, podrías mancharte el traje de pintura.

El hombre no dijo nada más. Se quedó apoyado en la pared con los brazos cruzados, observando a aquella extraña pelirroja. Martin había trabajado en empresas de subastas de arte y piezas antiguas casi toda su vida, pero nunca había estado en contacto directo con un artista y estaba descubriendo cosas fascinantes.

Cuando la chica terminó, cerró su maletín y se quitó la bata manchada de pintura, dejando al descubierto un sencillo vestido

negro. Se soltó el cabello y se dirigió hacia la puerta, donde se encontraba el hombre.

—Ya estoy —dijo. Bajaron por el ascensor en silencio y salieron a la recepción, en la que tampoco había ni un alma. Violeta estaba a punto de salir por la puerta circular de cristal cuando el hombre habló.

—Me preguntaba si te apetecería ir a tomar algo esta noche —sugirió con formalidad. Violeta se quedó unos instantes sin reaccionar.

—Pensaba que tendrías montones de amigos con los que quedar un viernes —dijo la joven cuando se repuso de la sorpresa. Martin siempre estaba rodeado de gente que parecía adorarle.

—Sí, pero ninguno como tú. —Violeta se ruborizó—. Quiero decir que ninguno es artista —añadió rápidamente el hombre, al darse cuenta de cómo había sonado su comentario. La joven pareció relajarse. No tenía planes y llevaba días sin hablar prácticamente con nadie, así que accedió.

—Vale —dijo—. Aunque tendría que pasar por casa, tengo que darme una ducha —explicó, mostrándole sus manos llenas de pintura.

—Por supuesto. ¿Quieres que pase a buscarte más tarde?

—No te preocupes, vivo en el centro de la ciudad —dijo rápidamente. No quería que aquel hombre viera el edificio ruinoso en el que vivía.

—¿Dónde te apetece ir?

—Me da igual.

—Entonces será sorpresa. ¿Quedamos en la plaza central a las ocho? —preguntó Martin.

—Perfecto. Hasta luego —contestó ella, con una sonrisa.

La joven se dirigió hacia su furgoneta y aceleró rápidamente, para llegar a su pequeño estudio cuanto antes. Tenía menos de una hora para ducharse, arreglarse y llegar a la plaza.

Cuando llegó a casa, se encontró con Lavinia tocando el timbre en la entrada de su edificio.

—Hola —dijo su amiga al verla—. Pensaba que estarías en casa.

—Acabo de llegar del trabajo —explicó, abriendo la puerta para subir hasta su piso. Las dos entraron al estudio y Frida las recibió entre maullidos y refregones, reclamando comida. Lavinia le puso

de comer mientras Violeta dejaba el maletín del trabajo sobre el escritorio.

—¿Pedimos un chino y vemos una peli? —preguntó Lavinia. Quería contarle a su amiga su terrible descubrimiento.

—He quedado —contestó Violeta—. Lo siento, no sabía que querrías una noche de chicas —se disculpó con una sonrisa—. Puedo cancelarlo si quieres —dijo rápidamente. Sin embargo, Lavinia no parecía sentirlo en absoluto.

—¡Ni se te ocurra anularlo! ¿Con quién has quedado? —preguntó abriendo los ojos como platos y con una sonrisa de oreja a oreja. Lo suyo podía esperar. Por fin parecía que Violeta dejaba el recuerdo de Marcos atrás y no quería fastidiarle la noche con sus preocupaciones.

—No es nada, tan solo voy a tomar algo con alguien de la oficina.

—¿Cómo que no es nada? ¿Pero quién es? —la interrogó, muerta de curiosidad. Violeta la miró algo avergonzada.

—¿Recuerdas la fiesta de Alicia?

—Ajá —musitó Lavinia, todavía impaciente.

—Aquel hombre con el que me discutí en la terraza…

—¿El inglés? —preguntó Lavinia, alucinada.

—El mismo.

—Pero dijiste que era un *snob* y…

—Ya lo sé. Encima es el jefe de Alicia.

—¿Su jefe? Pensaba que eran amigos.

—Sí, eso pensé yo también. Si no, no le hubiera soltado todo aquello en la terraza…

—Bueno, sea como sea, pareció fijarse en ti.

—No. Tan solo es una salida de trabajo. Parece más bien interesado en el arte.

—Vamos, ¿de verdad crees que solo está interesado en la pintura? —dijo Lavinia, poniendo los ojos en blanco—. Quizá sea alguien que aprecie el arte, pero podríais hablar de ello en la oficina, ¿no? Quiero decir que no necesitáis salir a tomar algo para eso.

—Ay, me estás poniendo nerviosa —espetó Violeta—. Me voy a duchar.

—Muy bien, de mientras yo te elijo un modelito. Lo dejarás

pasmado.

—No te pases, no quiero que piense que quiero algo con él —dijo desapareciendo tras la puerta del baño.

—Si hacéis algo, asegúrate de usar protección —dijo, sin poder evitarlo. Violeta se echó a reír.

—Vamos, que no pasará nada entre nosotros. Pareces mi madre.

CAPÍTULO 10

Violeta corría por las calles del centro de la ciudad. Llevaba un entallado vestido de color azul marino con escote en forma de uve. Cuando Lavinia la había obligado a ponérselo, la joven pensó que era demasiado sexy para una salida de trabajo, pero no había tenido tiempo de cambiarse o de buscar una alternativa. Llegaba tarde. Caminaba lo más deprisa que podía teniendo en cuenta aquellos dichosos tacones. Desde la lejanía vio la plaza en la que había quedado con Martin. Lo divisó entre los árboles, sentado en un banco y mirando el reloj. Maldita puntualidad británica. Aprovechó para observarle. Llevaba una camisa azul cielo arremangada y con algún botón desabrochado, acompañada de unos tejanos oscuros. Violeta nunca lo había visto sin traje y aquel toque de informalidad le pareció gracioso. Se acercó hasta él, resoplando.

—Hola. Siento llegar tarde —se disculpó, apartándose el pelo de la cara. Martin se quedó unos segundos sin habla, tratando de mantener la vista en los ojos de la chica, como si no se hubiera percatado de aquel vestido que le quedaba como un guante. Siempre la había visto con ropa cómoda o batas llenas de pintura. No esperaba que detrás de aquella pintora hubiera una mujer tan espectacular.

—Buenas noches —saludó cuando se recuperó. No le dio importancia a su demora—. ¿Has cenado?

—Eh… no —contestó algo descolocada. Pensaba que tan solo irían a tomar algo.

—¿Tienes hambre?

—Un poco —contestó con una sonrisa tímida.

—Conozco un sitio que está muy bien por aquí cerca. ¿Te gusta la pasta?

—¡Me encanta!

—Hacen los mejores espaguetis de la ciudad, ya verás.

Caminaron un par de calles. Violeta no sabía de qué hablar con él. Las veces que se habían visto habían estado con más gente o simplemente habían charlado sobre arte. No pensaba que tuvieran

nada más en común que aquello. Llegaron a un bonito restaurante típicamente italiano. Era un local muy pequeño, con tan solo seis mesas. La luz era tenue y había tres parejas cenando, iluminadas con luz de velas y bonitas flores en las mesas. Al entrar, Violeta percibió un olor exquisito. Hacía algo de calor, aunque quizá fueran los nervios.

—Buenas noches —saludó alegremente un hombre joven con acento italiano—. ¿Mesa para dos?

—Sí, gracias —contestó Martin.

Los sentaron en la mesa más apartada de todas, en una esquina. Violeta sentía que se ponía cada vez más nerviosa. ¿En qué momento aquello se había convertido en una cita en mayúsculas? No quería tener ningún malentendido con el jefe de su hermana. Además, también era su cliente. No podía comportarse como una quinceañera. Sin embargo, ahora no podía echarse atrás. Ya estaba allí. Cenarían, tomarían algo y se marcharía rápido a casa, sin dar pie a nada más.

—¿Qué me recomiendas? —preguntó Violeta después de haberle echado un vistazo a la carta.

—Los espaguetis, sin duda. Al menos, es lo que me voy a pedir yo —dijo Martin con una sonrisa que le pareció demasiado atractiva.

Pidieron dos platos de espaguetis y una botella de lambrusco. Violeta empezó a sentir que el vino se le subía a la cabeza y decidió frenar un poco el ritmo. No quería que pensara que tenía algún problema con el alcohol.

—¿Llevas mucho tiempo pintando? —preguntó el hombre.

—No recuerdo cuando empecé —dijo Violeta, con ojos soñadores—. Siempre ha sido mi pasión. Desde niña iba a clases de pintura entre semana y me pasaba todos mis ratos libres haciendo dibujos y pintando cuadros.

—¿Por eso te dedicaste a ello?

—Creo que no hubiera sabido hacer otra cosa. Mis padres intentaron convencerme de que buscara una profesión más… estable.

—Pero seguiste tu vocación —añadió Martin con una sonrisa.

—Pensarás que estoy loca…

—Al contrario, me parece muy valiente.

—¿Y tú? ¿Qué estudiaste?

—Dirección de empresas.

—¿Siempre quisiste trabajar en una oficina? —preguntó la joven, con curiosidad.

—No. En realidad, quería ser arqueólogo. Me fascinan las antigüedades y culturas pasadas.

—¡Me estás tomando el pelo! —contestó Violeta, riendo.

—No, en serio. Pero me faltó valor para dedicarme a ello, así que ahora trabajo en una empresa que subasta antigüedades y cuadros.

—Algo es algo —dijo la chica.

—Sí, disfruto mucho preparando las subastas y viendo todas esas magníficas obras de arte.

—¿Organizas tú mismo las subastas? —preguntó, extrañada.

—No, en realidad hay un departamento que se dedica a eso, pero una vez al mes se hacen subastas privadas para los clientes más importantes y esas sí que las gestiono personalmente.

—¿Tenéis clientes VIP?

—Sí. Alucinarías con lo que alguna gente llega a pagar por esas antigüedades.

—Me encantaría verlo por un agujerito.

—Si te apetece, puedes venir a la próxima que hagamos.

—¿En serio?

—Por supuesto —contestó Martin. Violeta sintió que se estaba metiendo en un buen lío. Estaba hablando demasiado y en vez de alejarse de él y tomar una actitud distante estaba abriéndose y aceptando invitaciones que sabía que debía declinar.

—¿Cuántos años llevas aquí? —preguntó la joven, tratando de cambiar de tema.

—Más de diez. Vine a hacer un máster y me enamoré de esta ciudad. Y ya no volví a mi país.

—¿No lo echas de menos?

—La lluvia, el frío, el carácter distante de los ingleses… ¡en absoluto! Lo único que realmente echo en falta es a mi familia.

—¿Te llevas bien con ellos?

—Sí, son un encanto. Sobre todo, mi hermana pequeña, Helen.

—¿Es mucho más pequeña que tú?

—Nos llevamos ocho años. Debe de tener tu edad.

—Soy mayor de lo que aparento, ¿eh? —repuso Violeta con una sonrisa.

—Apuesto a que no llegas a los treinta.

Violeta rio. Tenía razón. Tan solo tenía veintisiete años.

—¿Y cuánto tiempo hace que trabajas en *Laroche Auctions*?

—Casi los mismos que llevo aquí —contestó—. Es como mi segundo hogar. ¿Y tú? ¿Llevas mucho haciendo réplicas?

—No, en realidad estoy empezando. Hace solo unos tres meses que entré en la empresa de Lucrezia.

—Es una mujer encantadora.

—¿La conoces? —preguntó la joven.

—Sí, hemos colaborado ya alguna vez con ella y en ocasiones nos ayuda con las subastas de arte. De hecho, fui yo quien le pedí la réplica para la sala de reuniones.

—¿Elegiste tú mismo el cuadro?

—Sí, siempre me ha gustado.

—¿Y lo has visto en directo? Impresiona todavía más —explicó Violeta, emocionada.

—No, nunca he encontrado el momento de ir hasta Madrid para verlo.

—Creo que ahora está en una exposición temporal aquí. ¡Es tu gran oportunidad!

—¿Me acompañarías? Serías una guía perfecta. Yo no sabría en qué detalles del lienzo fijarme.

—Claro —dijo Violeta, con una sonrisa algo tensa. No significaba nada, se repitió. Sería una estricta visita de trabajo para ver el original del cual estaba pintando la réplica.

Cuando acabaron de cenar, dieron un paseo por las calles del centro de la ciudad. Era una noche preciosa, pero ya empezaba a refrescar y la piel de Violeta se estremeció al sentir el aire frío.

—¿No has traído chaqueta? —preguntó Martin, que se percató enseguida.

—No, con las prisas se me ha olvidado —contestó riendo—. Pero no te preocupes, estoy bien.

—Lo siento, debería haberte dejado más tiempo —repuso Martin. Él tampoco llevaba nada más que una simple camisa.

—Ah, no, no es culpa tuya. ¿A dónde vamos? —preguntó Violeta, reconociendo las calles por las que caminaban. Estaban

adentrándose en la zona de copas que solía frecuentar con Lavinia.

—Hay un sitio nuevo aquí cerca.

—¿El Morfeus? —preguntó Violeta, temiéndose la respuesta.

—¡Sí! ¿Has estado?

—Fui el sábado pasado con Lavinia.

—Lavinia… ¿la chica que estaba contigo en la fiesta?

—La misma.

—¿Te apetece ir allí entonces? No he estado todavía, pero me han dicho que está muy bien.

Violeta dudó unos instantes. Allí había sido donde se había encontrado con Marcos una semana atrás. ¿Y si volvía a estar allí? Se recriminó a sí misma sus inseguridades. Ella no había hecho nada malo y no iba a dejar de ir a ningún sitio por miedo a verlo.

—Claro —acabó diciendo.

Caminaron algunos metros más y vieron las luces azuladas que iluminaban el cartel de aquella coctelería. Nada más entrar, Violeta miró a su alrededor para inspeccionar a la gente que allí se encontraba. No vio rastro de Marcos por ningún lado y se relajó. Cuando quiso darse cuenta, Martin había desaparecido de su lado. Se encontraba en la barra pidiendo un par de bebidas. Violeta fue hasta él. Ya había bebido demasiado lambrusco y quería pedirse un refresco para evitar decir tonterías aquella noche. Sin embargo, llegó demasiado tarde. Martin ya había pedido dos *gin tonics*. El hombre le tendió uno de ellos con una sonrisa y Violeta no fue capaz de rechazar la invitación. Se llevó la bebida a los labios. Notó la acidez cítrica en la lengua y arrugó un poco la nariz. Nunca le había gustado demasiado esa bebida, no entendía por qué tenía tanto éxito.

—No te gusta, ¿verdad? —preguntó Martin, riendo al ver su cara.

—Ah… sí, es solo que está un poco fuerte —contestó ella, pero Martin no se lo creyó.

—Entonces te pediré otra cosa, ¿qué te apetece? —dijo, arrebatándole la copa de la mano con una sonrisa traviesa.

—No, nada. Me beberé este —replicó con seguridad, recuperando la copa de sus manos.

—Pues la segunda la eliges tú —contestó. Violeta sonrió, pero no le dijo que no tenía ninguna intención de tomarse una segunda

copa. Se acabaría el *gin tonic* y después regresaría a casa—. ¿Quieres ir al piso de abajo? —preguntó Martin. Violeta se encogió de hombros y lo siguió hasta la discoteca que se encontraba en el piso inferior. Era temprano y todavía no había demasiada gente, así que no se atrevió a bailar libremente. Se limitó a moverse discretamente de un lado a otro algo nerviosa. Como no sabía qué decir, en pocos minutos se terminó su bebida. Martin todavía tenía la suya por la mitad. Miró la copa vacía de la chica y sonrió negando la cabeza. La música estaba muy alta y se acercó a ella para poder hablarle. Violeta dejó de respirar al sentir su rostro tan cerca de su cuello.

—¿Qué te apetece? —le preguntó al oído. Violeta lo miró a los ojos y se quedaron muy cerca el uno del otro, sin moverse, sin parpadear. Martin puso su mano en la cintura de Violeta y la joven sintió una química que no podía seguir negando. Sin embargo, antes de que pudiera hacer nada, oyó una voz que la llamaba a sus espaldas.

—¿Violeta?

La joven se apartó de Martin cómo si la hubieran pillado robando y se quedó petrificada al toparse con la mirada inquisitiva de un hombre que se había acercado hasta ellos.

—Marcos —susurró la joven, sin saber dónde meterse. Era la última persona a la que deseaba ver en aquel momento.

—¿Cómo estás? No contestaste a mi mensaje… —dijo él.

—No creo que merecieras una respuesta —espetó con dureza. Después, Violeta miró a Martin, que observaba la situación sin comprender lo que estaba pasando—. ¿Nos vamos?

—Sí, claro —respondió Martin, completamente descolocado.

—Violeta, espera —suplicó Marcos, agarrándola del brazo. La joven trató de deshacerse de él, pero la sostenía con fuerza.

—No me toques.

—¡Tienes que escucharme! —añadió, sin dejarla ir.

—Yo creo que no —intervino Martin al ver la insistencia del hombre—. Te ha pedido que la sueltes.

—¡Tú no te metas! —espetó Marcos, con cara de desprecio.

Martin no dijo nada, pero lo miró de tal forma que Violeta temió por un instante que se enzarzaran en una pelea allí mismo. Sin embargo, Marcos pareció darse cuenta del ridículo espantoso que

estaba haciendo. Soltó a Violeta y desapareció por las escaleras tan rápido como había aparecido.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿Quieres que nos marchemos?

Violeta asintió y empezó a caminar hasta la salida del local, sintiendo los pasos de Martin tras de ella. Cuando salieron a la calle, respiró una bocanada de aire fresco. De repente, le había entrado calor. Caminaron unos metros hasta una calle más tranquila y Violeta se apoyó contra una pared. Suspiró.

—Estás en pleno derecho de no contestarme si no quieres —dijo Martin—. Pero tengo que preguntártelo, ¿quién era ese?

—Mi ex —respondió Violeta.

Martin no dijo nada y miró al cielo estrellado, como buscando una respuesta. Sin embargo, no encontró nada que decir y guardó silencio. Violeta sacó un cigarro de su bolso y lo encendió. No había vuelto a fumar desde la fiesta de Alicia.

—¿Nunca has pensado en dejarlo? —preguntó Martin, mirando el cigarrillo.

—Hace meses que dejé de fumar —dijo la chica.

—¿Entonces? —replicó él, riendo.

—Tienes razón —respondió, apagándolo sin haber dado ni si quiera una calada—. Me he puesto tan nerviosa… —confesó en un susurro, llevándose las manos a la cara.

—Tranquila, ya estamos lejos de ahí —dijo Martin. Lo que Violeta no le dijo fue que no tan solo Marcos la había puesto nerviosa. También la química que había sentido al tener a Martin tan cerca había despertado algo en ella que creía muerto desde hacía meses. Ilusión. Sin embargo, la aparición de Marcos no había hecho más que reafirmar algo que llevaba rondando en su cabeza toda la noche: todavía era demasiado pronto para pensar en alguien más.

—Creo que será mejor que me vaya a casa —dijo la chica finalmente. Martin asintió.

—¿Te acompaño? Tengo el coche cerca.

—No, vivo aquí al lado.

—Pues vamos andando —sugirió él. Violeta hizo una mueca y empezó a caminar en dirección a su casa a paso lento. No quería que Martin descubriera el viejo edificio en el que vivía. Aunque el hombre era mucho más cercano de lo que había imaginado, no

dejaba de ser un pez gordo dentro de *Laroche Auctions*. Tendría más dinero del que ella podía imaginar. La joven se sentía todavía peor por avergonzarse de su propia casa. Una persona no se define por lo que posee, sino por quién es, se dijo a sí misma. Sin embargo, aquello era más fácil pensarlo que actuar en consecuencia.

—Es en esta misma calle —dijo deteniéndose cuando estuvieron a unos metros de distancia de su estudio. Martin parecía tener intención de insistir en acompañarla hasta la puerta, pero vio la mirada decidida de Violeta y no quiso ser pesado.

—Buenas noches, Violeta —dijo Martin, con una sonrisa.

—Buenas noches —contestó la joven, desapareciendo entre las brumas que empezaban a emerger de la noche.

CAPÍTULO 11

El sábado Violeta se despertó tarde. Después de todas las emociones del viernes noche, había caído rendida en su colchón y no había abierto los ojos hasta el mediodía del día siguiente, cuando Frida había saltado sobre ella maullando. Tenía hambre. Violeta se quejó. Le dolía la cabeza, pero salió de entre las sábanas y se puso las zapatillas y un fino batín sobre el pijama de verano. Todavía no había hecho el cambio de armario. Se arrastró hasta la cocina y puso pienso en el cuenco de Frida, que empezó a comer satisfecha. Violeta no tenía hambre, así que se limitó a prepararse un café caliente para ver si conseguía activarse.

Su teléfono móvil sonó antes de que se lo hubiera terminado. Dejó la taza sobre el mármol y contestó la llamada.

—Buenos días, Lavinia —dijo adormilada, al ver su nombre en la pantalla.

—¿Te acabas de levantar? —preguntó su amiga, risueña.

—Sí.

—Vaya, eso es que trasnochaste mucho ayer… —sugirió con voz pícara.

—No demasiado. Estaba cansada.

—¿Entonces no pasó nada con el inglés? —preguntó Lavinia con una nota de decepción en la voz.

—No —respondió Violeta, llevando los ojos al cielo.

—¿Quedamos esta tarde? Quiero todos los detalles —murmuró Lavinia con picardía. Violeta se echó a reír.

—Claro, ven a casa cuando quieras.

—Genial, yo también tengo algo que contarte —dijo misteriosamente. Violeta quiso preguntarle más, pero ya había colgado el teléfono. Suspiró y fue hasta el sofá. Cogió la libreta que tenía sobre la mesita y un lápiz. Le apetecía dibujar. Dejó que su mano guiara los trazos a sus anchas y casi se sorprendió al ver el resultado una hora después. Los trazos formaban un rostro de hombre. Era atractivo, con una cara fina y elegante. Sus ojos miraban hacia un lado distraídamente y en sus labios se dibujaba

una pequeña sonrisa. Solo faltaba un detalle. Punteó unas pequeñas pecas alrededor de su nariz y sonrió satisfecha con el resultado. Después, firmó con una pequeña uve en la parte inferior derecha y observó el rostro de Martin durante unos instantes. Había captado su esencia. Se ruborizó y escondió el dibujo en su carpeta rápidamente, no quería que nadie lo encontrara.

No le apetecía nada cocinar, así que pidió una pizza a domicilio. Golpearon en la puerta y fue a abrir. Sin embargo, no era el repartidor. Era Lavinia.

—Hola, no podía esperar más.

Violeta rio y se apartó para que su amiga pasara.

—¿Has comido?

—Sí, una triste ensalada.

—He pedido una pizza, puedo compartir —contestó con una sonrisa.

—Estoy a dieta —mintió. No podía contarle todavía que el olor a queso le daba náuseas.

—Por un trocito…

—Ay, siempre me llevas por el mal camino —dijo sentándose en el sofá, sabiendo que no probaría ni un bocado.

—Oye, cuando has colgado me has dicho que me tenías que contar algo… —dijo Violeta con una sonrisa traviesa. Se alegraba de no ser el centro de atención, aunque fuera por una vez.

—Sí —dijo Lavinia, algo entristecida—. Pero si quieres oírlo tendrás que contarme cómo fue ayer. —No quería romper el momento con sus nuevos problemas, veía a su amiga feliz por primera vez en mucho tiempo.

—Ya te he dicho que no pasó nada. Fuimos a cenar y…

—Con que a cenar, ¿eh? ¿No se suponía que era tan solo tomar algo después del trabajo?

—Sí, pero me pilló desprevenida y acepté ir a cenar con él también.

—¿A dónde fuisteis?

—A un italiano.

—¿Era romántico?

—Un poco…

—¿Lo ves?

—¿Qué tengo que ver?

—Le interesas.

—Es un compañero de trabajo, tan solo está siendo amable. De hecho, es el jefe de mi hermana y mi cliente, así que…

—Mejor, más interesante es la historia.

—Oh, no tienes remedio. Siempre pensando en lo mismo…

—¿Y después de cenar?

—Fuimos al Morfeus. Y fue desastroso.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Nos encontramos con Marcos.

—¡No! —musitó Lavinia, tapándose la boca.

—El otro día me envió un mensaje…

—¿Qué? ¿Por qué no me has dicho nada?

—No me apetecía hablar de él.

—¿Pero qué decía en el mensaje?

—Que él también me había visto en el Morfeus la noche que salí contigo. Y que necesitaba hablar.

—¿Y qué le dijiste?

—Ni le contesté.

—¡Bien hecho! —respondió su amiga, orgullosa.

—La cuestión es que anoche se puso muy pesado con que quería hablar. Me agarró del brazo y no me soltaba.

—¿En serio? ¿Y qué hiciste? —preguntó Lavinia, sin poder creerse lo bajo que había caído Marcos.

—Martin se metió en medio. Fue muy tenso, por un momento pensé que se pelearían…

—Madre mía…

—Y así fue cómo terminó la noche.

—Al menos fue intensa —repuso Lavinia, tratando de quitarle hierro al asunto.

—Y tú, ¿qué tienes que contarme? —preguntó Violeta, impaciente. Sin embargo, antes de que Lavinia contestara, alguien llamó a la puerta. Esta vez sí que era el repartidor. Violeta recogió el pedido y le pagó. Después, cogió un par de platos y tenedores de la cocina y los llevó hasta la mesita del sofá junto a la comida. Se sentó de nuevo en el sofá y observó atentamente a su amiga.

—Estoy embarazada —soltó Lavinia sin dar rodeos.

—¿Qué? —exclamó Violeta, sin poder creérselo. Ni siquiera se dio cuenta de que se le había caído un trozo de pizza en el sofá de

la sorpresa. Lavinia siempre había sido un alma libre, nunca había querido tener nada serio con nadie. Ni mucho menos tener hijos—. ¿Pero y cómo no me has dicho nada hasta ahora?

—Apenas hace unos días que lo sé.

—¿Pero quién es el padre? No sabía que salieras con alguien…

—No salgo con nadie —se apresuró en aclarar—. Aunque, en realidad, conoces al padre…

—¿Cómo que lo conozco?

—Brevemente. ¿Recuerdas la fiesta de cumpleaños de tu hermana?

—Sí, cómo olvidarla…

—Es Bruno.

—¿Bruno? ¿El chico aquel…?

—Sí, el chico aquel tan joven —contestó con cara de circunstancias. Violeta se quedó unos instantes procesando la información.

—No me lo puedo creer —musitó, todavía incapaz de recuperarse de aquella inesperada noticia—. Pero no me di cuenta de que hablarais…

—No te diste cuenta de muchas cosas aquella noche —contestó riendo, recordando la borrachera de su amiga.

—Ya…

—En realidad fue cuando tú estabas en la terraza. Nos vimos unas cuantas veces.

—¿Unas cuantas? ¿Qué ha pasado con tu norma de no repetir?

—Me parecía tan mono…

—¿Ya no te parece mono?

—Sí, pero él necesitaba algo más y yo no quería ninguna relación, así que corté por lo sano. El problema es que es insistente… Y el jueves vino a hacerse un masaje solo para estar conmigo.

—¿En serio?

—Lo sé, no tiene orgullo.

—No. Lo que quería decir es que parece que realmente le gustas. Es un bonito gesto.

—Oh, me olvidaba de tu vena romántica —dijo, riendo—. La cuestión es que mientras le hacía el masaje me desmayé y acabé en el hospital, donde me anunciaron la cruda realidad.

—¿Pero por qué no me has dicho nada? ¡Hace tres días!

—Lo siento, estaba en estado de *shock*. Necesitaba pensar.

—¿Pero qué te dijo el médico?

—Que el bebé está bien y que estoy de dos meses.

—¿Se lo has dicho a Bruno?

—¿Qué? Ni hablar, ni si quiera sé si lo voy a tener.

—¿De verdad?

—Nunca he sentido la llamada de ser madre. Y ahora, de repente… esto —dijo, señalando su barriga, todavía plana— estoy muy desorientada.

—Si necesitas cualquier cosa, sabes que puedes contar conmigo, decidas lo que decidas.

CAPÍTULO 12

Era lunes por la mañana y Violeta se había quedado dormida. Había pasado todo el domingo en el piso de Lavinia, viendo películas y comiendo palomitas. No habían vuelto hablar del tema, pero el embarazo había estado presente todo el tiempo. Lavinia apenas había dicho nada en todo el rato y su mirada era insólitamente triste. Violeta había estado con ella hasta bien entrada la noche. Sentía que al marcharse en cierta manera la abandonaba, que la dejaba a solas con sus preocupaciones. Sin embargo, era consciente de que ambas tenían unas obligaciones y que debían dormir para estar en condiciones de ir a trabajar al día siguiente. Así que, con toda la pena del mundo, se había despedido de ella y había vuelto a su pequeño estudio, junto a Frida. No había conseguido dormirse hasta las tres de la mañana, dándole vueltas a la cabeza. Y no había escuchado el despertador al día siguiente.

Por eso la joven corría desde su vehículo recién aparcado hasta el edificio en el que trabajaba. Se abalanzó sobre la puerta rotatoria de cristal de la oficina como si le fuera la vida en ello. Lo hizo tan deprisa que no se percató de que alguien estaba saliendo. Chocaron y su maletín cayó al suelo, abriéndose. Todos los pinceles y pinturas se esparcieron por el suelo de la recepción. La gente que allí se encontraba observó la escena con sorpresa y desaprobación.

—Lo siento —se disculpó Violeta, agachada mientras recogía el desastre que había causado con sus prisas. Por lo menos, los botes de pintura no se habían abierto, pensó aliviada mientras cogía el último de ellos. Entonces, levantó la vista hacia la persona con la que se había topado. Frunció el ceño y resopló ante la mirada perpleja de su hermana Alicia. Parecía que ya había vuelto de su viaje de negocios.

—¿Violeta? ¿Qué haces aquí?

—Trabajo aquí —espetó. No tenía sentido tratar de ocultárselo —. ¿No te lo ha dicho Carlos?

—Shhhh —dijo, agarrándola del brazo y sacándola de nuevo a la calle—. Recuerda que aquí no somos más que compañeros de

trabajo.

—Vale, tranquila —exclamó a modo defensivo—. No diré nada.

—Más te vale.

—Supongo que tú también sabrás guardarme el secreto.

—¿Te refieres a nuestros padres?

—Sí, preferiría que no supieran que trabajo aquí.

—Vaya, ¿no quieres que se enteren de que por fin te has pasado al lado capitalista?

—No es eso. Es solo algo temporal. Además, estoy pintando un cuadro, no tiene nada que ver con lo que haces tú.

—¿Y qué tiene de malo lo que hago yo? —espetó Alicia, ofendida.

—Nada —repuso Violeta, aunque su cara decía otra cosa—. Tengo que subir, llego tarde —dijo al recordar por qué estaba corriendo hacía unos minutos.

—Muy bien, pero te diré una cosa: si alguien de la empresa descubre lo nuestro por tu culpa, me aseguraré de que papá y mamá se enteren de dónde trabajas —respondió Alicia, amenazadoramente. Violeta la miró con desprecio y se dirigió a los ascensores a paso ligero, sin volver la vista atrás.

Lavinia se pasó la mañana mirando las musarañas, distraída. No podía pensar en otra cosa que no fuera el bebé. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo había podido ser tan irresponsable? Cuando pensaba que las cosas no podían ir peor, la puerta de su centro de estética se abrió y apareció Bruno, con una sonrisa inocente y un ramo de flores.

—B-bruno —balbuceó—. ¿Qué haces aquí?

—Solo quería saber cómo estabas. No contestas a mis llamadas —dijo, algo dolido. Lavinia suspiró. No sabía cómo afrontar la situación y le había estado evitando.

—Quizá quiere decir que no quiero hablar contigo —espetó. Si lo trataba mal posiblemente se diera por vencido y la dejara en paz.

Bruno se acercó hasta el mostrador tras el que se escondía la joven.

—¿Por qué de repente eres tan cruel conmigo? —preguntó con una mirada tan triste que algo se removió dentro de Lavinia. Y no, esta vez no eran nauseas.

—Lo siento. No quería sonar desagradable —dijo, bajando la mirada—. Pero ya sabes que lo nuestro no puede ser…

—Solamente me estaba preocupando por tu salud —replicó Bruno, enfadado, dejando las flores sobre el mostrador—. Ya me ha quedado muy claro que no sientes nada por mí.

Y con esto dio media vuelta y desapareció por donde había venido. Lavinia observó cómo se marchaba sin moverse de la silla. Aunque era lo que quería, le dolía ver cómo se alejaba de ella. Por primera vez, se dio cuenta de que quizá en el fondo sí que sentía algo por él, por muy en contra de sus principios que fuera.

Ya era última hora de la tarde y Violeta seguía enfurruñada por culpa de su hermana. ¿Cómo se había atrevido a amenazarla así? Había sido completamente innecesario e inmaduro. No había avanzado demasiado en el cuadro aquel día. Entre el desagradable encontronazo con Alicia por la mañana y la noticia del embarazo de Lavinia, apenas podía concentrarse en lo que hacía, así que se había limitado a repasar el trabajo de jornadas anteriores. Había decidido quedarse hasta tarde en la oficina para tratar de compensar su retraso y la baja productividad del día. Con un poco de suerte, quizá se encontrara con Martin si pasaba a ver el cuadro como le dijo que solía hacer.

A última hora de la tarde, oyó la puerta abrirse sigilosamente a sus espaldas y se giró con una sonrisa, esperando ver la mirada azul de Martin. Al menos, podría distraerse un rato hablando con él sobre arte. Sin embargo, se encontró con Carlos, el novio de Alicia.

—Hola —dijo el hombre, bastante serio.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Violeta, desconcertada. Carlos se acercó hasta ella.

—Quería hablar contigo. Alicia está muy preocupada.

—Y te ha enviado a hablar conmigo —adivinó.

—Sí. Tiene miedo de que le digas a alguien lo que hay entre nosotros… —susurró.

—Ya me ha dejado muy claro esta mañana lo que hará si digo algo —contestó duramente—. Puedes decirle que no tiene de qué preocuparse.

—Muchas gracias —dijo Carlos, sonriendo aliviado y dándole un fugaz abrazo fraternal. Justo en ese momento, la puerta de la sala se abrió y apareció Martin. Los miró unos instantes, algo desconcertado. Violeta se percató de cómo dirigió la mirada hacia los brazos de Carlos, que se encontraban todavía rodeándola. El

hombre dejó caer las manos rápidamente y miró a su jefe, aterrado. A Violeta le pareció gracioso que le tuviera miedo. Hasta donde ella sabía, Martin era amable y educado.

—Estoy cerrando la oficina —espetó Martin.

—Sí, ya me iba —balbuceó Carlos, pasando por su lado sin mirarle a los ojos.

—Hola —dijo Violeta, con una sonrisa cuando Carlos se hubo marchado.

—¿Qué hacía él aquí? —preguntó Martin secamente. Violeta frunció el ceño. ¿A qué venía esa pregunta?

—Ha venido a ver el cuadro.

—Claro.

—¿Por?

—Por nada. Solo venía a recordarte que en esta empresa hay unas normas.

—¿Qué quieres decir?

—Entramos a las ocho de la mañana, no a las nueve —dijo fríamente, refiriéndose a la impuntualidad de Violeta de aquella mañana.

—No te preocupes, no volverá a pasar —contestó la chica, molesta. Violeta siempre salía muy tarde del trabajo y pasaba mucho más de ocho horas al día en aquella oficina, así que no entendía a qué venía aquella reprimenda.

—Además, hay otras normas de las que quizá no te hayan informado.

—Ah, ¿sí? ¿cómo cuáles? —preguntó, desafiante.

—Están prohibidas las relaciones entre trabajadores —soltó. Violeta lo miró sorprendida, sin entender muy bien por qué le estaba explicando aquello. Hasta que se le encendió una bombilla. ¿No pensaría que ella y Carlos…? ¿Estaba celoso?

—Muy bien, lo tendré en cuenta la próxima vez que me pidas que vayamos a tomar algo —espetó, sin poder evitarlo. ¿Cómo podía desconfiar de ella de esa manera? Y, además, no tenía ningún derecho. Tan solo habían tenido una cita, ¿qué se había creído? ¡Menudo idiota!

Martin se quedó en silencio, observando la mirada enfurecida de Violeta, que esperaba una respuesta. Sin embargo, prefirió no decir nada más al respecto.

—Vamos, tengo que cerrar —dijo el hombre, dirigiendo la mirada hacia el caos de pinturas que había en la sala.

—Tardo un minuto en recoger —contestó secamente la chica, guardando sus cosas a toda prisa bajo la mirada atenta de Martin. Le entraron ganas de coger uno de los tubos de pintura y desparramárselo sobre el traje, pero se contuvo. Cuando acabó, recogió su bolso y pasó por al lado del hombre, golpeándole ligeramente en el brazo. Martin la detuvo tomándola por la mano. Se quedaron mirando a los ojos unos instantes, muy cerca. Violeta estaba esperando una disculpa cuando Martin habló.

—Te dejas el teléfono —dijo. La joven lo miró enfadada y liberó su mano de la de él. Recogió su móvil del paleolítico de encima de la mesa y se dirigió a los ascensores, donde Martin ya la esperaba. Bajaron en silencio y Violeta salió prácticamente corriendo del edificio.

Aquella noche no se podían ver las estrellas. Unos oscuros nubarrones habían cubierto el cielo, anunciando una tormenta inminente. Sin embargo, Violeta no se había percatado de nada. Estaba en el sofá acurrucada, viendo una serie de reposición con Frida en sus brazos y un moño mal hecho. Por fin había sacado la ropa de invierno de las cajas y se había colocado un viejo pijama de dibujos bastante infantil, su favorito. El edificio retumbó a causa de un trueno y la luz se marchó de repente en toda la calle. La joven miró por la ventana y observó sorprendida la terrible tormenta que empezaba a caer.

—¿Te puedes creer lo horrible que está siendo este día? —le dijo a Frida. La gata la miró en la oscuridad, como si estuviera comprendiendo lo que su dueña le contaba—. Primero mi hermana con sus amenazas y luego Martin, que no sé qué se ha creído. Por un momento pensé que era alguien interesante, pero no ha resultado ser más que un cretino, igual que el resto. ¡Y ahora se va la luz! Lo que faltaba…

Su discurso se vio interrumpido por unos pequeños golpes en la puerta de su estudio. ¿Quién saldría a la calle con la que estaba cayendo? Supuso que sería Lavinia, era la única que sabía dónde vivía. Se levantó, cogió una vela de encima de la mesita de delante del sofá y la encendió para alumbrar su camino hasta la puerta. Abrió sin ni siquiera preguntar. La pobre Lavinia debía necesitar

hablar sobre todo lo que le estaba pasando. Abrió y frunció los ojos para reconocerla en medio de la penumbra. Sin embargo, no era ella. Una figura bastante más alta y corpulenta la miraba desde el recibidor y dio instintivamente un paso atrás, asustada.

—¿Violeta? —Reconoció la voz de Martin al instante.

—¿Martin? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo sabes dónde vivo?

Violeta le acercó la luz de la vela a la cara y observó al hombre que tenía delante. Estaba completamente empapado. Su cabello castaño caía suavemente sobre sus ojos azules, que la observaban de una manera extraña, como asustados.

—Lo siento. No he debido presentarme así —dijo él, haciendo ademán de marcharse. Violeta estiró el brazo y lo agarró de la mano. Sintió el frescor de la lluvia entre sus dedos.

—No. Espera. No volverás a la calle con esa tormenta, ¿no?

—Pero no debería estar aquí.

—No importa. Pasa —añadió, haciendo un gesto para que entrara en su estudio. El hombre asintió y dio un paso al frente. Violeta cerró la puerta tras él y agradeció la oscuridad. Así Martin no vería el cuchitril desordenado en el que vivía ni su pijama de dibujitos—. Siéntate —le dijo al ver que se quedaba de pie allí en medio.

—Pero te mojaré el sofá…

—Espera, te traeré algo seco —dijo, rebuscando entre los cajones. Creía recodar que todavía guardaba un chándal de Marcos por casa. Después de unos minutos de incesante búsqueda, consiguió encontrarlo—. Toma, ponte esto —ordenó, tendiéndole la ropa y una toalla seca.

—Gracias —contestó, mirando con cierta reticencia el chándal.

—Ya sé que no es tu estilo, pero es lo único que tengo.

—No es eso —dijo él, riendo—. Quizá me quede algo pequeño y se lo estropearé a su dueño.

—No importa.

—¿De verdad?

—Sí, no tengo ninguna intención de devolvérselo.

Martin asintió levemente y no preguntó nada más. Violeta dio media vuelta para darle cierta intimidad mientras se cambiaba. Cuando había pasado un tiempo prudencial, se giró hacia él. Aguantó una carcajada al ver que el pantalón le quedaba corto y

que se había arremangado la sudadera para que no fuera tan evidente que la manga también le quedaba pequeña.

—¿Vas a contarme qué haces aquí? —preguntó, todavía algo nerviosa ante la presencia del hombre.

—Quería disculparme.

—¿No podías esperar a mañana?

—No. Me he portado como un imbécil.

—¿Y has decidido que investigar dónde vivo y presentarte en medio de la noche era una buena manera de pedirme perdón? —cuestionó, levantando una ceja.

Martin no pudo evitar reír ante la evidencia de su metedura de pata.

—Se suponía que tenía que llegar seco y con una caja de bombones.

—¿Y qué ha pasado con los bombones? —preguntó, buscando la caja entre sus manos.

—Ya estaba todo cerrado. Y luego encima me ha pillado la tormenta.

—Igualmente, ¿cómo has conseguido mi dirección?

—La consulté en el archivo.

—¿Y no crees que has quebrantado unas cuantas leyes al hacer eso?

—Tienes razón, parezco un completo chiflado —dijo, con una sonrisa torcida.

—Pues sí.

—¿Cómo que sí? Qué sincera…

—Me dirás que el sermón de esta tarde era algo perfectamente equilibrado.

—No. Y por eso estoy aquí.

—Muy bien. Escucharé tus disculpas —contestó Violeta, cruzándose de brazos con una sonrisa maliciosa.

—¿Siempre haces sufrir así a los hombres?

—Solo a los que se presentan a horas intempestivas.

—Vale, siento lo que ha pasado esta tarde. No debí hablarte así. Sé que te tomas muy en serio tu trabajo.

—Exacto —contestó la joven, con una sonrisa triunfal.

—Me gustaría compensarte por ello. ¿Crees que una visita a la exposición temporal en la que se encuentra *El jardín de las Delicias*

arreglaría las cosas?

—Quizá, pero ¿qué pasa con esa norma sobre no salir con gente de la oficina?

—Esto no cuenta. Es una visita meramente profesional y necesaria para comparar el original con la réplica —contestó con una sonrisa traviesa.

—Está bien, me lo pensaré.

—Qué dura eres —contestó con una mueca.

—Anda, siéntate en el sofá. Estaba viendo una película. ¿Quieres un té caliente?

—Sí, por favor.

Violeta se dirigió hasta su pequeña cocina y miró de reojo a Martin mientras preparaba la bebida. Con el pelo revuelto y vestido así estaba todavía más atractivo. Y parecía más relajado que cuando estaba en la oficina. Vio cómo Frida se acercaba hasta él y lo inspeccionaba, tratando de averiguar si aquel humano le gustaba o no. Cuando lo decidió, empezó a refregarse por sus piernas en busca de caricias. Violeta sonrió. Frida solía ser escurridiza con los desconocidos, pero Martin parecía haberle caído bien. El hombre sonrió y empezó a acariciar el pelo blanco de la gata.

Violeta se acercó hasta ellos llevando la bandeja con dos tazas humeantes y se sentó al lado de Martin en el sofá.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo él, de repente.

—Dime.

—¿Estás saliendo con alguien?

Violeta miró desconcertada a aquel hombre, tan atractivo, pero tan misterioso a la vez.

—¿Lo dices por esto? —preguntó sorprendida, mirando hacia la taza humeante que tenía entre las manos—. Tranquilo, nadie se enfadará porque te invite a un té caliente —añadió, evitando responder a su pregunta.

—Pero quizá por esto sí —dijo, acercándose hasta ella y acariciándole la cara. Violeta quiso ser racional y alejarse de él. Era el jefe de su hermana y su cliente, no debía estar allí con él. Sin embargo, no podía apartar la mirada de sus ojos azules. Ni si quiera podía respirar. Tan solo sentía el corazón acelerándose en su pecho. Martin recorrió la distancia que los separaba y la besó en los labios con suavidad. Violeta cerró los ojos y alargó la mano hasta la nuca

de Martin. Sintió el cabello mojado entre sus dedos. A pesar de sus diferencias, no podía evitar sentirse atraída por él. Entonces, él se separó de Violeta.

—Lo siento, no debería haber hecho eso.

Violeta lo miró largamente a los ojos, barajando sus posibilidades. Sabía que, si lo besaba de nuevo, no podría evitar perderse entre sus brazos. Pero tendría que verlo en la oficina al día siguiente y sabía que empezar algo con él no le traería más que problemas. Así que se limitó a asentir y se levantó del sofá para poner algo de distancia entre ellos. Martin miró por la ventana y también se levantó.

—Ya no llueve. Será mejor que vaya a casa. —Violeta asintió y lo acompañó hasta la puerta—. Hasta mañana.

—Buenas noches.

CAPÍTULO 13

Aquella estaba siendo una semana extraña. Los días habían pasado muy lentos para Violeta, que avanzaba en su trabajo sin prisa, pero sin pausa. No había hablado prácticamente con nadie durante días. Después de la visita de Martin a su piso, no habían vuelto a verse. Violeta se había quedado hasta tarde con la esperanza de que la visitara, pero no había acudido a la sala a ver el cuadro ni un solo día. Seguramente estaba evitándola, se decía cada vez que pensaba en ello. Sin embargo, aunque se sentía algo triste por ello, aquella no era la mayor de sus preocupaciones. Era Lavinia la que ocupaba la mayor parte de sus pensamientos. No sabía nada de su amiga. Y eso era muy extraño. Siempre solía ir a verla un par de veces a la semana, pero llevaba tiempo sin pasarse por el estudio. Violeta la había llamado en numerosas ocasiones, pero no había contestado al teléfono. Quizá debía presentarse en su casa por sorpresa para ver qué tal estaba. Sí. Lo había decidido. Al salir de la oficina, iría a verla sin falta. Miró el reloj y se dio cuenta de que ya era prácticamente la hora de marcharse, así que empezó a recoger sus pinturas. Cuando iba a abrir la puerta para dirigirse a los ascensores, vio que se abría sola. Dio un paso atrás para ver quién la había abierto y se encontró con la suave sonrisa de Martin.

—Hola. ¿Ya te marchabas?

—¿Quién lo pregunta, el jefe o simplemente Martin?

El hombre rio al ver la reacción de Violeta.

—Tranquila, no venía a controlarte. Solo quería verte.

El corazón de Violeta se aceleró sin que pudiera evitarlo.

—Pensaba que me estabas evitando —soltó.

—¿Qué? —preguntó Martin, frunciendo el ceño.

—Como no has venido en tantos días…

—No, no era eso —contestó riendo—. He estado de viaje.

—Ah, claro —murmuró Violeta, sintiéndose estúpida.

Entonces, a través de la puerta entreabierta, vio que alguien pasaba por el pasillo. Y entonces, esa persona se detuvo y puso los ojos sobre los de Violeta. Era Alicia. Frunció el ceño al verla con

Martin, pero después continuó su camino. Martin se dio cuenta de la distracción de la joven y se giró para ver qué pasaba, pero ya no había nadie allí.

—¿Qué pasa?

—¿Eh? Nada.

—Quería disculparme otra vez por lo del otro día. No debí presentarme en tu casa de aquella manera.

—No importa.

—Supongo que ya no querrás ir al museo a ver el cuadro conmigo.

—¿El cuadro? —preguntó, algo descolocada. Y después, recordó la propuesta que le había comentado Martin sobre ir a ver el auténtico *Jardín de las Delicias*—. Claro, ¿por qué no? —contestó despreocupadamente, aunque en el fondo estaba nerviosa. Eso significaba que estaba aceptando tener otra cita con él. Era consciente de que se estaba metiendo en un buen lío, pero no podía evitarlo. Aquel hombre tenía algo especial. No podía pasarlo por alto. Desde que lo había conocido, había dejado los dolorosos recuerdos de Marcos a un lado.

—Genial. ¿Te paso a buscar por tu casa el sábado por la tarde?

—Vale, a las seis.

—Muy bien. Hasta mañana, Violeta.

Y con esto, se marchó, dejando a la joven en una nube.

Violeta caminaba a paso rápido por las anchas calles de aquel barrio situado en la zona nueva de la ciudad. Los edificios eran modernos y estaban cuidadosamente iluminados. Miró el reloj. Eran las ocho de la tarde y ya prácticamente había anochecido, pero le pareció que no era demasiado tarde para presentarse por sorpresa en casa de Lavinia, así que recorrió los pocos metros que la separaban de la puerta del edificio en el que vivía su amiga. Tocó al timbre, pero no respondieron. Violeta se alejó unos pasos y levantó la vista hasta el balcón de su amiga. Había luz. Insistió una y otra vez hasta que escuchó la voz exasperada de su amiga en el interfono.

—¿Quién es?

—Quién va a ser. Abre, anda.

Escuchó el suspiro de disgusto de Lavinia, pero la puerta se

abrió inmediatamente. Violeta se apresuró en subir al ascensor y se encontró la puerta del piso de su amiga abierta. Entró y cerró tras ella. Frunció el ceño al no encontrarla por ningún lado. Aquella no parecía la casa de Lavinia. Estaba todo desordenado de cualquier manera. Su amiga era bastante escrupulosa y no acostumbraba a dejar las cosas así. Se la encontró echa un ovillo en el sofá, con los ojos rojos. Había montones de pañuelos arrugados a su alrededor y platos de comida sobre la mesa.

—¡Lavinia! —se lamentó, acercándose a su amiga—. ¿Pero qué ha pasado?

—Lo he intentado.

—¿El qué? ¿De qué estás hablando?

—Fui a una clínica.

Violeta se quedó en silencio unos instantes, mirando a su amiga con cierto enfado.

—¿Pero por qué no me has avisado? Te dije que te apoyaría en lo que necesitaras.

—Me daba vergüenza.

—¿Por eso no me cogías el teléfono?

—Lo siento.

—No tienes por qué disculparte, ven aquí. —Violeta abrazó a su amiga y Lavinia rompió a llorar. Se agarró a su chaqueta como si le fuera la vida en ello, mientras sollozaba convulsamente.

—No pude hacerlo —balbuceó la chica finalmente—. Entré en aquel quirófano, tan frío y… no pude. Salí corriendo.

—Tranquila, no tienes por qué hacer nada que no quieras.

—Pero estoy tan asustada…

—Todo saldrá bien.

—Y Bruno…

—¿Le has vuelto a ver?

Lavinia se separó de ella y recuperó un poco la compostura. Se secó los ojos con la manga.

—Sí —acabó diciendo—. Vino al centro de estética con unas flores. Estaba preocupado por mí y yo le traté fatal.

—Quizá deberías hablar con él.

—¿De esto? —preguntó arqueando una ceja mientras señalaba su barriga.

—Sí. Es el padre —afirmó Violeta.

Lavinia sospesó sus palabras y se mordió el labio inferior, sabiendo que su amiga tenía razón.

—Ya… Supongo que tiene derecho a saberlo.

Violeta sonrió y le acarició el brazo.

—¿Has cenado? —le preguntó, levantándose del sofá y acercándose a la cocina.

—No. Todo me da nauseas —masculló—. Menos los donuts.

Las dos se echaron a reír.

—Entonces iré a comprarte unos cuantos.

El sábado Violeta se despertó sobresaltada por culpa de unos golpes repetidos en la puerta. Abrió los ojos algo descolocada y miró a su alrededor para encontrarse con el desorden que solía inundar su pequeño estudio. Resopló, molesta por la interrupción de su maratón de sueño matutino. Se incorporó y se puso una bata por encima del pijama. Se arrastró soñolientamente hasta la puerta, con Frida arremolinándose entre sus piernas. Ni siquiera preguntó quién era. Supuso que sería Lavinia. Cuando abrió la puerta, sin embargo, se encontró con una inesperada visita. Alicia. Miró a su perfecta hermana, que vestía un elegante traje chaqueta a pesar de ser fin de semana. Se preguntó cómo había conseguido su nueva dirección. Hasta donde ella sabía, Alicia no tenía ni idea de su ruptura con Marcos.

—¿Aún estabas durmiendo? —preguntó Alicia arqueando una ceja y mirando su reloj, que debía costar una pequeña fortuna—. Son las doce.

—¿Has venido hasta aquí solo para decirme eso? —espetó, irritada.

—No —dijo, entrando en el piso y cerrando la puerta tras ella.

Violeta se quedó de pie frente a ella, con los brazos cruzados. Alicia no trató de ocultar la cara de disgusto mientras analizaba el pequeño zulo en el que vivía su hermana.

—¿Y bien? —insistió Violeta, sintiéndose juzgada—. ¿Qué quieres?

—El otro día te vi hablando con Martin en la oficina.

—Sí —respondió, sin poder ocultar su sorpresa ante el inesperado giro que acababa de tomar la conversación—. ¿Y?

—Aléjate de él.

Violeta la miró con extrañeza durante unos segundos, sin

comprender a qué venía aquello.

—¿Pero qué dices? Es mi cliente.

—Exacto. Y no debe ser nada más.

—¿Pero de qué demonios estás hablando? —preguntó exasperada.

—El otro día estabais coqueteando.

—¿Y qué más te da lo que yo haga? Por favor, cómo puedes ser tan hipócrita. ¡Tú eres la primera que está saliendo con un compañero de trabajo!

—Eso es diferente.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tiene exactamente de diferente?

—Martin es un hombre peligroso.

Violeta la miró indignada, incapaz de creerse que su hermana pudiera llegar tan lejos para destruir cualquier ilusión que pudiera tener en su vida. Iba a abrir la boca para echárselo en cara, pero Alicia habló de nuevo.

—Además —continuó Alicia—. ¿Qué ha pasado con Marcos? Se suponía que era el amor de tu vida, ¿no? —añadió, recordando la vehemencia con la que Violeta le había defendido de los continuos ataques de sus padres.

—¿Qué? —preguntó descolocada.

—Tendrías que ver la cara que ha puesto cuando me he presentado en su casa, en la que pensaba que era “vuestra” casa —explicó.

—Entonces ya te lo habrá dicho —murmuró Violeta al cabo de unos segundos de silencio, asimilando la información.

—Sí, ha tenido la delicadeza de hacerme saber que hace meses que lo dejasteis y que te habías mudado… —echó otro nuevo vistazo a aquel cochambroso estudio—. Aquí.

—Qué considerado —soltó con desprecio.

—Me ahorraré el sermón. Ya sabes que Marcos nunca me gustó —acabó diciendo Alicia—. Pero Martin no es lo que parece.

—Déjate de cuentos. Ya soy mayorcita —resopló Violeta.

—Tú misma. Luego no me digas que no te avisé.

Con esto, Alicia dio media vuelta y se marchó dando un portazo. Violeta se quedó unos segundos ahí parada, todavía tratando de comprender lo que acababa de suceder.

Lavinia estaba tumbada en el sofá mirando hacia el techo. Se sentía

en una encrucijada. Quería decirle a Bruno la verdad, sabía que el chico tenía todo el derecho del mundo a saber que iba a tener un hijo suyo. Sin embargo, Lavinia era consciente de que él era muy joven y no quería que aquello le partiera la vida. En realidad, ya había decidido tenerlo sola. No quería nada de él, tan solo informarle. Se armó de valor y cogió el teléfono móvil.

«¿Podemos vernos? Tengo que decirte algo».

La respuesta fue casi inmediata.

«¿Dónde?»

«Estoy en mi casa».

«Enseguida vengo».

Lavinia suspiró y dejó de nuevo el móvil en la mesita. La suerte estaba echada. Cerró los ojos y trató de conciliar el sueño, aunque fuera media hora. Había pasado toda la noche en vela dándole vueltas al tema. Cuando sentía que estaba cayendo en los brazos de Morfeo, llamaron al timbre. Se levantó como una exhalación y se dirigió hasta la puerta. Se miró en el espejo de la entradita y se dedicó una mueca a sí misma. Estaba más delgada y tenía el pelo revuelto. Se lo adecentó un poco y abrió. Se encontró con la mirada preocupada de Bruno. Nunca la había visto con un aspecto tan débil.

—Lavinia… —susurró—. ¿Estás bien? —preguntó con miedo en la voz. Desde que la había acompañado al hospital estaba muerto de preocupación. Quizá estuviera gravemente enferma y por eso lo estaba alejando de ella.

—Pasa —contestó la mujer, evadiendo la respuesta. Bruno tragó saliva y la siguió hasta el sofá. Se sentaron y se quedaron unos segundos mirándose. Ella sin saber por dónde empezar, él reprimiendo las ganas de abrazarla.

—Te preguntarás a qué viene esto —empezó Lavinia, recordando cómo prácticamente lo había echado del centro de estética la última vez.

—Un poco.

—No sé cómo decirte esto… —murmuró. Bruno alargó la mano hasta la de ella y la apretó con suavidad, temiéndose lo peor.

—Dímelo ya —suplicó—. ¿Qué te pasa?

—Estoy embarazada.

Silencio. Bruno abrió la boca para intentar hablar en varias ocasiones, pero acabó cerrándola. Finalmente, soltó una pequeña risa nerviosa y se pasó la mano por el pelo.

—Menos mal.

—¿Cómo que menos mal? —preguntó ella casi indignada.

—Pensaba que estabas gravemente enferma o algo así —respondió él con una sonrisa tierna, sin apartar la mano de la de ella.

Lavinia se levantó, rompiendo el contacto y lo miró algo exasperada. ¿Cómo podía estar tan tranquilo?

—¿Pero no ves lo que eso significa? —preguntó ella.

—Supongo que soy el padre —contestó él, arqueando una ceja a modo interrogativo. Nunca había estado seguro de que Lavinia tan solo hubiera estado con él. Ella no había querido ponerle nombre a su relación ni ningún tipo de compromiso con él.

—Sí. Solo he estado contigo —confesó.

Por un motivo que Lavinia no fue capaz de comprender, Bruno sonrió.

—Lo sabía —dijo levantándose también del sofá y poniéndose frente a ella.

—¿Qué sabías?

—Que no podías estar con nadie más. Lo nuestro era de verdad.

Lavinia puso los ojos en blanco.

—¿Eso es lo que te preocupa? ¡Te estoy diciendo que voy a tener un hijo tuyo!

—Ya te he escuchado —repuso él mirándola muy serio. Lavinia tragó saliva e intentó recuperar la calma.

—Mira, tan solo te lo estoy diciendo porque creo que es lo que debía hacer. Tienes derecho a saberlo. Pero voy a tenerlo. Sola.

—¿Qué? —preguntó desconcertado.

—Lo que has oído. No voy a abortar —respondió a la defensiva.

—No me refiero a eso. Me alegro de que quieras tenerlo. ¿Pero qué significa que vas a hacerlo sola?

—Pues eso.

—No. Yo también quiero estar ahí —dijo, mirándola prudentemente. Lavinia levantó las cejas, sorprendida. Jamás

hubiera imaginado aquella reacción. Se sintió fatal. Ella, que era casi siete años mayor que él, llevaba días encerrada en casa como si aquello fuera el fin de su vida. Y Bruno ni siquiera se había asustado ante la perspectiva de ser padre. Y encima parecía querer involucrarse.

—Pero… —trató de buscar alguna excusa para hacerle cambiar de opinión, pero no se le ocurrió ninguna.

—Tranquila, todo saldrá bien —dijo Bruno, dándole un abrazo. Lavinia quiso separarse de él, pero se quedó quieta, sintiendo, por fin, algo de tranquilidad entre sus brazos.

—Esto no significa que vayamos a ser una familia —dijo de repente, separándose de él, con pánico en los ojos.

Bruno soltó una carcajada.

—Por supuesto que no.

Violeta se miró satisfecha en el espejo y se pintó los labios de rojo, que contrastaban con su vestido oscuro. Después, se colocó el abrigo y se despidió de Frida. Martin la estaba esperando apoyado sobre el capó de un elegante Audi de color negro, aparcado en el vado frente a su edificio. Se acercó hasta él y no pudo evitar que se le acelerara el corazón al ver su sonrisa.

—Buenas tardes —la saludó depositando un suave beso en su mejilla.

—Hola —respondió ella tímidamente, sin atreverse a mirarle a los ojos. No estaba segura de lo que estaba haciendo. No es que creyera nada de lo que Alicia le había dicho. Sabía que todo aquel discurso era para hacerle daño. Sin embargo, Martin era su cliente y debería haber mantenido las distancias con él desde el principio. Le acompañaría al museo y después volvería a casa. No podía permitir que pasara nada más entre ellos.

—¿Vamos?

—Ah, sí, claro —contestó ella, subiéndose en el asiento del copiloto. Cuando ya estaban casi llegando, Martin rompió el silencio.

—Estás muy callada —dijo él, mirándola de reojo, sin apartar la vista de la carretera.

—Ah, tan solo estaba pensando. ¿A qué hora cierran el museo? —respondió, tratando de desviar su atención.

—Creo que a las nueve.

—Perfecto, tenemos tiempo de sobra.

Martin asintió y empezó a aparcar el coche. Ya habían llegado. El hombre le abrió la puerta y ella sonrió con una mueca. Nunca se acostumbraría a aquella caballerosidad del siglo pasado. Sacaron un par de entradas en la recepción de aquel enorme edificio de estilo clásico y recorrieron varias salas repletas de pinturas. Violeta se las sabía prácticamente de memoria y tan solo se detuvieron ante los cuadros más importantes. No tardaron en llegar hasta la sala de exposiciones temporales en la que se encontraba el lienzo que habían ido a ver. El *Jardín de las delicias*. Violeta se acercó al cuadro con una sonrisa y Martin, a su lado, pareció realmente impresionado al ver la obra de cerca.

—Es enorme… —susurró.

—Hace más de tres metros y medio de ancho —explicó ella.

—¿Está dividido en tres? —preguntó él, observando curiosamente aquellas tres maderas que lo componían.

—¿No elegiste tú mismo el cuadro? —repuso ella riendo ante su desconocimiento.

—Sí, siempre me había resultado curioso, pero, si te soy sincero, no tuve demasiado tiempo para documentarme sobre él.

—Supongo que por eso estamos aquí —repuso ella con una sonrisa.

—Exacto.

—El *Jardín de las delicias* es un óleo pintado sobre madera de roble —explicó Violeta, sin apartar la vista del lienzo—. Lo ves partido en tres tablas porque se trata de un tríptico. Cuando está cerrado, representa el tercer día de la creación y se puede ver un mundo desierto, sin nadie que lo habite. Pero cuando se abre, puedes ver tres paisajes distintos. A la izquierda, está el paraíso, en el que se representa el séptimo día de la creación y en el que aparecen Adán y Eva. En el panel central se puede ver la locura desatada de nuestro mundo, con todo tipo de placeres carnales, representando los pecados de los hombres. Y en la tabla de la derecha se representa un infierno apocalíptico y cruel al que el humano es condenado por sus actos. Estas tres partes son un encuadre simbólico, ya que representan el principio y el fin del ser humano. Además, antiguamente se creía que el tres era el número de la perfección, un número redondo.

—¿Y el autor? Es el Bosco, ¿no?

—Sí, en realidad se llamaba Jheronimus van Aken y era holandés. Este es su cuadro más famoso y enigmático y no está muy claro cuando lo pintó, suponen que entre 1490 y 1510.

—¿Por qué dices que es enigmático?

—En él, el Bosco representó su propia visión del pecado y la moralidad, pero son los detalles los que hacen este cuadro tan especial. El tríptico está plagado de símbolos que pueden interpretarse como auténticos mensajes ocultos que desafían al espectador.

—¿Cómo cuáles?

—El diablo está escondido por todas partes. En los animales, en las plantas —dijo, señalando un punto en concreto—. Además, hay también un autorretrato oculto —añadió, deslizando el dedo hasta encontrarlo—. También hay un montón de detalles relacionados con la Alquimia, pero lo más interesante es quién se lo encargó.

—¿Alguien le pidió que lo pintara?

—Bueno, esto ya es tan solo una teoría. No hay pruebas reales de que esto fuera así, pero dicen que un famoso adamita le mandó realizarlo.

—Espera. ¿Un adamita? ¿Qué es eso?

—Los adamitas, también conocidos como Hermanos del Libre Espíritu, eran una antigua secta que pretendía retornar a la inocencia originaria del Edén descrita en el Génesis mediante la práctica del nudismo. Así que el cuadro podría ser una representación de su mitología, ya que esa secta se situaba en la población de Bolduque, donde residía el pintor.

—Vaya —respondió Martin, fascinado por aquella historia—. Me parece increíble que seas capaz de reproducir todos estos detalles —añadió, resiguiendo los trazos con sus ojos azules.

—No me quedará igual, pero lo intentaré.

—Vamos, no seas modesta. Lucrezia me enseñó otras reproducciones tuyas antes de que vinieras a nuestras oficinas y no era capaz de distinguirlas de las auténticas.

—¿Quieres que te cuente un secreto para reconocer la falsa? —dijo entonces ella, con una sonrisa misteriosa.

—Me encantaría.

—Firmo todas mis obras.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido—. No vi tu nombre por ninguna parte.

—Es casi imperceptible, pero en la parte derecha, abajo del todo del lienzo, suelo incluir una diminuta uve.

—¿Uve de Violeta? —dijo él con una sonrisa.

—Eso es.

—¿Y esta eme? —preguntó de repente Martin, cogiéndola suavemente por la muñeca y acariciando el tatuaje—. ¿Qué significa?

—Ah… era la inicial de mi ex —musitó.

—También es la mía —respondió él con voz ronca, clavando sus ojos en ella.

Una voz metálica los interrumpió. Era la recepcionista anunciando que el museo cerraría sus puertas en menos de quince minutos. Martin miró su reloj sorprendido por la velocidad con la que había pasado la tarde.

—Son casi las nueve, ¿te apetece ir a cenar? —preguntó él.

Violeta lo miró unos instantes, sin saber muy bien qué decir. Deseaba con todas sus fuerzas pasar más tiempo con él, pero sabía que no debía alimentar una relación que no le traería nada bueno. Entonces, sin saber muy bien por qué, las palabras de su hermana resonaron en su cabeza.

—Creo que será mejor que vuelva a casa —respondió finalmente con una sonrisa algo triste, evitando mirarle a los ojos.

Martin frunció los labios en una fina línea, pero asintió.

—Te acompaño.

Se subieron al coche de Martin y desaparecieron por la carretera en mitad de aquella noche sin luna.

CAPÍTULO 14

Violeta se dejó caer en el asiento de su destartalada furgoneta. Estaba exhausta después de un intenso día de trabajo en Laroche Auctions. Miró la hora en el salpicadero y resopló, sabiendo que su jornada todavía no había terminado. Antes de ir a casa debía pasar un momento por su taller en el Boulevard Dell'arte. Se había quedado sin pintura blanca y allí tenía todos sus materiales. Así que, sintiéndolo mucho, arrancó el motor y se perdió por la avenida principal hasta llegar al edificio donde se encontraba su oficina. El *parking* estaba completamente vacío y no pudo evitar sentir un escalofrío, recordando los terribles acontecimientos que solían tener lugar allí en las películas. Decidió dejarse de tonterías y se dirigió rápidamente hacia la puerta. No tenía tiempo que perder. Entró en la oficina y lo encontró todo a oscuras. Ya no quedaba nadie allí. Encendió la luz del pasillo para sentirse algo más tranquila y cruzó la oficina hasta su pequeño taller. Sin embargo, de camino, algo llamó su atención. Lucrezia se había dejado su ordenador encendido y la pantalla brillaba como un faro en medio de aquella oscuridad. Negó con la cabeza y se acercó hasta el aparato, dispuesta a cerrarlo por ella. Entonces, un molesto pitido le hizo dar un brinco. Acababa de entrar un *email* en la bandeja de correo de Lucrezia. No tenía ninguna intención de leerlo, pero no pudo evitar la curiosidad cuando leyó el asunto y de quién provenía.

De: smartinez@policianacional.es
Para: Lucrezia@dellarte.com
Asunto: Desaparición de Susana Ribas

Buenas tardes Sra. Bovari,
Nos dirigimos a usted para informarle de que vendremos mañana a su oficina para hacerle algunas preguntas respecto a la desaparición de su trabajadora, Susana Ribas. Tan solo nos llevará unos

minutos.
Reciba un cordial saludo,
Tte. Sergio Martínez

Violeta se quedó mirando fijamente la pantalla durante unos instantes. ¿Desaparición? ¿De qué iba todo eso? Si no recordaba mal, Lucrezia le había dicho que su predecesora, aquella tal Susana, se había marchado de la empresa para emprender su propio proyecto. No le había dicho nada de ninguna desaparición. Decidió dejar el ordenador tal y como lo había encontrado. Creyó que no era buena idea que Lucrezia supiera que había estado husmeando. Puso el mensaje como no leído y se alejó del monitor, todavía desconcertada. Se dirigió finalmente a su taller y cogió los materiales que necesitaba. Salió de la oficina a toda prisa, sintiendo que no debía estar allí y que, por descontado, jamás debería haber leído aquel mensaje.

Violeta se tumbó en el sofá y Frida se acurrucó sobre su regazo. La joven encendió la televisión perezosamente y se quedó mirando distraídamente hacia el techo, sin saber muy bien qué pensar. ¿Por qué le habría mentido Lucrezia? Lo más probable era que lo hubiera hecho para evitar asustarla. ¿Quién aceptaría un trabajo sabiendo que su predecesor había desaparecido?

Sin embargo, seguía sintiendo curiosidad por todo aquel asunto, así que cogió su teléfono móvil y tecleó el nombre de la mujer. Susana Ribas. Tragó saliva al encontrar un montón de noticias sobre ella. ¿Cómo era posible que no se hubiera enterado? Se reprendió a sí misma por no estar al corriente de las noticias. Clicó sobre el primer resultado de su búsqueda y empezó a leer.

Joven pintora desaparecida

Susana Ribas, de treinta y seis años, desapareció la noche del 23 de mayo. Varios testigos aseguran que la vieron entrar esa misma tarde en el edificio de Laroche Auctions, en el que iba a iniciar un proyecto próximamente, pero nadie la vio salir de allí. Al caer la noche y ver que Susana no aparecía, sus padres

decidieron acudir a la policía, que inició los trabajos de búsqueda rápidamente. Los investigadores revisaron el edificio en busca de pistas, pero no encontraron ni rastro de Susana. Tampoco vieron nada que pareciera sospechoso, así que concluyeron que debió salir de allí sin ser vista. Lo que sucedió después, sigue siendo un misterio a día de hoy.

Violeta sostuvo la respiración, ahora algo asustada. ¿Qué significaba aquello? ¿Susana Ribas iba a iniciar un proyecto en Laroche Auctions? ¿Quizá iba a ser ella la encargada de pintar el *Jardín de las Delicias* antes de su desaparición? Por algún motivo, se sintió insegura. ¿Y si estaba pasando algo extraño en aquel edificio? Fuera lo que fuese que le hubiera sucedido a Susana, ¿correría ella la misma suerte? Trató de quitarse esas absurdas ideas de la cabeza. La policía no había encontrado nada en el edificio. Era una mera casualidad, se repitió a sí misma. Su desaparición no tenía por qué estar relacionada con su trabajo.

Necesitaba compartir su descubrimiento con alguien, así que tecleó el número de Lavinia y esperó a que su amiga descolgara.

—¿Diga? —contestó con voz soñolienta.

—Perdona, ¿te he despertado? —preguntó con una mueca Violeta. No se había dado cuenta de la hora, eran casi las once de la noche.

—Un poco —contestó riendo. Estaba de sobra acostumbrada a los despistes de su amiga—. ¿Qué ha pasado? —preguntó después, sabiendo que una llamada tan tardía no podía augurar nada bueno.

—Es una tontería, ya te lo contaré mañana —repuso Violeta, lamentándose todavía por haberla molestado a esas horas.

—No, ahora no me dejes así —insistió Lavinia.

—Igual te parecerá una chorrada, pero he descubierto algo que me ha dejado un mal cuerpo…

—A ver, cuéntame.

—Resulta que la chica que ocupaba antes mi puesto desapareció hace meses.

—¿Qué? —preguntó desconcertada—. ¿Te refieres a una desaparición de verdad?

—Sí, con policía involucrada y todo —murmuró.

—Madre mía, ¿y no te has enterado hasta ahora?

—No. Eso es lo peor. Mi jefa me mintió.

—¿Cómo que te mintió?

—Me dijo que la chica había dejado el puesto para emprender su propio proyecto.

—Quizá lo dijo solo para no asustarte…

—Eso mismo he pensado yo, pero lo peor de todo es dónde fue la última vez que la vieron.

—¿Dónde?

—En Laroche Auctions.

—¿No es ahí donde estás pintado ese cuadro?

—Exacto.

—¿Pero crees que tiene algo que ver con su desaparición? —preguntó Lavinia después de unos segundos de reflexión.

—No lo sé, pero tengo que averiguarlo.

—¿Y cómo piensas hacer eso?

—Quizá Martin sepa algo. Al fin y al cabo, él fue quien encargó ese cuadro. Mañana hablaré con él.

Cuando colgó, Violeta se quedó unos segundos mirando por la ventana, con los labios fruncidos. No había pensado en ello hasta que lo había sacado a relucir en la conversación, pero ¿qué sabría realmente Martin de todo aquel asunto? ¿Era por eso que Alicia le había advertido sobre él?

Había sido uno de aquellos días lluviosos en los que parecía que no hubiera llegado a amanecer nunca. Los días empezaban a ser cada vez más cortos, así que no tardó en anochecer. Violeta miró melancólicamente por la ventana. No le gustaban la lluvia ni el frío. Le recordaban demasiado a Marcos. A las tardes que habían pasado juntos acurrucados en el bonito sofá de su antiguo hogar. Dio un brinco cuando la puerta se abrió a sus espaldas. Se volvió y se encontró con los ojos de Martin, que también parecían un poco más grises aquel día.

—Buenas tardes —dijo con cierta formalidad en la voz. No habían vuelto a hablar desde que ella había rechazado salir a cenar con él. La joven no tenía ni idea de cómo afrontar la situación, así que decidió comportarse con la mayor normalidad posible.

—Querrás decir buenas noches —dijo finalmente con una sonrisa, dirigiendo una rápida mirada al cielo oscuro.

—Tienes razón —respondió él, algo más relajado—. Quería disculparme.

—¿Disculparte por qué? —preguntó Violeta desconcertada.

—El otro día no debí pedirte salir a cenar. Estuvo fuera de lugar. Supongo que pensé que…

—No importa —lo interrumpió ella, sintiéndose mal porque encima de que había rechazado su oferta ahora se disculpara.

—Tan solo quería que supieras que no voy a intentar nada más —continuó él—. No pensé en cómo podías sentirte hasta ese momento. Soy consciente de que soy tu cliente y no quiero que sientas ningún tipo de compromiso por tener que salir a cenar conmigo. No tienes que hacer nada que no te apetezca, siento si en algún momento te he puesto en un aprieto.

Violeta lo miró boquiabierta. Realmente parecía que le hubiera estado dando vueltas al asunto durante toda la noche.

—No he hecho nada que no haya querido —acabó diciendo ella. Martin asintió, pero no dijo nada más al respecto.

—¿Cómo llevas el cuadro? —preguntó él, cambiando de tema y dirigiendo la vista hacia el enorme fresco que había casi completamente pintado en la pared.

—Bastante avanzado —respondió Violeta con una sonrisa de satisfacción, contemplando su obra—. Creo que en unos quince días lo habré terminado.

Martin asintió y bajó ligeramente la mirada. Violeta no supo cómo interpretarlo, pero creyó que aquel podría ser un buen momento para hablarle de Susana Ribas.

—Esto… quería preguntarte algo —se aventuró Violeta.

—Adelante —contestó él, frunciendo el ceño con curiosidad.

—Verás, el otro día me enteré de que antes de que yo empezara a trabajar para Lucrezia, había otra chica ocupando mi puesto —explicó. Martin asintió, sin entender muy bien el giro que estaba tomando la conversación—. Se llamaba Susana Ribas. Resulta que desapareció.

Violeta analizó el rostro de Martin, que seguía completamente imperturbable. Sin embargo, le pareció ver algo de nerviosismo en sus ojos.

—Sí, oí algo sobre el caso —respondió evasivamente.

—¿No llegaste a conocerla? —preguntó ella, tratando de

averiguar algo más.

—No —contestó, poniéndose ligeramente tenso. En ese instante, Violeta supo que escondía algo.

—Claro —acabó diciendo ella con una sonrisa fingida, empezando a recoger las pinturas que tenía desparramadas por encima de la mesa—. Bueno, será mejor que vaya a casa. Tengo que reponer fuerzas para terminar el cuadro —continuó con ligereza en la voz.

—Muy bien. Buenas noches, Violeta.

La joven salió de la sala dedicándole una última mirada a Martin. Sin embargo, sintió que algo en su interior se rompía. Él también le estaba mintiendo. Estaba claro que sabía más de lo que le había dicho.

Violeta se dejó caer en el sofá desanimada. ¿Por qué Martin le estaría ocultando la verdad? No entendía qué necesidad tenía de mentirle. Resopló y cogió a Frida en brazos. La gata se movió incómodamente, tratando de zafarse de ella. Violeta la miró cariñosamente.

—Por lo menos sé que tú no vas a mentirme —dijo con una sonrisa, achuchando a su bola de pelo blanco.

Unos golpes en la puerta interrumpieron su ataque de amor y se levantó del sofá para ir a abrir. Era Lavinia. Tenía mucho mejor aspecto que la última vez que se habían visto. Incluso parecía radiante.

—Estás muy guapa —dijo Violeta con una sonrisa de oreja a oreja.

—Creo que hacerte caso fue una buena idea —respondió su amiga, entrando en el piso y cerrando la puerta.

—¿A qué te refieres? —preguntó Violeta, sentándose a su lado en el sofá.

—Le he confesado a Bruno que estoy embarazada.

—¿De verdad? —preguntó emocionada—. ¿Y qué te ha dicho?

—La verdad es que se lo ha tomado muy bien. De hecho, me ha dicho que quiere estar a mi lado en todo esto.

—¿Entonces te apoya?

—Totalmente —murmuró—. De hecho, dice que quiere acompañarme a la primera ecografía.

—¿En serio? ¿Prefieres que venga yo también?

—No, tranquila. Ya bastante tienes con todo el lío del trabajo.

—No es problema, Lavinia, ya lo sabes.

—De verdad, no te preocupes, Bruno estará conmigo.

—Está bien, pero ese chico…

—Lo sé, es un inconsciente. No sabe dónde se está metiendo.

—No. Quería decir que ese chico vale la pena, Lavinia.

—No empieces —le advirtió—. Bueno, en realidad, no estoy aquí para hablar de planificación familiar —acabó diciendo, antes de que su amiga insistiera más en el tema—. ¿Qué es todo eso de la desaparición de Susana Ribas? He estado buscando en internet y menudo caso. ¿Has averiguado algo?

—No —confesó, sintiendo que el mundo se le caía de nuevo a los pies al recordar la reacción de Martin aquella misma tarde.

—¿Pero le has preguntado al inglés?

—Sí, pero creo que se ha hecho el loco.

—¿Cómo?

—Ha negado conocerla, pero se ha puesto tenso. Estoy casi segura de que mentía.

—Por supuesto que mentía —repuso Lavinia con enfado—. Fue él quien encargó ese cuadro, ¿no?

—Sí.

—Entonces, está claro que Susana debió de irlo a ver a él a Laroche Auctions justo antes de desaparecer.

—Ya —resopló, llevándose las manos a la cara—. ¿Por qué siempre me tengo que fijar en cretinos? —se lamentó.

—Creí que no te gustaba —dijo Lavinia con una sonrisa condescendiente.

—Oh, ya me conoces. No quería reconocerlo —murmuró Violeta bajando la mirada, avergonzada.

—¿Pero ha pasado algo entre vosotros?

—No. Bueno, solo un beso.

Lavinia se pasó la mano por la cara.

—¿Y no me lo has contado hasta ahora? —preguntó más sorprendida que disgustada.

—Perdona —dijo con cara de pena. Lavinia soltó una risilla.

—No tienes remedio. ¿Y qué vas a hacer ahora?

—Voy a averiguar la verdad.

—¿Pero cómo piensas hacerlo?

—Investigaré a Martin más de cerca.
—Eso suena a que vas a meterte en líos, Violeta.
—Que no, ya verás.
—Bueno, ve con mucho cuidado.
—Que sí.

CAPÍTULO 15

Violeta entró en Laroche Auctions con cierto nerviosismo. No estaba segura de que lo que tenía en mente fuera legal, pero tenía que arriesgarse. Descubrir la verdad merecía un pequeño sacrificio. Así que caminó con la mayor naturalidad de la que fue capaz hasta las dos recepcionistas que se encontraban tras el mostrador.

—Buenos días —saludó Violeta, fingiendo una de sus mejores sonrisas. Era completamente consciente de que aquellas dos mujeres perfectas la miraban por encima del hombro, pero necesitaba ser amable si quería obtener la información que necesitaba.

—¿En qué podemos ayudarla? —preguntaron con formalidad.

—Necesitaría hablar con Martin Hayden.

—Déjeme consultar su agenda —repuso una de ellas. Violeta agradeció tener buena vista. Miró disimuladamente la pantalla y buscó la información que necesitaba—. Estará todo el día disponible en su oficina —contestó finalmente la mujer.

—¿Sería tan amable de indicarme dónde se encuentra su despacho, por favor?

—Ah, claro. En el piso dieciséis. Despacho número siete.

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

Violeta se alejó de la recepción con una sonrisa triunfal. No tenía ninguna intención de ir a visitar a Martin a su oficina. De hecho, lo que quería averiguar era justo lo contrario: cuando se encontraría fuera de ella. Y ya tenía la respuesta. La había visto en la pantalla. Al día siguiente, Martin estaría toda la jornada fuera de Laroche Auctions. Y aquella sería la oportunidad perfecta para entrar a hurtadillas en su despacho y descubrir la verdad.

Lavinia se bajó del coche tratando de mantener la calma. Miró con desconfianza hacia aquel edificio blanco repleto de pequeñas ventanas. Nunca le habían gustado los hospitales. Avanzó hacia la puerta de entrada y se acercó hasta el mostrador impoluto y perfectamente ordenado. Una chica joven la miró con una sonrisa.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarla?

—Buenos días, venía a hacerme una ecografía.

—¿Me deja su tarjeta sanitaria?

—Sí, claro. —Le tendió el pequeño trozo de plástico mientras dirigía un rápido vistazo a la sala de espera. No vio a Bruno por ninguna parte. Habían quedado allí. Sintió un nudo en el estómago. ¿Y si se le había olvidado? O peor, ¿y si había cambiado de opinión?

—¿Se encuentra bien? —preguntó de repente la chica.

—¿Qué? —balbuceó Lavinia, sin comprender a qué se refería.

—Se ha puesto muy pálida.

—Sí, estoy bien. Gracias.

—Puede esperar allí —repuso la joven, señalando a la salita.

Lavinia se dejó caer en una de las sillas y ni siquiera se quitó el abrigo. Miró nerviosamente su teléfono móvil, con la esperanza de tener algún mensaje de Bruno, pero no encontró nada. Suspiró, sintiéndose estúpida. ¿Qué esperaba de alguien tan joven?

—¿Lavinia Acosta? —preguntó una enfermera, acercándose ligeramente a ella. No había nadie más en aquella sala de espera a la que preguntar, excepto una mujer de unos setenta años que, obviamente, no iba a hacerse una ecografía de embarazo.

—Sí, soy yo.

—Acompáñeme, por favor.

Lavinia dio un último vistazo hacia la puerta del hospital, con la esperanza de ver a Bruno aparecer por ella. Sin embargo, seguía cerrada. Dio media vuelta, siguiendo a la enfermera. La llevó hasta un consultorio, en el que una doctora que debía rondar la treintena la esperaba tras la mesa. Aquella mujer se retiró su bonita melena castaña de los hombros y la miró con unos grandes ojos oscuros que le dieron confianza desde el primer momento. Se levantó y se acercó hasta Lavinia, que se había quedado en medio del consultorio sin saber qué hacer. Le tendió la mano con una sonrisa.

—Hola, Lavinia. Mi nombre es Ana. Seré tu médico durante todo el embarazo.

—Ah, encantada —dijo Lavinia, asombrada ante aquella amabilidad. Los médicos con los que había tratado hasta la fecha no le habían parecido demasiado agradables.

—¿Vienes sola? —preguntó poco después. No solía ser habitual

que las pacientes vinieran solas. Siempre las acompañaba alguien. Su pareja, su madre o alguna amiga.

—Ah, eso parece —musitó la joven.

—Tranquila, si tienes cualquier duda estoy aquí para ayudarte.

—Gracias —dijo, agradecida ante su calidez. Por lo menos, no sería tan duro estar sola.

—Puedes tumbarte en la camilla y empezaremos enseguida —le pidió.

Sin embargo, antes de que Lavinia pudiera moverse, alguien dio varios golpes en la puerta.

—Adelante —dijo la doctora, acercándose hasta la puerta. No le gustaban las interrupciones. Sin embargo, no fue una enfermera la que apareció tras la puerta, sino Bruno. Estaba despeinado y jadeaba ligeramente, como si hubiera estado corriendo. Tenía restos de hollín en la cara y las manos y la camisa blanca manchadas de grasa.

—Lo siento, se me ha pinchado la rueda del coche —dijo, mirando a Lavinia con ojos suplicantes. La joven quiso matarle, pero no pudo evitar sonreír. Al fin y al cabo, había venido.

—¿Bruno? —dijo entonces la joven doctora.

—¿Ana? —preguntó él, mientras algo parecido al pánico se cruzaba en su mirada—. No sabía que trabajaras aquí.

—Lo sabrías si me llamaras más a menudo.

—¿Os conocéis? —preguntó Lavinia, completamente desconcertada.

—Es mi hermana —confesó Bruno, tragando saliva.

Lavinia sintió que el suelo se abría bajo sus pies. De todas las ginecólogas del mundo, ¿le tenía que tocar la hermana del padre de su hijo? Ni siquiera sabía que tuviera una hermana hasta hacía unos segundos. ¿Cómo podía tener tan mala suerte?

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Ana a Bruno, entornando los ojos con desconfianza. El chico miró a Lavinia en busca de ayuda y ella pronto comprendió que Bruno no le había dicho nada sobre aquel embarazo a su hermana ni, probablemente, a sus padres. Y una horrible pregunta se cruzó por la mente de Lavinia. ¿Qué pensaría Ana cuando su hermano pequeño le contara que iba a tener un hijo con una mujer siete años mayor que él?

—Tan solo venía para apoyarme. Es un amigo del trabajo —

acabó mintiendo Lavinia. Bruno la miró con el ceño fruncido unos instantes, pero no dijo nada—. Nadie más podía venir hoy —añadió, para intentar hacer un poco más creíble aquella excusa.

—No sabía que fueras tan amable —repuso Ana, mirando al joven. Bruno le dedicó una mueca de disgusto y se sentó en una de las sillas situadas al lado de la camilla—. Muy bien, Lavinia —dijo después, volviéndose hacia la mujer con una sonrisa amable—. ¿Empezamos entonces?

Lavinia cerró la puerta de su casa con más fuerza de la que hubiera deseado. Bruno estaba justo a su lado, todavía algo nervioso. Ver por primera vez a su hijo había un momento muy especial que habían compartido y que ninguno de los dos olvidaría jamás. Sin embargo, la experiencia se había visto algo enturbiada por la presencia de su hermana en la sala.

—¿Por qué no me dijiste que tenías una hermana? —acabó preguntando, tratando de mantener la calma. Aquella situación había sido de lo más extraña.

—Simplemente no surgió el tema. Tú tampoco hablas sobre tu familia.

—Lo siento. Son las hormonas —repuso, al ver que estaba siendo un poco dura con él. Al fin y al cabo, era cierto. Nunca habían hablado de temas demasiado trascendentales. Era lo que ella había querido, una relación sin ataduras. Parecía que el karma se estaba ensañando con ella.

—¿Por qué le has mentido?

—¿Qué querías que dijera? ¿Qué tú eres el padre?

—Es la verdad.

—Entonces, se lo podrías haber dicho tú —soltó indignada.

—No sabía cómo hacerlo, me he quedado en blanco —confesó él.

—¿Y tus padres? ¿Lo saben?

—No —murmuró.

Lavinia resopló y se dejó caer en el sofá.

—Esto no ha sido una buena idea.

—¿El qué? —preguntó Bruno, sentándose a su lado.

—Implicarte en todo esto.

—Esto es cosa de dos —repuso él, algo molesto.

—Si le decimos la verdad a tu familia… Van a pensar que soy

una asaltacunas.

—Vamos, no son tantos años. Creo que estás exagerando.

—Quizá tengas razón.

Bruno acarició el brazo de Lavinia con suavidad y le dedicó una sonrisa dulce.

—¿Quieres que te prepare algo para comer?

—No. Quiero donuts.

Bruno soltó una carcajada y se apresuró a bajar al supermercado en busca de una caja de tamaño industrial.

Lavinia se había quedado dormida en el sofá después de aquel atracón de donuts. Miró a su alrededor en busca de Bruno, pero entonces recordó que el chico se había marchado hacía rato. Había tenido que volver a la oficina por un asunto urgente.

No le dio tiempo ni siquiera a levantarse cuando el timbre de su casa empezó a sonar con insistencia.

—¿Quién es? —preguntó perezosamente cuando llegó al interfono.

—Soy yo. —Escuchó la voz de Violeta y sonrió. Justo en aquel momento le iría bien una amiga con quién hablar.

Violeta entró al piso y se dejó caer en el sofá.

—Menudo día —murmuró Lavinia, sentándose a su lado.

—¿Cómo ha ido la ecografía? —preguntó Violeta, pensando que aquel sería un bonito tema del que hablar.

—Mal —confesó.

—¿Cómo que mal? —preguntó con pánico en la voz.

—Bueno, está todo bien —se apresuró en decir—. Pero ¿a que no adivinas quién es la ginecóloga?

—No. ¿Quién? —preguntó intrigada.

—La hermana de Bruno.

—¿Qué? —musitó, tapándose la boca.

—Lo que oyes. Y encima no tenía ni idea de que Bruno es el padre.

—Madre mía, menudo lío.

—Pues ya ves, total, que le he dicho que Bruno era tan solo un compañero de trabajo.

—La cosa mejora por momentos —musitó Violeta, negando con la cabeza.

—No podía decirle la verdad.

—Bueno, alguien tendrá que decírselo a su familia, ¿no?

—Sí, ya se apañará. Yo bastante tengo con la mía.

—¿Ya se lo has dicho?

—Sí.

—¿Y no se lo han tomado bien?

—Sí, hasta que les he dicho que no tengo ninguna relación seria con el padre.

—Ya sabes cómo son… —dijo Violeta, intentando consolarla.

—Sí, del siglo pasado —soltó molesta—. En fin, creo que es mejor que no hablemos más del tema. Me genera ansiedad y ya me he comido seis donuts.

—¿Qué? —exclamó Violeta.

—Vamos, necesito pensar en otra cosa o me comeré otros seis. ¿Has averiguado algo sobre la desaparición?

—No, pero sé que mañana Martin no estará en la oficina en todo el día.

—¿Y eso qué significa?

—Que podré colarme en su despacho para ver si encuentro algo.

—¿Estás segura de eso? —preguntó preocupada—. Si te descubren…

—Tranquila, esperaré hasta que no quede nadie allí.

—Bueno, mantenme informada. No quiero que te pase nada.

—No te preocupes. Será mejor que me marche a casa, mañana hablamos.

—Ten cuidado.

Violeta se había pasado todo el día encerrada en la sala de reuniones, pintando sin parar. Aquello era lo único que parecía ayudarla a evadirse un poco de sus pensamientos. Estaba nerviosa. No había podido dormir en toda la noche pensando en lo que iba a hacer. Agradeció que Martin no hubiera aparecido por la sala el día anterior. Por lo menos, no había tenido que fingir normalidad ante él. Vio que los edificios de oficinas de alrededor estaban completamente a oscuras. Eso significaba que ya era lo suficientemente tarde como para que no quedara nadie más que ella en Laroche Auctions. Suspiró y dejó el pincel dentro del agua. Se quitó la bata y salió al pasillo. Sacó su móvil y activó la linterna. Estaba todo completamente a oscuras. Sintió un miedo irracional apoderándose de su estómago y tuvo que respirar un par de veces

para relajarse. Después, continuó su camino hasta el baño. Encendió la luz para limpiarse las manos a conciencia. No quería dejar ni una mancha de pintura en el edificio que levantara sospechas sobre la pequeña excursión que estaba a punto de iniciar. Cuando consideró que sus manos estaban impecables, apagó la luz y volvió a activar la linterna. Continuó avanzando por el pasillo, iluminando cada una de las puertas que encontraba a su paso, hasta que dio con la que le interesaba. El despacho número siete. Leyó el nombre de Martin en la puerta y cogió aire antes de poner la mano sobre el pomo. Abrió con sigilo y se escabulló dentro del cubículo, cerrando la puerta tras ella con suavidad. Aunque estaba prácticamente segura de estar sola en aquel enorme edificio, no quería hacer demasiado ruido. Toda precaución le parecía poca. Miró el ordenador de sobremesa y se acercó hasta él. Lo encendió y esperó pacientemente a que la pantalla se iluminara. Se mordió el labio al descubrir que estaba protegido con una contraseña. Como no era ninguna *hacker* informática, tendría que buscar pistas al método tradicional. Resopló y apagó el ordenador. Entonces se dirigió hacia una de las estanterías que encontró en la pared más alejada. La revisó de arriba abajo, pero no encontró más que libros de arte y de negocios. No le parecía que hubiera nada útil allí hasta que sus ojos se posaron en uno de aquellos volúmenes. Lo sacó de la estantería y leyó el título en un susurro. *Los secretos tras el Jardín de la Delicias*. Lo examinó con atención. Parecía un libro antiguo y estaba bastante usado. Lo abrió por la primera página y leyó una dedicatoria.

To Martin with all my love. Claire.

Lo tradujo mentalmente: *Para Martin, con todo mi amor. Claire*.

¿Qué significaba aquello? ¿Quién era aquella tal Claire? Abrió el libro y descubrió miles de anotaciones en los márgenes. Parecía que Martin lo hubiera estudiado a consciencia. Entonces, conocía aquel cuadro a la perfección. ¿Por qué había fingido no ser un entendido del arte? ¿Por qué la había llevado a aquel museo? Las preguntas se agolpaban en su cabeza desordenadamente. Dejó de nuevo el libro en la estantería, en la misma posición en la que lo había encontrado y continuó con su búsqueda, tratando de quitarse de encima aquella

extraña sensación del cuerpo. No entendía nada.

Vio una pequeña cajonera bajo el escritorio y decidió que aquel podía ser un buen lugar en el que esconder secretos. Tiró de la maneta para abrir el primer cajón y descubrió que estaba cerrado con llave. Resopló y registró el escritorio en busca de las llaves. Sonrió triunfalmente cuando las encontró escondidas en el fondo de un portalápices. Aquel escondite había sido poco inteligente. Abrió la cajonera y por fin accedió al contenido. Encontró un montón de papeles sobre la empresa que no le parecieron nada del otro mundo. Lo único que le llamó la atención fue un pequeño papelito. Parecía una nota. La abrió y se le heló la sangre al leer aquellas palabras.

> *Lo siento Lucrezia, pero no puedo ayudarte esta vez. Lo que me pides es demasiado, incluso yo tengo principios.*
>
> *Martin.*

Violeta se quedó unos instantes paralizada, leyendo aquella nota una y otra vez. Después, la dejó en el mismo lugar en el que la había encontrado y volvió a esconder las llaves. Se alejó del escritorio como si fuera una bomba de relojería. ¿Qué significaba aquello? Pensaba que Martin y Lucrezia tan solo se conocían por negocios, pero aquella nota parecía esconder algo más. ¿Qué le habría pedido?

No pudo seguir dándole vueltas al asunto. Escuchó unos ruidos en el pasillo y abrió los ojos como platos. ¿Quién estaba ahí? Habría jurado que se encontraba completamente sola. Vio con horror cómo la puerta del despacho se abría y no tuvo siquiera tiempo de esconderse. Observó la figura de Martin en el umbral. Le sorprendió ver que llevaba traje a aquellas horas, aunque tenía la corbata ligeramente suelta. El hombre entornó los ojos para ver mejor en medio de aquella oscuridad. La reconoció enseguida y la miró en silencio unos segundos, completamente desconcertado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con una voz que le dio miedo. Y entonces retumbaron en su cabeza las palabras de su hermana. *Martin es un hombre peligroso*. Tenía que reaccionar rápido.

—Bueno, me has pillado —dijo ella fingiendo una sonrisa, caminando hacia él.

—¿Qué? —preguntó, sin comprender nada.

—Quería darte una sorpresa —murmuró ella, acercándose todavía más a Martin, tanto, que pudo apreciar el olor a jabón que desprendía. El hombre todavía tenía el pelo mojado. Parecía recién salido de la ducha.

—¿Qué clase de sorpresa? —preguntó él, no muy convencido.

—Si te lo dijera, no sería una sorpresa —susurró Violeta con una sonrisa seductora, jugueteando con su corbata—. Ahora tendré que buscar otro momento para dártela.

Y se alejó ligeramente de él, sintiendo cómo su corazón le latía aceleradamente en el pecho. No estaba segura de si era porque la hubiera pillado in fraganti o por su proximidad. Trató de calmarse y pensar en todo lo que había descubierto. Debía dejar de sentirse así en su presencia. Aquello no estaba bien. Aquel hombre le estaba mintiendo descaradamente. Parecía tener algún tipo de historia amorosa con una tal Claire y encima estaba metido en asuntos turbios con Lucrezia. Así que Violeta dio media vuelta y empezó a andar, dispuesta a marcharse de allí, pero él la detuvo, cogiéndola con fuerza por el brazo. Le dio media vuelta y la atrajo hasta él.

—No. La quiero ahora —murmuró Martin con voz ronca. Violeta no supo qué decir. No tenía ninguna cosa en el bolso que pudiera pasar por un regalo sorpresa. Sostuvo la respiración, atrapada en sus ojos. Y entonces hizo lo único que se le ocurrió para diluir sus sospechas. Lo besó. Martin la miró unos segundos en silencio, sin modificar su expresión seria. Violeta pensó que la había fastidiado del todo, pero entonces, él la agarró de la nuca y la besó con pasión. La chica no pudo contenerse y le correspondió. Apretó sus labios contra los de él con rabia. No quería sentirse así, pero no podía evitarlo. Jamás había sentido aquella atracción por nadie. Martin la abrazó con fuerza y deslizó su mano de la nuca hasta la cintura. Desvió sus labios hasta el cuello de Violeta y le dio un pequeño mordisco. A Violeta le entraron ganas de arrancarle el traje en medio de aquella oficina, pero consiguió ser razonable durante un segundo y se separó de él, con la respiración agitada. Martin también estaba acelerado. La miró sin saber si debía disculparse o continuar.

—Quizá este no sea el mejor lugar… —balbuceó ella nerviosamente.

—Tienes razón. Lo siento, no sé qué me ha pasado.

—No tienes por qué disculparte. He sido yo. En fin, nos vemos mañana por aquí —concluyó ella, saliendo de allí a toda velocidad y perdiéndose en medio de la oscuridad de aquella oficina.

CAPÍTULO 16

Lavinia se encontraba en su centro de estética, ocupada retomando tareas pendientes que había dejado sin hacer días atrás. Todo aquel asunto del embarazo había acaparado su mente y su tiempo en los últimos días. Ahora que la cosa ya se había estabilizado un poco, necesitaba poner algo de orden en su negocio. Se pasó la mañana pidiendo materiales y repasando los números mientras María atendía a los clientes. Miró con preocupación a la joven, que parecía cansada. Había dejado el peso del negocio sobre sus hombros todo ese tiempo.

—¿Podemos hablar un momento? —le preguntó Lavinia cuando vio que María tenía un momento libre.

—Sí, claro —respondió María con cierto temor en la voz.

—No te preocupes, no es nada malo —respondió con una sonrisa al ver la cara de pánico de la joven.

—Ah, menos mal.

—Verás, es pronto para decir nada, pero creo que es justo que sepas porque he estado un poco ausente estas últimas semanas. —María asintió, deseando que continuara—. Estoy embarazada.

—¿Qué? —exclamó, entre sorprendida y entusiasmada—. ¡Felicidades!

—Gracias, ya habrá tiempo para celebrarlo —respondió Lavinia con una sonrisa—. La cosa es que es muy posible que los próximos meses no pueda estar tan al pie del cañón como me gustaría y no quiero que te agobies.

—No te preocupes por mí, estaré bien.

—Sé que puedo contar contigo. Por eso, y si te parece bien, me gustaría que te quedaras al frente del negocio cuando esté de baja.

—¿De verdad? —preguntó ilusionada.

—Por supuesto. ¿Quién mejor que tú?

—Lo haré lo mejor que pueda —respondió con una sonrisa.

—Por supuesto, te compensaré ese trabajo en la nómina. Igualmente, he pensado que voy a contratar a alguien para que te ayude. Podría empezar dentro de poco y así cuando esté de baja no

estarás sola con todo.

—Eso sería genial.

—Pues está hecho. Mañana empezaremos un proceso de selección.

Justo en ese momento, se abrió la puerta del centro y Lavinia se giró con una sonrisa, esperando encontrarse con un cliente. Sin embargo, era Bruno.

—Hola —dijo el chico con una sonrisa tímida—. Tenía un rato y he pensado que quizá pudiéramos ir a comer.

María sonrió, imaginando que aquel joven tenía algo que ver con el nuevo estado de su jefa.

—Podrías haberme enviado un mensaje antes de venir —soltó Lavinia, molesta. No quería involucrarse con Bruno más de lo necesario. Era el padre de su hijo y nada más—. Hoy estoy muy ocupada.

—No te preocupes, yo me hago cargo —intervino María con una sonrisa amable. Su jefa le dedicó una mueca.

—¿Vamos? —insistió Bruno.

Lavinia resopló y se colocó la chaqueta.

—Pero no vamos a la hamburguesería —sentenció.

—Mejor no. Aún no he podido quitar la mancha de la camisa —dijo Bruno medio riendo.

Lavinia se sonrojó al recordar lo que había pasado justo después de aquel percance en la sala de masajes.

Esta vez se sentaron en un pequeño restaurante que ofrecía un menú bastante económico. No tardaron nada en poner su pedido frente a ellos y empezaron a comer.

—¿Cómo estás? —preguntó Bruno, mirándola con dulzura. Lavinia se puso tensa, no quería que la mirara de aquel modo, no quería sentirse así frente a él.

—Bien —respondió finalmente, fijando la vista en su plato, incapaz de seguir mirándole—. Trabajabas en Laroche Auctions, ¿verdad? —preguntó de repente, deseando sacar un tema de conversación menos personal. De todos modos, aquella pregunta llevaba dando vueltas por su cabeza desde que Violeta le había explicado toda aquella historia de la desaparición.

—Sí, claro.

—Verás, es que el otro día leí una noticia…

—¿Una noticia? ¿Sobre qué? —preguntó extrañado.

—Sobre una pintora, Susana Ribas.

—Ah, la mujer que desapareció —dijo con naturalidad.

—Sí, ¿sabes algo sobre lo que pudo pasar?

—¿Yo? —respondió riendo—. Qué va. De hecho, no hacía ni una semana que había entrado a trabajar en la compañía. Puedes imaginarte el susto que me llevé al ver toda aquella policía registrando el edificio.

—¿Y no encontraron nada?

—No. Dicen que seguramente salió sin que la vieran.

—¿Pero no tenéis cámaras de seguridad en la entrada? Pensé que en un edificio así…

—Sí que las hay.

—¿Entonces?

—Se perdieron las grabaciones.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Y eso no le pareció sospechoso a nadie?

—Sí. Por eso registraron tanto el edificio. Estaban convencidos de que algo había pasado allí dentro, pero no encontraron nada. Así que…

—La dieron por desaparecida, ¿sin más?

—Eso parece. No tenían ninguna prueba, así que tuvieron que dejarlo correr y buscar por otro lado.

Lavinia tragó saliva. Violeta estaba en lo cierto. Allí había algo extraño, algo que investigar.

Violeta miraba por la ventana de aquella pequeña cafetería. Todavía estaba algo desconcertada por lo que había pasado con Martin la noche anterior. Odiaba sentirse así. Aquel hombre le estaba mintiendo, no era quién decía ser. Y, aun así, aquella atracción seguía ahí.

La puerta de la cafetería se abrió y vio a Lavinia entrar con el rostro ligeramente ensombrecido. Se acercó hasta Violeta y se sentó en la mesa.

—Buenas tardes —dijo Violeta levantando una ceja—. ¿Y esa cara?

—Creo que he descubierto algo —confesó en un susurro.

—¿A qué te refieres? —preguntó Violeta desconcertada.

—De la desaparición de Susana Ribas. —Violeta se puso tensa nada más oír su nombre—. Resulta que en el edificio hay cámaras

de seguridad.

—Entonces, la policía debería saber cuándo salió, ¿no?

—Exacto, pero resulta que las cintas de aquel día desaparecieron.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Cómo has averiguado todo esto?

—Bruno trabaja ahí.

—Ah, claro.

—Le he hecho un pequeño interrogatorio —confesó con una sonrisa pícara.

—¿Y la policía no investigó más?

—Parece que sí, pero sin ningún resultado.

—Esto es muy gordo, Lavinia.

—Ya lo creo. ¿Y tú? ¿Has averiguado algo?

—Ayer entré en el despacho de Martin y no sé qué pensar.

—¿Qué encontraste?

—Tenía un libro del *Jardín de las Delicias* dedicado por una tal Claire.

—¿Claire?

—Sí, parecía que hubiera algo entre ellos por cómo estaba escrito.

—¿Entonces tiene novia?

—No lo sé, pero creo que eso no fue lo peor. También encontré una nota.

—¿Una nota?

—Sí, estaba dirigida a Lucrezia.

—¿Lucrezia? ¿Tu jefa?

—Sí. Decía que no podía ayudarla esta vez, que incluso él tenía principios.

—¿Qué? ¿Qué demonios quiere decir eso?

—No tengo ni idea, pero parece algo turbio.

—Será mejor que dejes ese trabajo, Violeta —dijo Lavinia.

—Sabes que no puedo dejarlo.

—Sé que necesitas el dinero, pero puedo ayudarte si quieres. No me gusta ese sitio, parece peligroso.

—No es por el dinero. No puedo dejar una obra sin acabar, ya lo sabes.

—No salgas con la vena artística ahora, ha desaparecido alguien, Violeta. Esto es serio.

—No me quedan más de quince días. Te prometo que, en cuanto acabe el cuadro, lo dejaré.

—Está bien, pero ten mucho cuidado. Si Martin descubre que has estado husmeando…

—De hecho, me pilló.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Lo dices en serio?

—Sí. Te juro que me aseguré de que no quedara nadie allí.

—Ya lo veo.

—No, en serio. Si incluso iba con la linterna del móvil como una ladrona. La cuestión es que cuando ya había acabado de registrar el despacho, Martin apareció por la puerta.

—No me lo puedo creer —musitó—. ¿Y qué hiciste?

—Esto… lo seduje un poco.

—¿Qué hiciste qué? —gritó. Algunos de los clientes de las mesas contiguas se giraron molestos. Lavinia se dio cuenta de que había chillado y bajó la voz.

—Era la única manera de despistarle —se justificó.

Lavinia se pasó la mano por la cara, incapaz de creer lo que estaba oyendo.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

—Quizá si me acerco más a él pueda descubrir algo sobre Susana.

—¿Pero qué estás diciendo? No tienes por qué meterte en este lío.

—Lavinia, esa mujer merece que alguien la encuentre. Debe de tener una familia.

—Pero para eso está la policía. ¿Por qué tienes que hacer esto tú?

—No tenemos ninguna prueba, no nos servirá de nada ir a la policía.

—¿Te he dicho alguna vez que eres una inconsciente? —acabó diciendo Lavinia, sabiendo que nada haría cambiar de opinión a su amiga.

—Unas cuantas —respondió riendo.

Lavinia observó con cara de circunstancias a la joven que se acababa de marchar del centro de estética. La recepción estaba apenas iluminada por una pequeña luz de pie, ya era tarde y estaban a punto de echar el cierre.

—Esta tampoco, ¿no? —murmuró María con una mueca, mirando también hacia la joven que acababa de desaparecer por la calle.

—No —sentenció Lavinia, agotada después de haber visto a más de diez candidatas para el nuevo puesto en los últimos dos días—. Esto es un desastre, ¿desde cuando el mercado está tan mal?

María soltó una carcajada y Lavinia se dirigió hacia la puerta, dispuesta a colgar el cartel de cerrado. Sin embargo, vio a una joven corriendo hacia el local y se detuvo. La chica entró tímidamente y sonrió con unos dientes blancos como perlas. Lavinia nunca había visto una melena tan perfecta ni unos ojos tan azules. Parecía sacada de un cuadro.

—Disculpen, creo que ya estaban cerrando… —murmuró la chica, apartándose un mechón de cabello rubio de la cara.

—No, tranquila —dijo Lavinia—. ¿En qué podemos ayudarte?

—He visto el cartel sobre el puesto de trabajo y me gustaría dejar mi currículum.

—Ah, por supuesto —dijo Lavinia con algo de esperanza recogiendo el papel que le ofrecía la joven. A primera vista, parecía formal y trabajadora, cualidades que, por desgracia, no había podido ver en las otras candidatas—. ¿Cómo te llamas?

—Amaia.

Los colores verdes y amarillos reinaban en aquella pared. Violeta pintaba aceleradamente, como poseída, con la mente completamente en blanco. Sin embargo, el ruido de la puerta la sacó de su trance. Se giró sobresaltada para descubrir a Martin observándola desde el umbral.

—Puedes continuar —dijo con una sonrisa torcida—. Me gusta verte pintar.

Violeta lo miró en silencio unos instantes, sin saber muy bien qué decir. En el fondo quería gritarle, preguntarle quién diablos era esa tal Claire y por qué había fingido no conocer el *Jardín de las Delicias* cuando, en realidad, se había estudiado un volumen de arte sobre el cuadro. También quería exigirle que le explicara en qué estaban metidos él y Lucrezia y qué tenía que ver todo eso con Susana. Sin embargo, sabía que un discurso así no haría más que ponerle a la defensiva. Si quería descubrir la verdad, debería ser

algo más inteligente esta vez y dejar su impulsividad a un lado. Así que le sonrió y se retiró su melena pelirroja de la cara.

—Menudo susto me has dado.

—Lo siento —respondió él—. Tan solo quería verte un segundo antes de marcharme —dijo acercándose.

Violeta se maldijo al sentir que se le aceleraba el corazón a cada paso que daba hacia ella. No sabía si podría separarse de él a tiempo si Martin intentaba algo. No podía contener lo que sentía. Por suerte, el hombre se detuvo a escasos centímetros de ella.

—Pues ya me has visto —susurró Violeta tímidamente, sintiendo sus ojos azules sobre los de ella.

—En realidad, quería proponerte algo.

Violeta deseó que se alejara un poco de ella. Sentía un intenso nudo en el estómago y no pudo evitar que un millón de propuestas indecentes se cruzaran por su mente.

—¿Una proposición?

—Sí. Quería pedirte que me acompañaras a una subasta.

—¿Una subasta? —preguntó, totalmente descolocada. Aquella no era ninguna de las cosas que se le habían pasado por la cabeza.

—Sí, dentro de quince días hacemos una subasta especial para nuestros mejores clientes. Me gustaría que vinieras conmigo.

Violeta se quedó en silencio unos segundos, barajando sus posibilidades. Quizá aquella subasta fuera una buena oportunidad para acercarse al mundo de Martin y tener acceso a algo más de información sobre lo que había pasado con Susana.

—Claro, me encantaría —respondió con una sonrisa.

CAPÍTULO 17

Lavinia observó con una sonrisa cómo Amaia despedía con amabilidad y maestría a una de sus clientas. Hacía menos de dos semanas que se había incorporado al centro de estética, pero se había adaptado rápidamente y había congeniado a la perfección con María, que se sentía algo más relajada con su nueva ayudante.

Lavinia volvió a concentrarse en los números frente al ordenador y suspiró aliviada al comprobar que, a pesar del incremento de los costes de contratar a una persona más, seguía teniendo beneficios. Escuchó la puerta de la entrada y levantó la vista de la pantalla para encontrarse con los enormes ojos marrones de Bruno. Le dio un vuelco el corazón y trató de disimular su sorpresa. No lo había visto desde la ecografía.

—Buenas tardes —dijo él con una sonrisa.

—Bruno —murmuró, poniéndose tensa. Se levantó de la mesa y lo agarró del brazo para llevarlo a un rincón un poco alejado. No quería que Amaia supiera demasiado sobre su vida personal. Apenas la conocía y creyó que era demasiado pronto—. ¿Qué haces aquí?

—He salido pronto de la oficina y… me apetecía verte —contestó, algo extrañado por su actitud—. ¿Quién es esa chica? —preguntó entonces, reparando en Amaia. La joven le sonrió y él le devolvió el gesto.

—Ah, te presento a Amaia —dijo, acercándose hasta la chica para presentársela. No quería parecer desconsiderada—. Empezó a trabajar en el centro la semana pasada.

—Encantado —dijo Bruno, dándole dos besos.

—Igualmente —respondió Amaia, con voz celestial. Sin saber muy bien por qué, Lavinia sintió una punzada de celos.

—En fin, ¿nos vamos? —dijo Bruno, algo impaciente de repente.

—¿Cómo que si nos vamos? ¿Adónde? —preguntó Lavinia, sin comprender nada.

—Es una sorpresa. Pero vamos, date prisa o llegaremos tarde.

—Pero… no me gustan las sorpresas —masculló Lavinia entre dientes—. Además, no cerraremos hasta dentro de una hora.

—Puedo cerrar yo —dijo la voz de María a sus espaldas, que acababa de salir de una de las salas de masaje.

Lavinia suspiró y se quitó la bata a regañadientes.

—Está bien, pero ya me estás diciendo adónde me llevarás.

—Vamos, no seas aguafiestas —respondió con una amplia sonrisa, tirando de su mano y saliendo del local.

Violeta se miró en el espejo y le costó reconocerse. Llevaba un vestido de color negro digno de una princesa, que había comprado especialmente para aquella gala. Su melena pelirroja estaba recogida en un elaborado moño y se había pintado los ojos de color oscuro. Sus labios lucían un brillo carmesí.

—Lo sé, Frida. No parezco yo —dijo, achuchando a la gata, que no se le había acercado en todo el rato, como si tampoco pudiera reconocer a su dueña tras aquel elegante vestido. Llamaron al timbre y Violeta se incorporó, dejando al animal en el suelo. Cogió aire y suspiró, tratando de relajarse—. Deséame suerte —añadió, sabiendo que se había metido en la boca del lobo accediendo a acudir a aquella subasta.

Bajó las escaleras y se encontró con Martin esperándola en el portal. Se quedó sin aliento al verlo con un esmoquin oscuro y pajarita. El hombre le dedicó una sonrisa ladeada y le tendió la mano a la vez que la cubría con un paraguas negro. Llovía abundantemente aquella noche.

—Estás preciosa —dijo, ayudándola a subir en el coche. Violeta tuvo que recordarse a sí misma una y otra vez el motivo de aquella velada. Su único objetivo era descubrir algo más sobre Susana Ribas. Tenía que olvidarse de él.

No tardaron en llegar al hotel más lujoso de la ciudad. Violeta había pasado por delante un millón de veces, pero jamás hubiera imaginado que llegaría a entrar algún día en aquel lugar al que tan solo unos privilegiados tenían acceso. Martin le abrió la puerta del coche y la ayudó a bajar. Violeta le sonrió nerviosamente y empezó a caminar ligeramente tensa, tratando de no pensar en la cercanía que había entre ellos bajo aquel paraguas. Sintió la mano de Martin en su cintura, guiándola con suavidad a través de los jardines tropicales que les llevarían hasta la majestuosa puerta de aquel hotel que parecía haberse detenido en el tiempo, emanando un esplendor que hoy en día ya no se podía encontrar fácilmente.

Violeta observó las gotas cayendo por el borde del paraguas y trató de memorizar la imagen. Era una estampa digna de un cuadro.

—¿En qué piensas? —susurró Martin casi en su oído, sacándola de su ensimismamiento.

—En que esto sería una bonita pintura.

—Ya lo creo —contestó él, clavando sus ojos en ella en vez de en el paisaje. Martin alargó la mano hasta su rostro y la acarició con cuidado. Violeta tomó consciencia de la situación y rompió el contacto visual, aclarándose la garganta.

—Será mejor que entremos o cogeremos un buen catarro —dijo evasivamente. Martin se mordió ligeramente el labio y asintió. Entraron en el edificio y Violeta respiró aliviada. Por lo menos ya no estaban a solas. De hecho, el *hall* estaba lleno de personas elegantemente vestidas, que se giraron al verles entrar.

—Buenas noches —dijo Martin haciendo una pequeña reverencia y dedicando a su público una sonrisa arrebatadora. Violeta lo miró boquiabierta unos instantes, hasta que comprendió que, en realidad, él era el anfitrión de aquella gala y que todas aquellas personas se habían reunido allí gracias a él. Una camarera se acercó hasta ellos con una bandeja repleta de copas de cava y Violeta cogió una y se la bebió de un trago. Con elegancia, eso sí. Martin la miró con fingida desaprobación y después soltó una pequeña carcajada. Violeta le odió con todas sus fuerzas. ¿Por qué tenía que ser todo una farsa? ¿Por qué le había mentido?

—Vamos, la subasta empezará en diez minutos —dijo Martin, acercándose a ella un poco más. Violeta asintió y lo siguió por una enorme escalinata que les llevó hasta la sala de congresos principal de aquel hotel. Estaba decorada con opulencia y unas alfombras rojas adornaban el suelo. Le llamó la atención la cantidad de flores que había por todas partes y que inundaban la sala con un aroma algo embriagador. Aunque quizá fuera el cava. Observó anonadada las lámparas de araña que colgaban del techo, formadas por miles de cristales diminutos.

—Tengo que ir al escenario —le dijo entonces Martin, acariciando su brazo con suavidad—. Puedes sentarte en primera fila. Te he reservado un asiento —explicó con una sonrisa. Violeta estuvo a punto de echarse atrás y salir corriendo ante la perspectiva de quedarse sola entre toda aquella gente rica con la que no tenía

nada en común, pero acabó asintiendo—. Será solo un rato, te prometo que pasaré el resto de la noche contigo —añadió, justo antes de marcharse, como si hubiera adivinado sus pensamientos. Violeta se quedó unos instantes paralizada, ¿qué había querido decir con el resto de la noche? Zarandeó la cabeza, centrándose en su misión. Ahora que Martin la había dejado sola, quizá sería un buen momento para moverse entre aquella gente y descubrir algo útil sobre él o la empresa. Entonces, reconoció a alguien entre la multitud. No cabía duda. Era ella. Lucrezia. Se movía con ligereza con un vestido azul marino que reseguía a la perfección su silueta delgada y elegante. Comentaba uno de los lienzos de la subasta con una pareja algo mayor que ella. Violeta se acercó hasta Lucrezia con una sonrisa nerviosa. Debía saludarla si quería simular normalidad. Se suponía que no había leído aquella nota en el despacho de Martin. Sin embargo, Lucrezia posó los ojos sobre ella un instante y después giró la cara, como si no la conociera de nada.

—¡Lucrezia! —insistió. Quizá no la hubiera reconocido vestida de aquella manera. Sin embargo, la mujer la miró de nuevo con el rostro ligeramente desencajado y se alejó rápidamente, como si tratara de evitarla. Violeta se quedó allí en medio sintiéndose estúpida. ¿Por qué había hecho eso?

—¿Pero adónde estamos yendo? —preguntó Lavinia, viendo aquellos bosques espesos pasar a toda velocidad por la ventanilla del coche. La lluvia caía con fuerza sobre el parabrisas y Bruno parecía completamente concentrado en la carretera. Aquel viejo coche no le parecía demasiado fiable y estaba algo tensa.

—Te he dicho que era una sorpresa —respondió él con una sonrisa, mirándola tan solo durante una milésima de segundo.

Lavinia resopló y volvió a mirar al frente, intrigada. Finalmente vio aparecer un castillo en ruinas en la lejanía. Le pareció una visión fascinante. Las piedras mojadas estaban recubiertas de moho y las plantas se habían adueñado del lugar. La fachada principal estaba recubierta por una enorme enredadera y las habitaciones en las que el techo se había derruido estaban repletas de arbustos y flores silvestres, ahora recubiertas de gotas. Bruno empezó a ralentizar el coche y acabó deteniéndose a un lado de la carretera.

—¿Qué haces? —preguntó Lavinia, extrañada.

—Ya hemos llegado.

—¿Qué? ¿Aquí? —inquirió levantando una ceja.

—Pensé que te gustaría.

—Sí, pero está lloviendo a mares y es de noche —musitó, mirando con desconfianza aquella construcción. Ya no le parecía tan fascinante, sino que le daba una pizca de miedo. ¿Y si había fantasmas? Zarandeó la cabeza, quitándose ideas estúpidas de la cabeza.

—No te preocupes, está todo pensado —dijo bajándose del coche y cogiendo un paraguas del maletero. Lavinia suspiró y bajó del vehículo, refugiándose junto a él de la lluvia. Avanzaron hasta el castillo y Lavinia sintió el barro recubriendo sus botas y agradeció no haberse puesto sus favoritas aquel día. Entraron por la puerta principal y Lavinia dejó a un lado sus miedos, disfrutando de aquella visión. Siempre le habían gustado las ruinas. Y Bruno, sin duda, lo sabía. El chico sonrió al ver que se había relajado.

—¿Pero qué hacemos aquí?

—Ahora lo verás —respondió él, guiándola a través de varias salas descubiertas, abriéndose paso entre la vegetación. Finalmente, llegaron hasta una habitación algo más grande, que colindaba con una pequeña capilla. Esa estancia estaba cubierta y Bruno cerró el paraguas. Lavinia abrió la boca sorprendida al observar aquel lugar que parecía sacado de un cuento de hadas. El suelo estaba repleto de velas que titilaban dando un aspecto mágico a aquel lugar. En el centro se encontraba una pequeña mesa con un par de sillas, recubierta por un mantel oscuro. Sobre ella había varios de sus platos favoritos. Lavinia miró a Bruno boquiabierta.

—¿Qué significa esto? —preguntó sin comprender.

—Tan solo quería sorprenderte… —respondió él con una sonrisa tímida e inseguridad en la voz. Quizá no había sido tan buena idea, después de todo. Lavinia miró por la ventana, a través de la que se observaba la lluvia caer, sin saber qué decir.

—Pues lo has conseguido —contestó finalmente.

—¿Te apetece cenar conmigo? —preguntó él después.

—Bruno, ya te dije que…

—No lo digas —dijo él, evitando mirarla—. Ya lo sé.

—¿Entonces a qué viene esto?

—Tan solo quería cenar contigo una última vez. Te prometo que después de esta noche tan solo seré el padre de tu hijo.

—Está bien —acabó accediendo Lavinia, sentándose en una de las sillas. Bruno sonrió y se sentó frente a ella. Aunque Lavinia intentaba aparentar tranquilidad, sentía un nudo en el estómago. ¿Por qué tenía que sentirse así frente aquel chico?

—Buen provecho —dijo él, cediéndole una de las bandejas para que se sirviera. Lavinia sonrió y se colocó algo de comida en el plato.

—¿De qué conoces este sitio? —le preguntó.

—Mi padre es historiador —explicó el chico. Lavinia arqueó las cejas. Nunca le había hablado sobre sus padres—. Cuando era pequeño, solía traernos aquí a jugar a mí y a mi hermana. Siempre me ha fascinado este lugar.

—La verdad es que tiene un encanto especial.

—Sí.

—¿Y siempre traes aquí a tus citas? —preguntó riendo.

—No. Eres la primera —dijo, bajando la mirada.

Lavinia se arrepintió al momento de haber dicho aquello.

—¿Nunca has tenido pareja? —preguntó. A pesar del tiempo que habían pasado juntos en el pasado, nunca habían hablado sobre nada demasiado personal. Y ahora sentía curiosidad.

—Solo una novia en el instituto —respondió él—. ¿Y tú? —levantó la vista para encontrarse con los ojos azules de Lavinia, que parecían mimetizarse con la lluvia del exterior.

—No —contestó—. Supongo que no encaja conmigo.

—Ya… ¿Tienes frío? —preguntó entonces Bruno, viendo que Lavinia llevaba tan solo un abrigo fino—. Tengo mantas en el coche.

—No, tranquilo. Estoy bien —respondió ella.

—Anda, si estás tiritando —dijo, observando el leve temblor de sus brazos. Se levantó de la mesa y desapareció por los pasillos del castillo bajo el paraguas. Lavinia lo miró marcharse y después desvió la vista hasta su plato. Cerró los ojos, sintiéndose estúpida por no poder estar con él. Era perfecto. ¿Qué clase de problema tenía con el compromiso?

Bruno volvió al cabo de unos minutos cargado con un par de mantas. Se acercó hasta ella y la cubrió con una de ellas.

—¿Mejor? —Lavinia asintió y le sonrió.

Pasaron el resto de la velada entre risas, hablando

distendidamente sobre temas más banales. Después de un par de horas, Bruno miró el reloj. Se estaba haciendo tarde y el frío era cada vez mayor.

—Quizá sea mejor que volvamos —dijo, con cierta pena en la voz.

Lavinia lo miró unos instantes y sus palabras retumbaron en su cabeza. Después de aquella cena, se limitaría a ser solo el padre de su hijo. ¿Era eso lo que ella realmente quería? Sin embargo, no dijo nada y se limitó a asentir.

Caminaron hasta el coche y Lavinia echó un último vistazo a aquel lugar encantado. Bruno condujo en silencio hasta la puerta de casa de la chica. Detuvo el vehículo y la miró.

—Gracias por la cena —dijo ella. Él le respondió con una sonrisa triste. Y Lavinia no pudo evitarlo. Se acercó hasta él y depositó un suave beso sobre sus labios. Después, se bajó del coche, dejándole completamente desconcertado.

La subasta resultó ser un auténtico tostón. Expertos en arte salían ante el público para explicar la obra que se vendía y después los asistentes empezaban a pujar. Le asombró la ingente cantidad de dinero que algunos de los presentes estaban dispuestos a pagar por aquellas obras de arte. ¿Por qué nadie compraba las suyas? Violeta suspiró y miró a Martin, que escuchaba atentamente al experto que comentaba el lienzo. Entonces, Martin desvió la mirada hasta ella y le sonrió durante un instante. Violeta sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho y se centró de nuevo en la obra.

Cuando pensaba que iba a quedarse dormida, se subastó el último cuadro, que se vendió por la cifra más alta aquella noche. La compra fue seguida por un largo aplauso general y la gente empezó a levantarse. Los conductores de la gala empezaron a guiar a la gente hasta otro salón igual de elegante, en el que se serviría la cena. Violeta avanzó a trompicones entre la gente tratando de llegar hasta Martin, que se encontraba a un lado del escenario. Cuando estaba a escasos metros, sus piernas se detuvieron en seco al reconocer a Lucrezia frente a él. Violeta se escondió disimuladamente tras una de las cortinas granates que adornaban las ventanas y trató de escuchar la conversación.

—¿Por qué la has traído aquí? —exclamó Lucrezia, casi gritando. Estaba claramente molesta con él—. Espero que sea

porque te lo has pensado mejor.

—No. Ya te dije que no te ayudaría esta vez —repuso él.

—Por lo menos podrías mantenerla al margen. No quiero que meta las narices en nuestros asuntos.

—En tus asuntos, querrás decir.

—No olvides que se convirtió en asunto tuyo el día que decidiste callar —contestó ella en tono amenazante.

Martin frunció los labios en una fina línea, enfadado. Sin embargo, no tuvo tiempo de contestar. Una mujer mayor se acercó a Lucrezia y esta empezó a hablar con ella, dándole la espalda a Martin. El hombre se giró frustrado y fue en busca de Violeta. Al verlo venir, la joven dio un paso atrás y simuló estar mirando los ribetes de las cortinas.

—¿Qué haces ahí? —preguntó Martin, arqueando una ceja.

—Me fascina todo. Hasta las cortinas están trabajadísimas —dijo la chica, fingiendo interés por la cenefa que tenía entre sus manos.

Martín sonrió, algo más relajado y la cogió del brazo, llevándola hasta el salón de la cena, con los demás invitados.

Se sentaron en una pequeña mesa para dos, cerca del escenario en el que tocaba una orquestra en directo.

—¿Qué te ha parecido la subasta? —preguntó Martin, dando un sorbo del vino que les acababan de servir.

—La parte de arte ha estado bien…

—Aburrida, ¿no? —repuso él con una sonrisa.

—Un poco.

Pronto les trajeron unos pequeños entrantes de alta cocina, que Violeta miró con extrañeza. Parecía más una obra de arte que comida. A Martin pareció divertirle su reacción, pero la joven mantuvo la vista fijada en el plato mientras comían, sin atreverse a mirarle. ¿Qué había significado aquella extraña conversación con Lucrezia? Ahora sí que estaba segura de que ocultaban algo. Algo oscuro. Bebió un par de copas más de vino para tratar de calmar su mente, que iba a mil por hora. ¿De qué asuntos estarían hablando? ¿Tendría algo que ver con la desaparición de Susana?

—Estás muy callada —observó Martin, poniendo una mano sobre la de ella. Violeta la retiró suavemente y lo miró por primera vez en toda la cena.

—Creo que no me encuentro bien —acabó diciendo,

levantándose de la mesa y saliendo de la sala. Era incapaz de continuar con aquella farsa. Por mucho que quisiera fingir que no pasaba nada, había demasiados secretos entre ellos. Y lo que sentía por él a pesar de todo, la asustaba.

Violeta salió al jardín y recibió la lluvia en la cara como si se tratara de una bendición que la ayudaría a limpiar todo aquello que sentía. Avanzó entre las plantas, deseando no haber aceptado jamás aquel trabajo. Escuchó la puerta del hotel abrirse en la lejanía y observó entre las ramas para descubrir que Martin la había seguido hasta el exterior. Violeta aligeró el paso. No quería volver a hablar con él. Martin escuchó el ruido de las ramas y avanzó hasta allí. Distinguió el moño pelirrojo de Violeta entre las hojas.

—¡Violeta! ¡Espera! —gritó por encima de la lluvia, corriendo hacia ella. Violeta se giró disgustada, viendo cómo se acercaba cada vez más. Finalmente, la alcanzó.

—¿Adónde vas tan deprisa? —preguntó él, sosteniéndola por la mano.

—Quiero volver a casa, estoy cansada —acabó diciendo, observando como las gotas de lluvia resbalaban por el rostro de Martin.

—Te acompaño entonces.

—Prefiero ir dando un paseo.

—¿Pero qué dices? ¿Con esta lluvia?

—No me importa.

—¿Qué te pasa, Violeta? Estás rara.

Violeta rio con ironía.

—Así que la rara soy yo…

Martin la miró sin comprender nada.

—Creo que has bebido demasiado. Será mejor que te lleve a casa.

—¡Cómo te atreves! —gritó, deshaciéndose de su mano.

—¿Cómo me atrevo a qué? —exclamó.

—A mentirme de esta manera.

—¿Pero de qué diablos estás hablando? —preguntó, frunciendo los ojos intentando entenderla.

—Nada, déjalo —contestó, sintiéndose ligeramente mareada. Quizá Martin tenía razón después de todo y había bebido demasiado. No tendría que estar montando ese numerito, se estaba

descubriendo. Y se suponía que debía investigar la desaparición de Susana en secreto.

—No, ahora me lo dices —dijo, agarrándola de nuevo por el brazo y obligándola a mirarle. Se quedaron a escasos centímetros el uno del otro.

—¿Quién es Claire? —preguntó finalmente, tratando de desviar la atención hacia el otro descubrimiento que había hecho hacía un par de semanas. No tenía por qué revelarle que sabía que Lucrezia y él se traían algo turbio entre manos.

Martin la soltó y dio un paso hacia atrás al escuchar aquel nombre. Violeta pudo casi apreciar terror en su mirada, tan solo durante un instante. Después, se recompuso.

—¿Qué sabes tú de Claire? —preguntó Martin con voz pausada, tratando de controlar sus sentimientos.

—Vi el libro que te regaló —confesó.

—¿Cómo?

—Aquel día, en el despacho… —continuó.

—¿Registraste los libros de mis estanterías? —preguntó él, entre ofendido y sorprendido.

—No —se apresuró en contestar, temiendo haber dicho demasiado—. Tan solo me llamó la atención el título del libro. Dijiste que no sabías nada sobre *el Jardín de las delicias* y me sorprendió…

—Así que tuviste que mirarlo… —murmuró, pasándose una mano por la cara, culpándose a sí mismo por aquel descuido.

—¿Por qué dijiste que no conocías el cuadro? —preguntó, ansiosa por descubrir, al menos, una de las respuestas.

Martin cerró los ojos, exasperado. Después, la miró largamente.

—Tan solo quería una excusa para salir contigo —masculló con cara de fastidio—. Sabía que si te decía eso me acompañarías al museo.

Violeta negó con la cabeza, sintiendo cómo el moño se tambaleaba por el peso del agua. En el fondo, deseaba creerle, pero sabía que había algo más tras aquella mentira. Sin embargo, no insistió. Ya se había expuesto demasiado.

—¿Y Claire? —preguntó ella de nuevo.

—Tan solo es una vieja amiga —masculló, molesto por tener que dar explicaciones. Violeta se quedó mirándole unos instantes,

sabiendo que no se lo estaba contando todo.

—Lo siento, pero creo que no deberíamos vernos más fuera de la oficina —dijo finalmente.

—¿Qué?

—Ya he pasado por esto antes y no puedo salir con alguien que me miente —contestó, dando media vuelta y dejándolo plantado en aquel jardín.

CAPÍTULO 18

Los días pasaron lentos aquellas dos semanas. Violeta se sentía como si viviera en un constante día de la marmota. Cada día parecía idéntico al anterior. Se levantaba, iba a la oficina, pintaba durante más horas de las que su espalda podía soportar y volvía a casa para dormir. No había hablado prácticamente con nadie y evitaba cualquier tipo de interacción social. Incluso se las había ingeniado para evitar a Martin. No hubiera soportado volverle a ver.

Violeta había perdido algo de peso, era incapaz de comer nada. Se sentía demasiado estúpida. Había vuelto a ilusionarse con un hombre y la historia había acabado igual de mal que con Marcos. Primero, se había enamorado de un hombre infiel y ahora de un hombre con secretos.

Bajó de la furgoneta y miró el estudio en el que vivía con una mueca. Su vida seguía siendo un desastre. Había creído que este trabajo lo cambiaría todo, que le ayudaría a llevar una vida más ordenada y normal. Y lo único que había hecho era volver a salir herida. Subió las escaleras pesadamente y entró en su diminuto piso. Frida la fue a recibir rápidamente, refregándose por sus piernas. Violeta la acarició y sonrió con tristeza. Al menos, alguien apreciaba su compañía. Mientras le ponía algo de pienso en su cuenco, escuchó la puerta del estudio abrirse y se sobresaltó ligeramente. Descubrió a Lavinia con cara de pocos amigos en la entrada.

—¿Se puede saber por qué no me coges el teléfono desde hace días? —exclamó indignada.

—Lavinia, lo siento —se disculpó, sabiendo que su amiga estaba muerta de preocupación.

Lavinia cerró la puerta con vehemencia y se cruzó de brazos frente a ella.

—¿Vas a contarme lo que está pasando? La última vez que hablamos ibas a ir a una subasta con el inglés. Te llamé al día siguiente, pero no lo cogías. He venido varias veces a verte, pero no

te encontraba, ya estaba a punto de poner una denuncia o algo —gruñó enfadada.

—Todo es un desastre —masculló.

—A ver, siéntate y me lo explicas —dijo algo más relajada, al ver el estado lamentable de su amiga.

Se sentaron en el sofá y Violeta la miró con cara lastimera.

—¿Por qué siempre me tengo que fijar en el hombre equivocado?

—¿Pero qué demonios pasó en la subasta? —preguntó intrigada.

—Vi a Martin y Lucrezia hablando y los espié desde detrás de una cortina.

—¿Qué dices? ¿No te vieron?

—No.

—¿Y de qué hablaron?

—Lucrezia le preguntó por qué me había llevado a la subasta. Parecía otra persona, era incisiva y fría con él. Y a mí ni siquiera me saludó cuando me vio, como si no me conociera de nada.

—¿Qué? ¿Pero por qué le molestaría que estuvieras allí?

—No lo sé, pero le dijo a Martin que no quería que me inmiscuyera en sus asuntos.

—¿De qué asuntos crees que estarían hablando? —murmuró Lavinia, pensativa.

—Ni idea, pero Lucrezia recalcó que Martin estaba implicado desde el momento en que decidió callar.

—Es decir, que hay algún secreto que Martin le está guardando.

—Sí, pero estaban tensos, como si no estuvieran de acuerdo en algo.

—¿Y qué hiciste después?

—Nada, cené con Martin intentando aguantar el tipo, pero no pude soportarlo. Estaba tan atento conmigo que…

—No me digas que vosotros…

—No, no —se apresuró en aclarar—. Pero creo que hablé demasiado.

—¿Por qué? —preguntó con cierto miedo Lavinia, sabiendo del lado impulsivo de su amiga.

—Le empecé a echar en cara que guardaba secretos.

—¿Que hiciste qué? —exclamó, sin poder creerlo.

—Ya lo sé. Es que bebí un poco…

—¿Y qué te dijo él?

—No entendía de qué le estaba hablando así que… saqué a aquella tal Claire a relucir.

—¿Cómo?

—Pensé que sería mejor hablar de esa mujer que decirle que sabía que se traía algo turbio entre manos con Lucrezia.

—Bueno, supongo que sí, pero igualmente…

—Ya sé que debería haber fingido no saber nada de nada, pero no pude callarme más.

—Sabía que esto no era una buena idea. Nunca has sabido mentir. En fin, ¿y quién es esa Claire? ¿Te lo contó?

—No. Solo me dijo que era una vieja amiga.

—Cuanto secretismo. Será mejor que te alejes de ellos.

—Sí. Tenías razón. Nunca debería haberme implicado en todo esto. Mañana acabaré ese maldito cuadro y no volveré a verlos, ni a él ni a Lucrezia.

Violeta se quedó mirando al suelo con la expresión más triste del mundo. Lavinia se acercó a ella y la abrazó con cuidado, acariciando su melena pelirroja.

—Tranquila, todo saldrá bien.

Violeta se levantó algo más tranquila al día siguiente. Hablar con Lavinia le había ido bien. Se vistió con lo primero que encontró y se hizo una coleta rápida. Le puso de comer a Frida y se marchó sin ni siquiera desayunar sus tostadas habituales. Quería terminar los últimos detalles del *Jardín de las Delicias* y cerrar de una vez por todas aquel extraño episodio de su vida. Dejaría atrás Laroche Auctions, el Boulevard Dell'arte, a Martin y a Lucrezia.

No se cruzó con nadie en todo el día y se concentró en su tarea. Acabar el lienzo. Cuando el sol ya hacía horas que se había ocultado tras el horizonte, Violeta dio la última pincelada a aquel cuadro. Sonrió satisfecha y elaboró una diminuta uve en la parte inferior derecha. Su firma casi invisible. Recogió las cosas con cierta lentitud, despidiéndose de cada momento que había vivido allí, sabiendo que nunca volvería a aquel lugar. Dio un último vistazo a su cuadro y apagó la luz.

Bajó por el ascensor con cierta tristeza. No volvería a ver a Martin. Era lo que quería, pero en el fondo le dolía. Lo peor de todo

era que, después de lo que había pasado en la subasta, ni siquiera había intentado hablar con ella. Eso era lo poco que parecía importarle. Suspiró y bajó hasta el *parking*. Vio su destartalada furgoneta al fondo y avanzó con cierto temor. Estaba todo prácticamente a oscuras y tan solo había otro coche aparcado, mucho más elegante que su vehículo. El lugar estaba desierto. Era el momento idóneo para que apareciera un fantasma o un psicópata. Apresuró el paso algo asustada por sus propios pensamientos. Y entonces, escuchó un ruido a sus espaldas. No le dio tiempo a girarse. Sintió una mano alrededor de su cintura agarrándola con fuerza y otra con un pañuelo sobre su boca para que no pudiera chillar. El olor a cloroformo era inconfundible. Los ojos empezaron a pesarle y se sintió mareada. El maletín de pinturas resbaló de entre sus dedos y cayó al suelo, abriéndose con cierto estrépito. Su atacante la cogió en brazos y la metió en el maletero del otro coche que había en aquel aparcamiento. Antes de cerrar, le ató las manos y la amordazó para que no pudiera escapar. Después, Violeta escuchó el ruido metálico de la puerta y todo se volvió oscuro.

Segunda parte

La zona roja

CAPÍTULO 1

Violeta se movió ligeramente y entreabrió los ojos con dificultades, sintiendo un fuerte dolor de cabeza. Se incorporó lentamente y miró a su alrededor, desorientada. Se encontraba sobre una esterilla tendida en un rincón de lo que parecía ser un viejo granero. Aquel lugar estaba sumido en la penumbra y el aire olía a soledad. Debía llevar décadas abandonado. Las balas de paja prácticamente se habían desintegrado por el paso de los años y la humedad se colaba por las rendijas de aquellas débiles paredes de madera. Violeta se puso en pie y empezó a caminar por aquel sitio tratando de mantener la calma. ¿Había pasado realmente? ¿Alguien la había atacado en aquel *parking*? ¿La habían metido en un maletero? El recuerdo le resultaba muy lejano y allí no parecía haber nadie esperándola. Ni siquiera estaba atada. Vio una puerta al final del granero y avanzó a toda velocidad hasta ella. Trató de abrirla, pero vio que estaba cerrada por fuera. Frustrada, descubrió una pequeña ventana en uno de los laterales, por la que se colaban algunos escasos rayos de sol. Se acercó hasta ella y miró a través del pequeño agujero, pero en vez de conseguir alguna pista sobre dónde se encontraba, lo único que consiguió fue crearse más dudas. Tan solo podía ver un enorme prado que se perdía más allá de donde le alcanzaba la vista, rodeado por un frondoso bosque. Observó con curiosidad unos enormes cráteres cubiertos de hierba incrustados en el suelo de aquella explanada. ¿Dónde demonios estaba?

Lavinia resopló tratando de calmarse antes de llamar a la puerta. Llevaba más de dos días sin saber nada de Violeta. La había llamado en varias ocasiones para contarle lo que había pasado con Bruno, necesitaba su consejo desesperadamente. Incluso le había dejado un par de mensajes. Pero su amiga no le había contestado. De hecho, había apagado el teléfono. Lavinia estaba tan molesta con ella que había decidido ir a verla a su pequeño estudio. No podía ignorarla así. Llamó insistentemente, pero nadie abrió. No era la primera vez que Violeta no se enteraba por culpa de la música, así que usó la

llave que su amiga le había dado tiempo atrás y entró en el piso. Se sorprendió al verlo todo a oscuras. Se asustó al sentir que algo tocaba sus pies. Encendió la luz con la mano temblorosa y descubrió que era Frida, maullando desesperadamente.

—¿Qué te pasa? —preguntó algo intranquila. Frida era cariñosa, pero nunca reaccionaba con tanto entusiasmo—. ¿Tienes hambre? ¿es eso?

Lavinia se acercó a la cocina y le rellenó el cuenco de pienso. Vio cómo Frida se abalanzaba sobre el plato con una pasión desmesurada. Entonces, desvió la vista hasta su terrario y vio que desprendía un olor bastante desagradable. Estaba lleno de excrementos, como si llevara varios días sin vaciarse. Fue en aquel momento cuando se le encendió una alarma. Violeta era un desastre, pero jamás hubiera dejado a Frida descuidada de aquella manera. Su amiga idolatraba a la gata y la tenía siempre inmaculada. Como si supiera lo que estaba pensando, Frida se acercó hasta ella y empezó a maullar.

—Ya, yo también creo que algo no va bien. —Lavinia agarró a Frida entre sus brazos—. Nos vamos a mi casa, no puedo dejarte aquí sola.

Violeta no tuvo tiempo de mirar mucho más por la ventana. Escuchó un ruido a sus espaldas y se giró espantada. Alguien había abierto la puerta. Pudo ver una enorme figura a contraluz. Era un hombre alto y corpulento, vestido completamente de negro y con un rostro agresivo. Se acercó hasta ella y la chica empezó a temblar.

—¿Q-quién eres? —balbuceó la joven.

El hombre sonrió maliciosamente y se acercó hasta ella más de lo necesario. Violeta apoyó su espalda contra la pared, incapaz de retroceder más.

—Ya era hora. Has tardado bastante en despertar —dijo él, a modo de reproche, acariciando un mechón de su pelo. Violeta quiso llorar de terror.

—¿Dónde estoy? —cuestionó fingiendo más seguridad de la que sentía.

—En un lugar muy lejano, donde nadie podrá encontrarte.

—¿Por qué estoy aquí? —logró preguntar después de unos segundos de puro pánico.

—Por fin una buena pregunta. Pronto lo sabrás —contestó—.

Pero no adelantemos acontecimientos. Por ahora, lo único que tienes que saber es que, si quieres salir de aquí con vida, será mejor que hagas todo lo que te diga.

Violeta se quedó paralizada y fue incapaz de contestar. Por suerte, el secuestrador pareció dar por terminada aquella conversación y dio media vuelta. Caminó hasta la puerta y salió del granero cerrando con llave, dejándola sumida en un total desaliento.

Lavinia miró el reloj del comedor de su casa con cierto nerviosismo. Repiqueteaba los dedos contra la mesa esperando a que llegara la hora. Por fin sonó el timbre. Se levantó como una exhalación y fue a abrir la puerta. Vio los grandes ojos marrones de Bruno observándola desconcertados. No se habían vuelto a ver desde aquel beso. Y aunque todavía no sabía cómo comportarse cuando se encontraba frente a él, le había hecho venir por un motivo muy distinto.

—¿Qué ha pasado? Por tu mensaje parecía algo bastante urgente.

—Bueno, sí… Será mejor que pases —dijo, haciéndole un gesto para que entrara y se sentara en el sofá. El chico se sentó y descubrió una bola de pelo blanco acurrucada en un rincón.

—¿Y esto? No sabía que tuvieras un gato.

—No es mío, es de Violeta.

—¿De tu amiga? ¿Y cómo es que lo tienes tú?

—Ese es el tema —dijo Lavinia, dejándose caer a su lado en el sofá—. Creo que puede haberle pasado algo a Violeta.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—Llevaba dos días sin cogerme el teléfono. Al principio no me extrañó, es un poco despistada. Pero ya me parecía demasiado, así que fui a verla a casa. Y me encontré con Frida hambrienta, como si nadie le hubiera dado de comer en días.

—¿Quieres decir que tu amiga…?

—No ha pasado por casa en los últimos días.

—Bueno, quizá esté de viaje.

—No, me lo hubiera dicho. Además, ella nunca dejaría a Frida desatendida.

—¿Entonces qué crees que ha pasado?

—No sé cómo explicarte esto —musitó dudosa. Bruno trabajaba

en Laroche Auctions y no quería meterlo en problemas, pero estaba demasiado preocupada por Violeta—. Tiene que ver con tu empresa.

—¿Con Laroche?

—Sí. ¿Recuerdas cuando te pregunté sobre Susana Ribas?

—Claro.

—Violeta estaba convencida de que le había pasado algo en el edificio, que Susana nunca había llegado a salir de allí. Así que empezó a investigar. Y temo que… —se le quebró ligeramente la voz, pensando en todo lo que podría haberle sucedido a su amiga.

—¿Crees que le ha pasado algo en Laroche Auctions?

—Sí, lo último que sé de ella es que estaba a punto de terminar el cuadro que pintaba en tu oficina. Mira, este es su último mensaje.

Lavinia le tendió su teléfono móvil a Bruno y leyó lo que ponía en la pantalla.

> «Hoy acabo ese maldito cuadro. ¡Por fin! Nos vemos pronto para celebrarlo».

—¿Esto fue lo último que supiste de ella?

—Sí. Fue este lunes.

—¿Has ido ya a poner una denuncia? —preguntó Bruno, ahora también con cara de preocupación.

—Todavía no. No estaba segura de a quién acudir ni si eran paranoias mías. Primero quería hablar contigo por si sabías algo.

—El lunes la vi por la oficina, pero la verdad es que no la he vuelto a ver por ahí. Quizá tengas razón…

—No lo sé, es todo muy extraño. Antes de ir a la policía me gustaría hablar con Martin.

—¿Con Martin? ¿Qué tiene qué ver él en todo esto?

—Él fue quien contrató a Violeta. Ella sospechaba que estaba metido en algo turbio y empezó a seguirle de cerca.

—¿Entonces crees que ha sido él?

—Es una posibilidad.

—Todo esto es mucho suponer —murmuró Bruno, tratando de encontrar coherencia en la historia que le estaba contando Lavinia—. Creo que lo mejor sería que lo dejaras en manos de la policía.

—Ya, pero con la desaparición de Susana no parecen haber sido demasiado efectivos…

—¿Entonces qué piensas hacer?

—Hablaré con Martin. Quiero ver qué cara pone. Entonces, sabré si está implicado en todo esto.

—Pero…

—¿Puedes conseguirme una cita con él? —le preguntó a Bruno, sin dejar que terminara.

El chico la miró dubitativo. Martin era el jefe de toda la planta. No estaba seguro de cómo reaccionaría al ver que le había preparado una encerrona.

—No te pediría algo así si no estuviera desesperada. Sé todo lo que arriesgarás si…

—Está bien —acabó diciendo Bruno. Sabía que aquello era lo correcto—. Pero avísame si las cosas se ponen feas —añadió. En realidad, poco le importaba su posición en Laroche Auctions, lo que en realidad temía era que algo malo pudiera sucederle a Lavinia.

Violeta miró por la ventana con gesto preocupado. Estaba casi anocheciendo y una fuerte lluvia mojaba los campos que rodeaban el granero. Y tan solo disponía de una miserable vela para iluminar aquel lugar que le provocaba escalofríos. Suspiró, sabiendo que aquella noche no podría escapar con aquellas condiciones meteorológicas. Por mucho que aquel matón le hubiera dicho que no intentara nada, no pensaba quedarse allí a esperar. Tenía que buscar una salida de aquel lugar. Si no era aquella noche, escaparía a la siguiente, pero no tenía ninguna intención de quedarse de brazos cruzados. Recorrió el granero casi a tientas, con la vela alumbrando el camino. Le temblaban ligeramente las manos. No sabía si era por la humedad o por el miedo. Por mucho que le aterrara la idea de que se le apareciera un fantasma, temía todavía más que aquel hombre volviera a buscarla. Así que se metió por cada recoveco que encontró en busca de alguna salida. Sin embargo, tan solo encontró paredes. Resopló y miró hacia el techo de aquel granero, que debía de hacer más de diez metros de altura. Entonces, vio una fina escalera en un lateral, que daba acceso a un piso superior. Subió por los tablones de madera escuchando los lamentables crujidos a cada uno de sus pasos. Trató de no pensar en la posibilidad de que la madera podrida cediera ante su peso y continuó escalando, hasta que llegó a un simple suelo de madera que conformaba aquel segundo piso. No se atrevió a ponerse en pie

por miedo a caerse o a que el suelo se quebrara, así que caminó a gatas hacia adentro. Vio que había una cama de paja con una vieja manta encima, que debía de llevar décadas sin usarse. Parecía como si aquella hubiera sido la modesta habitación de alguien. Una caja de madera situada justo al lado del lecho hacía las funciones de mesita de noche y sobre ella había un farolillo vacío, algo oxidado. Violeta se acercó hasta allí y puso su vela dentro. Por lo menos no se iría quemando la mano con la cera. Volvió a mirar de nuevo hacia la manta con ciertas reticencias. Seguro que estaba llena de pulgas, ácaros y cualquier bicho viviente, pero tenía frío. Así que alargó la mano hasta la tela y la movió con cara de asco. Se puso de pie con cuidado y la sacudió. Tosió y arrugó la nariz cuando una gran capa de polvo la rodeó. Fue en ese momento en el que escuchó un ruido seco, como si algo contundente hubiera caído al suelo. Miró y descubrió un viejo libro, que debía de haber estado envuelto en la manta. Frunció el ceño y se agachó a recogerlo. Quitó el polvo de la cubierta con la palma de la mano y vio que no había ningún título en la portada. Lo abrió y se encontró con las palabras manuscritas de alguien. Era un diario. Revisó las primeras páginas y descubrió fascinada que databa de 1916. Eso quería decir que alguien lo había escrito durante la Primera Guerra Mundial. Entonces, vio un nombre escrito en la parte superior, pequeño y caligrafiado delicadamente. Camille. ¿Sería ella la persona que había vivido en la pequeña habitación de aquel granero? Acarició el libro con cuidado y fue hasta la primera página. Estaba escrito en francés, así que agradeció los cientos de horas dedicados a aprender aquel idioma durante sus años de universidad. Observó con curiosidad algunos dibujos a carboncillo entre las páginas escritas. Parecía que aquella tal Camille dibujaba bien.

23 de marzo de 1916

Todavía no he podido averiguar nada sobre el soldado que apareció en nuestra finca hace tres días. Continúa inconsciente y tan solo vuelve ligeramente en sí para beber agua. Limpié con cuidado sus heridas y cambié lo poco que quedaba de su uniforme por algo de ropa limpia. He revisado varias veces los bolsillos

de su vieja casaca, pero no llevaba nada. Ni una foto, ni una carta de sus familiares. Me resulta extraño. ¿Quién va a la guerra sin tan siquiera un recuerdo? ¿Quién puede soportar ese horror sin nada a lo que aferrarse?

CAPÍTULO 2

23 de marzo de 1916. Verdún, Francia.

Ya había anochecido, pero el fuego de las trincheras no parecía detenerse. Camille miró con disgustó hacia las luces rojizas que se reflejaban en el cielo oscuro y se escabulló hacia el granero. Por las noches era mucho más fácil distraer la atención de su abuela, que solía dormir profundamente. Cerró la puerta de madera con cuidado y se dirigió hacia la escalera que se encontraba más al fondo. Subió los peldaños alumbrándose tan solo por un farolillo de aceite. Pronto llegó hasta el pequeño suelo que se encontraba en medio del granero. Observó de nuevo a aquel soldado, que había acomodado sobre un improvisado lecho de paja. Estaba exactamente en la misma posición en la que lo había dejado unas horas atrás. Se preguntó si se quedaría en aquel estado eternamente. Quizá sus heridas no fueran tan solo externas y tuviera algún grave daño interno. Se acercó a él y observó su rostro con más detenimiento. Las quemaduras parecían estar sanando rápidamente. Entonces, ¿por qué no despertaba? Como si hubiera escuchado sus pensamientos, el hombre abrió los ojos de repente y los clavó en Camille. Se abalanzó sobre ella con fuerza, como enajenado, y puso las manos alrededor de su cuello. La joven sintió pánico. ¿En qué había estado pensando? Había metido a un desconocido en su propia casa sin pensar en los riesgos que ello conllevaba. ¿Y si era un loco o un asesino?

—*Wer sind Sie?* —gritó el hombre furioso.

Camille abrió la boca tratando de respirar y entonces el hombre pareció volver en sí. La miró de nuevo y la soltó, como si estuviera viéndola por primera vez. La chica no dijo nada, se quedó observándolo aterrorizada en un rincón. No había entendido su pregunta, pero de algo estaba segura. Aquel hombre era alemán. Había metido al enemigo en casa.

—*Wo bin ich?* —le preguntó a la joven, acercándose

ligeramente a ella. La chica retrocedió, espantada. Temía que la atacara de nuevo.

—Te desplomaste en mi finca —dijo finalmente. El hombre entornó los ojos, comprendiendo que seguía en Francia. Asintió ligeramente.

—¿Has cuidado de mí todo este tiempo? —preguntó entonces cambiando de idioma, aunque con algo de acento.

La joven asintió tímidamente, sin atreverse a mirar a aquellos ojos azules.

—¿Sabes hablar mi idioma? —preguntó Camille.

—Sí —contestó él, sin dar más explicaciones—. Será mejor que me marche —acabó diciendo, sabiendo que no debía estar en aquel lugar.

—Pero…

El hombre se incorporó ligeramente. Sin embargo, sintió una punzada de dolor en las costillas y se encogió, incapaz de levantarse. Gruñó y se llevó la mano a una herida de arma blanca, profunda y que cruzaba buena parte de su pecho.

—Deberías esperar un poco más. Todavía estás herido… —observó Camille.

—No quiero ser un problema —dijo con una mueca.

—Nadie sabe que estás aquí.

—¿Por qué no me has entregado? —preguntó el hombre.

—No sabía que eras alemán —respondió sinceramente. La joven se preguntó qué hubiera hecho realmente si lo hubiera sabido. ¿Lo hubiera dejado morir en la calle? Probablemente no.

—¿Vas a entregarme ahora?

Camille lo miró largamente y frunció el ceño, sin saber qué contestar. Y no pudo evitar pensar en André, su prometido, perdido en algún lugar de Alemania. Quizá él hubiera corrido una suerte parecida a la de ese soldado y también necesitara ayuda. Negó ligeramente con la cabeza.

—No.

El hombre sonrió por primera vez y Camille no pudo evitar fijarse en la perfección de sus labios.

—Me llamo Frank Schmidt —acabó diciendo él, tendiéndole la mano.

Camille se levantó como una exhalación y dio un paso atrás, sin

tocarle. Una cosa era que no lo entregara a las autoridades, y otra muy diferente era que fueran a ser amigos. Después de todo, los alemanes eran los responsables de la muerte de su familia. Frank encogió la mano enseguida, al darse cuenta de la frialdad que había cruzado de repente por el rostro de aquella joven. Camille dio media vuelta y se apresuró en bajar por las escaleras, dejando a aquel hombre completamente desconcertado.

Camille se metió en la cama con la respiración agitada. Sabía que no podría dormir en toda la noche. ¿Cómo había podido cometer un error así? Era cierto que el uniforme había quedado prácticamente calcinado y era imposible reconocer que pertenecía a un soldado alemán, pero debería haberlo sospechado. El tamaño descomunal de su cuerpo y su cabello claro lo delataban. Pero tampoco habría podido estar segura. Se pasó las manos por la cara y resopló. Si el ejército francés descubría que estaba ayudando a su enemigo, la acusarían de traición y probablemente reducirían su granja a cenizas. Dejaría a su abuela sola en ese mundo cruel y peligroso. Y si lo descubrían los alemanes, probablemente correría la misma suerte. Sintió ganas de llorar. Sabía que la opción más sensata era entregarle y proteger lo que era suyo. Probablemente es lo que cualquiera en su lugar hubiera hecho, pero Camille no podía. Si lo entregaba a los franceses, sabía lo que pasaría. Y no quería ser responsable de la muerte de nadie.

Fijó la vista en la ventana y observó largamente el granero en el que se ocultaba Frank. Trató de relajarse. Lo dejaría quedarse unos días más, hasta que se recuperara del todo, pero luego le pediría que se marchase.

A la noche siguiente, Camille se escabulló en el granero cargada con lo más parecido a material médico que tenía en esa granja para limpiarle las heridas al soldado. Era importante evitar una infección. También llevaba una pequeña bolsa con agua y algo de comida. Si quería que se recuperara deprisa, era importante que se alimentara bien.

Abrió la puerta con cuidado de no hacer demasiado ruido y subió las escaleras sigilosamente, por si estaba dormido. Sin embargo, cuando llegó al lado de su jergón, se encontró con unos rasgados ojos azules clavados sobre ella.

—Hola —saludó Camille, desviando la mirada.

Frank le dedicó un amago de sonrisa, pero no dijo nada. Temía que aquella joven hubiera entrado en razón y lo hubiera denunciado a las autoridades.

—Te he traído algo de comer —dijo la chica, tendiéndole un bollo de pan y una buena cantidad de fiambre.

Frank lo cogió y lo engulló con avidez. Llevaba días sin comer.

—Estaba delicioso —dijo él cuando terminó, aliviado. Camille lo miró de nuevo tímidamente. Aquel hombre la seguía asustando. Frank pareció darse cuenta y la miró con culpabilidad.

—Siento haberte atacado ayer —se disculpó—. Estaba teniendo una pesadilla y…

—¿De la guerra? —preguntó de repente Camille.

—Sí.

Camille bajó la mirada, incapaz ni siquiera de imaginarse lo horrible que debía ser encontrarse en un campo de batalla.

—¿Estabas ahí? —preguntó la chica, señalando hacia el lugar del bosque en el que sabía que se encontraban las trincheras. Frank asintió, sintiendo un escalofrío al recordar el hacinamiento que había sentido al estar oculto tras aquellos fosos durante semanas, con cuerpos mutilados a su alrededor y oyendo los gritos agonizantes de sus compañeros heridos día y noche. La joven sintió la incomodidad del soldado y se mordió el labio, maldiciendo su curiosidad.

—Lo siento, no debí preguntar.

—No importa.

—He traído también algunas cosas para curarte —dijo la joven cambiando de tema y metiendo la mano en su mochila. Sacó una botella de alcohol y algunas vendas limpias. Se acercó ligeramente a Frank para levantarle la camisa, pero se detuvo a medio camino. No era lo mismo haberle curado cuando estaba inconsciente que ahora que la observaba atentamente. Frank se dio cuenta de su titubeo y él mismo se levantó la ropa para dejar al descubierto una enorme venda que cubría la herida en el lado derecho de su abdomen y parte del pecho. El hombre se retiró la gasa con cuidado con una mueca de dolor en el rostro. Camille se acercó a él y puso algo de alcohol sobre la herida. Frank apretó los labios, tratando de soportar el escozor. La chica dejó que la herida se secara un poco y

después la cubrió de nuevo con una venda limpia. Se sintió extraña cuando la punta de sus dedos rozó la piel de Frank.

—Gracias —dijo él, cubriéndose de nuevo con la camisa—. ¿Has hecho esto antes? —preguntó, después de haber observado atentamente la maestría con la que Camille se había desenvuelto.

—Solía curar las heridas de los trabajadores cuando venía a la granja.

—Tienes buenas manos —apuntó él.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas? —preguntó Camille, sintiendo curiosidad por aquel hombre.

—Soy médico.

Camille lo observó sorprendida. Jamás hubiera adivinado que aquel hombre se dedicaba a salvar vidas y no a quitarlas.

—¿Y en la guerra…?

—Intento salvar a mis compañeros, pero… —Frank se interrumpió. No quería recordar aquel horrible sentimiento de impotencia que sentía cada vez que uno de ellos moría en aquellas condiciones infrahumanas. Si hubieran tenido las condiciones sanitarias adecuadas, sabía que la mayoría de ellos hubiera podido sobrevivir. Camille volvió a sentirse mal por haber preguntado. Veía que la guerra tan solo le aportaba recuerdos dolorosos a aquel hombre.

—Perdona, otra vez he preguntado demasiado.

Frank la miró con una sonrisa triste.

—Tranquila, esto no es culpa tuya —repuso.

—Dejaré que duermas un rato. Vendré mañana a la misma hora.

CAPÍTULO 3

Actualidad. Barcelona, España.

Martin estaba concentrado en la pantalla de su ordenador. Había estado de viaje las últimas semanas y tenía mucho trabajo acumulado. Sin embargo, no podía concentrarse. Se llevó la mano a la frente y se frotó la cara, tratando de despejarse. No podía quitarse a Violeta de la cabeza. Le había dejado claro que no quería volver a saber nada de él, pero no podía evitar pensar en ella. Se levantó y salió del despacho con paso decidido. No podía dejarla marchar así. Caminó a toda prisa hasta la sala de reuniones. Era jueves por la tarde, así que ya no quedaba casi nadie en Laroche Auctions, pero sabía que Violeta todavía solía estar allí a esas horas, absorta en sus colores. Podrían hablar con calma.

Abrió la puerta de la sala y suspiró con desaliento al encontrarla completamente a oscuras. Encendió la luz y vio asombrado una perfecta obra maestra pintada sobre la pared del fondo. Estaba completamente terminada. Se acercó al cuadro con paso lento, tratando de asimilar lo que aquello significaba. Si había finalizado su trabajo, Violeta no volvería por allí. No pudo evitar acariciar la diminuta uve que encontró con algo de esfuerzo en la parte inferior derecha. Sonrió al ver que la chica había dejado su pequeña seña de identidad. Se sintió frustrado y enfadado al mismo tiempo porque se hubiera marchado sin ni siquiera despedirse. Cogió el teléfono móvil de su bolsillo y buscó su nombre en la agenda. Llamó, pero tan solo obtuvo la respuesta fría y robótica de su contestador. Resopló, sabiendo que no le quedaba otro remedio. La iría a ver a su estudio.

Salió de la sala y se sobresaltó al encontrarse a una persona de frente en el pasillo. Era la joven promesa que había entrado en la empresa hacía unos meses. Bruno.

—Buenas tardes, Martin —dijo el chico, algo nervioso—. Te estaba buscando.

—¿A mí? —preguntó sorprendido.

—Sí, verás… Tengo una amiga que quiere escribir un artículo

sobre la empresa.

—¿Una periodista? —preguntó con cierta reticencia.

—Sí, eso —respondió con una sonrisa. Aquella era la única historia que se le había ocurrido para conseguirle una cita con él a Lavinia.

—Después de lo que pasó con Susana Ribas hemos denegado cualquier tipo de entrevista con los medios. Seguro que tan solo quieren cotillear —respondió fríamente, reanudando su camino.

—No, espera. Es para una revista de arte. Tan solo quiere hablar de la obra que se ha pintado en nuestra sala de reuniones —se apresuró en inventar. Sabía que el arte era el único punto débil de Martin. El hombre se detuvo y lo volvió a mirar con sus inescrutables ojos azules. Acabó asintiendo.

—Mañana a las 12. Nada de preguntas extrañas.

Martin detuvo el coche frente a aquel viejo edificio que parecía querer caerse en cualquier momento. Esperó unos segundos dentro del vehículo, pensando si no parecería demasiado desesperado. Violeta no quería verle. Había apagado su teléfono. Si ahora se presentaba en su casa, quizá la chica pensara que era un acosador. Sin embargo, necesitaba hablar con ella. Necesitaba verla, aunque fuera una última vez. Se quedó en el coche y esperó disimuladamente a que algún vecino entrara en el edificio para colarse por la puerta principal. Sabía que el timbre no funcionaba. No tuvo que esperar demasiado. Una señora mayor cargada con bolsas de la compra se acercó decididamente hacia la puerta y Martin bajó del vehículo a toda prisa. Aquella era una oportunidad perfecta. Se acercó a la mujer cuando estaba metiendo las llaves en la cerradura.

—Buenas noches, ¿necesita ayuda?

La mujer se giró y lo miró con desconfianza, pero pareció relajarse al ver a un hombre apuesto y trajeado ofreciéndole ayuda con sus bolsas. No parecía ningún delincuente.

—Gracias —dijo finalmente, con una sonrisa. Martin cogió las bolsas más pesadas y entró tras ella en el edificio.

—¿Es usted nuevo aquí? —preguntó la mujer, escrutándolo. Martin sonrió para sus adentros. Perfecto, había dado con la cotilla del edificio. Seguro que ella sabría algo sobre Violeta.

—En realidad, vengo a ver a una amiga. Se llama Violeta.

—Ah, sí, la del cuarto A —dijo mientras subía las escaleras con cierta dificultad.

—¿La conoce?

—Bueno, no demasiado, es huraña. Aunque puedo decirle que es bastante desordenada, una vez vi ese estudio cuando abrió la puerta y casi me desmayo —explicó, con la típica verborrea de quien no suele hablar con nadie en todo el día.

—¿Usted también vive en el cuarto?

—Oh, sí, justo en la puerta de al lado —explicó cuando por fin llegaron a su rellano. Martin dejó las bolsas en la entrada del piso de aquella mujer.

—Muy bien. Buenas noches —se despidió Martin con la más encantadora de sus sonrisas.

El hombre se alejó hasta la puerta de Violeta y golpeó con decisión. Seguro que si no sabía quién era, le abriría la puerta.

—Creo que no la va encontrar —dijo una voz a sus espaldas. Martin se giró con el ceño fruncido y posó sus ojos de nuevo sobre aquella mujer.

—¿Cómo?

—Lleva días sin aparecer por aquí. Desde el lunes, diría.

Martin frunció el ceño, sin comprender lo que aquello podía significar. ¿Se había ido de viaje repentinamente?

—¿Sabe si se ha marchado de viaje?

—No hablan demasiado, ¿no?

Martin respiró hondo, tratando de pasar por alto las impertinencias de aquella señora mayor, al fin y al cabo, parecía su única fuente de información fiable. Así que decidió darle lo que quería. Un poco de cotilleo.

—Verá, es que discutimos —acabó diciendo, fingiendo cara de culpabilidad.

—Ay, estos jóvenes. Pues mire, no sé si se ha marchado de viaje, pero ayer vino aquella amiga suya, la del pelo corto, y se llevó a su gata. El pobre animal llevaba dos días maullando. Estaba a punto de llamar ya a una protectora —explicó, juzgando la irresponsabilidad de su joven vecina.

Martín asintió levemente, frunciendo el ceño con preocupación y tratando de calmar los latidos de su corazón. ¿Violeta había dejado a Frida sola? ¿Y Lavinia se la había llevado al cabo de dos días? Eso

solo podía significar una cosa. Algo le había sucedido a Violeta.

Lavinia se enfundó el único traje chaqueta que encontró en su armario. Se suponía que debía parecer una periodista seria. Tuvo algunas dificultades para cerrarse la falda y observó su ya incipiente barriga. Había ganado algo de peso. Sonrió y se acarició ligeramente el vientre. Después, acabó de arreglarse y salió a toda prisa de su piso.

No tardó en llegar a Laroche Auctions. Miró el reloj. Tan solo eran las once y media, se había adelantado media hora. Se mordió el labio y decidió que, antes de ver a Martin, aprovecharía ese tiempo para hablar con Alicia. Quería asegurarse de que Violeta no estuviera en casa de sus padres. Le parecía una idea remotamente probable, pero tenía que estar segura antes de acusar a nadie de su desaparición. Sacó su teléfono móvil y buscó el número de teléfono de la hermana de su amiga en la agenda. Clicó sobre el botón verde y escuchó el tono de llamada un par de veces. Después, escuchó la fina voz de Alicia al otro lado.

—¿Diga?

—Alicia, soy Lavinia.

—Ah, hola, Lavinia —saludó desconcertada. Nunca la había llamado antes.

—Estoy en tu oficina de casualidad —dijo, omitiendo el motivo real de su visita—. Me preguntaba si tendrías un momento para hablar.

—Ah, claro, enseguida bajo. Espérame en la recepción.

Lavinia entró en el edificio y observó aquel amplio vestíbulo que le daba la bienvenida a una de las empresas más importantes de aquella ciudad. Alicia no tardó en bajar por uno de los ascensores, con una vestimenta impecable y un cabello que parecía recién sacado de la peluquería.

—Buenos días, Lavinia —saludó con una sonrisa perfecta—. Qué sorpresa verte por aquí.

—Sí, vengo a hacer un presupuesto de maquillaje para un evento.

—Ah, claro —respondió, viéndole ahora sentido a su visita—. En fin, ¿de qué querías hablar?

—De Violeta.

—¿Violeta? —preguntó sorprendida.

—Sí, ¿sabes algo de ella?

—¿Yo? —respondió medio riendo ante aquella ocurrencia. No veía a su hermana más que lo justo y necesario—. Hace un par de semanas fui a verla a su piso, pero no he sabido nada más. Ya sabes cómo es.

—Ya… bueno.

—¿Ha pasado algo? —preguntó ahora ligeramente preocupada al ver el rostro de decepción de Lavinia.

—No, nada —respondió con una sonrisa afable. No quería sembrar el pánico en su familia todavía. Primero tenía que estar completamente segura de que había desaparecido.

Martin miraba por la ventana de su despacho, absorto en sus pensamientos. Temía que algo grave le hubiera sucedido a Violeta. Quizá Alicia, su hermana, supiera algo. Decidió ir a preguntarle. Tenía que estar seguro de que no estaba en algún otro lugar, antes de empezar a mover hilos. Sospechaba quién podía estar detrás de todo. Sin embargo, cuando llegó a la puerta, alguien llamó a su teléfono. Dio un paso atrás y volvió a su escritorio para atender la llamada. Se aclaró la garganta y cogió el auricular.

—¿Diga?

—Tiene visita.

—¿De quién? —preguntó desconcertado.

—Dice que es una periodista de una revista de arte.

Martin resopló y miró el reloj. Eran las doce. Había olvidado por completo que había accedido a aquella entrevista.

—Sí, dile que suba, por favor.

Y colgó. Se frotó la cara, maldiciendo el momento en el que le había dicho que sí a Bruno. Ahora no tenía tiempo para tonterías. Tenía que averiguar algo sobre Violeta o se volvería loco. Llamaron a la puerta al cabo de escasos minutos y trató de recomponerse. Tenía que dar una imagen seria.

—Adelante.

La puerta se abrió y una mujer con el pelo corto y un clásico traje chaqueta apareció en el umbral. No le costó reconocerla. Era Lavinia, la amiga de Violeta. La miró completamente desconcertado.

—¿Ahora eres periodista? —preguntó cuando logró recobrarse de la sorpresa. Tan solo la había visto en aquella fiesta de

cumpleaños de Alicia, pero creía recordar que tenía un centro de estética, no una revista de arte.

—Sabía que sería la única forma en la que me atenderías aquí.

—¿Y por qué no iba a atenderte? —preguntó, frunciendo el ceño y acercándose algo más a ella.

—Porque sé que ocultas algo.

—¿Qué? —preguntó desconcertado.

—¿Dónde está Violeta?

Martin sintió que se le caía el mundo a los pies. Lavinia observó la repentina palidez en el rostro del hombre y comprendió que él también desconocía el paradero de la chica.

—Pensé que tú o Alicia sabríais dónde estaba —murmuró Martin.

—¿Yo? No sé nada de ella desde el lunes —espetó acusadoramente—. Y Alicia sabe menos todavía.

Martin se dejó caer sobre su butaca. El lunes. Lo mismo que le había dicho la vecina. ¿Qué demonios había sucedido ese día?

—He estado fuera dos semanas —se defendió Martin—. No tengo ni idea de dónde está Violeta. He intentado ponerme en contacto con ella por todos los medios, pero no ha habido manera.

—Anteayer fui a su casa. Frida, su gata, llevaba días sola. Ella nunca haría algo así.

—Lo sé —respondió Martin, sabiendo cuánto adoraba a ese gato.

—Mira, Martin, seré muy clara —soltó Lavinia, olvidándose de toda prudencia—. Sé que sabes algo sobre la desaparición de Susana Ribas. Y no me parece una casualidad que Violeta haya desaparecido en circunstancias similares justo cuando había terminado ese maldito cuadro. Voy a ir a la policía hoy mismo a poner una denuncia.

—¡No! —espetó Martin, levantándose del sillón como una exhalación y agarrándola del brazo para impedir que saliera del despacho. Lavinia miró a su mano frunciendo el ceño y el hombre la soltó inmediatamente.

—¿Y por qué no debería poner una denuncia? —preguntó desafiante.

Martin cerró los ojos, sabiendo que estaba acorralado.

—Te aseguro que estoy tan preocupado por ella como tú.

—Permíteme que lo dude… —masculló mirándolo con

desprecio.

—Pero si metemos a la policía en esto, será peor —concluyó Martin, pasando por alto su comentario.

—Ah, ¿sí? —preguntó interesada—. ¿Y eso por qué?

—No sabes con quién estamos tratando.

—Vaya, parece que tú sí.

—Lavinia, esto es muy peligroso. Deja que yo me encargue —acabó diciendo.

—No veo por qué tendría que confiar en ti. Después de todo, parece que estás encubriendo algo.

—Tengo mis motivos.

—Quizá deberías explicárselos a la policía.

—Lavinia, por favor. Dame veinticuatro horas. Te prometo que averiguaré algo.

Lavinia lo miró con cara de pocos amigos. No estaba segura de si debía confiar en él, pero parecía genuinamente preocupado. Así que decidió darle una oportunidad.

—Mañana vendré a la misma hora. Espero que tengas algo —dijo Lavinia al fin, desapareciendo por la puerta.

Martin se dejó caer sobre el sillón y dio un golpe seco sobre la mesa. Ahora no le cabía la menor duda. Si Lavinia no sabía dónde estaba Violeta, tan solo le quedaba una persona a la que acudir.

CAPÍTULO 4

Actualidad. Barcelona, España.

Violeta apartó los ojos de aquel viejo diario y observó la lluvia con cara de disgusto. No tenía ni idea de dónde se encontraba, pero desde luego, aquel lugar no estaba cerca de su casa. El clima era demasiado distinto. Se enroscó un poco más en la única manta que había encontrado para tratar de combatir el frío y la humedad que lo impregnaba todo en aquel lugar. Aguantó las ganas de llorar. Cada vez veía más difícil que alguien la encontrara. Había perdido la cuenta del tiempo que había pasado, pero estaba segura de que llevaba en aquel ruinoso granero más de cuatro días. Y cada minuto contaba. Cuanto más tiempo pasara, menos pistas tendría la policía para encontrarla. No entendía quién podría querer secuestrarla a ella, una pintora mediocre y sin dinero. Sin embargo, algo en su interior le decía que todo lo que estaba pasando tenía algo que ver con Laroche Auctions y la desaparición de Susana Ribas. Y con Martin. Suspiró con fuerza al recordar los ojos azules de aquel hombre. Él era el culpable de todo. Se había acercado demasiado a él y no le había traído más que desgracias. Escuchó de nuevo las palabras de Alicia en su cabeza. *Martin es peligroso*. Ojalá la hubiera escuchado cuando tuvo la oportunidad. El rugido de su propio estómago la sacó de sus pensamientos. Apenas había comido y su estómago se retorcía a cada segundo. La perspectiva de que su secuestrador apareciera por la puerta empezaba a no parecerle tan horrible. Quizá le trajera agua o algo de comer. Como si lo hubiera conjurado, escuchó la puerta del granero abrirse. Violeta se arrastró ligeramente hasta la pared más alejada, como si la distancia fuera a protegerla de algo. Observó aquella descomunal silueta parada en el umbral de la puerta. Deseó con todas sus fuerzas no temblar como una hoja, pero tenía demasiado miedo. El hombre llegó hasta ella cargado con un paquete estrecho y alargado envuelto en papel marrón bajo un brazo. Llevaba un maletín en el otro. Violeta frunció el ceño y se preguntó qué llevaría ahí adentro. Esperaba que

no fueran utensilios de tortura. Cuando llegó hasta ella, el hombre le dedicó una sonrisa que le cortó la respiración. Nunca nadie le había infundado tanto miedo.

—Buenas noches, Violeta —dijo con una voz rugosa que le provocó escalofríos. La chica se limitó a mirarle, incapaz de decir nada—. Sé lo que estás pensando. Qué habrás hecho tú para merecer esto, ¿verdad? —Violeta continuó en silencio, observando cómo su secuestrador rompía el papel marrón que envolvía aquel paquete. La chica enarcó las cejas al ver frente a ella un lienzo en blanco.

—¿Qué es esto? —balbuceó al fin, superada por la curiosidad.

—Tu nuevo trabajo.

—¿Cómo? —preguntó arrugando las cejas sin comprender a qué se estaba refiriendo.

—Toma —ordenó el hombre sin responderle, tendiéndole aquel maletín que llevaba en su mano derecha. Violeta lo cogió y lo abrió con cuidado, temerosa de lo que se encontraría dentro. Se sorprendió al descubrir montones de pinturas de alta calidad, nuevas y ordenadamente colocadas en sus respectivos huecos. También había aceite de ricino y pinceles completamente inmaculados. Por un segundo, pensó que quizá aquel hombre se hubiera apiadado de ella y le diera instrumentos de pintura para que pasara las horas más entretenida. Sin embargo, su inocencia no duró más que un instante—. Tienes que pintar esto —espetó, poniendo frente a ella una imagen en tamaño póster de un famoso cuadro de Monet.

—¿Para qué?

—Eso no te incumbe. Píntalo y asegúrate de hacerlo perfecto —contestó, dejando sobre su falda aquel papel.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —cuestionó en un pequeño momento de rebeldía. Se arrepintió al instante de su pregunta. Aquel hombre se acercó a ella hasta que sus rostros estuvieron a tan solo unos centímetros. Violeta trató de mantener la vista en sus pequeños ojos de rata, pero apartó la mirada cuando él acarició su rostro con fingida suavidad.

—Si te portas bien, no te pasará nada. Pero si no pintas ese maldito cuadro… —no terminó la amenaza. Violeta sabía perfectamente que, si enfadaba a aquel hombre, las cosas se

pondrían feas—. ¿Me has entendido? —preguntó con frialdad. Violeta asintió suavemente y el hombre por fin la soltó. Se alejó unos metros y, cuando parecía que ya iba a marcharse, se detuvo en seco—. Casi lo olvido —musitó, descolgándose la mochila que llevaba a la espalda y depositándola en el suelo. Sacó un par de bolsas y las dejó allí. Después, desapareció en la oscuridad de la noche.

Violeta se quedó en la misma posición en la que estaba durante unos minutos, tratando de recobrar la respiración y devolver su corazón al ritmo habitual. Después, se acercó a las bolsas que su secuestrador había abandonado en medio del granero. Las abrió con curiosidad y descubrió un montón de comida y agua. Suspiró aliviada y empezó a comer con avidez, hasta que quedó saciada. Luego se tumbó en el suelo y se tapó con la manta, tratando de ordenar sus ideas y pensando en la visita que acababa de recibir. ¿Para qué quería aquel orangután que pintara un cuadro de Monet? No tenía ni idea de qué podía esconderse tras aquella petición, pero estaba segura de una cosa. No tendría más remedio que hacer lo que le había pedido. Pintaría el cuadro *Impresión, Sol Naciente*.

Violeta no pensó durante toda la mañana, se dejó llevar por los colores y las luces de aquel cuadro y estuvo a punto de olvidar que estaba recluida en un granero en contra de su voluntad. Sin embargo, el canturreo de un pájaro la sacó de su éxtasis y miró hacia la ventana para descubrir a un pequeño gorrión en el alfeizar. Violeta se levantó y se acercó hasta el pequeño animal con cautela. Sonrió y le tendió un pequeño trozo de pan. El pájaro se acercó a su mano y empezó a picotear del mendrugo.

—Tú también tenías hambre, ¿verdad? —susurró con cariño. No pudo evitar pensar en Frida y sintió las lágrimas calientes en sus ojos. ¿Qué habría sido de su gata? Se había quedado en su estudio sola y pronto se habría quedado sin comida. ¿Estaría bien? Temía que algo le hubiera pasado en su ausencia. Deseó con todas sus fuerzas que su inseparable mascota estuviera allí con ella. Entonces, algo en la lejanía la distrajo. Se acercó un poco más a la ventana y el pajarillo salió volando. Sin embargo, Violeta ya no le estaba prestando atención. Tenía los ojos fijos en una construcción. Parecía una pequeña granja, a no más de cincuenta metros. La lluvia de días

anteriores había cubierto tanto el cielo que había sido incapaz de verla antes. Pero ahora la veía claramente bajo aquel sol de otoño. Quizá podría escapar de noche y refugiarse en aquella casa. Tenía que intentarlo.

La noche cayó como un manto oscuro sobre aquel granero. Violeta encendió la vela desgastada y alumbró hacia todos lados, temiendo que su secuestrador anduviera por ahí cerca. Respiró tranquila al comprobar que estaba completamente sola. Asomó la nariz por la ventana y clavó los ojos sobre su objetivo: aquella granja a apenas cincuenta metros de distancia. Si lograba llegar hasta allí, quizá estaría más cerca de su libertad. Dio un rápido vistazo hacia el cuadro inacabado que descansaba sobre un improvisado caballete que había realizado con cuatro maderas y un par de cuerdas. Nunca había abandonado una obra sin terminar, pero aquella sería la excepción. Respiró hondo y apagó la vela. Se quedó completamente a oscuras y su vista tardó unos segundos en acostumbrarse. Después, empezó a ver las siluetas de las paredes y los escasos muebles que poblaban el granero. Avanzó a tientas hasta la puerta. Trató de mover el pomo, pero habían cerrado desde fuera a consciencia. No podría escapar por ahí. Entonces, dirigió sus pasos de nuevo hasta la ventana. Aquella parecía su única salida posible. Era estrecha y tenía serias dudas de que sus caderas fueran a pasar por el hueco. Se odió a sí misma por comer tanto helado de chocolate. Si se preocupara un poco más por su dieta, probablemente habría pasado por aquel agujero livianamente y sin problemas. Resopló y escaló ligeramente hasta el alfeizar. Introdujo medio cuerpo y empezó a arrastrarse por el hueco. El aire del exterior le dio la bienvenida con una bofetada de viento helado y se sintió tentada de volver al interior, pero continuó avanzando hasta que sintió el roce de la madera en sus caderas. Sabía que si seguía adelante ya no habría marcha atrás. Podría pasar o quedarse encallada. Trató de no pensar en la patética visión que tendría su secuestrador si la pillaba en aquel momento. Y siguió adelante. Respiró airosa cuando sintió que la parte más ancha de su cuerpo ya había pasado por el diminuto hueco. Saltó hacia el suelo mullido y se quedó agazapada contra la pared unos segundos, mientras decidía por dónde sería más seguro avanzar. Cuando se decidió, empezó a corretear medio agachada por uno de los laterales del

muro exterior del granero y después corrió campo a través como si le fuera la vida en ello. Probablemente estaba en lo cierto. Si su secuestrador la hubiera descubierto, quién sabe lo que hubiera pasado. Sin embargo, llegó hasta la granja sin ser vista. Se apoyó contra la piedra fría de uno de los muros y no tardó en darse cuenta del estado ruinoso de la construcción. Seguramente, igual que el granero, llevaba décadas vacía. Observó atentamente en busca de una ventana o una puerta por la que colarse, hasta que encontró una apertura en uno de los laterales. Sonrió y dio un pequeño brinco. Usó todas sus fuerzas para subir al alfeizar. Se dio cuenta de que esta ventana, igual que la del granero, ni siquiera tenía cristal, tan solo estaba protegida por una fina tela. Retiró el trozo de ropa y saltó dentro. Esperó unos segundos, intentando recobrar la calma que la carrera por en medio del campo le había robado. Entonces, escuchó un ruido y entornó los ojos tratando de descubrir su procedencia, mientras sentía el repiqueteo de su corazón en el pecho.

—¿Quién eres tú? —preguntó una voz fina desde algún lugar de aquella sala.

Violeta ahogó un grito y se tapó la boca con las manos. Buscó por todo aquel lugar y descubrió un caballete y un enorme lienzo, un maletín de pinturas muy similar al suyo y una sucia botella de agua y algo de comida en el suelo. Y entonces, la vio. Una mujer joven, con una melena oscura y unos bonitos ojos marrones la observaba desde un pequeño jergón, tumbada en el suelo. Parecía que hubiera interrumpido su sueño. No le costó reconocerla. Había visto su rostro demasiadas veces en los periódicos como para no hacerlo. Susana Ribas.

CAPÍTULO 5

Actualidad. Barcelona, España.

Camille se coló en el granero con sigilo, como llevaba haciendo cada una de las noches anteriores. Sin embargo, el temor que había sentido los primeros días se había desvanecido hasta convertirse en un cúmulo de extrañas sensaciones. Se sentía nerviosa ante la expectativa de volver a ver a Frank. No entendía por qué, pero aquel hombre calmaba de algún modo la rabia que sentía por aquella guerra, por haberlo perdido todo. Sabía que era una sensación contradictoria. Aquel hombre pertenecía al bando enemigo, tendría que haberle odiado desde el primer momento, culparle de todas sus desgracias. Sin embargo, había sido incapaz de recriminarle nada a aquellos nobles ojos azules, que la miraban como si fuera su salvadora. Subió las escaleras con delicadeza y posó una bolsa con comida y bebida al lado del hombre, que estaba medio adormilado. Camille aprovechó para observarle unos instantes. Las heridas de su rostro ya prácticamente habían desaparecido y había descubierto que era mucho más atractivo de lo que había creído en un principio. Su piel, ahora limpia de hollín, se veía suave y sin imperfecciones, a pesar de la barba rubia que empezaba a poblar su rostro. Frank abrió los ojos y se topó con la mirada de Camille. No se sobresaltó al verla, sino que le dedicó una sonrisa, como si hubiera estado esperando su visita.

—Buenas noches, Camille —saludó. La joven bajó la mirada nerviosamente al escucharle pronunciar su nombre.

—Te he traído comida —dijo ella a modo de respuesta. Frank se incorporó y cogió la bolsa que le estaba tendiendo la chica. Empezó a comer, pero sin aquel hambre feroz de días anteriores. Ya había recuperado algo del peso que la guerra le había arrebatado, junto con otras tantas cosas.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Camille, que veía cómo su herida había mejorado notablemente y parecía incorporarse con mucho menos dolor que días atrás.

—Sí. Mañana por la noche me marcharé.

Camille sintió que se le encogía el corazón al escuchar sus palabras. Sabía que era un soldado y que su paso era tan solo temporal, pero había curado sus heridas con cuidado y dedicación y le dolía pensar que pudieran matarle en un segundo y tirar por tierra todos sus esfuerzos por mantenerle con vida. Frank se dio cuenta de la contrariedad que sentía la joven.

—Te prometo que iré con cuidado —dijo. Y no pudo evitar alargar la mano hasta su cabello de color trigueño, que durante el día parecía confundirse con el sol. Camille se quedó quieta, sintiendo sus dedos sobre su pelo. La joven lo miró nerviosamente y trató de mantener la calma ante el fuerte nudo que sentía en el estómago. Frank retiró la mano al malinterpretar su tensión y le sonrió suavemente.

Camille sabía que debía marcharse de allí. No debía seguir acercándose a él. No le traería más que desgracias. Sin embargo, había algo en él que le impedía alejarse.

—¿Dónde vivías antes de la guerra? —se escuchó preguntar de repente. Si no iba a verle nunca más, por lo menos quería saber lo máximo de aquel hombre antes de que desapareciera de su vida.

—En París —contestó, con la mirada algo enturbiada, como si aquello le trajera malos recuerdos.

—¿En París? —repitió, sorprendida—. Pero eres alemán, ¿no?

—Me temo que sí —respondió riendo.

—¿Entonces qué hacías en París? —preguntó ahora con más curiosidad.

—Mi esposa era de allí.

Camille se quedó callada unos segundos. No se había esperado aquella respuesta. Ni siquiera había pensado que Frank pudiera estar casado. Se sintió estúpida. Tenía cerca de treinta años, era guapo y amable. ¿Cómo no iba a estar casado? Por supuesto que lo estaba. Lo peor de todo fue descubrir que se sentía celosa. En cuanto aquella maldita guerra terminara, iba a casarse con André, su novio de toda la vida. ¿Qué diablos estaba haciendo?

—Yo también vivía en París —dijo Camille después de un silencio demasiado largo. La chica se puso en pie, dispuesta a marcharse. No tenía sentido que siguieran hablando. Debía alejarse de él cuanto antes. No podía permitirse aquel tipo de sentimientos.

Sin embargo, él la agarró de la mano. Camille sintió su piel cálida entre sus dedos y trató de mantener la respiración acompasada.

—Quédate un rato más —pidió él, en tono casi suplicante. Camille se sintió mal. Llevaba ahí encerrado días, sin más contacto con un humano que los escasos minutos que ella pasaba por las noches en el granero. Hizo una mueca y volvió a sentarse—. Cuéntame cómo era tú vida.

—¿Para qué? —respondió Camille—. Ya no queda nada.

—Sí que queda, quedas tú y tus recuerdos. Nunca lo olvides.

Camille lo miró desconcertada ante sus palabras. Quizá él también tuviera un pasado doloroso.

—Vivía en París, con mis padres y mi hermana pequeña —explicó la joven—. No nos podíamos quejar. Vivíamos en una de las mejores calles de la ciudad, en un pequeño palacete. Todavía estaba en la universidad cuando estalló la guerra. Dijeron que sería algo rápido, pero no fue así. Y se llevó todo cuanto me importaba. Llamaron a mi padre al frente. Nunca supimos lo que le pasó realmente, tan solo recibimos una carta anunciándonos que nunca volvería a casa —explicó, con voz temblorosa—. Mientras tratábamos de hacernos a la idea de que aquella guerra se había llevado para siempre a uno de nosotros, escuchamos ruido de aviones en la calle. Al principio no pensamos que estuviéramos en peligro, pero luego nos dimos cuenta de que no eran aviones amigos. Empezaron a bombardear la ciudad sin piedad y destruyeron todo cuanto encontraron a su paso. Una de aquellas bombas cayó en nuestra calle. Sentí cómo las paredes de aquel palacete que había creído inquebrantable temblaban hasta ceder. No recuerdo nada más. Desperté en medio de escombros y cenizas. Una mesa me había protegido, pero mi madre y mi hermana no tuvieron tanta suerte. Vagué por las calles destruidas durante días, desorientada, sin saber qué hacer. Hasta que recuperé un poco la cordura y tomé uno de los pocos trenes que llegaban hasta el campo. Y así fue cómo acabé aquí, en la vieja granja de mi abuela —concluyó—. Ya ves que no me he alejado mucho de la guerra. En realidad, parece que me he mudado justo al lado del campo de batalla —añadió con ironía.

—Siento todo por lo que has tenido que pasar.

—Supongo que ha sido duro para todos.

—Sí —respondió Frank, llevando la mirada al suelo, perdido en sus propios recuerdos.

—En fin, vendré mañana antes de que te marches —dijo la joven, levantándose del suelo.

—Hasta mañana, Camille.

CAPÍTULO 6

Actualidad. Barcelona, España.

Martin llevaba puestas las gafas de sol a pesar de que ya casi había anochecido. Prefería que nadie le reconociera, así no podrían avisarla de que estaba allí. Esperó pacientemente en la puerta de aquel edificio, medio escondido en el interior de su lujoso coche. Cuando ya estaba a punto de perder la esperanza y la razón, aquella mujer salió por el portal. Bajó rápidamente del vehículo y prácticamente se abalanzó sobre ella. La agarró con fuerza del brazo, sin importarle la mirada de desconcierto que se dibujaba en aquellos ojos verdes.

—Tenemos que hablar —dijo Martin bruscamente, sin soltarla. La mujer dio un fuerte tirón con el brazo y se liberó.

—¿Qué demonios quieres? —preguntó desafiante.

—Sé que has sido tú.

—¿De qué estás hablando?

—De la desaparición de Violeta —dijo, fijando la vista en ella.

—Estás paranoico —espetó, mirándole con cara de desprecio.

—A mi no me engañas, Lucrezia.

La mujer le sonrió con malicia y dio media vuelta, dispuesta a marcharse, pero Martin la detuvo agarrándola de nuevo.

—Dime dónde está.

—Suéltame de una vez. Nos has traicionado y ya deberías saber que todo tiene un precio, Martin —respondió con una calma que le heló la sangre. ¿Qué había querido decir con aquello? ¿Estaba confirmando que se la había llevado? ¿La habían secuestrado por su culpa? De lo único que estuvo seguro en ese instante fue de que Lucrezia sabía dónde estaba Violeta.

Martin no tuvo tiempo de hacer más preguntas. Un hombre de dos metros de alto y dos de ancho se acercó hasta ellos con cara de pocos amigos. Martin sabía que había llegado el momento de su retirada.

—Esto no va a quedar así —soltó Martin con rabia. Se metió

rápidamente en el coche y vio cómo Lucrezia le decía algo a aquel matón. No se quedó para comprobar qué orden le había dado. Apretó el acelerador y desapareció en mitad de la noche.

Lavinia estaba sentada en la salita de espera de la entrada de Laroche Auctions. Nunca le había gustado que la hicieran esperar, pero aquel día estaba especialmente nerviosa. Necesitaba saber de una vez dónde estaba su amiga. Había llegado puntualmente a las doce a su cita con Martin, tal y como habían hablado el día anterior. No entendía qué sentido tenía que se hiciera de rogar. Cansada de esperar, se dirigió de nuevo a las dos recepcionistas.

—Disculpe, llevo media hora esperando —dijo con tono de reproche.

Una de aquellas dos jóvenes la miró con cara de disgusto por su impaciencia.

—Ya he avisado al Sr. Hayden en cuanto usted ha llegado —replicó.

—Bueno, quizá lo haya olvidado —insistió.

La chica puso los ojos en blanco, sabiendo que aquella mujer no se daría por vencida y apretó un par de teclas de la centralita. Puso una cara algo extraña cuando escuchó la voz al otro lado, pero mantuvo la compostura.

—Dice que suba.

—Menos mal —resopló Lavinia, agarrando su bolso y dirigiéndose con paso decidido hacia el ascensor. Subió a la planta dieciséis. Recordaba perfectamente dónde se encontraba el despacho de Martin, así que recorrió los pasillos hasta su puerta. Llamó un par de veces, pero al ver que no contestaba, decidió abrir. Sin embargo, no estaba preparada para el panorama que se encontró al otro lado. Martin se encontraba de espaldas, sentado en su butaca y concentrado en las vistas de su ventana. En su mano tenía un vaso con algo de whisky y la botella de alcohol se encontraba justo a su lado, sobre el escritorio. Había un montón de papeles desordenadamente colocados sobre la mesa, como si hubiera estado buscando algo.

—Hola —dijo finalmente Lavinia, algo cohibida.

Martin se dio la vuelta en la silla y Lavinia frunció el ceño al observar su estado. Siempre que lo había visto, lucía impecable. Sin embargo, aquel día su pelo estaba revuelto y llevaba el cuello de la

camisa desabrochado y sin corbata. Se llevó la mano a la cara, avergonzado ante su propio estado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lavinia, temiendo la respuesta.

—Lucrezia… ella lo sabe… —musitó, alargando demasiado las palabras. Dio un nuevo sorbo de su vaso. Lavinia se acercó hasta él y le arrebató el alcohol de las manos.

—Creo que ya has bebido suficiente —sentenció. Dejó el vaso en una estantería y cogió una silla para sentarse a su lado—. Bien, ahora vamos a intentar hablar. ¿Has dicho que Lucrezia lo sabe? ¿Qué es lo que sabe?

—Sabe dónde está.

—¿Quieres decir que sabe dónde está Violeta?

Martin asintió.

—¿Y qué demonios hacemos aquí todavía? Debemos acudir a la policía inmediatamente.

—¡No! —exclamó Martin, con más intensidad de la que le hubiera gustado.

—¿Por qué no? Mira, si eres culpable de algo, no es mi problema. Ni mucho menos el de Violeta.

—No es eso —farfulló enfadado—. Esa gente es peligrosa.

—¿Qué quieres decir?

—Si descubren que los hemos denunciado…

—¿Qué? ¿Qué pasará? —preguntó impacientemente.

—Estoy seguro de que la matarán. Son capaces de todo.

Aunque estaba sentada, Lavinia se agarró al reposabrazos para no caerse del impacto que le causaron sus palabras. Se sentía mareada.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Con qué tipo de animales has mezclado a Violeta?

—Lo siento —masculló Martin, llevándose las manos a la cara—. Todo esto es culpa mía.

—¡Por supuesto que lo es! —exclamó Lavinia, poniéndose en pie y mirándolo acusadoramente.

—¡Estoy intentando arreglarlo! Anoche fui a ver a Lucrezia —confesó—. Pero no quiso decirme nada —continuó—. Hay demasiados intereses en juego.

Lavinia frunció los labios en una fina línea.

—Perfecto, ¿y qué sugieres? ¿que nos quedemos aquí bebiendo

hasta reventar en vez de hacer algo útil?

—No —contestó molesto, fijando sus ojos azules en ella—. Estoy pensando en un plan.

—Escúchame atentamente, Martin Hayden. Vas a descubrir dónde tienen a mi amiga. De lo contrario, te aseguro que te buscaré la ruina, a ti y a toda esa mafia con la que te juntas. Me da igual cómo lo hagas, pero más te vale que aparezca sana y salva. Tendrás noticias mías pronto.

Con esto, Lavinia salió del despacho como una exhalación, dando un sonoro portazo que retumbó en la cabeza de Martin, nublada por el alcohol.

Lavinia recorrió el pasillo hasta el ascensor, enfurecida. Se abrieron las puertas y se topó con la mirada curiosa de Alicia, que justo subía a la planta dieciséis.

—Hola, Lavinia. ¿Qué te trae por aquí otra vez? —preguntó con una sonrisa—. ¿Tienes otro evento?

—Ah… sí —mintió rápidamente, incapaz de decirle el verdadero motivo que la había llevado hasta allí.

—Esto… ¿Sabes algo de mi hermana? —aprovechó para preguntar Alicia. Lavinia sintió que se le helaba la sangre. No podía contarle la verdad—. Lleva demasiado tiempo sin dar señales —continuó diciendo Alicia—. Es distante, pero esto es demasiado incluso para ella.

—Oh, no te preocupes —repuso Lavinia, sintiéndose la peor persona del mundo por mentirle así, pero no quería implicarla en todo aquel lío. Tampoco podía permitir que denunciara la desaparición de su hermana a la policía después de lo que Martin le había dicho, así que inventó algo rápidamente—. Conseguí hablar con ella hace unos días. Se ha marchado una temporada a Nepal.

—¿A Nepal? —preguntó sorprendida. Su hermana era una caja de sorpresas.

—Sí, me dijo que necesitaba buscar inspiración. Quizá por eso os cueste un poco localizarla.

—¿Pero por qué no podía tocarme una hermana un poco más normal? —se quejó con disgusto, completamente ajena al verdadero destino de Violeta.

Lavinia pasó el resto de la mañana introduciendo algunos datos en el ordenador, presionando las teclas con más fuerza de la necesaria.

Aquel encuentro con Martin la había dejado malhumorada. Para colmo, sentía nauseas desde hacía días. Amaia salió de una de las salas del centro de estética acompañada de una clienta y se dirigieron hasta la caja. La mujer pagó y se marchó con una sonrisa satisfecha, pero Lavinia fue incapaz de responderle con su alegría habitual. Amaia la observó entornando los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó con cierta precaución.

—¿Qué? —preguntó Lavinia, como si saliera de una especie de trance.

—¿Que si te encuentras bien? —repitió.

—Ah, sí. Solo tengo un poco de nauseas —contestó.

Justo en ese instante, entró un hombre por la puerta. Era Bruno. Lavinia sonrió por primera vez en todo el día al verle.

—Buenos días —dijo Amaia, a su lado.

—Hola, chicas —respondió él—. Venía a buscarte —añadió, dirigiéndose ahora a Lavinia.

—¿A mí?

—Sí, te he traído esto —dijo, sacando de su espalda una bolsa repleta de donuts.

Lavinia soltó una carcajada al verla y se levantó de la silla para acercarse hasta él.

—Mira cómo me estoy poniendo con tantos donuts —replicó, señalando su barriga, que empezaba a despuntar.

Bruno sonrió con ternura.

—Me temo que eso no es de los donuts. Vamos, te invito a comer algo sano.

—Sí, mejor —contestó ella con una sonrisa. Aún así, agarró gustosamente la bolsa rellena de dulces y la guardó detrás del mostrador. Cuando volvió a su lado, Bruno le abrió la puerta y Lavinia agradeció sentir el aire fresco en la cara. Se sentía ligeramente mareada.

—¿Cómo estás? —preguntó Bruno, sin quitarle los ojos de encima. Llevaban algunos días sin verse.

—Preocupada —murmuró. Al menos, con él podía ser sincera.

—¿Hablaste con Martin?

—Sí, pero no ha servido de mucho.

—¿Y eso? ¿No sabe nada de Violeta?

—En realidad, sí. Dice que Lucrezia sabe dónde está.

—¿Lucrezia? ¿Quién es Lucrezia?

—Es la jefa de Violeta, la mujer que la contrató.

—Es decir, que Lucrezia la ha secuestrado.

—Eso es lo que él sugiere, pero…

—Temes que te esté mintiendo.

—Sí, no sé si puedo fiarme de él. Está implicado de algún modo.

—¿Y qué piensas hacer? ¿No crees que es mejor ir a la policía con esta información?

—No —respondió bajando la mirada—. Martin dice que podrían… hacerle daño a Violeta si se enteran de que les hemos denunciado.

Bruno resopló.

—Lavinia, me da miedo que te metas en esto —dijo, deteniéndose en medio de la calle.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Dejar la vida de mi amiga en manos de un hombre del que desconfío?

Bruno le dedicó una mueca, pero asintió ligeramente.

—Tienes razón —repuso, acercándose un poco más a ella—. Es solo que nunca me perdonaría que te pasara algo. A ti o a… —El hombre acarició su cabello con cuidado y Lavinia se perdió en sus ojos. Reaccionó a tiempo y se separó ligeramente de él, aclarándose la garganta.

—No te preocupes, iré con cuidado.

—Quiero ayudarte.

—¿A qué te refieres?

—No tienes por qué investigar todo esto tu sola. Iré contigo adónde haga falta, tan solo tienes que llamarme.

—No necesito un guardaespaldas —contestó ella riendo.

—Será mejor que ir sola, ¿no? Mira lo que pasó con Susana y ahora con Violeta. ¿Crees que me quedo tranquilo sabiendo que te estas metiendo en los asuntos de unos delincuentes de los que no sabemos nada?

—Vale, está bien —accedió al fin, llevando los ojos al cielo, exasperada. Bruno podía llegar a ser muy persistente cuando se lo proponía—. Te avisaré de todos mis movimientos.

Bruno sonrió con la inocencia de un niño y la abrazó.

—Oye, suéltame —masculló Lavinia, aunque no hizo nada por deshacerse de sus brazos. Se sentía demasiado bien.

—Mañana tenemos la segunda ecografía —dijo él cuando se separó de ella.

—¡Es verdad! Con todo este lío lo había olvidado por completo.

Lavinia se dejó caer en el sofá de su piso, agotada. Después de la agradable comida con Bruno había vuelto a su local para trabajar un poco más, pero ya no había rendido, así que se había marchado pronto a casa. No podía quitarse de la cabeza sus ojos amables, que la miraban de aquella manera tan especial. No pudo evitar sonreír al recordar su preocupación. El molesto sonido del timbre interrumpió sus pensamientos y Frida se asustó, dando un brinco del sofá hasta al suelo.

—¿Quién será a estas horas? —musitó, mirando el reloj.

Se abrochó la bata que cubría su viejo pijama y abrió la puerta sin pensar demasiado. Se arrepintió al momento, cuando vio a Martin en el rellano de la escalera.

—¿Qué haces aquí? —preguntó molesta—. ¿Y cómo has conseguido mi dirección?

—Me la dieron en recepción.

Lavinia recordó el formulario que había tenido que rellenar cuando fue a verle a su oficina y chasqueó la lengua, viendo de dónde había obtenido aquella información. Estaba segura de que acceder a sus datos era ilegal, aunque quizá no fuera lo único que Martin había hecho al margen de la ley.

Martin entró en la casa sin que lo invitara y Lavinia lo miró frustrada.

—Necesito entrar en casa de Violeta.

—¿Qué? ¿Para qué? —preguntó arqueando una ceja.

—Quizá allí encontremos alguna pista.

—¿Tú crees? —preguntó, no muy convencida de aquello.

—Por lo menos lo tenemos que intentar.

—Está bien, voy a vestirme.

—Te espero en el coche, estaré frente a la entrada.

Lavinia se metió en su habitación y dirigió un rápido vistazo a su teléfono móvil. Quizá debería decirle algo de su inesperada excursión a Bruno. Martin podía ser peligroso, quizá estuviera mintiendo y él fuera el culpable tras los secuestros. Tecleó rápidamente un mensaje: «voy a casa de Violeta con Martin». Después, se guardó el teléfono en el bolso, cogió las llaves de casa

de su amiga y se puso la chaqueta. Bajó por el ascensor y pronto se encontró al lado de aquel despampanante coche oscuro que la esperaba en la calle. Frunció el ceño y se sentó en el asiento del copiloto.

—Que conste que sigo sin fiarme de ti —soltó cuando el hombre arrancó el vehículo. Martin no dijo nada, siguió concentrado en la carretera, como si no la hubiera escuchado.

Pronto llegaron al decadente edificio en el que vivía Violeta. Lavinia abrió todas las puertas y entraron en aquel pequeño estudio, desordenado y completamente a oscuras. Lavinia encendió la luz y cerró la puerta a sus espaldas.

Martin empezó a rebuscar por su escritorio, con una idea fija.

—¿Qué estás buscando?

—Su ordenador portátil.

—¿Crees que allí habrá algo?

—No lo sé, es posible.

Finalmente, dio con él. Un viejo ordenador que debía de tener más de siete años.

—¿Es este? —preguntó sin poder creérselo.

—Sí, no le gusta demasiado la informática —la justificó Lavinia.

—No hace falta que lo jures. Esto debería estar en un museo.

Martin dejó el portátil a un lado y descubrió una pequeña carpeta con algunos bocetos. Observó fascinado aquellos trazos. Violeta realmente tenía talento. No solo sabía imitar a la perfección las obras de los maestros, sino que tenía un estilo propio que no tenía nada que envidiarles. Pasó los dibujos uno por uno, analizando cada detalle, hasta que topó con uno en particular. Se reconoció a sí mismo, devolviéndose la mirada desde el papel. Martin acarició el lápiz como si fuera la piel de la misma Violeta y cerró los ojos un momento, sintiéndose la peor persona del mundo por haberla metido en todo aquello. Debería haberse alejado de ella. Los volvió a abrir y reparó en una pequeña uve en la esquina inferior derecha. Su firma. La echaba de menos. Sabía que la había perdido para siempre. Aunque la encontrara, ella nunca lo perdonaría.

—¿Has encontrado algo? —dijo la voz de Lavinia a sus espaldas.

—¿Eh? —preguntó sobresaltado, escondiendo aquel dibujo en su bolsillo rápidamente—. No, nada.

—Yo tampoco. Sabía que no sería muy útil.

—Quizá encontremos algo en el ordenador. Me lo llevaré para que lo desencripten y podamos acceder a sus archivos. Quizá allí tuviera algo.

Lavinia lo miró con cara de escepticismo, pero asintió. Después de unos últimos minutos de búsqueda, decidieron abandonar aquel diminuto piso, con una sensación de vacío todavía mayor que la que habían sentido al entrar.

CAPÍTULO 7

Actualidad. Barcelona, España.

Violeta se había quedado sin palabras. La mirada de Susana le decía que ella tampoco comprendía nada. ¿Quién era esa mujer que había irrumpido en su pequeña cárcel en medio de la noche?

—Hola —saludó Violeta, sin saber qué más decir.

—¿Quién eres tú? —preguntó Susana con voz queda. No había visto a nadie más que a su secuestrador en meses.

—Me llamo Violeta. También soy pintora.

Susana se tapó la boca, comprendiendo lo que aquello podía significar. Observó su bonita melena pelirroja, algo despeinada y su ropa arrugada algo manchada de pintura. Su aspecto no hacía más que incrementar sus sospechas. Aquella pobre chica probablemente había corrido la misma suerte que ella.

—¿También te retienen aquí?

Violeta asintió ligeramente con la cabeza. Entonces, Susana se levantó por fin de su lecho de paja. Se acercó hasta ella y la abrazó. La chica sintió unas terribles ganas de llorar. Estaba asustada y aquel era el primer gesto amable que recibía en días.

—Tranquila, todo irá bien —susurró Susana. Violeta la miró con los ojos anegados de lágrimas. ¿Cómo podía aquella mujer que llevaba meses allí encerrada ser tan optimista?

—¿Sabes dónde estamos?

—No sé el punto exacto, pero cuando me secuestraron, pude ver algo por debajo del antifaz.

—¿Qué viste? —preguntó impaciente.

—Cruzamos una verja de aspecto militar, algo vieja. Parecía que fuera a caerse en cualquier momento. En ella había varios carteles de peligro colgados y pude distinguir que estaban en francés.

—Entonces, ¿estamos en Francia? —preguntó arqueando las cejas.

—Eso parece, pero también pude leer el nombre del área en el que nos encontramos.

—¿El área?

—Sí, estamos en la *Zone Rouge*.

—¿La “Zona Roja”? ¿Qué es?

—Al principio no entendí nada, pero luego recordé un artículo sobre este lugar que leí en un periódico hace algunos años. Tiene que ver con la guerra.

—¿Con la guerra? —preguntó sorprendida.

—Sí, con la Primera Guerra Mundial. Es un área de la Francia nororiental que el gobierno francés aisló después de la guerra. Leí que la «Zona Roja» eran áreas que habían quedado completamente devastadas tras el conflicto. Según el reportaje, estaba demasiado infestada de bombas y restos químicos como para que los seres humanos pudieran vivir aquí.

Violeta se tapó la boca, comprendiendo lo que aquello significaba. Ahora entendía aquellos extraños cráteres que había hendidos en los campos verdes que rodeaban el granero. Eran las cicatrices que las bombas habían dejado en la tierra.

—Entonces, nadie va a venir a buscarnos aquí… —susurró la joven.

—Por eso ni siquiera estamos atadas. Salir ahí afuera es demasiado peligroso.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando llevaba un mes aquí, no pude soportarlo más y una noche escapé. Corrí por el campo sin saber adónde iba, hasta que pisé algo. Miré bajo mi pie y vi que acababa de pisar una bomba. Creí que se me paraba el corazón del susto, pero por suerte no explotó. Seguí corriendo unos minutos y entonces escuché una fuerte detonación a mis espaldas. La honda expansiva me hizo salir despedida hacia delante. Por suerte, no me pasó nada, pero me quedé paralizada por el terror. En aquel momento comprendí que la próxima vez podía no tener tanta suerte. Si seguía corriendo por ahí, probablemente acabaría volando por los aires. Así que deshice el camino con cuidado de no pisar en ningún sitio distinto y volví aquí adentro. Al día siguiente, aquel matón vino a verme. Obviamente, sabía lo que había pasado. La explosión pudo verse desde lejos, y aquello podía descubrirlos. Si llamaba la atención de algún guarda forestal, el ejército entraría en la zona a investigar. Así que se aseguró de que nunca volviera a tener una idea

semejante. Todavía me duele la espalda de los golpes.

Violeta sintió que le costaba respirar. Estaban realmente atrapadas en aquel lugar y cualquier idea de fuga acababa de desaparecer de su mente después de escuchar aquella historia.

—¿Pero por qué nos encierran aquí? —musitó Violeta.

—Quieren que falsifiquemos cuadros.

—¿Falsificar?

—Sí, es la conclusión a la que he llegado después de meses pintando para ellos.

—¿Y qué hacen luego con los cuadros?

—No lo sé.

Violeta asintió. Aquello le cuadraba perfectamente con la petición que le había hecho aquel hombre. Probablemente quería que pintara el cuadro de Monet para después traficar con él de algún modo.

—¿Cuántos has pintado?

—Uno cada dos semanas. Es su exigencia.

Violeta tragó saliva, sabiendo que aquel era un tiempo muy ajustado para ella, que le gustaba tomarse su tiempo en hacer bien las cosas.

—¿Y cómo acabaste aquí? —preguntó, pensando en las coincidencias de ambos secuestros.

—Estoy segura de que Lucrezia tuvo mucho que ver en ello… —murmuró, bajando la mirada dolida.

—¿Lucrezia? —preguntó, no del todo sorprendida. La actitud de su jefa en aquella subasta le había parecido sospechosa.

—Sí, era mi jefa en el Boulevard Dell'arte.

—Y la mía —afirmó Violeta.

—¿De verdad? —preguntó frunciendo el ceño—. Entonces eso no hace más que confirmar mis sospechas.

—Sí.

—No sé cómo pude ser tan estúpida.

—¿Por qué dices eso? Tú no tienes la culpa de nada.

—Quizá no. Pero sí la tengo de enamorarme de la mujer equivocada.

Violeta se quedó unos segundos en silencio, sorprendida.

—¿Te refieres a ella?

—Sí, perdí la cabeza por Lucrezia. Hubiera hecho cualquier cosa

que me pidiera. Cuando ella correspondió mis sentimientos, creí que no podía ser más feliz.

—¿Y qué pasó? —preguntó, sintiéndose identificada con aquella historia.

—Me citó en Laroche Auctions. Me dijo que tenía un trabajo muy especial para mí —explicó—. Nunca pude imaginar cuánto —añadió con amargura—. Pasamos el día en las oficinas y me explicó la idea que tenía su cliente para una enorme sala de reuniones.

—¿Y le conociste?

—¿A quién?

—Al cliente.

—Ah, sí. Un inglés bastante estirado. —Violeta tragó saliva. Aquel era Martin—. Pero no hablé mucho con él. Cuando se marchó ya había anochecido y me despedí de Lucrezia. Bajé al *parking* a buscar mi coche. Y allí me secuestraron. No recuerdo demasiado. Fue todo tan rápido…

—Fue igual… —musitó.

—¿También te secuestraron allí?

—Sí. Entré a trabajar para Lucrezia justo después de tu desaparición. Obviamente no supe nada de ti hasta meses después. No tenía ni idea de lo que había pasado —explicó, casi a modo de disculpa—. La cuestión es que después de un par de trabajos, Lucrezia me encomendó la realización de aquel cuadro en la sala de reuniones de Laroche Auctions.

—¿Y te secuestraron el día que fuiste a pintarlo?

—No —respondió con una sonrisa triste—. Me secuestraron el día que lo terminé.

—Vaya… eso debió de llevarte meses.

—Sí. Lo cierto es que vi algunas cosas extrañas y descubrí que habías desaparecido. Me pareció mucha coincidencia y empecé a investigar a Lucrezia y a Laroche Auctions. Me asusté cuando vi que la historia parecía repetirse, pero no me detuve. Llegué a entrar en una de las subastas que organizan y allí vi a nuestro cliente hablando con Lucrezia. Todo lo que dijeron e hicieron me pareció sospechoso. Y ya no tuve tiempo de averiguar nada más. Me secuestraron una noche en el *parking* de las oficinas, justo igual que a ti.

—Vaya, o sea que el inglés también estaba metido en el ajo.

—Creo que sí… —musitó Violeta, bajando la mirada—. Me engañó como a una idiota.

—¿A qué te refieres?

—Creo que hizo que me enamorara de él, solo para utilizarme.

Susana comprendía cómo se sentía Violeta. Alargó la mano hasta su brazo y trató de reconfortarla.

—Tranquila, esto se solucionará.

Violeta la miró con escepticismo, pero asintió.

—Creo que voy a volver a mi humilde choza —dijo, mirando por la ventana hacia el granero.

—Sí, será mejor que no descubran que hemos hablado.

—Volveré mañana. Tenemos que pensar en algo.

Susana asintió y sonrió, sintiendo algo de esperanza por primera vez en meses.

Violeta se tumbó de nuevo en su pequeña e improvisada cama. Dio un largo suspiro, superada por todo lo que acababa de pasar. Había logrado volver al granero sin ser vista, pero la sensación de peligro permanecía en su cuerpo. Y empezó a llorar, incapaz de aguantar más aquella tensión. Martin la había engañado de la peor manera posible, igual que Lucrezia había hecho con Susana. Ella no había significado nada para él, seducirla tan solo había sido un medio para conseguir sus fines. Se sintió estúpida por caer en sus redes. Lo peor era que ahora se encontraba en una situación prácticamente de esclavitud. Debía pintar todos los cuadros que le pidieran, sin excepción. Tampoco podía escapar. Si lo hacía, se arriesgaba a que una bomba explotara bajo sus pies. Y entonces, dio con una idea. Quizá aquella fuera la única manera de salir de ahí.

La noche siguiente, Violeta se escabulló del granero a la granja imitando exactamente los mismos movimientos que había hecho el día anterior. Necesitaba contarle su plan a Susana. Consiguió llegar hasta el otro edificio sin problemas y entró por la ventana. Esta vez, Susana la esperaba despierta.

—Buenas noches —saludó Susana con una sonrisa, contenta de poder hablar con alguien que no fuera aquel matón que las retenía allí.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó Violeta.

—Mejor ahora que sé que no estoy sola —respondió con una

sonrisa.

—Tengo un plan, Susana —confesó sentándose a su lado.

—¿Es peligroso? —preguntó aterrada. La paliza que le había dado aquel hombre todavía estaba fresca en sus recuerdos.

—Creo que no demasiado. Eso es lo mejor.

—Vale, cuéntame más.

—Verás, tengo una amiga, Lavinia, que es como una hermana para mí. Me conoce perfectamente y sabe cuáles son mis trucos.

—¿Te refieres a tu pintura?

—Sí. Cada vez que pinto un cuadro, sea mío o una réplica, dejo una pequeña señal. Una uve en la parte inferior derecha. Si dejamos esa marca en todos los cuadros que pintemos, tarde o temprano, Lavinia los verá. Descubrirá que estoy pintando en algún lugar.

—¿Pero eso cómo nos va a ayudar? Ella tan solo sabrá que sigues viva.

—Sí, pero pintaremos algo más al lado de la uve, algo casi imperceptible para los demás.

CAPÍTULO 8

Actualidad. Barcelona, España.

Camille acabó de fregar los platos de la cena y se secó las manos en el delantal. Miró hacia la ventana y observó con una mueca la lluvia intensa que se había apoderado de la noche. Pensó en Frank, que tenía intención de macharse en medio de aquella tempestad. Sacudió la cabeza, quitándose la preocupación de encima. No podía sufrir también por él. Ya tenía suficiente pensando en André, perdido en algún campo de batalla de Alemania.

Decidió ir a hacerle una última visita a aquel hombre antes de que se marchase, aprovechando que su abuela ya se había ido a dormir. Salió cubierta por una manta y corrió hasta el granero. A pesar de que se había protegido con la tela, llegó completamente mojada. Esta vez, Frank no estaba tumbado en el lecho, sino que se encontraba de pie en la sala principal del granero. Camille se quedó unos instantes observándole. Al haberlo visto siempre tumbado, realmente no había podido apreciar lo alto que era. Frank se había colocado los pantalones del uniforme, que estaban algo maltrechos y se había dejado la camisa blanca que Camille le había puesto al encontrar su casaca casi totalmente consumida por el fuego. Camille se quedó sin palabras ante la magnificencia de aquel hombre prácticamente perfecto.

—Estás empapada —dijo él, acercándose hasta la joven, que temblaba ligeramente con su vestido celeste pegado al cuerpo.

—Quería despedirme —murmuró, desviando la vista hacia el suelo. Frank sonrió y le levantó el rostro por la barbilla, obligándola a mirarle.

—No sé cómo puedo agradecerte todo esto —dijo.

—Con tu silencio bastará —balbuceó ella, tratando de calmar el extraño sentimiento en la boca del estómago que le provocaban aquellos ojos azules.

—Por descontado, nunca contaré que me ayudaste.

Camille sonrió ligeramente, pero clavó la vista en el suelo. Frank

se apartó de ella, pensando que quizá la estaba intimidando.

—En fin, me marcho ya —dijo él.

—¿Vas a irte con esta lluvia? —preguntó Camille, muy a su pesar. No podía evitar preocuparse por él.

—Tranquila, la lluvia no hará más que ayudarme. La visibilidad será prácticamente nula. Nadie me encontrará.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó, incapaz de acallar su curiosidad.

—Tengo que volver al campo de batalla —contestó él. Camille cerró los ojos tan solo un instante, sabiendo lo que significaba. Probablemente Frank moriría en aquellas trincheras, como tantos otros. Apretó la mandíbula, frustrada. Frank volvió a sonreírle y acarició su cabello mojado. Se acercó suavemente hasta ella y depositó un suave beso en su mejilla, quizá demasiado cerca de la comisura de sus labios.

—Espero que seas muy feliz, Camille.

Y se marchó de aquel granero tan súbitamente como había aparecido.

25 de mayo de 1916. Verdún, Francia. Dos meses después.

Camille ayudó a su abuela a levantarse de la silla. En los últimos meses su salud había empeorado todavía más. La joven sentía que se estaba apagando a poco a poco. Y no podía culparla por ello. Ella también sentía un increíble vacío desde que había empezado la guerra, quizá incluso más desde que Frank se había marchado. Aunque aquel desconocido había pasado en su granero tan solo un par de semanas, se había sentido viva de algún modo. Había tenido a alguien con quien hablar, un aliciente para seguir adelante. Y ahora volvía a sentirse igual de sola que antes. Acompañó a su abuela hasta su habitación, subiendo las escaleras muy poco a poco y la ayudó a tumbarse en la cama. Después, la arropó con cuidado y cariño. La mujer la miró con una sonrisa agradecida.

—Esta humedad me está matando —musitó, llevándose las manos a las rodillas. A pesar de estar lúcida como cuando tenía veinte años, su cuerpo no le había seguido el ritmo y tenía una artrosis que le provocaba terribles dolores en las articulaciones.

—Le prepararé un té caliente —contestó Camille apartándole el cabello blanco del rostro.

—No —dijo la abuela cogiéndola del brazo para detenerla—. Estoy bien así. Tan solo quiero dormir.

—Como desee —repuso Camille, soplando la vela para dejarla descansar a oscuras—. Buenas noches.

La joven bajó hasta el piso inferior y se dejó caer sobre uno de los sillones. Cerró los ojos, relajada. Aquella noche no se oían las detonaciones constantes que solían provenir del campo de batalla. Cuando se cansó de su propio silencio, giró la cabeza y miró hacia la puerta. Entonces, lo vio. Un papel amarillento bajo la puerta. Alguien había dejado una carta. Se apresuró en ir hasta ella. Llevaba meses sin recibir ningún tipo de correo. Sostuvo la respiración al ver que estaba a su nombre. La abrió a toda prisa para descubrir la trabajada caligrafía de André.

Querida Camille,

Siento no haber escrito antes. Los alemanes me atraparon en el último ataque, ni siquiera estoy seguro de cómo he conseguido escapar. Después de meses hacinados en una diminuta celda en condiciones infrahumanas, mi compañero murió de una infección por sus heridas. Cuando fueron a sacarle, me hice pasar por él. Quizá no fue el acto más noble, pero estaba desesperado. Me enterraron y por poco muero asfixiado, pero logré salir a la superficie. Pasé semanas escondido en los bosques. No puedes ni imaginar cómo es el invierno en estas tierras. Es horrible. Se me metió el frío por cada uno de los poros de mi piel y a veces sentía que no podía ni pensar. Por suerte, cuando estaba al borde de la locura y de la muerte, me crucé con un batallón francés y me uní a ellos. Conseguimos llegar a un lugar seguro y te escribo desde allí. No puedo darte más detalles, por si esta misiva cayera en manos equivocadas.

¿Qué hay de ti? Espero que tú y tu abuela estéis a salvo de este infierno. Cada día me despierto pensando en tus ojos, en tus abrazos. No sabes cuánto te echo de

menos. Espero que esta maldita guerra termine pronto y podamos estar juntos por fin.

Te quiero,

André

Una lágrima recorrió el rostro de Camille y cerró los ojos con fuerza, deseando que André volviera a casa sano y salvo. Por lo menos estaba vivo, se dijo a sí misma. Aquello era mucho más de lo que sabía de él tan solo unas horas atrás. Se suponía que debía estar feliz por las buenas noticias, pero tan solo sentía desasosiego. Seguía estando demasiado lejos y expuesto a infinitos peligros. Estaba segura de que aquellas experiencias lo habrían cambiado para siempre. Dudaba mucho que de la guerra volviera el mismo André alegre y sonriente que la había conquistado algunos años atrás. Sin ir más lejos, todo aquello ya la había cambiado a ella. Nada tenía ya que ver con aquella joven inocente y despreocupada. No estaba segura de cómo sería reunirse de nuevo con él. ¿Sentirían lo mismo que dos años atrás, cuando André se había marchado al frente? Muy en el fondo, sabía que no. Ya no sabría quién era él. Ni siquiera era capaz de reconocerse a sí misma.

Unos golpes en la puerta la sacaron de sus pensamientos. Se levantó deprisa. Quizá fuera el cartero, que había olvidado darle alguna otra carta. Le extrañó que se presentara a esas horas y con aquella lluvia, pero abrió igualmente, ansiosa por recibir más noticias de André. Se dio cuenta rápidamente de su error. Sintió que se le helaba la sangre al descubrir a tres hombres corpulentos en la puerta de la granja. No tardó en reconocer el uniforme alemán que lucían con orgullo. Camille dio un par de pasos atrás y cerró la puerta rápidamente, oliendo el peligro y el alcohol que desprendían aquellos soldados. Sin embargo, uno de ellos, que parecía llevar la voz cantante, puso el pie en la puerta, evitando que se cerrara y la abrió de un fuerte golpe. La miró con unos horribles ojos grises y le sonrió con malicia. Camille ahogó un grito y corrió hacia la cocina, donde podría encontrar alguna arma con la que defenderse. Por mucho que lo intentó, no logró llegar hasta los cuchillos. El hombre de los ojos grises se abalanzó sobre ella y la tiró al suelo. Camille gritó, tratando de zafarse de él. A aquel bruto no pareció importarle la cara de terror de la joven cuando rompió su vestido. Se tumbó

sobre ella y la besó bruscamente en los labios, subiendo la mano por sus piernas. La chica intentó apartarse, pero él la agarró con fuerza. Los otros dos soldados tampoco parecieron sentirse mal por las gruesas lágrimas que empezaron a brotar de los ojos de la chica, sino más bien lo contrario, parecían divertirse con su sufrimiento. Entonces, se escucharon dos tiros, limpios y letales. Aquellos dos soldados que habían estado observando el macabro espectáculo cayeron fulminados, encharcando el suelo de una sangre oscura y densa. Camille empezó a gritar, histérica. Y escuchó un tercer tiro. Sintió la sangre salpicando su rostro. El cuerpo que la estaba aprisionando hasta hacía unos segundos quedó tendido sobre ella como un peso muerto. Alguien se lo quitó de encima rápidamente y entonces reconoció sus ojos azules. Frank.

Camille empezó a sollozar, espantada. El hombre se acercó hasta ella, pero la joven retrocedió instintivamente al ver aquel mismo uniforme que vestían sus agresores.

—Lo siento, Camille. ¿Estás bien? —preguntó Frank, preocupado.

—¿Qué…? ¿Qué ha pasado? —la voz cansada de la abuela de Camille pareció sacar a la joven de su estado de trance. Giró la cabeza hasta la mujer mayor, que había bajado con dificultades las escaleras al oír los tiros y los gritos de su nieta. Ahora se encontraba al pie de la escalera, agarrada a la barandilla, jadeando con dificultad por el esfuerzo. Observó con horror los cadáveres de aquellos tres hombres en su salón y a aquel cuarto soldado que aún llevaba el arma homicida en sus manos.

—Estos hombres han intentado… y Frank… —musitó Camille, comprendiendo por fin lo que había sucedido. Él la había salvado. Había matado a los suyos por ella. Tragó saliva, sabiendo lo que aquello podía significar para él. Traición.

—Oh, Dios mío ¿estás bien? —preguntó ansiosa, acercándose hasta su nieta y agarrándola del brazo para ayudarla a levantarse. La abrazó con cuidado, como si se tratara de una muñeca de porcelana.

—Tranquila, estoy bien. No han llegado a… —cortó sus propias palabras, incapaz de decirlo en voz alta.

La abuela suspiró aliviada y se separó de ella. Y entonces se giró hacia Frank.

—¿De qué lo conoces? —preguntó la mujer cuando se recuperó un poco del *shock*, mirando a su nieta con el ceño fruncido—. Es alemán —sentenció, como si aquello fuera una especie de insulto. Camille la miró molesta, pero fue incapaz de recriminarle nada a su abuela. Al fin y al cabo, ellos habían matado a su familia.

—Camille me ayudó hace un tiempo —explicó Frank, sacándose la chaqueta y cubriendo el cuerpo semidesnudo de la joven.

—¿Es eso cierto? —preguntó la abuela, mirándola como si hubiera cometido un horrible crimen.

—Estaba herido, no sabía que… —intentó justificarse.

—Ella no sabía quién era yo —terminó Frank, saliendo en su defensa.

—¿Y me lo has escondido todo este tiempo? —preguntó, incrédula. Sintió que le fallaban las piernas y Frank acudió en su ayuda. Sin embargo, la mujer dio un manotazo al aire—. No te acerques a mí —soltó bruscamente. Frank dio un paso atrás y se limitó a aproximar una silla hasta la anciana. La mujer se sentó a regañadientes, maldiciendo aquellas rodillas que ya apenas la sostenían—. Te he hecho una pregunta. ¿Por qué me lo escondiste? —insistió, mirando a Camille de nuevo.

—Señora, con el debido respeto, hay tres cadáveres en el suelo y deberíamos ocultarlos. Alguien puede haber escuchado los tiros y…

—Cállate. ¿Camille?

—Abuela, Frank tiene razón —dijo finalmente la joven, poniéndose en pie. Sintió la espalda adolorida por el impacto contra el suelo, pero no dijo nada—. Tenemos que esconder los cuerpos —dijo con la frialdad que tan solo podía tener alguien que ha visto de cerca la muerte y la guerra. Todavía tenía pesadillas con los bombardeos de París.

—Está bien, enterrad bien hondo a esos canallas —dijo mirando con desprecio a aquellos hombres que habían tratado de aprovecharse de la única familia que le quedaba. Esperaba que ardieran en los infiernos—. Después hablaremos de esto.

Camille ni siquiera sentía la lluvia impregnando su ropa. Tan solo podía concentrarse en las miradas vacías de aquellos hombres. Se acercó hasta el más corpulento y lo envolvió con una vieja manta. Así dejaría de sentirse observada. Sus manos temblaban todavía. De

miedo, de frío. Frank se acercó hasta ella y puso su mano sobre la de la chica.

—Camille, ¿estás bien? —preguntó preocupado ante su aspecto frágil. No había hablado desde hacía horas. Había cavado junto a él aquel enorme hoyo en la parte trasera de la casa, en completo silencio, con tan solo la noche y los lobos como testigos de lo que allí había sucedido.

La joven tragó saliva y levantó la vista del suelo para mirar a Frank. Sus ojos preocupados no hicieron más que incrementar su nerviosismo. Sentía que se encontraba al borde de un abismo. Primero había perdido a su familia y André había tenido que marcharse de su lado. Después había ayudado a Frank a pesar de ser su enemigo. Y para colmo, ahora había tres soldados muertos en su jardín. Sin embargo, lo peor de todo había sido aquella terrible sensación, cuando la habían atacado. Se había sentido completamente desprotegida y a merced de aquellos hombres. Si Frank no hubiera aparecido… Trató de quitarse aquellos pensamientos de la cabeza y tapó a los otros dos hombres con más mantas.

—Camille, ¿me has oído? —insistió Frank, que no había obtenido respuesta. La chica lo miró de nuevo y asintió ligeramente con la cabeza, pero lo único que le quedó claro a aquel hombre fue que Camille estaba muy lejos de encontrarse bien—. Deja eso —dijo, quitándole la pala que había cogido de nuevo—. Ya me encargo yo. Entra en la casa, ponte algo seco y tomate un té caliente.

Camille apretó los labios en un vano intento por detener las lágrimas que empezaban a acudir a sus ojos. Frank se dio cuenta y se prometió a sí mismo que protegería a aquella joven que ya había sufrido suficiente por culpa de aquella guerra. Se acercó a ella con cuidado y le tocó un brazo, inseguro de si le molestaría su contacto. La chica no se apartó, así que la rodeó en un abrazo, tratando de reconfortarla. Y Camille empezó a sollozar. No solo por su familia y amigos, sino por todas las vidas que aquel conflicto estaba truncando de un modo u otro.

Frank perdió la cuenta del tiempo que pasaron abrazados bajo el frío manto de aquella lluvia, pero no la soltó en ningún momento. Y entonces supo que jamás podría dejarla sola.

CAPÍTULO 9

Actualidad. Barcelona, España.

Martin se anudó la corbata y soltó un largo suspiro. No estaba seguro de poder ser capaz de dar aquel discurso. Habían pasado ya más de tres meses desde la desaparición de Violeta y no había sido el mismo últimamente. Bebía demasiado y la culpa no le dejaba dormir por las noches. Los investigadores a los que había contratado no habían encontrado absolutamente nada útil en el ordenador portátil de Violeta. Se sentía en un callejón sin salida. Había visitado a Lucrezia en numerosas ocasiones, con la esperanza de encontrarla sola y sacarle la verdad, aunque hubiera tenido que usar métodos poco ortodoxos. Sin embargo, cada una de las veces que se había acercado a ella, la había descubierto rodeada por un par de gorilas que lo habían alejado con miradas y palabras amenazadoras. Había pensado en mil locuras. En colarse por la noche en la habitación de Lucrezia para sacarle la verdad o incluso en hacerse con un arma y acercarse a tiros hasta amedrentarla y que le dijera de una vez por todas dónde retenía a Violeta. Sin embargo, por mucho que deseara aquello, sabía que un acto así lo hubiera llevado derecho a la cárcel. Y eso era lo último que podría ayudar a Violeta. En momentos de desesperación, había pensado incluso en acudir a la policía. Y cada vez que pensaba en ello se lo quitaba rápidamente de la cabeza. Sabía que si los exponía, lo primero que harían sería acabar con Violeta. Escuchó el aplauso del público y apretó las manos para intentar relajar los hombros y deshacerse de los nervios. Lo había hecho mil veces antes, no podía sentir pánico escénico a estas alturas. La cortina de aquel anfiteatro se retiró y pudo ver los rostros ávidos de nuevas reliquias observarle con atención desde sus sillones. Martin avanzó hasta el púlpito y cogió el micrófono.

—Buenas noches, bienvenidos a la séptima edición de la Subasta Laroche. —Martin realizó una larga pausa mientras la gente aplaudía. Cuando reinó de nuevo el silencio, logró decir las palabras

que había estudiado previamente con total naturalidad y nadie notó el cambio en él. Sin embargo, unos ojos verdes le observaban con malicia desde el público. Lucrezia sonrió al ver que sus dedos temblaban ligeramente al agarrar el micrófono. Lo había logrado, había doblegado al siempre perfecto Martin. Y su jefa estaría muy orgullosa de ello.

Montones de cuadros desfilaron por el escenario mientras los más adinerados clientes iban haciéndose con auténticas obras de arte. Sin embargo, Martin frunció el ceño al ver uno de ellos. *Impresión, Sol Naciente* de Monet. Estaba convencido de que aquel cuadro se encontraba en el Museo Marmottan Monet de París. ¿Cómo podía haber llegado hasta ahí? ¿El gobierno había permitido venderlo? Una mujer con un sombrero de plumas y un excesivo vestido de lentejuelas se hizo con el botín y Martin no pudo pensar más en ello. La subasta había terminado y tenía que guiar a los invitados hasta la sala donde se serviría el banquete.

Martin se dejó caer sobre la cama todavía con el traje puesto. Se aflojó la corbata y se sacó los zapatos resoplando. Aquellas veladas lo dejaban agotado. Aún así, la curiosidad fue superior al sueño que sentía y alargó la mano hasta el teléfono móvil que había abandonado unos minutos atrás en la mesilla de noche. Tecleó rápidamente el nombre del cuadro de Monet y esperó pacientemente a que el buscador cargara los resultados. Se pasó la mano por la cara al no encontrar ninguna noticia referente a la venta de *Impresión, Sol Naciente*. ¿Qué significaba aquello? ¿La venta quizá todavía no se había oficializado? O peor, ¿estaban estafando a los clientes de Laroche Auctions vendiéndoles cuadros falsos? No. El cuadro que había visto era auténtico. Era prácticamente un experto en Monet y aquellos trazos eran inconfundibles. No comprendía nada. Si algo estaba pasando en su departamento de subastas, ¿cómo era posible que él no lo supiera? Se suponía que era el jefe. Se incorporó olvidando por completo el cansancio que había sentido minutos atrás y cogió el ordenador portátil de su escritorio. Y compró el billete de avión más barato hacia París sin pensárselo dos veces. Tenía que ver con sus propios ojos qué se encontraba en el Museo Marmottan Monet y averiguar qué había sucedido con aquel cuadro. Por lo menos así podría

concentrarse en otra cosa y dejar de pensar en la desaparición de Violeta aunque fuera por unas horas.

El avión salió tan temprano que Martin tuvo la sensación de no haber dormido nada. De hecho, era probable que tan solo hubiera descansado un par de horas. No le importó. Igualmente tampoco lograba dormir mucho más últimamente. Sintió una fuerte presión sobre sus sienes cuando el avión despegó y cerró los ojos para tratar de relajarse. Logró dar una pequeña cabezada y cuando quiso darse cuenta, se encontró con el cielo grisáceo y lluvioso que le daba la bienvenida a París.

Bajó del avión a toda prisa y cogió el primer taxi que se detuvo bajo su brazo.

—Al Museo Marmottan Monet, por favor —ordenó con un francés un tanto oxidado. Un hombre con un enorme bigote blanco le miró y asintió ligeramente para después apretar el acelerador del vehículo. Martin apoyó la cabeza contra el vidrio y cerró los ojos, tratando de sacarse aquel vacío de encima. No podía evitar pensar en la melena pelirroja de Violeta a cada instante. Cada vez que se descuidaba, su sonrisa revoloteaba por sus pensamientos. ¿Cómo podía haberla puesto en peligro de aquella manera? Había sido un inconsciente. Debería haberse dado cuenta del peligro que la acechaba. Sin embargo, sus sentimientos le habían nublado el juicio y, por primera vez en su vida, había perdido el control.

—Ya hemos llegado, señor —dijo el taxista, sacándolo de su ensimismamiento. Martin miró por la ventana y vio un monumental edificio de estilo clásico tras una formidable explanada verde, medio nevada. Se anudó bien la bufanda y se abrochó el abrigo antes de pagarle al taxista y salir al exterior. Cruzó aquel enorme jardín y pagó la entrada para después adentrarse por los largos pasillos a toda velocidad. Ni siquiera se detuvo a mirar los otros cuadros. Tenía una objetivo claro. Buscó en el mapa que le habían dado al entrar y localizó la sala que le interesaba. Se dirigió hasta allí con paso firme. Entró en aquella habitación con cierta reticencia, temiendo lo que iba a encontrarse. Pero allí estaba, en el centro de una de las paredes relucía con distinción aquel cuadro de Monet. Frunció el ceño cuando lo vio. También parecía auténtico. Se acercó más a él, quizá un detalle mal acabado, una pincelada distinta, un color no logrado, le diera la clave de aquel misterio. Y

entonces la vio. Una pequeña uve en la parte inferior derecha. Sintió que se le cortaba la respiración al reconocer claramente la firma secreta de Violeta. ¿Qué diablos quería decir aquello? ¿Ella había pintado una réplica de Monet? ¿Estaba falsificando cuadros? ¿Por qué? Se acercó un poco más y pasó los dedos sobre la pequeña letra.

—Señor, ¡no puede tocar el cuadro! —espetó una mujer rechoncha sentada sobre una silla al lado de la puerta. No había reparado antes en ella. Martin sonrió con inocencia.

—Lo siento —se disculpó—. Si supiera que el cuadro es falso… —musitó sin que lo escuchara. Y siguió con la mirada fija en la obra de Violeta, sin comprender nada. Hasta que reparó en otro detalle distinto al original de Monet. Justo al lado de la firma había una diminuta letra de color escarlata. Una Z. Sacó el móvil e hizo una foto rápidamente.

—Oiga, ¡tampoco se pueden hacer fotos a la obra! —exclamó la mujer enfadada.

—Disculpe, ya me marcho —dijo Martin, dando un paso atrás y saliendo de la sala prácticamente corriendo.

Martin se dirigió al hotel que había reservado con pasos pesados. No lograba comprender por qué Violeta haría algo así. ¿Significaba que ella estaba pintando cuadros de nuevo? Quizá en realidad no hubiera desaparecido y tan solo estaba trabajando para otra persona. Sin embargo, algo en su interior le decía que la verdad no era exactamente así. La Violeta que él conocía jamás hubiera dejado abandonada a Frida ni se hubiera marchado sin decirle nada a su mejor amiga. Tampoco falsificaría cuadros para robar los auténticos de los museos y venderlos después en las subastas de Laroche Auctions. La única culpable detrás de aquello tenía que ser Lucrezia. ¿Pero cómo había logrado aquella mujer colar aquellos cuadros en sus subastas sin que él se diera cuenta de nada? Perdido en sus pensamientos, llegó hasta un lujoso edificio de cristal con una recepción repleta de butacas y un piano. Se acercó al joven que se escondía tras el mostrador, que le sonrió con amabilidad al reconocer a un posible huésped.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle?

—Tenía una reserva, a nombre de Martin Hayden.

El chico asintió y tecleó su nombre en el ordenador para volver

a él rápidamente.

—Sí, una noche en una habitación individual. ¿Me dejaría un momento su documentación, por favor? —preguntó. Después de toda la burocracia, el joven le tendió la tarjeta para abrir su habitación y Martin se dirigió hasta los ascensores. Entró en su cuarto, que era especialmente espacioso para tratarse del centro de una ciudad como París y se dejó caer sobre la cama. Se frotó los ojos y resopló. Tenía que pensar en algo pronto o se volvería loco. Se metió la mano en el bolsillo y tecleó rápidamente la extensión de la primera persona del departamento de subastas de Laroche Auctions que acudió a su mente.

—¿Diga?

—Hola, Bruno.

—¿Martin? No te he visto hoy por la oficina.

—No. Estoy en París. —Bruno se quedó en silencio al otro lado, ligeramente desconcertado por aquel inesperado viaje—. La cuestión es que necesito que me hagas un favor.

—Claro, dime.

—Necesito que me envíes los listados de todos los cuadros vendidos en las subastas de los últimos tres meses. Los de las subastas *Premium*.

—Ah… sí, claro —dijo Bruno, algo extrañado por aquella petición.

—Lo necesito para hoy —añadió Martin, impaciente. Tenía que tirar de aquel hilo cuanto antes.

—Por supuesto. Enseguida te lo paso.

Martin colgó el teléfono y sacó el portátil de su maletín. Se sentó en el escritorio y abrió el correo. Se quedó mirando fijamente a la pantalla durante minutos, hasta que vio un nuevo mensaje de Bruno en su bandeja de entrada. Clicó rápidamente sobre él y repasó la lista del archivo adjunto que le había enviado el chico. Si Violeta había falsificado un cuadro y alguien le había dado el cambiazo en el museo y lo había colado en su subasta, probablemente no sería una excepción. Tenía que descubrir si se habían vendido otros cuadros que pertenecieran a colecciones de museos en las últimas subastas. Cogió el bloc de notas y el bolígrafo cortesía del hotel y empezó a anotar los nombres de los cuadros que levantaron sus sospechas. No le sonaba que ninguno de aquellos museos hubiera

vendido aquellos lienzos a terceros en los últimos años. Encontró siete obras en total. Tiró el bolígrafo sobre la mesa, enfadado consigo mismo. ¿Cómo podía haber sucedido aquello bajo su supervisión? Si todo aquello salía a la luz, podrían incluso culparle a él como responsable por la venta de cuadros robados de artistas famosos. Decidió asegurarse antes de que le cundiera el pánico. Tecleó los nombres de los cuadros en internet y no encontró nada fuera de lo normal, tan solo reseñas y comentarios de expertos, pero ninguna noticia sobre la venta de aquellas obras de arte. Se tapó la boca, comprendiendo lo que aquello significaba. Laroche Auctions estaba implicada en una importante trama de falsificación y robo de obras de arte. Y no sabía por qué, pero aquello no le extrañó. Conocía demasiado bien aquella empresa.

Actualidad. Barcelona, España.

Lavinia se cambió de ropa en el pequeño vestuario de su local. Miró su vientre abultado con una mueca. Siempre había sido delgada y no le acababa de convencer la forma que estaba adoptando su cuerpo poco a poco. Había oído a cientos de mujeres orgullosas de sus embarazos hablando de la magia aquellos meses, pero ella se encontraba muy lejos de aquella nube. Los primeros meses habían sido horribles, con aquellas nauseas que apenas la habían dejado comer otra cosa que no fueran donuts. Y ahora que parecía que aquella horrible sensación en la boca del estómago se relajaba un poco, su barriga empezaba a crecer desmesuradamente. Se colocó el jersey, que le iba ligeramente apretado en la zona y sintió ganas de llorar. Ella no había querido eso. Sin embargo, aquellos eran tan solo los miedos de una madre primeriza. Lo que en realidad la tenía en aquel constante estado de desasosiego era Violeta. No había sabido nada de ella desde hacía casi cuatro meses. Había seguido el consejo de Martin y no había denunciado a la policía, pero cada vez que había hablado con él, aquel hombre parecía más perdido. No había logrado acercarse a Lucrezia y todas las pistas habían llevado a puntos muertos. Aunque no podía negar el esfuerzo que Martin estaba poniendo en la búsqueda de Violeta, Lavinia se sentía frustrada e impotente por no poder ayudar de ninguna manera. Tenía que actuar. No creía que pudiera resistir mucho tiempo más aquel silencio, aquella incertidumbre.

Dio media vuelta, harta de mirar su reflejo en el espejo y salió hasta la salita principal. Sin embargo, se detuvo en seco cuando escuchó la alegre voz de Bruno hablando con Amaia, que parecía divertirse con sus comentarios. Los observó unos instantes a través de la cortinilla que separaba los dos espacios. Bruno estaba de pie cerca de la entradita y Amaia se encontraba frente a él. La chica le estaba contando algo. Sin embargo, Lavinia tan solo pudo concentrarse en la mano que tenía puesta sobre el brazo de Bruno y el continuo jugueteo que la chica tenía con su propia melena. No hacía falta ser un genio para ver que Amaia estaba coqueteando con él. Lo peor de todo fue que sintió que Bruno parecía no percatarse. Zarandeó la cabeza, intentando quitarse aquel sentimiento tan feo de encima. Nunca había sido celosa, ¿a qué venían aquellos pensamientos? Además, Bruno era completamente libre de hacer lo que quisiera con quien quisiera. Ella ya se había encargado de dejarle bien claro que tan solo era el padre de su bebé.

Por fin salió a la sala y no pudo evitar dirigir un fugaz vistazo a la cintura de avispa de Amaia. Se sintió como una vaca a su lado.

—¡Hola, Lavinia! —dijo Bruno al verla, acercándose para darle un par de besos—. ¿Cómo estás?

—Pues ya lo ves —soltó molesta, incapaz de disimular su incomodidad respecto a su barriga y a la aparente perfección de Amaia.

—Bueno, ¿estás preparada? —preguntó con una sonrisa—. Hoy nos dirán el sexo del bebé —le dijo a Amaia emocionado.

—¿En serio? ¿Y qué prefieres que sea? —preguntó ella con una sonrisa. Lavinia se sintió fuera de lugar, como si no estuviera allí.

—No lo sé. Quizá una niña, para que se parezca a Lavinia —respondió mirándola con cariño.

Lavinia chasqueó los dedos.

—Venga, no me hagas la pelota, vamos a llegar tarde —repuso ella. Sin embargo, en el fondo, sintió que su amargura se calmaba un poco gracias a aquellas palabras amables de Bruno.

Salieron del centro y se metieron en el coche. Lavinia se había planteado en varias ocasiones la posibilidad de cambiar de ginecóloga, con tal de no seguir mintiendo a la hermana de Bruno.

—¿Se lo has dicho ya? —preguntó de repente, mirando a Bruno, que estaba concentrado en la carretera.

—¿El qué?

—Lo del bebé. A tus padres y a tu hermana. Sobre todo a ella.

—Eh… no. Aún no.

—¿Y a qué esperas? —repuso molesta. ¿Es que acaso Bruno se avergonzaba de su situación o de ella?

—Tienes razón. Debería haberlo hecho ya, lo siento —contestó calmadamente—. Hoy se lo diré a Ana.

Lavinia sintió un nudo en la boca del estómago, pero no eran nauseas, sino nervios. No había esperado aquella respuesta tan inmediata, así que se limitó a asentir.

Ana los recibió con la misma calidez que las veces anteriores. Lavinia estaba histérica, pero intentaba disimularlo lo mejor que podía. No solo en unos minutos iba a saber el sexo de su bebé, sino que encima Bruno estaba dispuesto a contarle que iba a ser tía. La ginecóloga les dedicó su ya familiar sonrisa. No había vuelto a preguntarle a Bruno por qué acompañaba a una mujer bastante mayor que él a las ecografías. Se había conformado con su esquiva respuesta de la primera visita.

—Y bien, ¿estás preparada? —preguntó Ana.

—Sí —respondió Lavinia, algo tensa. Por unos instantes se relajó viendo la silueta de su bebé en la pantalla. Ana le dejó escuchar los latidos de su corazón y sintió cómo todo se paralizaba a su alrededor, como si aquel sonido único la pudiera hacer olvidar todo lo demás. Se fijó en las pequeñas manos, en aquella diminuta cabecita y en las piernas, que se adivinaban algo rechonchas. Y sonrió con una ternura que nunca había sentido por nada ni por nadie.

—Bueno, está todo perfecto y creo que está muy claro el sexo del bebé —sentenció Ana después de unos minutos de estudiar lo que se mostraba en pantalla.

—¿De verdad? ¿Sabes lo que es? —cuestionó Bruno, impaciente, agarrando a su hermana del brazo.

—Sí. Es una niña.

Lavinia miró a Bruno con una sonrisa enorme. Tan solo quería que viniera bien, pero lo cierto es que le hacía muchísima ilusión que fuera una chica. Y él parecía igual de satisfecho. Entonces, el joven miró a Ana con la sonrisa todavía en sus labios.

—Entonces vas a ser tía de un niña preciosa —soltó Bruno.

Ana lo miró estupefacta unos instantes y se rascó la cabeza dubitativa, como si estuviera tratando de comprender la bomba que su hermano acababa de soltar como quien pide la hora.

—¿Q-qué? —balbuceó—. ¿En serio? —Bruno asintió tímidamente y Lavinia quiso esconderse debajo de la camilla. Sin embargo, el rostro sorprendido de Ana enseguida se convirtió en una sonrisa pícara.

—¡Lo sabía! Casi logras despistarme…

—Lo siento, no sabía cómo decírtelo.

—¿Por qué? No tendrías que haberlo ocultado, es una buena noticia, tonto —respondió con una sonrisa que iluminó sus ojos almendrados—. Nuestros padres van a enloquecer de la emoción.

—¿Estás segura de eso? —preguntó arqueando una ceja con un claro escepticismo.

—¡Pues claro! Quizá al principio les sorprenda un poco, pero luego lo aceptarán encantados.

—Si tú lo dices… —farfulló.

—¿Entonces eres su pareja? —preguntó ahora dirigiéndose a Lavinia con una sonrisa emocionada.

—Eh… —Lavinia dudó unos instantes, sin saber muy bien cómo explicar aquello—. No, en realidad, solo somos amigos… —contestó con la voz algo apagada.

—Bueno, eso no importa. Parece que os lleváis genial y eso es lo importante para la niña. ¡Ay qué emoción! —añadió al final, dando pequeñas palmaditas—. ¿Y cuándo piensas decírselo a la familia?

Bruno palideció con tan solo pensarlo.

—Ay, no lo sé, no me agobies.

—A ver Bruno, a este paso se lo vas a explicar cuando la niña ya haya nacido —le soltó con severidad.

—Está bien, lo pensaré —acabó diciéndole.

—Así me gusta —concluyó, justo cuando la enfermera golpeaba la puerta. Una mujer mayor, casi en edad de jubilarse, asomó la cabeza.

—Doctora, la siguiente paciente ya está aquí.

—Ah, sí, disculpa el retraso. Hazla pasar, por favor.

Bruno y Lavinia se despidieron de Ana y salieron de la consulta quizá algo más tranquilos de lo que habían entrado. Por lo menos le habían contado la verdad a alguien.

Martin llevaba horas encerrado en aquella habitación de hotel, dándole vueltas a todo lo que acababa de descubrir. ¿Qué había querido decir Violeta con aquella letra zeta junto a su firma? ¿Estaba intentando dejar algún mensaje? Quizá Lavinia pudiera ayudarle. Ella la conocía mejor que él, era posible que aquel símbolo fuera algo que Violeta solía hacer. Sin embargo, él desconocía el significado. Tecleó el número de la amiga de Violeta, con la mirada algo taciturna. Estaba agotado de tanto pensar, pero no podía descansar de ningún modo ahora que había encontrado la primera pista sobre Violeta después de meses de silencio y desesperación.

—¿Diga? —contestó la voz segura de Lavinia al otro lado.

—Perdona, es un poco tarde —se disculpó Martin, viendo que eran las once de la noche.

—¿Quién eres? —preguntó la chica, sin comprender quién llamaba a esas horas. Sin embargo, pareció reconocer aquel peculiar acento—. ¿Martin?

—Sí, te llamo desde París —contestó.

—Ah, un bonito momento para irte de vacaciones —soltó dolida. Sabía que él no había estado implicado directamente en la desaparición de su amiga, pero no podía evitar culparle por encubrir todo aquello y formar parte, de algún modo, de toda aquella mafia.

—No estoy de vacaciones —espetó dolido—. Creo que he encontrado algo.

—¿Qué? ¿Sobre Violeta? —preguntó ansiosa.

—Sí. El otro día, en una subasta vi un cuadro que estaba seguro que se encontraba en un museo de París. Aquello me hizo sospechar de que estaba pasando algo ante mis narices de lo que no me estaba enterando. Mi sorpresa llegó cuando busqué si aquel museo había vendido el cuadro a algún particular, y descubrí que, en teoría, ese cuadro seguía en Paris. Pero yo lo había visto en la subasta…

—¿Cómo? ¿Y entonces?

—Quería averiguar lo que pasaba, así que tomé el primer vuelo a París y cuando llegué al museo, el cuadro estaba allí…

—¿Qué? Pero es imposible que esté en dos lugares a la vez, a no ser que uno de los dos…

—Exacto, era una falsificación.

—¿Y qué tiene esto que ver con Violeta?

—La que había en el museo no era una falsificación cualquiera. Había una uve diminuta en la parte inferior derecha.

—¿Qué? —exclamó Lavinia exaltada—. ¿La firma de Violeta? ¿Estás seguro?

—Mira el teléfono, te acabo de enviar la foto.

Lavinia se apartó el teléfono de la oreja y lo sostuvo con manos temblorosas mientras buscaba la imagen que Martin le acababa de pasar. La abrió y se quedó sin respiración cuando reconoció su firma. Puso el manos libres mientras seguía absorta en aquella imagen.

—Tienes razón, sin duda es su firma. ¿Y esto…? —murmuró, reparando en la Z que se encontraba justo al lado.

—Tú también la ves, ¿no?

—Sí, una especie de Z.

—Exacto, ¿tienes alguna idea sobre qué puede ser?

Lavinia lo estudió atentamente unos instantes, con el ceño fruncido.

—No. Es la primera vez que lo veo. Pero, mira, también hay un número uno dentro de la zeta.

—Tienes razón, no lo había visto. ¿Qué significará?

—No lo sé, ¿crees que está intentando decirnos algo?

—Es probable. Violeta nunca falsificaría una obra de esta manera por propia voluntad, ¿no? —preguntó Martin, algo dudoso.

—¡Por supuesto que no! —espetó Lavinia, ofendida—. Violeta es una mujer íntegra, no como otros.

—Ese cuadro no es lo único que he descubierto —dijo Martin, ignorando la última parte de la frase—. Hay algo más.

—¿Qué?

—Hay siete cuadros más con características similares.

—¿A qué te refieres?

—A que se han vendido en subastas de Laroche Auctions pero teóricamente están expuestos en museos.

—Es decir, ¿que hay siete cuadros más a los que le han dado el cambiazo?

—No estoy seguro. Por eso quiero ir a verlos todos.

—Quizá en ellos encuentres algo más…

—Sí, es posible que Violeta nos esté dejando más pistas.

—Voy contigo. Mañana mismo cojo un avión y…

—No —soltó Martin tajantemente—. Sé que estás embarazada y esto puede ser peligroso. No quiero sentirme responsable. Ya tengo bastante con la desaparición de Violeta.

Lavinia suspiró y asintió ligeramente, sabiendo que tenía razón. Y pensó en su niña y en que jamás se perdonaría que le sucediera algo por culpa de una irresponsabilidad.

—Está bien, pero mantenme informada de todo.

—Tienes mi palabra.

Lavinia iba a contestarle que su palabra no significaba nada para ella, pero Martin ya había colgado. Se dejó caer en el sofá y resopló, atorada ante aquella nueva información, pero, por otro lado, ligeramente aliviada. Por lo menos sabía que Violeta estaba viva en algún lugar del mundo.

CAPÍTULO 10

Actualidad. Barcelona, España.

Violeta había perdido la cuenta de los días, de las semanas, de los meses. Cada día parecía idéntico al anterior. Se despertaba en cuanto salía el sol. Nunca había sido madrugadora, pero le resultaba imposible dormir con la luz que se filtraba a través de los tablones de madera que formaban aquel granero. Esperaba pacientemente durante un buen rato a que la luz fuera suficiente para comenzar a pintar. Aquellos momentos eran los peores. Su cabeza daba mil vueltas a su situación. Calculaba que habían pasado alrededor de tres meses desde que la habían secuestrado, y nada parecía indicar que su situación fuera a cambiar. Aquel plan del que había estado tan segura un tiempo atrás, ya no le parecía tan bueno. ¿Y si Lavinia nunca llegaba a ver las pistas que le estaban dejando en los cuadros? ¿Y si nunca volvía a ser libre? Cada mañana tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para retener las lágrimas y deshacerse de la negatividad que se estaba empezando a adueñar de su estado de ánimo. Y entonces empezaba a pintar. Durante horas tan solo pensaba en los trazos, en los colores y las formas. Sin embargo, no era como antes. Sus manos se movían automáticamente y no había ningún sentimiento tras aquellos cuadros. Por primera vez, pintar no hacía que su corazón latiera de emoción. Tan solo la ayudaba a no pensar, a concentrarse en otra cosa. En cambio, aquel diario que había encontrado era distinto. La historia de Frank y Camille la tenía absorta por las noches y estaba segura de que si todavía no había enloquecido era gracias a las palabras de aquella mujer. De algún modo, encontraba consuelo en el pasado. Veía cómo aquella joven, a pesar de la guerra y a pesar de tenerlo todo en contra, seguía adelante. Era su inspiración para no perder la esperanza.

Cuando ya le dolían los dedos, los brazos y todo su cuerpo de pintar durante largas jornadas, se tomaba un pequeño descanso para leer. Y cuando la oscuridad cubría de nuevo el cielo, se

escabullía por el campo hasta la casa en la que mantenían retenida a Susana. Allí pasaban horas hablando. Tan solo se tenían la una a la otra y aquella horrible experiencia las había unido para siempre.

Aquel día no parecía distinto a los demás. Cuando cayó la noche, Violeta saltó por la tapia de la ventana y corrió hasta la granja. Se coló por la ventana y vio la inconfundible sonrisa de Susana, que ya no estaba amoratada como cuando se habían conocido. Sin embargo, su aspecto era cada vez más lamentable. No tenían dónde asearse y el cabello oscuro de Susana se había vuelto una maraña negra en su cabeza. Su cara estaba manchada de mugre y pintura. Violeta se miró sus propias manos en un acto reflejo. También estaban sucias. Se preguntó si tendría el mismo aspecto que ella. Y en el fondo sabía que sí. No se había cambiado de ropa en meses y podía adivinar su pelo pelirrojo enredado como nunca antes lo había estado. Le sonrió a Susana, intentando quitarse aquellos pensamientos de encima, pero no pudo evitar fijarse en la delgadez de la mujer, que era cada vez mayor. No les daban mucha comida e incluso ella misma, que nunca había estado especialmente delgada, había notado cómo sus caderas, algo anchas por naturaleza, se habían estrechado. A pesar de eso, la comida que les daban era suficiente para sobrevivir y sabía que la delgadez extrema de Susana era por otros motivos. Nunca probaba bocado.

—¿No has comido hoy? —preguntó con una nota de preocupación en la voz.

—Ya sabes que no —respondió ella, mirando de reojo el plato lleno.

—Deberías comer. Al final te pondrás enferma.

Susana la miró con una sonrisa triste.

—No me importa.

—¿Cómo puedes decir eso? —soltó indignada.

—Estoy tan harta… Llevo casi un año aquí encerrada —se lamentó—. Si no fuera por ti…

Susana calló. No quería montar ningún drama, pero ambas sabían que si Violeta no hubiera aparecido, hacía semanas que se hubiera quitado del medio.

—Va, no digas eso y come un poco.

—Nunca vamos a salir —continuó lamentándose.

—Por supuesto que sí. Lavinia pronto encontrará las pistas y…

—Violeta, llevamos meses dejando marcas en los cuadros y aquí no ha aparecido nadie. Quizá sea hora de aceptar que nadie va a venir a rescatarnos.

—Entonces, ¿qué quieres hacer? ¿Nos resignamos?

—No. Escapemos.

—Pero tú misma dijiste que…

—Sé lo que dije. Y sé lo que puede pasarnos. Pero nada será peor que esta muerte en vida.

Violeta se quedó unos segundos en silencio, sopesando el plan de Susana. Le parecía demasiado arriesgado. Si conseguían despistar a aquel orangután, lo más probable era que acabaran volando por los aires por culpa de una de aquellas bombas sin detonar de la Primera Guerra Mundial. No le dio tiempo a pensar una respuesta. Escuchó un crujido de madera a sus espaldas y se giró espantada.

—¿Qué ha sido…? —susurró, dejando las palabras en el aire cuando se topó con los pequeños ojos de rata de aquel desalmado. Nunca olvidaría aquella sonrisa cínica. Igual que jamás olvidaría aquel día.

—Así que venías aquí —confirmó el hombre, que llevaba notando su ausencia del granero durante varias noches seguidas. No había parado hasta que había descubierto su secreto.

Violeta no se atrevió a contestar, tan solo sintió cómo Susana empezó a temblar como una hoja a su lado. Violeta apretó las mandíbulas y se puso delante de la mujer en un acto de valentía. Si alguien tenía que pagar por aquello, sería ella misma. Susana no tenía la culpa de nada, era ella quién se había colado en su granja en primer lugar.

—Muy bien —dijo el hombre, al que no se le pasó por alto el detalle—. Veo que eres muy valiente —añadió con sorna acercándose hasta ella. La golpeó con fuerza en la cara y Violeta cayó hacia un lado, soltando un leve bufido de sorpresa. Luego la agarró por el brazo toscamente y la arrastró hasta fuera de la granja. Susana se quedó en la misma posición, completamente presa del pánico, demasiado débil ni siquiera para gritar. Enormes lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas, sabiendo que aquel hombre sería implacable con Violeta. Por si acaso lograba reunir fuerzas, el gorila le lanzo una fría mirada a Susana como advertencia.

—Más vale que te quedes ahí. No importa lo que oigas.

Y cerró la puerta.

Violeta no fue demasiado consciente de cómo había llegado de nuevo hasta el granero. El golpe la había dejado demasiado aturdida. Cuando logró enfocar la vista de nuevo, se encontró con aquel hombre agachado frente a ella, que estaba tirada de cualquier manera en el suelo. La agarró con fuerza del pelo para obligarla a mirarle.

—Supe desde el primer momento que tú no ibas a darme más que problemas —soltó, cogiéndola con fuerza de las mejillas—. Pagarás por esto.

Violeta vio con horror cómo se llevaba las manos hasta el cinturón y sintió cómo el pánico se apoderaba de ella. El hombre le arrancó la camiseta de un golpe y la chica empezó a llorar tratando de taparse como pudo.

—Ponte contra esa biga —ordenó. Violeta no podía ni siquiera moverse, así que él la estiró para que se levantara y la ató al poste. Violeta sintió el primer latigazo como un dolor súbitamente cortante. Gritó. Una y otra vez. Hasta que no pudo soportarlo más y perdió la consciencia.

Violeta abrió los ojos dos días después. Sin embargo, no tenía ni la más remota idea de cuánto tiempo había pasado. Durante unos segundos miró a la nada, completamente desorientada, pero el escozor de su espalda le devolvió rápidamente los recuerdos. Se quedó tumbada boca abajo, paralizada por el dolor. Le dolía incluso respirar. Sabía que aquel hombre le había marcado la espalda para toda la vida. Lloró durante horas en silencio, hasta que escuchó la puerta abrirse. No fue capaz de girarse. Empezó a temblar tan solo de pensar que aquel hombre volviera a acercarse a ella. No resistiría un nuevo ataque como aquel.

Sin embargo, fueron unas manos suaves las que acariciaron su pelo.

—Violeta —reconoció la voz trémula de Susana—. Lo siento tanto, no pude…

—No es culpa tuya. ¿Qué haces aquí? —musitó con voz débil.

—Ese desgraciado por lo menos ha accedido a dejar que te cure.

Violeta no dijo nada más y se mordió el labio al sentir el agua fría sobre las heridas de su espalda. Susana frunció el ceño al

inspeccionarlas. Aquel hombre se había ensañado especialmente con ella. Todavía no podía quitarse de la cabeza los gritos agonizantes de Violeta. La culpa no la había dejado dormir desde entonces. El miedo y la debilidad la habían paralizado. Se prometió que comería más. No podía volver a suceder algo así. Debía tener el máximo de fuerzas posibles para defenderla en un futuro. Violeta empezó a sollozar de nuevo y la sacó de sus pensamientos.

—Lo siento, ¿te hago daño?

Violeta negó con la cabeza.

—Nunca… había sentido un miedo así —confesó.

—Shhh. Ya pasó —la consoló Susana, acariciándole el pelo. Sabía de lo que hablaba. Tan solo unos meses atrás, aquel animal casi la había matado de una paliza.

CAPÍTULO 11

25 de mayo de 1916. Verdún, Francia.

Camille se encontraba sentada en el sofá, algo encogida sobre sí misma. Se había lavado y se había puesto algo de ropa seca después de limpiar las manchas de sangre del comedor. Aunque el suelo de madera había quedado algo más oscuro, apenas se notaba ya el rastro. Hacía un buen rato que había acompañado a su abuela de nuevo a la habitación, a pesar de sus reticencias.

—No quiero dejarte a solas con ese hombre. Es peligroso —le había dicho exasperada.

—Abuela, Frank no va a hacerme daño.

Todavía recordaba cómo la había mirado con escepticismo y una mueca desaprobadora, pero al final, después de mucha insistencia, había accedido a marcharse a la cama. Al fin y al cabo, después de aquella agitada velada, apenas podía mantenerse en pie.

La puerta principal se abrió y Frank entró, con las botas llenas de barro y completamente empapado. Se pasó la mano por su cabello mojado, retirándoselo de la frente.

—Ya está —anunció—. No queda ni rastro de los cuerpos. —Camille suspiró aliviada y se levantó para acercarse a él.

—No sé cómo agradecerte que…

—Ni lo digas —se apresuró a cortarla—. No hay nada que agradecer, sino al contrario. Esos hombres eran de mi regimiento. En parte me siento responsable por sus actos.

—¿Los conocías? —preguntó horripilada.

—Tan solo de vista. Nunca me gustaron.

Camille bajó la mirada.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó insegura.

—Nada. Lo importante es que sigáis como si nada hubiera sucedido para no levantar sospechas.

—¿Y tú?

—Supongo que ya habrán notado mi ausencia —dijo, mirando hacia la ventana. Estaba amaneciendo y era completamente

consciente de que sus compañeros ya estarían en pie. No tardarían en escucharse los primeros tiros.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que no puedo volver.

—¿Por qué no? —preguntó sorprendida.

—Harían preguntas. Salir de la trinchera de noche es desacato y probablemente me acusarían de espionaje. Son muy desconfiados con este tipo de cosas.

—Pero si no vuelves…

—Lo sé, me declararán culpable de deserción.

Camille se tapó la boca. Sabía que la deserción se pagaba con el precio más alto. La muerte.

—No puede ser, seguro que puedes explicarles que…

—… ¿que he matado a tres compañeros? —terminó Frank, con una sonrisa triste.

Camille sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Aquello no era justo. Frank tan solo la había protegido de aquellos animales.

—Tranquila, no debes sentirte triste.

Frank la abrazó de nuevo y Camille sintió un escalofrío al sentir su piel mojada contra la suya. Levantó el rostro hasta encontrarse con sus ojos.

—Será mejor que te cambies —dijo la chica—. Estás empapado.

—No tengo ropa…

—Es posible que tenga algo en mi habitación. Sube —ordenó Camille, empezando a subir las escaleras.

Frank se quedó unos instantes parado en medio del salón, pero después la siguió. Entró sigilosamente en el pequeño cuarto de la joven para no despertar a su abuela.

Observó con curiosidad los libros apilados sobre la mesa y la ropa algo desordenada que se encontraba sobre una silla. Sonrió.

—¿Te gusta leer?

—Bastante —respondió ella, mientras rebuscaba en uno de los armarios. Encontró una camisa y un pantalón de André y los sostuvo unos instantes, sin saber si era correcto prestarle aquella ropa a otro hombre, pero era lo mínimo que podía hacer, así que le tendió la ropa a Frank.

—¿Tienes ropa de hombre? —preguntó arqueando una ceja, algo sorprendido.

—Es de… André.

—¿André? ¿Quién es André?

—No importa —se escuchó decir a sí misma, incapaz de confesarle que estaba prometida.

Frank sintió la tensión en la joven y tomó la ropa sin preguntar nada más. Camille salió al pasillo para dejarle algo de intimidad y el hombre salió al cabo de unos instantes. La chica observó con una sonrisa de medio lado que el pantalón le quedaba ligeramente corto.

—He pensado que puedes quedarte en el granero hasta que las cosas se calmen un poco —le dijo a Frank.

—Pero os pondría en peligro. Hoy mismo empezarán a buscar a esos soldados. Probablemente piensen que han desertado y les quieran dar caza. ¿Qué pasará si me encuentran aquí?

—Nadie mirará en la planta de arriba del granero. Ni siquiera es habitual que existan esas habitaciones. Allí estarás seguro.

—Está bien, pero solo un par de días.

27 de mayo de 1916. Verdún, Francia.

Camille entró en el granero, todavía algo aturdida por todo lo que había sucedido un par de días atrás. Subió al pequeño piso superior y se sentó en el suelo, junto a Frank.

—Buenas noches —dijo él.

—Hola —respondió la chica.

Y se quedaron mirándose el uno al otro sin saber qué iba a ser de sus vidas a partir de entonces.

—Hay algo que no te lo he preguntado todavía… —murmuró Camille—. ¿Qué hacías aquí esa noche?

Frank bajó la vista, como avergonzado.

—He estado viniendo por aquí a menudo.

—¿Qué? —exclamó sorprendida—. ¿Por qué? —preguntó sin comprender, sabiendo que aquello era arriesgado.

—Tan solo quería asegurarme de que estabais bien.

—Pero… ¿por qué nunca me dijiste nada? —preguntó molesta. No porque se hubiera sentido espiada, sino porque, muy a su pesar, echaba de menos sus conversaciones. Le hubiera gustado saber que estaba cerca de ella y no haberse sentido tan sola aquellos dos meses sin él.

—No quería meterte en problemas…

—Y al final he sido yo la que te ha metido en un buen lío.

—No —insistió Frank. En el fondo sabía que podría haber resuelto aquella situación sin haberlos matado. Probablemente se hubieran detenido con tan solo unas palabras. Al fin y al cabo, él era superior en rango. Sin embargo, la furia se había apoderado de él cuando había visto lo que estaban intentando hacerle a Camille. Pero no lo dijo nada de eso, no quería que ella supiera cómo se sentía. No podía confesarle que se había enamorado de ella y que ni siquiera podía pensar con claridad.

—¿Tu abuela permitirá que me quede aquí? —preguntó Frank.

—No lo sé, aún no se lo he dicho —respondió Camille, sintiéndose culpable por mentirle de nuevo a su abuela—. Pero lo entenderá.

Frank asintió levemente.

—¿Quién es André? —preguntó de repente el hombre. No le había pasado por alto la inquietud de la joven cuando le había preguntado por él hacía un par de días.

—Ah… —Camille bajó la mirada, incapaz de mentir de nuevo—. Mi prometido —confesó finalmente.

Frank frunció los labios en una fina línea. Debió haberlo imaginado. Una mujer así debía tener una larga lista de pretendientes.

—Entiendo. ¿Él está…?

—En Alemania —musitó la chica, con una sensación de opresión en el pecho. No entendía por qué se sentía tan incómoda al hablar de él con Frank—. Tú estabas casado, ¿no? —preguntó entonces, deseando mover la conversación hacia él.

Esta vez fue Frank el que bajó la mirada y asintió.

—Sí, pero me dejó en cuanto comenzó la guerra.

—¿Te dejó? ¿Por qué? —preguntó, incapaz de creer que alguien pudiera abandonar a un hombre así.

—La guerra nos separó. Ella era francesa y no podía soportar la idea de que mi país estuviera masacrando a los suyos. Supongo que… la entiendo.

Camille se mordió el labio, imaginando lo duro que debía haber sido para él.

—Pero tú no tienes la culpa de nada de esto…

—Lo sé. Y ella también lo sabía, pero desde que empezó la guerra era incapaz de mirarme a los ojos. Aquella tensión destruyó nuestro matrimonio.

—Lo siento.

—Hace ya dos años de eso —contestó Frank—. El tiempo cura todas las heridas.

Y entonces Camille entendió por qué no llevaba ni una carta ni ningún recuerdo con él en el uniforme. No le quedaba nada a lo que aferrarse. Igual que ella, lo había perdido todo. Se sintió terriblemente mal y no pudo evitar alargar su mano hasta la de él. Frank levantó la vista del suelo para encontrarse con los ojos color miel de Camille observándole con atención. Se acercó ligeramente a ella. La chica lanzó una mirada furtiva hasta sus labios y Frank supo que tenía su permiso. Recorrió la distancia que los separaba y puso sus labios sobre los de ella. Camille cerró los ojos, incapaz de pensar en nada más. Y no pudo ni quiso detenerse. Deslizó su mano hasta la nuca de Frank y lo atrajo más hacia ella, como si temiera que fuera a marcharse a alguna parte. Se dejaron caer hacia atrás y acabaron tumbados sobre el lecho de paja. El hombre se separó de ella unos instantes y la miró a los ojos, inseguro sobre lo que debía o no debía hacer. Camille le sonrió y lo volvió a atraer hacia ella. Ya no podía volver atrás. Aquel beso había destruido cualquier barrera. Jamás había sentido algo así, ni siquiera con André. Aquel deseo no la dejaba apenas respirar. Frank le desabrochó el vestido con cuidado y observó su cuerpo desnudo con admiración. Camille lo miró desde el suelo y lo agarró de la mano para que se acercara de nuevo a ella. Le desabrochó la camisa y acarició el pecho desnudo de Frank con las manos temblorosas. El hombre la besó de nuevo. Sin embargo, esta vez no fue tan tierno. No pudo contener más la pasión que sentía por ella y la abrazó con fuerza. Camille tampoco pudo detenerse y hundió sus dedos en el cabello rubio de Frank, como si necesitara tenerlo todavía más cerca. Hicieron el amor apasionadamente durante toda la noche, sin importarles nada más, sin escuchar los tiros en la lejanía, ni siquiera las bombas. Aquella noche no existió nada más en el mundo que ellos.

28 de mayo de 1916. Verdún, Francia.

Camille estuvo distraída durante toda la mañana. Confundió los

sacos de trigo con los de serrín en varias ocasiones, incapaz de quitarse de la cabeza los besos de Frank, ni como se había sentido entre sus brazos. Todavía sentía calor tan solo de pensarlo. Fue hasta la casa para preparar la comida. Cuando entró, se encontró con su abuela en el salón, que la observó largamente, como si detectara que había algo diferente en ella, quizá un brillo especial en sus ojos.

—Abuela, debo decirle algo —soltó Camille, tratando de pasar por alto su escrutinio. No podía seguir ocultándole que Frank estaba en el granero.

—¿Qué pasa?

—Frank está en el granero —soltó.

—¿Qué? —exclamó escandalizada—. ¿Estás loca?

Camille cerró los ojos un instante, sospesando sus palabras. Sabía que su abuela estaba en pleno derecho de enfadarse.

—Abuela, no podía dejarle en la calle.

—¿Y es mejor meterlo en casa? ¿En qué demonios estabas pensando? ¿Sabes lo que nos pasará si descubren a un desertor alemán en nuestra casa?

—Si es un desertor, es por mi culpa. Si no me hubiera salvado…

—Siempre estaremos en deuda con él por lo que hizo la otra noche, Camille —respondió razonablemente—. Pero tampoco podemos arriesgarlo todo por él. ¿Qué pasa con André?

—¿Qué quiere decir? —preguntó sorprendida ante aquella pregunta.

—Cariño, tengo unos cuantos años más que tú. Vi cómo os mirabais la otra noche.

Camille bajó la mirada, incapaz de negar que había algo entre ellos. Su abuela la miró con desaprobación y se levantó del sofá para acercarse hasta ella con dificultades.

—Escúchame bien —dijo—. Esto no puede ser. Vas a casarte con André en cuanto termine esta guerra. Olvídate de lo que crees que sientes por ese alemán y sácalo del granero. O lo haré yo misma.

Camille sintió las lágrimas resbalando por sus mejillas, incapaz de creer las palabras de su abuela. La miró con una mezcla de odio y decepción y salió corriendo de la casa.

CAPÍTULO 12

Actualidad. Barcelona, España.

Bruno entró en el centro de estética de Lavinia cuando empezaba a caer la noche. La vio tan enfrascada en el ordenador que apenas se atrevió a saludar. Tenía el ceño fruncido y eso tan solo podía querer decir una cosa: estaba cerrando el mes y necesitaba silencio.

—Hola —dijo Bruno en un susurro. Lavinia levantó la vista hacia él un segundo y le hizo un gesto con la cabeza.

—Dame diez minutos —le pidió con una sonrisa a modo de disculpa.

—Por supuesto —dijo él. Bruno se sentó en uno de los sillones de la sala de espera y guardó silencio, hasta que Amaia apareció de una de las salas.

—Ah, hola, Bruno —dijo con su mejor sonrisa. Bruno la saludó con la mano y se puso en pie para acercarse a ella.

—¿Cómo va? —preguntó el chico cordialmente.

—Muy bien, no paramos de tener clientes, apenas damos al abasto.

—Eso es buena señal.

—¡Claro! Aunque tengo la espalda molida —contestó Amaia, llevándose la mano a la espalda.

—No es lo mismo dar los masajes que recibirlos, supongo —dijo Bruno riendo.

—Por desgracia, no —respondió ella todavía con una sonrisa—. No sueles venir como cliente, ¿verdad?

—Lo cierto es que no soy muy de masajes.

—Eso es porque no has probado uno de los míos.

Bruno arqueó las cejas, algo sorprendido ante aquel comentario. Lavinia levantó la vista del ordenador y los observó con los labios fruncidos.

—Tienes razón, quizá venga a hacerme uno un día de estos —dijo Bruno con amabilidad, sin saber muy bien qué contestar ante el escrutinio de Lavinia.

—Esto, chicos, estoy intentando trabajar. ¿Podríais callaros un poquito? —espetó finalmente Lavinia, mirándolos con los ojos encendidos.

Bruno no dijo nada y bajó la mirada, consciente de que la habían podido molestar con su charlatanería cuando ella necesitaba concentrarse. Amaia se metió de nuevo en una de las salas sin decir nada y el chico se sintió como un niño al que acababan de regañar.

—Te esperaré fuera —acabó diciendo, saliendo del centro.

Lavinia resopló y se llevó las manos a la cara, agobiada. Estaba especialmente susceptible por culpa de las hormonas del embarazo, pero sabía que su enfado no se debía a la falta de silencio, sino a la química que parecía haber entre Bruno y Amaia. Tenían la misma edad y desde luego hacían mucha mejor pareja.

Apagó el ordenador disgustada y se colocó el abrigo. Se mordió el labio cuando vio que ya no le abrochaba. Su barriga era demasiado grande. Cogió el bolso enfadada y salió a la calle decididamente.

—¿Qué quieres? —le dijo a Bruno, que estaba apoyado contra el muro de la entrada.

—¿Cómo? —preguntó él desconcertado ante su repentina hostilidad. La última vez que se habían visto habían compartido un momento precioso al descubrir el sexo de su bebé. ¿Qué demonios le pasaba ahora?

—Que para qué has venido —soltó.

—¿Qué te pasa? —preguntó, molesto.

—Nada. ¿Vas a decírmelo o no?

Bruno resopló.

—Quería invitarte mañana a cenar a casa de mis padres para que los conozcas.

Lavinia lo miró unos instantes, sintiéndose ridícula por estar celosa. Iba contra sus principios. Ni siquiera estaban saliendo. ¿Qué demonios le estaba pasando?

—Está bien —contestó después de pensarlo unos segundos. Tenía sentido que conociera a los que serían los abuelos de su hija.

—¿Podrás intentar no morderles? —dijo Bruno con una sonrisa. Lavinia lo fulminó con la mirada.

—No sé si podré resistirme —contestó con una sonrisa traviesa, reconociendo que había sido demasiado dura con él.

—¿Te apetece dar una vuelta? —sugirió el chico.

—Sí. Ana me dijo que caminara un poco cada día.

Bruno asintió y comenzaron a andar por las céntricas calles de la ciudad, que zigzagueaban entre edificios algo antiguos.

—Bruno —dijo Lavinia, incapaz de resistir más la curiosidad—. ¿Qué te parece Amaia?

—¿Qué? —preguntó sorprendido—. Pues creo que es una buena trabajadora y parece bastante eficie…

—No. Me refiero como mujer.

Bruno se detuvo de repente y Lavinia se quedó frente a él.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Solo responde.

—No lo sé, no me he fijado demasiado.

—Vamos, eso no se lo cree nadie.

—No entiendo a dónde quieres llegar con este interrogatorio —contestó Bruno, frunciendo el ceño.

—Estabais tonteando.

Bruno soltó una risa por lo bajo.

—No me lo puedo creer, ¿en serio?

—¿En serio qué?

—¿Estás celosa?

—¿Qué dices? Por supuesto que no.

—Ya lo creo que sí. Por eso ese humor de perros cada vez que voy al centro de estética.

—Eso no es así.

—Eres imposible —dijo, acercándose a ella lentamente.

—¿Qué haces? —preguntó Lavinia, dando un paso atrás y poniendo su espalda contra la pared. Sin embargo, Bruno no contestó. Tomó su rostro entre las manos con suavidad y la besó. Lavinia quiso apartarle, pero no pudo. Lo deseaba demasiado. Cerró los ojos y entonces lo comprendió. Se había enamorado perdidamente de él, por mucho que lo hubiera querido evitar. Bruno se separó ligeramente de ella y la miró fijamente.

—Ya sabes que solo tengo ojos para ti —susurró él. Lavinia bajó la mirada, sintiéndose estúpida por haber dudado de él. En realidad, era ella quien lo había estado rechazando constantemente.

—Pero… estoy tan gorda.

Bruno se echó a reír.

—¿Qué dices? No estás gorda, estás embarazada.

—Pero Amaia…

—¿Pero qué te pasa con Amaia?

—Es tan mona… Y ahora yo estoy tan fea…

Bruno negó con la cabeza y sonrió.

—¿Por eso estás celosa? ¿Crees que ya no me gustas?

Lavinia asintió tímidamente, sintiéndose como cuando era una adolescente.

—Lavinia, estás preciosa.

Y la abrazó. Lavinia empezó a llorar.

—¿Qué pasa? ¿Por qué lloras ahora? —le preguntó, algo alarmado.

—Solo son las hormonas —dijo riendo a la vez.

—Vas a volverme loco —contestó él con una sonrisa, rodeándola de nuevo con los brazos.

Lavinia se levantó con una sensación extraña al día siguiente. Por un lado se sentía emocionada por aquel beso, pero por otro estaba inquieta. No podía sentirse feliz. Echaba demasiado de menos a Violeta. Ya habían pasado dos semanas desde que Martin había encontrado aquella pista en un museo de París, pero no había vuelto a saber nada de él. No tenía su teléfono, ni la dirección de su casa. Le era imposible contactar con él de ninguna otra manera, así que se vistió rápidamente y se adecentó el pelo, dispuesta a irlo a ver a sus oficinas de Laroche Auctions.

No tardó en llegar hasta aquel lujoso edificio, en el que las dos recepcionistas la miraron con cara de desaprobación. Todavía la recordaban de la otra vez.

—Buenos días, necesito hablar con Martin Hayden —dijo directamente.

—No está disponible —respondió una de ellas con una sonrisa de satisfacción.

—¿Y sabe cuándo lo estará? Es urgente.

—No podemos darle esa información —contestó la otra. Lavinia la fulminó con la mirada—. Si no quiere nada más, puede marcharse.

—Por favor —pidió, dejando a un lado su orgullo. Las chicas se miraron, pero negaron mutuamente con la cabeza.

—¿Qué haces aquí? —preguntó una voz masculina a sus

espaldas. Lavinia se giró de un salto.

—Bruno —susurró al reconocerle, impecable en su traje oscuro.

—Buenos días —respondió él con una mirada que no podía ocultar la adoración que sentía hacia aquella mujer—. ¿Has venido a verme? —preguntó con una sonrisa, besándola suavemente en la mejilla. Las recepcionistas observaron la escena con las cejas arqueadas y un punto de decepción. Bruno era el chico mimado de la empresa, por el que todas suspiraban. ¿De verdad estaba saliendo con aquella mujer? Una de ellas miró hacia la barriga de Lavinia, ¿sería el padre de la criatura? Quizá estuvieran ante el mayor cotilleo del siglo. Bruno se dio cuenta del escrutinio de aquellas dos y agarró a Lavinia de la mano para llevársela a un sitio más tranquilo. Salieron fuera del edificio y se sentaron en un banco oculto en un rincón.

—Esas dos víboras… —farfulló molesto.

—¿Quiénes? ¿Las recepcionistas? —cuestionó Lavinia.

—Sí, no dejan pasar una oportunidad para fastidiar a los demás. Todo el mundo las odia.

—No me extraña…

—En fin, por dónde íbamos… Ah, sí. ¿Has venido a verme? —preguntó, retomando su sonrisa encantadora y acariciándole suavemente la mejilla. Lavinia no pudo evitar reír, a pesar de lo inquieta que estaba por su amiga.

—Siento decepcionarte, pero venía a ver a Martin —respondió.

Bruno la miró sorprendido.

—¿A Martin? ¿Debería estar celoso?

—Vamos, no seas idiota —dijo, dándole un golpe en el brazo—. Es por Violeta.

—¿Sabes algo más?

—Sí, Martin encontró una pista en un museo de Francia. Creemos que pueden estar obligándola a falsificar cuadros y es posible que nos haya dejado algún mensaje oculto en ellos.

—Por eso Martin me pidió la lista de los cuadros subastados en los últimos meses… —reflexionó en voz alta.

—Exacto.

—¿Y por qué no me lo has dicho hasta ahora? —preguntó ofendido.

—No quiero meterte en todo este lío, Bruno. Prefiero que te

quedes al margen.

El chico la miró irritado.

—¿Y puedo saber por qué?

—Martin… me dijo que esa gente es peligrosa.

—¿Qué? —exclamó—. Con más motivo, déjame ayudarte.

—No, no voy a hacer nada raro, puedes estar tranquilo —le aseguró—. Tan solo quería que Martin me dijera si había descubierto algo más.

—Pues está complicado…

—¿Por qué?

—Lleva dos semanas sin venir y sin coger el teléfono. Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

—¿Y si le ha pasado algo?

—No creo. Ha contestado a algún que otro *email* urgente.

Lavinia bajó la vista hasta el suelo, preguntándose cómo podría lograr contactar con aquel hombre tan esquivo. Estaba segura de que había descubierto algo.

Actualidad. Galleria Borghese, Roma, Italia.

Martin apretó las mandíbulas al reconocer la diminuta letra que había en el margen inferior derecho del cuadro que tenía frente a él. Sus ojos azules estaban algo apagados y rodeados por unas oscuras ojeras. Llevaba noches sin dormir, tirando del hilo que había encontrado para localizar a Violeta. En las últimas dos semanas había visitado museos por toda Europa en busca de los otros siete cuadros de la lista de Bruno en los que había encontrado aquella sospechosa coincidencia: pertenecían a colecciones de importantes museos pero a la vez se habían vendido en las subastas de Laroche Auctions. Y por fin había encontrado el último de ellos. No le sorprendió descubrir la firma de Violeta. Ya la había encontrado en los seis cuadros anteriores. Aquello no hizo más que confirmar sus sospechas. La tenían retenida en algún lugar falsificando cuadros. No podía ser de ninguna otra manera. Nadie podía pintar cuadros a tal velocidad a no ser que se jugara la vida en ello.

Sacó un papel arrugado de su bolsillo y apuntó la letra y el número que había encontrado. Miró el papel con el ceño fruncido.

Z O N A R O J A
1 2 3 4 5 6 7 8

Violeta había escondido aquel mensaje en sus falsificaciones. ¿Qué le estaba intentando decir? ¿Qué diablos era la Zona Roja? Se marchó frustrado del museo y vagó por los enormes jardines de aquel lugar reflexionando sobre esas dos palabras. Agotado, decidió hacer una llamada. Quizá ella tuviera la respuesta. Tecleó el número de Lavinia.

—¿Diga? —escuchó la voz de la joven al otro lado.

—Hola, Lavinia.

—¿Martin? ¡Menos mal! ¡Llevo días intentando localizarte! ¿Se puede saber dónde te habías metido? ¿Has averiguado algo?

—He estado ocupado —dijo, omitiendo su periplo por Europa en busca de aquellos cuadros—. Pero he encontrado algo.

—¿Sí? Dime —dijo, impaciente. Llevaba demasiado tiempo deseando recibir noticias de su amiga.

—Ha ocultado un mensaje en los cuadros.

—¿Qué mensaje?

—Zona Roja.

—¿Zona Roja? —repitió extrañada—. ¿Qué es eso?

—No lo sé, pensé que quizá tú sabías lo que significaba.

—Dame un segundo, lo buscaré en Internet.

Lavinia se acercó rápidamente hasta el portátil de la recepción del centro de estética. Poco le importaba la cara de pocos amigos de la clienta a la que estaba haciendo esperar.

—María, por favor, ¿puedes atender a la señora? —le pidió a su ayudante, que acababa de cruzarse por su camino.

—Por supuesto —dijo la chica.

Lavinia suspiró aliviada y tecleó las palabras que Martin le acababa de decir en su ordenador. Frunció el ceño ante lo que vio.

—Oh, Dios mío.

—¿Qué pasa? ¿Qué es? —preguntó Martin.

—Es un lugar de Francia.

—¿Un lugar? Deben de estar reteniéndola allí. Ahora mismo cojo un avión hacia allí.

—Espera, Martin —dijo Lavinia, espantada ante lo que estaba leyendo—. Creo que no será tan fácil.

—¿Por qué?

—Parece que es una zona inaccesible.

—¿Cómo que inaccesible?

—Es una cadena de áreas de Francia nororiental, por Verdún y Somme, que el gobierno francés aisló después de la Primera Guerra Mundial. La «zona roja» ha sido catalogada como un lugar completamente devastado, con daños completos a las propiedades y las tierras, imposible de limpiar y rehabilitar —explicó con voz temblorosa—. No es habitable por seres humanos —susurró finalmente.

Martin se pasó la mano por la cara e intentó mantener la calma, pero tan solo de pensar que Violeta estuviera expuesta a un peligro así por su culpa se ponía enfermo.

—No importa, encontraré la manera de entrar.

—El problema no es entrar, Martin. Es salir. Ese lugar está plagado de bombas y contenedores de gases sin detonar.

—No puedo dejarla allí.

—Lo sé, yo tampoco. Tan solo digo que quizá será mejor que hablemos con las autoridades. Ellos sabrán qué hacer.

—Ya te dije lo que pasaría si se lo decimos a la policía.

—¿De verdad crees que le harían daño…?

—No lo creo, lo sé —respondió tajantemente.

—¿Entonces qué piensas hacer?

—Ir a la Zona Roja yo mismo.

—Te acompañaré.

—¿Estás loca? —exclamó—. Piensa en tu bebé.

—Estoy pensando en mi hija. No puede crecer sin su tía.

Martin chasqueó los dientes ante tanto sentimentalismo.

—Está bien, puedes venir hasta Francia, pero no entrarás en la Zona Roja. Violeta jamás me perdonaría si te pasara algo.

—Te prometo que me mantendré al margen. Tan solo quiero estar cerca de ella cuando la saques de ahí.

—Partiremos mañana. Nos vemos en Laroche Auctions al amanecer.

Lavinia detuvo el coche frente a la dirección que Bruno le había dado y observó la magnificencia de aquella casa con algunas reticencias. Parecía una familia adinerada. Resopló, tratando de quitarse los nervios de encima. En realidad, la perspectiva de conocer a los padres de Bruno y confesarles que iban a ser abuelos

no le aterraba tanto como el viaje que estaba a punto de emprender. Miró por la ventana y distinguió el cabello castaño de Bruno, que hablaba alegremente con su hermana. Lo observó unos instantes, debatiéndose internamente sobre si debía o no decirle que partiría al día siguiente con Martin hacia una peligrosa zona de Francia. Sabía que si se lo decía, Bruno intentaría convencerla de lo contrario, o peor, se ofrecería para acompañarla. Y no quería ponerle a él también en peligro. Se llevó una mano al vientre, sabiendo que su comportamiento podía poner en peligro a su pequeña. Se prometió mantenerse alejada de cualquier riesgo en la medida de lo posible, pero no podía quedarse de brazos cruzados sabiendo que su mejor amiga estaba en apuros. Tenía que ayudarla como fuera.

Se apartó un poco el pelo de la cara y bajó del coche. Llamó al timbre y esperó unos instantes, hasta que una mujer muy parecida a Bruno pero bastante mayor que él acudió a la llamada y le abrió la puerta.

—Buenas noches —dijo la mujer con una sonrisa amable que se quedó ligeramente congelada en sus labios cuando sus ojos se posaron sobre su abultada barriga.

—Hola —contestó la joven con un hilo de voz, sintiendo que le temblaban las piernas ante el escrutinio de la madre de Bruno. El chico pronto acudió a su lado y la sostuvo por la cintura con una sonrisa.

—Mamá, te presento a Lavinia.

—Encantada —repuso la mujer, algo más recuperada de la sorpresa, dándole dos besos—. Adelante —ofreció, acompañándolos hasta el salón, en el que había una bonita mesa preparada para un manjar de reyes.

—Hombre, ya era hora de que Bruno trajera a una mujer a casa —dijo un hombre mayor, saliendo de la cocina con algunos platos en la mano y una gran sonrisa en el rostro. Dirigió un ligero vistazo hacia el vientre de la chica, pero mantuvo la compostura.

Lavinia se mordió el labio, queriendo asesinar a Bruno. Por lo menos podría haberle advertido de que era la primera vez que llevaba a una chica a casa. No pudo ni imaginarse la sorpresa de aquellos padres al conocerla.

—Hola, Lavinia, ¿cómo estás? —preguntó Ana con una sonrisa

cálida, dándole un par de besos.

—¿Os conocíais? —preguntó la madre ante la familiaridad con la que la trató.

—Eh… sí —respondió Ana.

—Es mi ginecóloga —confesó Lavinia.

—¿Tú lo sabías? —preguntó la madre, molesta por haber estado viviendo en la inopia. Ana asintió, bajando ligeramente la mirada —. Entonces, somos los últimos en enterarnos. Asumo que eres el padre —dijo, clavando los ojos en Bruno.

Lavinia no sabía dónde meterse. La tensión en aquella sala se había vuelto insostenible en cuestión de segundos.

—Vamos, Carla, no te pongas así —dijo el padre de Bruno, salvando la situación y acercándose a su mujer—. Al fin y al cabo, es una buena noticia, ¿no?

—Supongo que sí —masculló entre dientes, sentándose en la mesa disgustada.

La tensión de la velada se fue rebajando poco a poco, hasta que acabaron conversando distendidamente. Sin embargo, Lavinia fue incapaz de comer nada, seguía demasiado nerviosa.

—¿Estás bien? —preguntó Bruno, poniendo su mano sobre la de la chica.

—Sí, es solo que no tengo mucha hambre —respondió con una sonrisa.

—Y aquí están los postres —anunció el padre, sacando un magnífico pastel de la cocina.

Comenzaron a comer la tarta, pero la madre de Bruno se aclaró la garganta.

—Necesito preguntaros algo. Ya sé que quizá me tildéis de tradicional pero… ¿habéis pensado en casaros?

Lavinia estuvo a punto de atragantarse con el pastel. Un matrimonio era justo lo contrario a lo que jamás había deseado. Miró a Bruno horrorizada. El chico aguantó la risa, sabiendo el miedo terrible que Lavinia le tenía al compromiso.

—No, mamá. De hecho… no somos pareja —confesó.

Lavinia sintió una punzada en la boca del estómago. Sin saber muy bien por qué, aquellas palabras le habían dolido. ¿Por qué? Al fin y al cabo, era lo que ella había querido desde el principio. Nada de compromisos. ¿O no?

La madre de Bruno se quedó unos instantes mirándolos sorprendida.

—Oh, he dado por hecho que… parecía que os llevabais tan bien… —balbuceó, sintiendo que había metido la pata de nuevo.

—No pasa nada —dijo su marido, saliendo de nuevo al rescate —. Lo que decidáis estará bien, siempre que nos dejéis disfrutar a ratitos de ese bebé —añadió con ternura.

Lavinia le sonrió y asintió, agradecida por que Bruno tuviera unos padres tan comprensivos. Y en aquel instante supo que podía estar tranquila. Los padres de Bruno no harían otra cosa que no fuera ayudarlos en aquel nuevo y aterrador camino de ser padres.

CAPÍTULO 13

Actualidad. Barcelona, España.

Camille llevaba dos días algo taciturna. Había sido incapaz de entrar en el granero para pedirle a Frank que se marchara. Tampoco se atrevía a mirarle a los ojos después de lo que había pasado la otra noche. Su abuela le había hecho ver la realidad. Aquella era una historia imposible. Jamás debería haber permitido que pasara nada entre ellos, debería haber pensado en André y en todo lo que se estaba jugando por Frank. Sin embargo, sabía que no podía seguir evitándolo para siempre, así que respiró hondo y abrió la puerta del granero.

Frank estaba de pie en la planta de abajo, caminando impacientemente.

—Camille, ¡por fin! —exclamó aliviado, corriendo hacia ella y dándole un abrazo. La chica sintió cómo se le aceleraba el corazón al sentir de nuevo su piel, pero se apartó de él algo bruscamente—. ¿Estás bien? —preguntó Frank, mirándola preocupado. Camille fue incapaz de sostenerle la mirada y desvió los ojos hasta el suelo.

—Sí.

—¿Por qué has tardado tanto en venir? Te echaba de menos… —susurró, acariciándole el rostro y apartándole el pelo de la frente.

—Le conté a mi abuela que estabas aquí —explicó.

—¿Y qué dijo?

—Que… puedes quedarte —mintió. Sintió un nudo en la boca del estómago. Siempre había sido sincera y se sentía un ser despreciable por mentirle a todo el mundo. A su abuela, a André. A Frank. Pero no podía echarle de su vida tan fácilmente. Ya no. Se había enamorado locamente de él.

—Te pidió que me marchara —dijo el hombre con una sonrisa triste, adivinando la verdad. Camille lo miró fijamente y abrió la boca para contradecirle, pero entonces escucharon unos pasos fuera del granero. La joven puso cara de terror y Frank puso un dedo en sus labios para que guardara silencio. Después, se aproximó a la

ventana y observó con cuidado de no ser visto. Camille se acercó hasta él, con una mezcla de curiosidad y miedo por lo que Frank estaba viendo ahí afuera.

—¿Qué pasa? —susurró.

—Soldados franceses.

—¿Qué? —exclamó, sin poder creérselo.

—Están yendo hacia la casa principal.

—Dios mío, ¿qué hacemos? Si te descubren aquí…

—Voy a esconderme arriba. Ahí no me verán.

—¿Y yo qué hago? —preguntó completamente perdida.

—Quédate aquí como si estuvieras trabajando, quizá ni siquiera se acerquen al granero.

Camille sintió cómo sus manos empezaban a temblar de miedo. Frank se dio cuenta y se acercó hasta ella. Sostuvo su rostro entre las manos y la besó con seguridad. Camille no pudo resistirse y no lo apartó.

—Tú puedes hacerlo, Camille —le aseguró, tratando de calmarla. La joven asintió y Frank se escabulló por la escalera hasta el piso oculto.

Edith escuchó el timbre de la puerta principal y resopló entre dientes. Camille debía de haber olvidado las llaves de nuevo. Se levantó del sillón entre quejidos de dolor y caminó lentamente hasta la puerta. Sin embargo, cuando abrió no se encontró con los ojos almendrados de su nieta, sino con tres soldados con uniforme francés.

—B-buenos días —balbuceó la mujer, tratando de mantener la compostura.

—Buenos días, señora —dijo el que parecía mayor de los tres. Era un hombre no demasiado alto, con unos pequeños ojos verdes y el pelo castaño—. Algunos vecinos han denunciado problemas con algunos soldados alemanes —explicó—. ¿Ha tenido usted algún percance con ellos?

—No —se apresuró en decir, omitiendo que había tres soldados enterrados en su jardín.

—Nos gustaría ver la casa, si no le importa. Queremos asegurarnos de que no la estén amenazando para quedarse aquí —repuso el hombre.

—Oh, por supuesto —contestó ella, intentando no perder los

nervios. Si aquellos hombres descubrían a Frank, estarían todos perdidos. ¿Por qué no había sido más tajante con Camille? Debería haber echado a aquel soldado alemán en cuanto había puesto un pie en su casa.

Los tres soldados franceses entraron en el salón y empezaron a caminar relajadamente por las distintas estancias. Unos minutos después, uno de ellos bajó del piso de arriba con una prenda de ropa en la mano.

Edith sintió que se le helaba la sangre al ver el uniforme de Frank. Era difícil reconocer a qué ejército pertenecía debido al hollín que manchaba la tela, pero viendo el de los franceses que tenía delante, estaba claro que eran distintos.

—¿Podría explicarme qué es este uniforme? —preguntó el hombre, mirándola fijamente, como si estuviera estudiando cada fracción de su rostro en busca de una mentira. Edith trazó una sonrisa de pena y bajó la mirada, en un estudiado gesto de calma.

—Me avergüenza un poco decirle esto, sargento… —musitó, reconociendo los galones de su hombro.

—No se preocupe por lo que yo piense, y solo responda a la pregunta, por favor —contestó el hombre, al que se le notaba un esfuerzo por controlar su temperamento. Estaba empezando a perder la paciencia.

—Verá, supongo que sabe de las penurias que estamos pasando estos días. Una mañana estaba tan desesperada que me acerqué a un cúmulo de basura situado a unos cuantos metros de aquí en busca de algo de valor para poder comprar comida y encontré este uniforme. Pensé que tendría algo en los bolsillos y lo traje a casa para inspeccionarlo con calma.

—Entonces, ¿no sabe de quién es? ¿No se dio cuenta de que era un uniforme alemán?

—No, señor —respondió lo más respetuosamente que pudo.

El hombre la estudió severamente unos instantes, pero asintió.

—¿Qué hay en ese granero? —preguntó entonces, mirando por la ventana.

Edith tuvo que contener su cara de terror. Sabía que Frank y Camille seguramente se encontrarían allí.

—Oh, nada, allí tan solo almacenamos el grano.

—¿Almacenamos? ¿Vive con alguien más?

—Sí, con mi nieta.

—¿Y dónde está ahora su nieta?

Edith sintió que sus piernas empezaban a flaquearle, llevaba demasiado tiempo de pie. Sin embargo, se agarró a la pared para sostenerse, no quería mostrar debilidad en aquellos momentos. Quizá aquel hombre lo malinterpretara por nervios.

—Debe de estar trabajando en el granero.

—Supongo que no le importará que vayamos a confirmar que está todo bien.

Edith sonrió de nuevo, mientras trataba de pensar alguna idea para evitar que aquel hombre se acercara hasta allí, pero no se le ocurrió nada que no pareciera sospechoso.

—Por supuesto que no, adelante —dijo. El hombre asintió y empezó a caminar hacia el granero, seguido de cerca por los otros dos hombres. Edith anduvo tras ellos, reuniendo todas sus fuerzas. Debía asegurarse de que no los descubrieran.

El sargento abrió la puerta de un golpe y se encontró con Camille de frente, que llevaba una pala en una mano y un pequeño saco en la otra. La chica pareció genuinamente sorprendida, aunque había estado esperando aquella visita. Cruzó miradas con su abuela durante un instante y después volvió a mirar al hombre que tenía frente a ella.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarles? —preguntó Camille con una sonrisa inocente.

—Tan solo veníamos a echar un vistazo.

—Claro, adelante —contestó con una seguridad abrumadora. Aquel hombre entró en el granero a paso lento y comenzó a inspeccionar cada rincón ante la mirada aterrorizada de la joven, que temía que descubriera a Frank de un momento a otro. Sin embargo, cuando estaba a tan solo un par de metros de la escalera, se detuvo y dio media vuelta.

—Me alegro de que nadie las haya molestado —dijo el hombre, volviendo hasta la entrada. Camille suspiró aliviada, aunque nadie se percató—. Si tienen cualquier problema, no duden en informar a las autoridades.

Y aquellos hombres se marcharon por el mismo lugar por el que habían venido. Cuando ya eran tan solo unas pequeñas motas de polvo en el horizonte, Edith se desplomó.

—¡Abuela! —gritó Camille, corriendo hacia ella y ayudándola a levantarse del suelo. La joven escuchó ruidos tras ella. Frank se había acercado hasta allí.

—¿Está bien? —le preguntó el hombre a Edith, tratando también de ayudarla.

—No me toques —soltó la anciana esquivamente.

—Abuela, Frank es médico. Debería…

—Me da igual lo que sea… Nos está poniendo en peligro a todos —exclamó.

Frank miró a Camille, sabiendo que había tenido razón. Edith nunca le había dado permiso para quedarse.

—No se preocupe, primero nos aseguraremos de que usted está bien. En cuanto me deje inspeccionarla, me marcharé.

Edith no dijo nada más y Frank la cogió en brazos, llevándola de nuevo hasta la casa principal. Camille los siguió, con los ojos anegados de lágrimas por la salud de su abuela. Jamás se perdonaría que le sucediera algo malo por culpa de aquel disgusto, por no haber sido capaz de renunciar a Frank.

Camille daba vueltas nerviosamente por el pasillo. Había preferido esperar fuera para dejar a Frank tratar a su abuela con tranquilidad. Después de unos minutos que se le hicieron eternos, el hombre salió de la habitación y cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Qué tiene? —preguntó Camille, aterrada ante la perspectiva de quedarse sola en este mundo.

—Años.

—¿Qué quieres decir?

—Es mayor, tan solo está cansada y tiene dolor de huesos.

—¿Entonces está bien?

—Sí, han sido demasiadas emociones. Ahora está durmiendo.

Camille sonrió aliviada y Frank la miró con una mezcla de ternura y dolor.

—Camille, tu abuela tiene razón.

—¿Qué?

—Debería marcharme.

—Pero te encontrarán ahí afuera.

—No, se cómo esconderme. Pensé que quedándome os podría proteger de tipos como los del otro día, pero quizá lo único que estoy haciendo es poneros en peligro.

—¡No! Por favor, no te vayas… —suplicó, agarrándolo de la mano.

—No lo hagas más difícil —contestó Frank con una sonrisa triste, secando las lágrimas que habían empezado a deslizarse furtivamente por las mejillas de la chica—. La decisión esta tomada, esta noche me marcharé.

Camille lo miró con el ceño fruncido, furiosa por que tomara aquella resolución de manera unilateral. Frank sonrió y la abrazó.

—No. No puedes marcharte así —soltó ella, incapaz de ocultar su disgusto.

—Vamos, ¿quieres pasar nuestras últimas horas juntos enfadada? —dijo con voz suave, tratando de calmarla. Camille se mordió el labio, sabiendo que tenía razón.

—Será mejor que volvamos al granero, esos soldados podrían volver —contestó Camille.

Aquella fue una de las noches más tristes de su vida. Camille pensó en no acudir al granero. Quizá si no iba, Frank no se marcharía. Sin embargo, no se atrevió a tentar a la suerte. Jamás se perdonaría que Frank se fuera sin haberse despedido de él.

Entró en el granero con una pequeña vela en la mano, alumbrando sus pasos sigilosos. Subió la escalera que la llevó hasta el piso oculto y se encontró con Frank preparando un pequeño hatillo de tela con las pocas pertenencias que tenía. El hombre percibió su presencia y se giró para mirarla. Le dedicó una sonrisa triste y Camille frunció los labios, todavía enfadada. Frank soltó una risilla y dejó el paquete en el suelo, poniéndose en pie para acercarse hasta ella.

—Te prometo que volveremos a vernos —le dijo, abrazándola.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Frank no contestó y la abrazó con más fuerza, sabiendo que le estaba prometiendo algo imposible. También sabía que si no le decía aquello, jamás reuniría las fuerzas suficientes para dejarla atrás.

—Eres un mentiroso… —susurró la chica, entre lágrimas. Frank cerró los ojos y le acarició el pelo, tratando de calmarla. Se separó ligeramente de ella y la besó en la mejilla con suavidad, sintiendo sus lágrimas saladas en los labios.

—Ojalá las cosas fueran distintas…

—Quédate —susurró Camille, en un último intento de retenerlo a su lado.

—No puedo. Jamás me perdonaría que os pasara algo.

—Por favor —suplicó entre sollozos, agarrándolo con fuerza del brazo. Frank sintió un nudo en la boca del estómago al verla llorar y la besó. Camille cerró los ojos y se concentró en sus labios, sabiendo que quizá fuera la última vez que los sentía. Se perdieron el uno en el otro durante minutos, incapaces de separarse, tan absortos, que no escucharon los pasos fuera del granero. Tan enamorados, que no escucharon la puerta abrirse a sus espaldas.

—¡Suéltala! —dijo una voz profunda desde la puerta. Camille se giró con el corazón desbocado. Se sintió morir por dentro cuando reconoció al sargento de los pequeños ojos verdes que las había visitado aquella misma mañana, apuntando a Frank con un arma desde el medio del granero—. ¡Apresadle! —le ordenó a los tres hombres que lo acompañaban.

—¡No! —gritó Camille, agarrándose con fuerza a Frank. El sargento la miró con severidad.

—¿A qué esperáis? —le dijo a sus hombres, que se habían quedado dudando en el umbral.

—¡No! —gritó Camille con lágrimas en los ojos—. ¡Por favor!

Sin embargo, aquellos hombres la arrancaron sin ninguna delicadeza de los brazos del hombre al que amaba.

—Camille, recuerda mi promesa —susurró Frank, mirándola fijamente mientras aquellos soldados ponían cuerdas alrededor de sus brazos—. Volveremos a vernos.

—¡Cállate! —soltó uno de ellos golpeándole en la cara y arrastrándolo fuera del granero.

—No le hagáis daño, os lo suplico —dijo Camille, agarrando al sargento del brazo, en un acto de desesperación.

—Deberían colgarte por esto —le dijo el hombre con desprecio, deshaciéndose de ella—. Tienes suerte de que tu abuela haya intercedido por ti.

—¿Qué? ¿Mi abuela?

—Ella nos avisó. Le prometí que no te pasaría nada. Y siempre cumplo con mi palabra.

Camille cayó de rodillas en medio del granero ante aquellas palabras. Su abuela, la única familia que le quedaba, le había

entregado a Frank al ejército francés.

—No, ¡por favor! —gritó cuando se recuperó de aquel impacto, saliendo tras aquellos hombres bajo la densa lluvia. Frank se giró para mirarla una última vez, con tristeza infinita en los ojos, y negó con la cabeza. Sabía que ella ya no podía hacer nada por él.

Y la joven vio cómo aquellos hombres se llevaban al amor de su vida para siempre. Fue la noche más triste de su vida.

CAPÍTULO 14

Actualidad. Barcelona, España.

Aquella mañana Violeta tardó en abrir los ojos. Había pasado las dos últimas semanas entre nebulosas, con imágenes desdibujadas de Susana curando sus heridas. Sabía que había estado al borde de la muerte, lo sentía en sus huesos, que aún le dolían como si un camión le hubiera pasado por encima. Sin embargo, aquella mañana fue distinto. Por primera vez en días, se sintió realmente despierta. Se incorporó lentamente, con una mueca de dolor. A pesar de los días que habían pasado, sus heridas todavía no habían sanado del todo. Escuchó la puerta del granero y comenzó a temblar, temiendo que fuera él. Sin embargo, era Susana, con algo de comida en una bandeja.

—Hola, Violeta. Veo que hoy estás mejor —dijo con una sonrisa al verla en pie.

—Creo que sí —murmuró con voz débil.

—Menos mal, hubo días en los que pensé que…

Violeta le dedicó una sonrisa triste.

—Sí, yo también. ¿Te has escapado para venir hasta aquí? —preguntó espantada ante la idea de que aquel hombre las pillara in fraganti y se tomara de nuevo la justicia por su mano.

—No, tranquila. Él me dijo que cuidara de ti.

Violeta suspiró aliviada, pero puso cara de desprecio.

—Como si le importara mi salud…

—Claro que le importa, me imagino que sus jefes se enfadarían si perdiera a una de sus pintoras.

—Ya, tienes razón. Hay algo que quería preguntarte…

—Adelante, lo que sea.

—¿Qué aspecto tiene mi… espalda? —preguntó con un hilo de voz. Nunca había sido demasiado coqueta, pero otra cosa era tener toda la espalda marcada por horribles cicatrices. No le hizo falta escuchar la respuesta de Susana, su rostro lo dijo todo. Empalideció ligeramente ante la pregunta y trató de disimularlo rápidamente,

pero Violeta pudo leer la verdad en sus ojos.

—Está mucho mejor —dijo su amiga.

Violeta intentó evitar que las lágrimas acudieran a sus ojos, pero no lo consiguió del todo.

—Vamos, con el tiempo no quedará nada —la animó Susana, acariciándole el brazo con cuidado, en un vano intento por consolarla.

—Me gustaría creerte —respondió ella con la mirada ausente, sabiendo que aquellas cicatrices no desaparecerían nunca.

Martin detuvo el coche frente a una enorme verja metálica. Observó con disgusto el terreno abandonado al otro lado, completamente salvaje e invadido por todo tipo de plantas. Estudió con atención los letreros que disuadían a cualquier ser humano cuerdo de entrar ahí dentro. Peligro de bombas. Peligro de muerte. Zona de acceso restringido por el gobierno. Miró a Lavinia de reojo.

—Ya hemos llegado —murmuró.

—¿Esto es la Zona Roja? —preguntó ella, algo adormecida. Se había pasado gran parte del camino durmiendo en el coche.

—Sin duda.

—Pero tiene más de mil kilómetros cuadrados. ¿Cómo piensas encontrarla?

—No lo sé. No puede estar muy lejos. Nadie puede entrar ahí dentro con el coche. Sería demasiado peligroso y podría hacer que alguna de esas bombas estallara —explicó—. Así que tuvieron que llevarla andando adónde fuera.

—Claro, no lo había pensado —musitó. Un maullido interrumpió su conversación.

—¿En serio tenías que traer a la gata? —preguntó arqueando una ceja y mirando al felino que se encontraba en brazos de Lavinia.

—Por supuesto. No tenía a nadie con quien dejarla. Además, Violeta se alegrará de ver que está perfectamente.

—Esa bola de pelo no hará más que causar problemas… —farfulló disgustado, sacando una pistola de la guantera. Lavinia miró hacia el arma, horrorizada de haberla tenido tan cerca durante todo el trayecto.

—¿Eso ha estado ahí todo el tiempo?

—Sí. No estaba cargada —se limitó a contestar, metiendo

algunas balas en el cargador.

Lavinia tragó saliva y decidió no preguntar de dónde la había sacado ni si sabía dispararla. Parecía bastante seguro de lo que hacía con sus manos.

—Escucha —murmuró Martin, diciendo en voz alta lo que llevaba atormentándolo todo el camino—. Violeta no estará bien, necesitará todo tu apoyo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lavinia espantada.

—No seas ingenua. ¿Crees que la habrán tratado como a una reina ahí dentro?

Lavinia tragó saliva y negó ligeramente con la cabeza. Martin abrió la puerta del coche.

—Espérame aquí. Ni se te ocurra moverte. Si sientes que estás en peligro toca el claxon y sal de aquí pitando.

—Pero tú y Violeta…

—No te preocupes por nosotros. La sacaré de ahí aunque sea lo último que haga.

Lavinia se sintió conmovida ante sus palabras y sin querer aflojó la presión de sus manos, con las que llevaba sujetando a Frida todo el rato. La gata salió disparada de entre sus brazos y bajó del coche tras Martin.

—¡Mierda! —gritó él, viendo cómo el felino se colaba hacia el otro lado de la verja—. ¡Sujetar al gato era lo único que tenías que hacer! —dijo mirándola con incredulidad justo antes de echar a correr tras Frida—. ¡Recuerda lo que te he dicho! ¡Toca la bocina y huye si ves algo raro! —gritó al aire justo antes de cruzar al otro lado.

Lavinia vio desaparecer la bola de pelo blanco en el horizonte con Martin corriendo detrás. Sentía que le faltaba el aire. ¿En qué demonios estaba pensando? Si Martin perdía a Frida de vista, no la volverían a encontrar entre toda aquella inmensidad. Se llevó las manos a la cabeza y rezó por que aquel hombre fuera lo suficientemente rápido como para recuperar a la mascota de su amiga y sacarlas de aquel campo de minas a ambas con vida.

Frida era rápida. Martin maldijo entre dientes mientras la perseguía. ¿Dónde demonios había aprendido a correr tan deprisa? Se suponía que era una gata doméstica, gorda y perezosa. ¿Adónde diablos estaba yendo tan decidida? El hombre iba pisando por los

mismos lugares por donde iba Frida, por lo menos sabía que no habría ninguna bomba. Temía ver al felino saltar por los aires en cualquier momento, pero parecía el día de suerte de aquel animal. Vio una vieja construcción de madera en la lejanía y una casa medio derruida a unos cincuenta metros de distancia. Frida parecía ir directa hacia aquellas construcciones. Se puso tenso y sacó el arma de su bolsillo. Quizá ahí dentro encontrara a alguien.

Frida se coló en lo que parecía un viejo granero de madera. Martin miró hacia el cielo, soleado y ajeno a todo lo que estaba pasando en el mundo. Tomó aire y tiró la puerta abajo con algo más de fuerza de la que hubiera sido necesaria.

Violeta y Susana estaban sentadas en medio del granero, en completo silencio. Miraban hacia el infinito, preguntándose si sus vidas serían así para siempre. Su plan de dejar un mensaje oculto en los cuadros parecía que había fracasado. Nadie había ido a buscarlas. Quizá aquel fuera su destino.

Violeta escuchó unos pasos suaves y rápidos sobre el suelo medio podrido del granero y frunció el ceño, extrañada.

—¿Has escuchado eso? —le preguntó a Susana en un susurro.

—Sí, parecen pasos muy pequeños…

—¿Crees que puede ser una rata? —preguntó Violeta aterrada.

Se volvió para tratar de averiguar de dónde provenía aquel ruido y abrió los ojos como platos cuando vio una bola de pelo blanco correteando hacia ella.

—¿Frida? —preguntó con lágrimas en los ojos, achuchando a su gata con fuerza. Frida empezó a ronronear ante las caricias de su dueña—. ¿Estoy muerta? —susurró, pensando que quizá no había sobrevivido al ataque de aquel hombre y que su gata había venido en busca de su alma.

—¿Qué dices? Estás viva —respondió Susana medio riendo—. ¿Pero qué hace este gatito tan adorable aquí? —dijo acariciándole la cabecilla.

Entonces escucharon un golpe fuerte y seco en la puerta del granero. Frida se espantó y saltó de sus brazos, pero se quedó cerca de su dueña. Violeta apretó los puños con fuerza, temiendo reencontrarse con el secuestrador. Sin embargo, la silueta que había contraluz en el umbral de la puerta era ligeramente más alta y delgada.

—¿Violeta? —dijo una voz masculina con un ligero acento inglés. La chica sintió que se le congelaba la sangre al reconocerle.

—¿Martin? —susurró, sin saber qué sentir. Lo hubiera matado allí mismo, sabía que si estaba allí era por su culpa. Pero también sabía que si había tirado la puerta abajo era porque había venido a por ella. Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y fue incapaz de levantarse del suelo.

El hombre se acercó corriendo hacia ella y la miró horrorizado unos instantes. Su preciosa melena pelirroja estaba completamente enredada y llena de pintura y suciedad. Su ropa estaba echa a jirones y llena de sangre.

—¿Qué… te han hecho? —murmuró, sosteniendo su rostro entre las manos. Violeta empezó a sollozar, incapaz de explicarle el infierno por el que había pasado. Martin la abrazó y se apartó inmediatamente ante el gruñido de dolor de la joven. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la tela que cubría su espalda estaba empapada en sangre. Cerró los ojos, deseando matar a quien le hubiera hecho aquello. Trató de calmarse. Su prioridad ahora era sacarla de ahí, no vengarse. Eso vendría después.

Fue entonces cuando reparó en la otra mujer, sentada bastante cerca de ellos. Tenía un aspecto igual de lamentable que el de Violeta, pero parecía tener la cabeza más fría que ella.

—¿Has venido a sacarnos de aquí? —le preguntó.

—Sí.

—Me llamo Susana.

—¿Susana Ribas? —preguntó arqueando las cejas. Y entonces reparó en los detalles de su rostro. A pesar de la suciedad, consiguió reconocer a la mujer a la que había visto hacía casi un año en su despacho. Susana asintió.

—Será mejor que nos vayamos de aquí cuanto antes. ¿Puedes levantarte? —le preguntó Martin a Violeta, que seguía en estado de *shock*. La joven no dijo nada, pero se levantó del suelo con un poco de dificultades, sin soltar a Frida, a la que había cogido en brazos hacía unos segundos.

Martin se acercó a la puerta del granero con la pistola en las manos y miró con atención a los laterales. No parecía haber nadie en los alrededores, así que dio la orden a las chicas para que empezaran a salir.

—Yo iré delante —dijo Martin.

—Pero hay bombas y… —susurró Susana, horrorizada ante la idea de volver a salir ahí afuera.

—Lo sé, pisad exactamente donde yo pise.

—Sí —contestó Susana. Martin miró a Violeta, que ni siquiera parecía haberle escuchado. Se acercó hasta ella e hizo algo que no había hecho en años con ninguna mujer. Tratarla con ternura. Le apartó el pelo de la cara y Violeta levantó sus aterrorizados ojos color miel hacia él.

—¿Me has entendido, Violeta?

Entonces la joven asintió levemente.

—Vamos allá —dijo Martin decididamente, aunque tenía un nudo en el estómago. Quizá él no tuviera tanta suerte como Frida y pisara alguna bomba. Sería una muerte rápida, se repetía a cada paso que daba. Sin embargo, respiraba aliviado cada vez que podía dar un nuevo paso hacia la verja, que estaba ya a tan solo unos metros.

Entonces, escucharon unos pasos acelerados a sus espaldas. Martin se giró y descubrió a un hombre corpulento corriendo hacia ellos con una arma en las manos. No parecía en absoluto preocupado por las bombas que podía haber bajo sus pies mientras pisoteaba el suelo a toda velocidad.

—¡Alto ahí! —gruñó, apuntándoles con el arma.

—¡Corred hacia la verja! —ordenó Martin, deteniéndose y apuntando a aquel hombre con su pistola—. Lavinia os espera en el coche.

Susana agarró a Violeta del brazo y tiró de ella, que no parecía querer dejar atrás a Martin. Corrieron con todas sus fuerzas hasta que prácticamente habían alcanzado la verja. Martin observaba fijamente a aquel hombre, incapaz de respirar. Los dos estaban completamente inmóviles, midiendo sus posibilidades. Martin tenía el dedo puesto en el gatillo, dispuesto a disparar si era necesario. El hombre también parecía estar pensando en una manera de salir de aquella situación. Entonces, hizo algo que Martin no hubiera podido predecir. Desvió su arma ligeramente hacia la derecha, apuntando a las chicas, y disparó. Fue tan solo una milésima de segundo, pero a Martin aquel momento le pareció eterno. Y él también apretó el gatillo. El hombre cayó al suelo como un plomo, con una bala en la

frente. No le había dado opción. Martin escuchó un grito de terror a sus espaldas y se giró sin atreverse a mirar. No podría soportarlo. No podría soportar ver a Violeta muerta. Por su culpa. Sin embargo, la bala había alcanzado a Susana, que estaba inmóvil en el suelo.

—No, no, no —musitaba Violeta, arrodillada a su lado, tocando su cara con desesperación. Frida observaba la escena muy quieta, sin comprender por qué su dueña estaba llorando histéricamente—. Susana, mírame —murmuró—. ¡Mírame!

Sin embargo, los ojos de Susana estaban mirando a aquel cielo azul y eterno, sin ver nada. Escucharon un nuevo tiro y Martin miró horrorizado hacia el lugar de dónde provenían. Dos hombres más se acercaban hacia ellos corriendo.

—Tenemos que irnos —apremió.

—¡No! —gritó Violeta—. No puedo dejarla aquí…

—Está muerta, Violeta —dijo Martin, mirándola a los ojos.

Un nuevo tiro. Martin apretó las mandíbulas y agarró a Violeta con fuerza por los brazos. Con la otra mano agarró a Frida. Ignoró el gesto de dolor de Violeta y prácticamente se la llevó a rastras del lado del cuerpo sin vida de Susana.

—¡Suéltame! —gritó, con lágrimas en los ojos.

Sin embargo, Martin incrementó aún más la fuerza para que cruzara la verja. Violeta se quedó unos instantes mirando el coche que acababa de aparecer ante ellos, espantada. Sin embargo, se relajó ligeramente al ver a Lavinia al volante. Su amiga bajó la ventanilla.

—¡Vamos, subid!

Martin abrió la puerta de atrás y metió a Violeta dentro sin demasiada delicadeza. Después, se subió a su lado.

—¡Arranca, rápido! —le ordenó, escuchando más tiros a sus espaldas.

Lavinia apretó el acelerador y salieron de ahí sin mirar atrás.

CAPÍTULO 15

Violeta tenía la mirada perdida por la ventanilla. No lloraba, ni siquiera parecía que respirara. Lavinia miró a Martin de reojo y se mordió el labio. Él tenía razón. Violeta estaba muy lejos de estar bien. No había abierto la boca en todo el camino. Incluso Frida la miraba preocupada tumbada en su regazo.

—Llévanos al aeropuerto —dijo entonces Martin.

—¿Qué? —preguntó Lavinia, sorprendida.

—No podemos volver a Barcelona. Nos buscarán.

Lavinia se giró rápidamente para mirarle horrorizada.

—¿Pero quién es esa gente?

—Cuanto menos sepas, mejor, Lavinia —contestó Martin.

Lavinia asintió ligeramente y trató de quitarse de encima ese miedo paralizante. ¿Y si la buscaban a ella? ¿Y si le pasaba algo a su bebé por culpa de todo este lío? ¿Y si ponía a Bruno en peligro?

—Tranquila —dijo Martin, adivinando el curso de sus pensamientos—. No te han visto. Además, conduces un coche a mi nombre. Si buscan la matrícula, solo me encontrarán a mí.

—¿Estás seguro de eso?

—Completamente. Si no, no te dejaría volver a casa.

Pasaron en silencio el resto del camino, hasta que empezaron a acercarse a la zona del aeropuerto.

—Déjanos en ese hotel —ordenó Martin, señalando al hotel más cercano a la terminal uno.

—¿Pero no ibais al aeropuerto…?

—Sí, pero no puedo llevar a Violeta así a ningún lado —dijo, mirando a la chica, que parecía sacada de un campo de batalla.

—Claro —respondió Lavinia, sintiéndose estúpida. Si entraba en el aeropuerto medio desnuda y llena de sangre no haría más que llamar la atención. Toda aquella situación no la dejaba pensar con claridad.

Lavinia se metió por el *parking* del hotel y detuvo el coche en la plaza más alejada.

—Gracias, Lavinia —dijo Martin. Sacó el teléfono móvil de su bolsillo y apretó un par de teclas con rapidez.

—Hola, Bruno —saludó Martin.

Lavinia lo miró horrorizada. ¿Por qué estaba llamando a Bruno? Ni siquiera le había hablado sobre aquel viaje. Si se enteraba de todo lo que había pasado, se enfadaría con ella por haberse puesto en peligro. No solo a ella, sino también a su hija.

—¿Puedes venir a buscar a Lavinia a la ubicación que te voy a pasar? —Hubo unos segundos de silencio, Bruno debía estar haciendo unas cuantas preguntas al otro lado—. Ella te lo contará todo en cuanto llegues —acabó diciendo Martin—. ¿Puedes hacerlo? —Otro silencio—. Gracias.

Martin colgó el teléfono y se lo guardó en el bolsillo.

—Bruno vendrá a por ti enseguida, espéralo en la recepción.

—¿Pero por qué le has llamado?

—No puedes volver a casa con este coche. Descubrirían que estás implicada. Si vuelves con Bruno nadie sospechará de ti, ¿de acuerdo?

Lavinia estaba algo molesta por que hubiera decidido por ella sin ni siquiera preguntarle, pero no discutió. Martin parecía muy seguro de lo que estaba haciendo. El hombre abrió la puerta y bajó del coche. Sacó una mochila del maletero y se la lanzó a Lavinia.

—Tápate la cara con esto, dijo, dándole un sombrero y unas gafas de sol.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Y para qué me das esta mochila?

—Hay cámaras en el *parking* y en la entrada del hotel, si rastrean las imágenes podrían ver quién eres.

—¿Quieres decir que esa gente puede pinchar cualquier cámara de seguridad? —inquirió.

—Sí. Tápate lo máximo que puedas y entra en el hotel sin nosotros. Dirígete al baño sin hablar con nadie y cámbiate de ropa. Quédate allí hasta que hayan entrado unas cuantas mujeres, así no podrán saber cuál de ellas eres. Si nos ves en la recepción, no te acerques y actúa como si no nos conociéramos.

—¿Qué? Pero no puedo dejar a Violeta así… —masculló, mirando a su amiga, que parecía completamente ausente.

—Lavinia, esta es la única manera. Tienes que hacer lo que te digo.

Lavinia apretó las mandíbulas, preguntándose en qué momento se había torcido todo tanto. Y se colocó el sombrero y las gafas de sol.

—Está bien. Violeta… —dijo, girándose hacia su amiga y tocándole la mano con dulzura—. Todo saldrá bien.

Violeta pareció escucharla y desvió los ojos del suelo por primera vez en todo el camino para mirarla. Lavinia sintió que se le rompía el corazón al ver sus, por lo general chispeantes ojos, llenos de tristeza y desconcierto.

—Vamos, no tenemos mucho tiempo —apremió Martin. Lavinia lo fulminó con la mirada. No tenía ni idea de lo que le estaba costando dejar a su amiga sola en ese estado. Sin embargo, pensó en lo que era mejor para todos y bajó del coche, haciendo exactamente lo que le había indicado Martin.

Cuando se quedaron solos, Martin miró a Violeta, que lo ignoraba por completo, como si no estuviera allí.

—A ver —dijo, sacándose la chaqueta—. Cúbrete con esto. Vamos a bajar del coche y pediremos una habitación, ¿de acuerdo? —le dijo, como si hablara con una niña pequeña. Violeta lo miró y asintió levemente. Al ver que no se movía, Martin le puso la chaqueta como buenamente pudo. Después, le colocó una bufanda que cubría gran parte de su cabello enmarañado y unas buenas gafas de sol, que tapaban prácticamente el resto de su cara—. Vamos.

Bajaron del vehículo y Martin agarró a Violeta del brazo con suavidad cuando vio que se tambaleaba al andar. Aún así, observó cómo agarraba a Frida con firmeza, como si aquel gato fuera el motivo por el que seguía cuerda. Martin cerró los ojos, tratando de disipar sus sentimientos de culpa y de rabia y la ayudó a caminar hasta uno de los sillones de la ostentosa recepción de aquel hotel de lujo. Después, se dirigió hasta la recepcionista.

—Buenas tardes. ¿Tienen alguna habitación libre para hoy?

—Sí, aunque… déjeme ver —dijo, echando un vistazo al ordenador—. Tan solo nos queda disponible la suite.

—Pues esa misma —dijo con prisa.

La mujer lo miró unos instantes, sorprendida. Casi nadie estaba dispuesto a pagar aquella suma de dinero por una habitación. Sin embargo, aquel hombre le tendió la visa sin ni siquiera preguntar el

precio. La chica asintió y le dio la tarjeta para abrir la habitación.

—El desayuno se sirve entre las siete y las… —la joven se interrumpió a sí misma cuando vio que aquel hombre se marchaba sin ni siquiera despedirse.

Martin se acercó a Violeta rápidamente y la ayudó a levantarse del sofá, en el que no había apoyado la espalda.

—Vamos, ya tenemos una habitación —le explicó, aunque no parecía interesarle demasiado.

Subieron hasta el décimo piso del hotel y Martin abrió la única puerta que encontraron. La suite ocupaba toda la planta y era el lugar más lujoso que Violeta había visto en toda su vida, aunque no pareció impresionada. Ya nada podía sorprenderla. La joven dejó a Frida en el suelo, que empezó a inspeccionarlo todo con curiosidad.

Martin se metió en el baño y llenó la bañera con agua caliente. Cuando estuvo llena, salió a buscar a Violeta, que seguía de pie en el salón de la habitación.

—Date un baño de agua caliente —dijo.

Violeta asintió y caminó lentamente hasta el baño. Martin suspiró cuando cerró la puerta tras ella. Se llevó las manos a la cara, abrumado por todo lo que había pasado. Había tratado de mantener la calma, alguien tenía que hacerlo. Pero todavía sentía que le temblaban las piernas. Había matado a un hombre. No estaba seguro de lo que pasaría a partir de ahora. Tampoco tenía ni idea de cómo proteger a Violeta de aquella gente. Tan solo sabía que tenía que llevársela lejos.

Decidió bajar a la planta baja para dejarle algo de intimidad a Violeta y comprar algunas cosas para el viaje.

Violeta hundió la cabeza en el agua y aguantó la respiración unos segundos. Pensó que aquello la haría sentir mejor, pero no hizo más que aumentar su ansiedad. Salió en busca de aire y miró con disgusto el agua oscurecida por la suciedad y la sangre. Empezó a llorar, incapaz de soportar más aquella situación. Susana estaba muerta. La habían matado. Deseaba que aquella bala la hubiera alcanzado a ella en vez de su amiga. ¿Por qué el destino había sido tan cruel? Se enjabonó el cuerpo con fuerza, como si aquello fuera a borrar todos aquellos meses de encierro y sufrimiento. Tan solo se detuvo cuando vio su piel enrojecida bajo la esponja. Lo peor fue su cabello. Se lo enjabonó y lo lavó un montón de veces. Pero seguía

echo una maraña. Salió de la bañera resignada y se cubrió con un albornoz. Después, se miró en el espejo. Apenas fue capaz de reconocerse. Su piel estaba mucho más pálida de lo habitual y tenía unas profundas ojeras. Se acarició el rostro y sintió sus pómulos bajo las yemas de sus dedos. Jamás se le habían marcado, siempre había tenido las mejillas ligeramente llenas. Recordó cuántas veces había querido estar delgada, cuántas veces había intentado dejar el helado de chocolate. Sin embargo, ahora que su vientre estaba completamente plano y sus caderas apenas se apreciaban, se sintió estúpida. Aquella ya no era ella. Deseó volver a ser aquella chica despreocupada a la que solo le importaba la pintura y la comida. Y lloró de nuevo, sabiendo que quizá jamás pudiera recuperarse de aquella experiencia.

Cuando no le quedaron más lágrimas, cogió un cepillo y empezó a desenredarse la melena. Sin embargo, por mucho que lo intentó, había nudos que parecían estar enganchados con pegamento. Chasqueó la lengua, incapaz de seguir con aquella tortura. Entonces hizo algo que no se había atrevido a hacer en todo aquel rato a solas. Se retiró el albornoz de la espalda y se dio la vuelta. Observó horrorizada las cicatrices irregulares que recorrían toda su piel. Se cubrió enseguida y cerró los ojos, asustada. Era peor de lo que había imaginado. Trató de calmar su respiración. Por lo menos ella estaba viva, se repitió una y otra vez. Susana no había tenido tanta suerte. Tenía que ser fuerte, por ella.

Escuchó la puerta de la habitación abrirse. Reunió algo de fuerzas y salió al salón. Martin estaba de pie, dejando un montón de bolsas sobre la cama.

—¿Qué tal estás? ¿Mejor? —preguntó él con voz calmada. Violeta frunció los labios a modo de respuesta.

—No puedo desenredarme el pelo —contestó. Martin la observó sorprendido. Sabía que detrás de aquella respuesta se escondían muchas otras cosas que no estaba preparada para contarle todavía.

—¿Quieres que intente ayudarte?

Violeta asintió y le tendió el peine.

—Siéntate —le ordenó Martin, señalando la cama. Violeta hizo lo que le dijo y sintió extraño aquel colchón blando y cómodo bajo sus piernas. No había dormido en una cama desde hacía meses. Martin se sentó a su lado y empezó a cepillarle el cabello con

cuidado, deshaciendo cada uno de sus nudos con una paciencia infinita.

—No es la primera vez que lo haces. —Martin la miró unos instantes desconcertado, sin saber muy bien a qué se refería—. Peinar a alguien —añadió, al ver su titubeo.

—Ah, solía peinar a mi hermana pequeña.

Violeta no dijo nada más y Martin volvió a concentrarse en los enredos. Cuando terminó, dejó el peine a un lado y la miró fijamente, incapaz de aguantar más aquel silencio.

—¿Quieres hablar de ello? —le preguntó con cuidado.

—No.

Martin tragó saliva y asintió lentamente.

—He pensado que podemos ir a Inglaterra. Tengo una casa en medio del campo. Nadie nos encontrará allí.

Violeta lo miró unos instantes, estudiando si su preocupación era sincera. Al fin y al cabo, si la habían secuestrado había sido por culpa de aquel hombre, por sus secretos. ¿Podía fiarse de él? ¿Y si era todo una trampa? Martin leyó la duda en sus ojos.

—No voy a hacerte nada —le dijo, frunciendo el ceño, molesto por su desconfianza. Había cruzado medio mundo para encontrarla. Se había metido en un campo de minas por ella. Y, aún así, ¿desconfiaba de él?

Esta vez, el silencio se volvió tenso y Martin se levantó de la cama, acercándose hasta las bolsas.

—Te he traído ropa para el viaje —dijo, tendiéndole las bolsas. Violeta se sintió mal, quizá realmente tan solo pretendía ayudarla. Sin embargo, no dijo nada y se metió en el baño con la ropa. Se puso el primer conjunto que encontró, sin prestarle demasiada atención. Eran unos tejanos y un jersey que parecía carísimo. Salió y lo miró algo estrictamente.

—Esto cuesta una fortuna. Te lo devolveré todo en cuanto esto se solucione —explicó. Martin sonrió, reconociendo por fin algo de la Violeta que él conocía. Orgullosa y desafiante.

—Ya he comprado los billetes de avión. Salimos en unas horas. Será mejor que descanses un poco —dijo, señalando a la cama en la que estaba sentado. Violeta se acercó y se dejó caer sobre el colchón, sintiendo de nuevo la suavidad bajo sus huesos. Se hizo un ovillo y cerró los ojos. No le importó que Martin estuviera a su lado.

Al contrario, aunque no estuviera segura de si podía confiar en él, sabía que en el fondo quería protegerla. Y se quedó dormida.

CAPÍTULO 16

Violeta se recostó en el asiento del avión y miró por la ventanilla. Se encontraba algo mejor. Aquellas horas de sueño habían hecho que su ánimo no fuera tan oscuro y empezaba a darse cuenta de que por fin había salido de aquel infierno. Entonces, recordó aquel pequeño diario que le había ayudado a sobrellevar su reclusión. Sin aquellas palabras de Camille y sin la ayuda de Susana, se habría vuelto loca allí dentro. Rebuscó en la pequeña bolsa que le había comprado Martin y sacó el viejo diario. Martin la miró con curiosidad desde el asiento de al lado.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Nada —contestó esquivamente. Aunque sabía que Martin estaba intentando ayudarla, no podía evitar culparle de todo. El hombre bajó la mirada y no insistió. Violeta no quería contarle que aquel libro era como un tesoro para ella y que lo había escondido bajo su ropa todo el tiempo por miedo a que su secuestrador lo descubriera y se lo quitara de las manos. Por eso había llegado hasta allí con él. Suspiró, sabiendo que debería deshacerse de aquel libro tarde o temprano. Probablemente, tenerlo cerca no haría más que traerle malos recuerdos de su estancia en aquel granero.

Abrió el libro y, por fin, pudo centrarse en otra cosa que no fuera su desdichada vida.

27 de junio de 1916. Verdún, Francia.

Hace más de un mes que se llevaron a Frank. Creo que voy a perder la cordura si no lo veo pronto, pero no puedo acercarme al ejercito francés y preguntar por él como si nada. Me matarían y su sacrificio no hubiera servido de nada.

Me duele todo, no solo el corazón. Llevo semanas durmiendo en el granero, en el mismo lugar en el que dormía él. No entiendo cómo nunca se quejó del dolor

de espalda. Supongo que no quiso molestar. A veces me descubro llorando en mitad de la noche, abrazada a la manta que él usaba. No sé qué hacer. No puedo seguir viviendo aquí. La sola imagen de mi abuela me provoca un dolor infinito. Mi propia familia me ha traicionado. Si Frank muere, su sangre estará en sus manos. No puedo hacer como si nada. No puedo mirarla a los ojos. Por eso me trasladé aquí. De todas formas, no creo que estemos en esta granja por mucho tiempo más. El campo de batalla se está acercando cada vez más a nosotras y los soldados están ampliando las trincheras. El ruido de las bombas y las balas ya no es un zumbido lejano, sino que se ha convertido en un sonido ensordecedor. Temo que uno de estos días acaben luchando en nuestro jardín. Sé que tengo que marcharme de aquí, pero tan solo pensar en dejar a Frank atrás, me mata. No sé dónde lo retienen, pero no puede estar muy lejos de aquí. No soy capaz ni siquiera de pensar en lo peor. No pueden haberlo matado. No. Lo hubiera notado, habría sentido que él ya no está en este mundo. Tan solo espero que esta guerra termine pronto y podamos reunirnos de nuevo. Ahora sé que jamás podré casarme con André. Por mucho que sea lo correcto, por mucho que le haya querido en el pasado. Aquella era otra persona muy distinta a la que soy ahora.

4 de agosto de 1916. Verdún, Francia.

Mis peores temores se han hecho realidad. Esta noche han ampliado todavía más la trinchera. Puedo ver el campo de batalla desde la ventana. Anoche vinieron unos soldados a pedirnos que desalojáramos la casa porque sería peligroso, pero me negué. No puedo marcharme, Frank nunca me encontraría. Ni siquiera sabe mi apellido. A pesar de que no puedo ni

mirarla a la cara, sé que mi abuela me apoya, aunque sus motivos sean totalmente distintos. Esta granja ha sido su hogar durante toda su vida, no tiene ninguna intención de marcharse a vivir a otro lado el tiempo que le quede. Así que aquí estamos, escuchando el ensordecedor sonido de las bombas y los aullidos de dolor de los soldados. Me gustaría decir que estoy tranquila, pero no es cierto. Temo morir aquí y no volver a ver nunca sus ojos.

Violeta frunció el ceño al descubrir que aquellas eran las últimas palabras del diario. ¿Qué quería decir aquello? ¿Camille había huido a otra parte finalmente? Giró la página y descubrió un dibujo. Era un soldado. Tenía las mandíbulas cuadradas y sonreía suavemente. Su cabello y sus ojos parecían claros, aunque era difícil de juzgar bajo el carboncillo. De lo único que estaba segura era de que era guapo. Aquel debía de ser Frank. Camille lo debía de haber dibujado en un intento de mantener vivo su recuerdo.

—¿Está interesante? —dijo la voz de Martin a su lado. Violeta lo miró molesta.

—Esto no es una novela cualquiera —espetó, soltando toda su frustración. Martin tan solo le dedicó una sonrisa torcida. Por fin parecía estar recobrando fuerzas.

—Como no quieres decirme qué es… —murmuró, sin quitarle los ojos de encima.

—Es un diario —acabó diciéndole. El semblante de Martin cobró seriedad de repente.

—¿Escribiste un diario mientras estabas…?

—No. Es de otra persona.

—¿De otra persona? —preguntó, frunciendo el ceño. Violeta puso los ojos en blanco.

—No vas a parar hasta que te lo cuente, ¿verdad?

—Probablemente no.

—Qué pesado —masculló—. Lo encontré en granero —le explicó.

—¿En el lugar en el que estabas encerrada?

—Sí.

—Parece antiguo.

—Lo es. Data de la Primera Guerra Mundial.

—¿Qué dices? ¿Me dejas verlo? —preguntó fascinado.

—No —dijo Violeta, retirando el diario de su alcance—. Podrías subastarlo si te lo dejo.

Martin la miró sorprendido ante aquella acusación, sabiendo que no estaba refiriéndose solamente al diario.

—Violeta, yo nunca…

—No necesito escuchar excusas, Martin —le dijo tajantemente. El hombre se mordió el labio y no dijo nada más en todo el camino.

Actualidad. Bassenthwaite, Reino Unido.

Violeta bajó del coche y observó aquella construcción con la boca abierta. *Stonehill Manor* era un lugar mágico, de aquellos que solo se ven en la películas. Solo que esta vez era real y lo tenía frente a sus ojos. Aquella magnífica casa de campo de estilo inglés de piedra oscura y con montones de ventanas estaba rodeada de cientos de hectáreas de campo y vegetación.

—Nadie vendrá hasta aquí —le dijo Martin.

—¿No podrán rastrearlo siguiendo tu nombre?

—Está a nombre de mi madre —explicó. Violeta lo miró sorprendida.

—Lo tienes todo pensado, como siempre. —Martin pasó por alto el comentario, que le había sonado más a reproche que a halago.

—Vamos adentro, te enseñaré la casa.

Martin abrió aquella enorme puerta de madera con una llave antigua y Violeta escuchó el crujido resonando entre aquellas gruesas paredes. Se esperaba una casa vieja, repleta de polvo y medio abandonada. Sin embargo, se encontró un interior quizá incluso más impresionante que la fachada o los jardines. Quizá los muebles fueran algo viejos, pero estaba todo impecable.

—¿Puedo dejar aquí a Frida? —preguntó con ciertas reticencias.

—Claro —respondió él, abriendo el trasportín en el que estaba la gata. Frida salió corriendo de su jaula y empezó a inspeccionar cada lugar de la casa por su cuenta. Violeta rezó por que no le diera por arañarlo todo.

La chica dejó de pensar en su gata y atravesó la entrada siguiendo a Martin, que la guio hasta un salón acristalado con un

par de sofás y una chimenea encendida.

—¿Hay alguien? —preguntó Violeta, aunque era obvio. Si no, ¿quién había encendido el fuego?

—Sí, Lisa siempre está aquí.

—¿Lisa? ¿Quién es Lisa?

—Nuestra ama de llaves, ella cuida de la casa.

—No me lo creo. ¿Tienes ama de llaves? —preguntó incrédula.

—Claro —respondió como si su sorpresa fuera absurda—. Alguien tiene que mantener todo esto.

—Entonces, ¿tú no sueles venir?

—No. Hacía como diez años que no pisaba esta casa.

—¿Por qué? —preguntó extrañada. Era un lugar precioso, ¿quién no querría ir allí a pasar unas buenas vacaciones?

—Te enseñaré tu habitación —dijo, sin responder a su pregunta.

Violeta quiso insistir, pero no dijo nada al ver que él ya había empezado a caminar hacia la escalinata que los llevaría al piso superior. La joven miró los acabados de aquellas maderas con estupefacción. Mantener aquel lugar debía de costar una fortuna. Sin embargo, sabía que si algo tenía Martin, era dinero. Suspiró, pensando en su pequeño y destartalado estudio. Probablemente, los baños de aquel lugar eran más grandes que su piso entero.

—Es aquí —dijo Martin, deteniéndose ante la primera puerta del pasillo. Violeta observó estupefacta aquella cama con dosel y los muebles totalmente a conjunto. Se percató de que la habitación daba a una enorme terraza.

—Parece sacada de una película —murmuró.

—Sí, hemos rodado algunas aquí.

—¿Qué? —preguntó alucinada—. ¿Lo dices en serio?

—Por supuesto. Es una buena manera de sacarle rentabilidad a la finca.

—Siempre buscándole el beneficio económico a todo… —musitó.

Martin detectó de nuevo aquel tono reproche en su voz, pero la ignoró otra vez.

—Dejaré que te acomodes. Nos vemos a la hora de cenar —dijo, cerrando la puerta y dejándola a solas con sus pensamientos.

Violeta estaba mirando las vistas desde la ventana de su habitación. No podía creer que todavía existieran lugares como aquel, en los

que parecía que el tiempo y los problemas se detuvieran. Desde su habitación podía ver la cordillera de Northern Fells, a los pies del pico Ullock. Además, podía ver un precioso lago en la lejanía. Era un lugar idílico, perfecto para dejar atrás la traumática experiencia por la que había pasado. Sabía que allí sería más fácil tratar de olvidar todo aquello, aunque era consciente de que Susana siempre tendría un lugar en su corazón. Si estaba viva, era gracias a ella. Escuchó que alguien llamaba a la puerta con suaves golpes y se volvió para descubrir a una mujer menuda de unos sesenta años observándola desde el umbral.

—Buenas noches, señorita Artés —le dijo en inglés—. La cena ya está servida.

Violeta la miró, sorprendida ante la reverencia con la que la trataba.

—Puedes llamarme Violeta —respondió con una sonrisa—. Tú debes de ser Lisa.

—Sí —respondió con una sonrisa amable—. No sé si el señor se lo ha dicho, pero tiene ropa en el armario.

—Ah, gracias —respondió, sin saber muy bien qué significaba aquello. ¿Debía cambiarse para bajar a cenar? Quizá no la hubiera entendido bien, su inglés no era demasiado bueno—. Enseguida bajo —dijo. Esperó a que Lisa se marchara y abrió el armario. Encontró un montón de vestidos elegantes, que parecían incómodos y difíciles de poner, así que decidió bajar con los tejanos que Martin le había comprado. Todavía se preguntaba cómo había acertado con la talla.

Bajó por la escalinata y se encontró con una mesa digna de reyes preparada en medio del salón, adornada con una tenue luz de velas y con un enorme pollo rustido en el centro.

—Buenas noches —dijo Martin. Violeta observó que llevaba el pelo mojado, debía de acabar de ducharse. Se había puesto una sencilla camisa blanca y unos tejanos. Agradeció no haberse colocado ninguno de aquellos ridículos vestidos. Hubiera sido absurdo.

—Hola —saludó, sentándose frente a él—. Creo que podría acostumbrarme a esto —respondió, señalando hacia aquel manjar exquisito.

—Lo tendrás siempre que quieras —respondió él, clavando sus

ojos azules en los de ella. Violeta dio un sorbo de vino, tratando de disimular los nervios que le habían provocado sus palabras.

—¿Entonces no vive nadie aquí? —preguntó, algo apenada por que aquella preciosa casa estuviera vacía.

—Mi hermana y mi madre suelen venir a pasar los fines de semana aquí.

—¿Y tu padre?

—Murió cuando yo era pequeño.

Violeta dio otro sorbo de vino, sintiendo que había metido la pata. Debía de haberlo imaginado. ¿Por qué siempre tenía que hacer tantas preguntas?

—Violeta, —dijo Martin, alargando su mano por encima de la mesa hasta la de ella—. Necesito explicártelo.

La joven lo miró fijamente, sabiendo que se refería a su secuestro. No estaba demasiado segura de si estaba preparada para mantener aquella conversación.

—¿Y tú? ¿Pensaste en algún momento en lo que yo necesitaba? —soltó a modo de respuesta, retirando la mano. Martin cerró los ojos, entendiendo su frustración.

—Siento mucho todo lo que ha pasado. Te prometo que si hubiera sabido que algo así podía suceder, jamás me hubiera acercado a ti.

—¿Entonces reconoces que tienes algo que ver en esto?

Martin suspiró, bajando la mirada.

—Lo sabía —espetó Violeta, poniéndose en pie, dispuesta a marcharse.

—¡No! ¡Espera! —dijo él, reteniéndola por el brazo—. No es lo que tú crees.

Violeta se volvió para mirar a aquellos ojos azules que la habían vuelto loca tan solo unos meses atrás. Ahora no sabía lo que sentía por él.

—¿Y qué es lo que yo creo? —preguntó desafiante.

—Piensas que sabía lo de tu secuestro.

—¿Y no lo sabías?

—¡Por supuesto que no! Pensé que me conocías mejor.

—¡Me estás mintiendo! Encontré la nota para Lucrezia —espetó, molesta, soltándose de su brazo.

—¿Qué? —preguntó sorprendido.

—En la que le decías que no podías hacer lo que te pedía, que incluso tú tenías principios.

Martin se quedó blanco.

—¿Me has estado espiando?

—¿No es lo que has estado haciendo tú desde el principio?

—¡Joder, Violeta! —masculló, enfadado, pasándose una mano por la cara—. Deja que te lo explique.

—No, no quiero oír más mentiras. Te voy a decir lo que pienso. Creo que Lucrezia te pidió que me secuestraras, pero tú te negaste. Supongo que ese corazón rocoso que tienes te lo impidió.

Martin soltó una risa baja, indignado.

—Está bien. Admito que me lo pidió.

Violeta lo miró con una sonrisa triunfante.

—Lo sabía. ¿Entonces reconoces que te acercaste a mí por eso?

—Sí, pero no por los motivos que crees. Cuando Lucrezia quiere algo, nunca se detiene. Sabía que aunque yo me negara, encontraría la manera de secuestrarte. Por eso me acerqué a ti. Tan solo quería asegurarme de que estabas bien.

—Ah, qué noble por tu parte —espetó Violeta, con ironía.

—Aprovechó que habíamos discutido para secuestrarte y…

—Ya, conozco la historia a partir de ahí. Gracias —repuso.

—No paré de buscarte en todos estos meses —dijo él.

—No podías soportar la culpa, ¿verdad? —preguntó con dureza.

Martin negó con la cabeza, molesto, dándose cuenta de que, por mucho que le dijera, Violeta seguiría encerrada en el caparazón que se había construido. Tampoco podía culparla por ello.

—Si sabías lo que Lucrezia pretendía, deberías haber ido a la policía. Si lo hubieras hecho, quizá Susana seguiría viva —continuó atacando.

—No podía ir a la policía.

—¿Cómo que no? ¿Qué excusa es esa?

—Sabía que si lo hacía, matarían a Susana. Esa gente es peligrosa.

—¿Entonces sabías que estaban reteniendo a Susana y tampoco hiciste nada? —preguntó indignada, con lágrimas en los ojos.

—Intenté investigar, pero no tenía ni idea de dónde la tenían encerrada.

—No me lo puedo creer… —dijo, mirándole con desprecio—.

Eres como ellos.

—Violeta, no…

Sin embargo, la chica se marchó corriendo escaleras arriba. Martin se dejó caer sobre la silla y se tapó la cara con las manos. Era perfectamente consciente de que no era ningún santo y había hecho cosas de las que no estaba orgulloso. Pero esta vez tan solo había querido proteger a Violeta y liberar a Susana. ¿Cómo había salido todo tan mal?

CAPÍTULO 17

Actualidad. Barcelona, España.

Bruno conducía a toda velocidad por la autopista. Aquello no podía significar nada bueno. ¿Por qué le había llamado de repente su jefe para pedirle que fuera a buscar a Lavinia a un hotel? ¿Qué diablos hacían allí juntos? Ni se le pasó por la cabeza sentir celos. Sabía de sobra que aquello solo podía tener algo que ver con la desaparición de Violeta. Pronto llegó a la ubicación que Martin le había enviado al móvil y bajó del coche como una exhalación. Entró en la recepción del hotel y miró por todos lados, hasta que encontró el cabello corto de Lavinia sobresaliendo por una de las butacas.

—Lavinia —dijo al llegar hasta ella.

—Bruno… —murmuró la chica, lanzándose a sus brazos. Aunque había intentado mantener las formas delante de Martin y Violeta para no asustarla más, estaba aterrada—. Menos mal que has venido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, mirándola preocupado.

Lavinia se separó de él y lo miró a los ojos con gesto de arrepentimiento.

—Será mejor que te lo cuente en otro sitio.

—¿Por qué tanto secretismo?

—Vamos —dijo la chica, agarrándolo de la mano y llevándolo hasta el *parking*—. ¿Dónde tienes el coche?

—Ahí —dijo Bruno, señalando un coche oscuro bastante viejo. Lavinia se acercó hasta el vehículo y entró en cuanto el chico lo abrió. Bruno se sentó a su lado, en el asiento del conductor.

—¿Puedes llevarme a casa? —preguntó con un hilo de voz.

—Por supuesto. Te llevaré a casa en cuanto me cuentes qué ha pasado.

Lavinia lo miró exasperada, pero sabía que debía explicarle la verdad tarde o temprano, aunque le costara una discusión.

—¿Qué hacías aquí con Martin? —insistió.

—Hemos ido a buscar a Violeta.

—¿Cómo? —preguntó con los ojos desorbitados—. ¿Adónde?

—La estaban reteniendo en Francia.

—¿Qué? ¿Has ido hasta Francia tu sola?

—Iba con Martin.

—¿Pero estás loca? Te recuerdo que no nos fiábamos de él hasta hace unos días —le reprochó.

—Tan solo quería ayudar a Violeta.

—¿Poniéndote en peligro?

—Martin ha resultado ser un buen hombre. Además, no me ha pasado nada.

—¿Pretendes que me crea que han soltado a Violeta sin oponer resistencia?

Lavinia tragó saliva, incapaz de explicarle lo del tiroteo.

—Yo me he quedado en el coche. Sabía que no podía pasarme nada allí dentro.

—No digas tonterías. Podría haberte pasado cualquier cosa. Lavinia, tienes que pensar más allá. Tu vida ya no es solo tuya —la regañó, mirando a su vientre—. Si te pasa algo…

—Lo siento —se disculpó. Bruno la abrazó con ternura.

—No vuelvas a hacer algo así sin avisarme. Podría haberos ayudado.

—No quería ponerte en peligro.

—Entonces, ¿admites que era peligroso? —preguntó, arqueando las cejas. Sin embargo, Lavinia pudo ver que ya no estaba enfadado, aunque fingiera estarlo.

—Vale, quizá un poco —respondió con una sonrisa traviesa.

—No tienes remedio. Entonces, ¿Violeta está bien?

—Sí. Bueno, lo bien que se puede estar después de que te hayan secuestrado.

—¿Y dónde está? ¿Habéis ido ya a denunciar todo esto a la policía?

—No, sigue siendo peligroso. Martin y Violeta han tenido que salir del país.

—¿Qué? ¿Se han ido?

—Sí. Por eso estábamos en este hotel junto al aeropuerto.

—Ahora lo entiendo todo.

Bruno arrancó el coche y Lavinia le contó todos los detalles de

aquel intenso día ante las caras de sorpresa y disgusto del chico.

Lavinia se dejó caer en el sofá, agotada. Bruno fue hasta la cocina y le preparó algo de comer. La chica lo observó en silencio durante unos minutos, mientras él estaba concentrado en los fogones. Quizá podría acostumbrarse a tenerlo en casa. Se levantó del sofá y fue en busca del chico. Lo encontró preparando una tortilla y lo miró apoyada en la puerta, con una sonrisa boba en la cara.

—¿Qué miras? —preguntó él riendo—. Pensabas que no sabría ni hacer un huevo frito, ¿verdad?

—No. Tan solo pensaba que podría acostumbrarme a esto.

—¿A que cocinen para ti? —preguntó arqueando las cejas—. ¡Y quién no!

Lavinia se echó a reír.

—Me refería a tenerte cerca, en casa.

—¿Y eso qué quiere decir exactamente?

Bruno la miró atentamente. Lavinia le había confundido demasiado durante todos aquellos meses y era realmente incapaz de entender sus sentimientos.

—Quédate conmigo —dijo ella, acercándose y apagando el fuego. Bruno la miró todavía sin comprender cuando la chica lo rodeó con los brazos.

—¿Esta noche? —preguntó, pensando que quizá todavía estaba asustada por lo del secuestro.

—No. Quiero que te quedes siempre.

—¿Qué? —dijo separándose ligeramente para poder mirarla a la cara—. ¿Me estás pidiendo que me mude contigo?

Lavinia desvió la mirada, nerviosa. Nunca le había pedido algo así a nadie.

—Sí —acabó admitiendo—. Necesitaré ayuda dentro de poco.

—Ah, ya decía yo… —dijo Bruno con una sonrisa triste.

—Que no, no es por eso, tonto —respondió ella riendo tímidamente—. Quiero estar contigo.

—¿Te refieres a que quieres que seamos algo más que amigos?

—Sí. No creo que te haya visto como un amigo nunca —admitió sinceramente.

Bruno la miró largamente, y cerró los ojos aliviado.

—Ya era hora.

Y la besó. Se hubieran quedado toda la noche enredados en sus

abrazos si el sonido del teléfono no los hubiera interrumpido. Lavinia se separó de sus labios, molesta. Sin embargo, cuando vio que era Violeta, no dudó en atender la llamada.

—¿Diga?

—Lavinia, soy yo —dijo la chica. Lavinia se sintió aliviada al escuchar su voz, parecía que ya estaba un poco mejor.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, un poco aturdida —explicó—. El otro día apenas pude darte las gracias por todo lo que has hecho. Si estoy viva es gracias a ti.

—Y, aunque me cueste admitirlo, sobre todo, gracias a Martin —añadió Lavinia.

—¿Martin?

—Sí.

—Ese idiota no se preocupa más que de sí mismo —refunfuñó entre dientes, todavía acalorada por la discusión que habían tenido.

—No quiero ser yo quien lo defienda, Violeta, pero ese hombre… parecía realmente preocupado por ti.

—No. Lo único que le pasaba era que se sentía culpable por meterme en todo este lío.

—Violeta, ahora no ves las cosas con claridad y necesitas buscar un culpable. Es normal. Pero si estás sana y salva es gracias a él. Fue Martin quién descubrió los mensajes en los cuadros. Recorrió medio mundo para poder descubrir lo que nos querías decir.

—¿Qué? —exclamó sorprendida—. ¿No fuiste tú?

—No, Violeta. Yo solo pude apoyarle, pero fue él quién lo investigó todo. Fue él quien decidió meterse en la Zona Roja para salvarte, sin importarle poder saltar por los aires. Palabras textuales, “la sacaré de ahí aunque sea lo último que haga”.

—¿Eso dijo? —preguntó en un susurró.

—Sí, así que no seas demasiado dura con él.

Violeta tragó saliva y asintió ligeramente.

—Lo intentaré. ¿Y tú? ¿Cómo estás tú? Siento no haber podido estar estos meses a tu lado.

—Ni se te ocurra disculparte por eso —soltó Lavinia—. Estarás cuando ella llegue.

—¿Ella? —dijo Violeta, con lágrimas en los ojos—. ¿Es una niña?

—Sí.

—Ay, que me voy a poner a llorar —dijo con la voz rota.

—Vamos, no seas tonta —respondió Lavinia al otro lado, riendo—. Que me harás llorar a mí también.

—Vale, vale. ¿Y qué hay de Bruno?

—Le acabo de pedir que se mude conmigo —respondió, mirando al chico, que seguía a su lado. Bruno le sonrió.

—¿Qué? ¿Estáis juntos?

—Eso parece.

—Madre mía, me he perdido tantas cosas…

—No te preocupes, en cuanto vuelvas te pondremos al día de todo.

—Me da miedo no poder volver a tiempo de verla nacer…

—Por supuesto que volverás a tiempo. Buscaremos la manera.

—Tenemos que denunciar todo esto —dijo Violeta—. No pueden quedar impunes por la muerte de Susana.

—Les haremos pagar —contestó Lavinia—. Por todo lo que han hecho. Lo he estado pensando e iré a la policía. Ahora que estás lejos, esa mafia no podrá hacerte daño. Si le explicamos todo a las autoridades y les indicamos el lugar donde os retenían, seguro que encontrarán las pruebas necesarias para detenerles.

—Pero puede ser peligroso.

—No te preocupes por eso. Nadie sabe que os ayudé a salir de ahí. Te prometo que iré con cuidado.

—No sé… Si te pasara algo…

—Que no va a pasarme nada —dijo con seguridad—. Iré a poner la denuncia mañana mismo.

—Está bien. Le pediré ayuda a Martin. Quizá él tenga más pruebas para incriminarles.

Actualidad. Bassenthwaite, Reino Unido.

Violeta pasó toda la mañana siguiente y gran parte de la tarde encerrada en su habitación. Tenía tanto cansancio acumulado que perdió la cuenta de las horas que durmió. Fue incapaz hasta de bajar a comer. Lisa se limitó a dejarle una bandeja de comida al lado de la mesita de noche y se la comió a media tarde. Cuando quiso darse cuenta, ya había anochecido. Se quedó dormida de nuevo, cansada de no hacer nada. Fue entonces cuando notó una

extraña brisa recorriendo la habitación. Entreabrió los ojos, algo desconcertada. ¿De dónde salía aquel viento? Se le paró el corazón cuando distinguió a una mujer en medio de la penumbra. La miraba con unos ojos azules que parecían inhumanos. Su cabello oscuro ondeaba con el viento y llevaba un ligero vestido de verano. Desde luego, no era Lisa ni nadie a quién conociera. ¿Quién diablos era ella? Se giró, dispuesta a encender la luz y pedirle explicaciones por el susto. Sin embargo, cuando se volvió hacia ella de nuevo, ya no estaba.

Violeta resopló, todavía adormilada y asustada. ¿Habría sido un sueño? Sí, tenía que serlo. Decidió darse una buena ducha para despejarse y salió de la cama en dirección al baño. Allí, se miró en el espejo y decidió que aquellas horas de sueño habían surtido su efecto. Sus ojeras habían desaparecido y tenía un suave color rosado en las mejillas. Suspiró aliviada, ya no parecía una muerta viviente. Se cepilló el pelo y maldijo entre dientes al comprobar que se le había vuelto a enredar. Sin embargo, esta vez consiguió quitarse los nudos. Salió del baño y abrió el armario. Volvió a ver aquellos horribles vestidos y entonces reparó en otro de los conjuntos que Martin le había comprado, colgado en un rincón. Se trataba de unos pantalones oscuros y una blusa azul cielo. Eso era mucho más su estilo, así que no dudó en ponérselo.

—Buenas noches —la saludó Martin, desde el salón cuando la vio bajar. No habían vuelto a hablar desde su discusión de la noche anterior—. ¿Cómo te encuentras hoy?

Violeta estuvo a punto de soltarle una impertinencia, pero entonces recordó las palabras de Lavinia.

—Bien —contestó escuetamente. Se sentó y se sirvió un buen plato de sopa caliente.

Sintió la mirada de Martin y levantó la vista.

—¿Qué pasa? —preguntó molesta ante su escrutinio.

—Tan solo me alegro de ver que estás mejor —respondió él, con una sonrisa que la desarmó. Se maldijo a sí misma por pensar que aquella noche estaba especialmente atractivo.

—Gracias —acabó diciendo, desviando la mirada.

—¿Por qué?

—Lavinia me ha contado que fuiste tú quién encontró el mensaje en los cuadros.

—Sí —se limitó a responder.

—Necesito que me des todas las pruebas que tengas —le pidió la joven entonces, volviendo a mirarle.

—¿Las pruebas?

—Sí, los *emails*, las cartas, fotos, todo lo que tengas que pueda implicar a Lucrezia y toda esa mafia.

—¿Y para qué quieres todas esas cosas? —preguntó entornando los ojos con suspicacia.

—Vamos a denunciar a la policía.

—¿Qué? —exclamó Martin, soltando la cuchara—. No puedes hacerlo.

—¿Cómo que no? ¿Tienes miedo de que te detengan a ti también? ¿Es eso?

—¿Cuándo vas a darte cuenta de que estoy de tu lado? —preguntó Martin, molesto.

—¿Entonces dónde está el problema?

—Tienen a alguien dentro de la policía.

—¿Qué? —preguntó horrorizada.

—Hay un topo. Si Lavinia los denuncia, sabrán que ha sido ella. Y no dejan cabos sueltos.

—¿Quieres decir que irán a por ella? —preguntó con un hilo de voz.

—Ya lo creo.

Violeta tragó saliva, temiendo por la vida de su amiga. Sin embargo, miró a Martin con dureza.

—¿Y cómo sé que todo esto no es una artimaña de las tuyas para que no denunciemos a tus amigos? —preguntó, entornando los ojos.

Martin resopló y se levantó de la mesa, indignado.

—He arriesgado mi vida por ti, he matado a un hombre, he perdido mi trabajo, quizá ni siquiera pueda volver a pisar la que ha sido mi casa los últimos diez años. ¿Y aún dudas de mí? ¿Qué más tengo que hacer?

Violeta lo miró largamente, sin saber muy bien qué contestar a todo eso. Le costaba demasiado confiar en él.

—No sabes el infierno que han sido estos meses —dijo a modo de respuesta, con lágrimas en los ojos—. He pasado frío, sed, hambre, miedo. Un miedo que no soy capaz de describir con palabras. ¿Y sabes en quién pensaba cada vez que maldecía mi mala

suerte? En ti —explicó—. En cómo habías podido engañarme así.

—Violeta… —susurró él, acercándose hasta ella—. Te prometo que si lo hubiera podido evitar…

—Lo sé. Ahora sé que solo me querías ayudar. Pero son demasiados meses odiándote en silencio, culpándote de todo. Necesito tiempo.

Martin la miró largamente y suspiró.

—Tendrás todo el tiempo que necesites —dijo con la voz un poco apagada—. Solo te pido una cosa. Por muy difícil que te resulte, confía en mí. Te daré todas las pruebas para demostrártelo, pero prométeme que no irás a la policía.

Violeta levantó los ojos del plato hasta él y asintió levemente.

—Avisaré a Lavinia.

—¿Estás segura de que podemos confiar en él? —preguntó Violeta, todavía con algo de dudas.

—Sí —contestó Lavinia—. Si Martin quisiera hacernos daño, ya lo hubiera hecho. Además, te ha dado todas las pruebas, ¿no?

—Sí, pero, ¿qué hacemos? —preguntó, desorientada—. Si no podemos ir a la policía, ¿cómo podemos exponerlos?

Lavinia se quedó unos instantes en silencio, dándole vueltas a lo que le acababa de preguntar su amiga.

—Ya lo tengo —contestó Lavinia—. Tú misma lo has dicho. Vamos a exponerlos.

—¿Cómo?

—Seguro que alguien de la prensa estará encantado de escuchar tu historia.

Violeta se quedó unos instantes estudiando la idea de su amiga.

—¿No será peligroso?

—No. Creo que tengo el plan perfecto —susurró Lavinia.

—¿Y cuál es?

Actualidad. Madrid, España.

Julia Ferrer sostenía una taza de té caliente entre sus manos. Miró hacia la calle distraídamente. Aunque aquella joven de ojos claros y cabello dorado solía ser la periodista más productiva de aquella redacción, aquel día se sentía apagada.

—Buenos días, Julia —dijo una voz a sus espaldas. Se giró

dando un respingo y se topó con la sonrisa amable de Aitor—. Ha llegado este sobre.

—¿Es para mí? —preguntó, dándole vueltas a aquel paquete envuelto de mala manera, sin remitente y sin ningún nombre escrito en él.

—No. No pone nada.

—¿Entonces por qué me lo das a mí? —preguntó sorprendida.

—¿Qué más da? Eres la primera redactora a la que he encontrado libre —dijo, incapaz de admitir que había sido una excusa más para acercarse a ella. Había estado enamorado de aquella joven desde el primer día que había pisado la oficina.

—Bueno, veré lo que es.

Aitor se alejó silenciosamente y Julia se concentró en el sobre. Frunció el ceño mientras lo analizaba. No sería nada peligroso, ¿no? Sin embargo, pudo más la curiosidad que el miedo y retiró el papel con cuidado. Descubrió un pequeño USB plateado y lo sostuvo entre sus dedos unos instantes. ¿Qué demonios era aquello? Lo enchufó rápidamente a su ordenador. Abrió un archivo de video y se colocó los cascos. Y escuchó durante una hora a aquella joven pelirroja que le hablaba a la cámara con entereza mientras contaba su cruda historia.

Cuando terminó de ver el video, Julia se tiró hacia atrás con una sonrisa triunfal. Aquella historia abriría los titulares del periódico y, por primera vez en su carrera, publicaría algo que haría temblar al país.

CAPÍTULO 18

Actualidad. Barcelona, España.

Violeta se despertó con aire renovado aquella mañana. Habían pasado dos semanas desde que estaba en aquella mansión y empezaba a sentirse recuperada. Había recobrado algo de peso, casi a la misma velocidad que la energía y las ganas de vivir. Cogió el móvil y se sorprendió al ver un mensaje de Lavinia a aquellas horas. Todavía era temprano.

«Mira las noticias».

Violeta puso cara de circunstancias. No tenía televisión allí. Además, ni siquiera pondrían las mismas noticias en Inglaterra. Así que entró en los periódicos más famosos con su teléfono móvil. Abrió la boca sorprendida al ver que su rostro ocupaba todas las portadas. Su plan había funcionado. Sonrió, sabiendo que la publicación de su vídeo destruiría a aquella mafia para siempre.

La puerta de la habitación se abrió bruscamente y Martin apareció en el umbral, con el pelo revuelto y a medio vestir. Violeta se tapó con la manta para cubrirse, sorprendida ante aquella intrusión. Desde que habían tenido aquella conversación en el salón, trataban de evitarse y la convivencia había sido mucho más tranquila.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó la joven.

—¿Puedes explicarme esto? —respondió él con otra pregunta, acercándose hasta ella y colocando el móvil frente a sus narices.

—Ah, eso… —murmuró, comprendiendo su sorpresa.

—¿Qué has hecho? —preguntó horrorizado.

—Lo que alguien tenía que hacer. Destapar toda esa trama.

—¡Esto es como una sentencia de muerte! ¿Estás loca?

—Dijiste que nadie sabe dónde estamos.

—Pero…

—Estoy demostrando mi confianza en ti, ¿no es lo que querías?

—le dijo con una sonrisa maliciosa—. Solo tú sabes dónde nos escondemos. Si alguien llega hasta mí, serás el único responsable.

—¿Cómo puedes ser tan retorcida? —resopló.

—Ya han empezado a detener a gente —respondió orgullosa, revisando su teléfono y viendo en una fotografía el rostro sorprendido de Lucrezia mientras la policía se la llevaba arrestada —. Su topo no podrá hacer nada por ellos esta vez. Están demasiado expuestos.

Martin se dejó caer en un lado de la cama y se llevó las manos a la cara.

—Reconozco que el plan es bueno —acabó diciendo—. Pero demasiado arriesgado.

—Dijiste que…

—¡Ya sé lo que dije! —exclamó, mirándola frustrado.

—Aquí estamos seguros. ¿De qué tienes miedo? —preguntó ella.

—¿No lo entiendes? ¡Nos has encarcelado en esta casa!

—¿Qué?

—Si vamos a cualquier otra parte, alguien nos verá. Será cuestión de tiempo que nos encuentren.

—Pues nos quedaremos aquí. Lisa puede hacer los recados y…

Martin la miró enfadado.

—¿Cómo has hecho esto sin consultarme? —gritó.

—¿Ahora tengo que pedirte permiso?

El hombre apretó las mandíbulas, intentando calmarse y recuperar la frialdad que le caracterizaba.

—¿Qué problema tienes con esta casa? —soltó entonces Violeta. Aquella era una reacción desmesurada. Él no solía ser tan impulsivo. Martin la miró de nuevo, dolido, pero no contestó. Salió de la habitación tan rápidamente como había entrado.

Aquella tarde, Violeta salió a dar un paseo por la casa. Era tan grande que todavía no se la conocía. De hecho, era la primera vez que se atrevía a recorrerla sola. Las otras veces, Lisa o Martin la habían acompañado. Se adentró por uno de los pasillos principales y se encontró en otro pasadizo más pequeño, que daba a una pequeña galería con tres puertas. Violeta avanzó hasta allí con calma y abrió una de ellas. Daba a una habitación bastante parecida a la suya. Se preguntó dónde dormiría Martin. ¿Estaría en esa ala de la casa o habría preferido quedarse en la otra punta? Cerró la

puerta y abrió la contigua. Se sorprendió al no encontrarse con otro cuarto. Esta estancia escondía una vieja biblioteca, que parecía sacada de otra época. Violeta entró y recorrió aquellos antiguos libros con la vista. Se percató de que había numerosos tratados de anatomía y enciclopedias médicas. Sintió un escalofrío, como si estuviera perturbando algún lugar sagrado. Entonces, reparó en un cuadro colgado en la pared central de la sala. Era el retrato de un hombre trajeado. Observó con curiosidad el porte orgulloso de aquella mirada azul. Su cabello rubio estaba peinado hacia atrás y sus mandíbulas cuadradas entornaban una sonrisa suave. Era atractivo. ¿Quién debía ser? ¿Por qué le resultaba familiar?

Escuchó la puerta abrirse a sus espaldas y dio un respingo, para toparse con unos ojos azules idénticos a los del cuadro.

—Violeta, ¿qué haces aquí? —preguntó, entre sorprendido y molesto—. Llevo una hora buscándote.

—¿Qué pasa?

—La comida ya está lista.

—Ah, claro —dijo, dándose cuenta de que había perdido la noción del tiempo—. ¿Quién es? —preguntó, dirigiéndose de nuevo hacia el lienzo.

—Mi bisabuelo —contestó él.

Violeta sonrió.

—Os parecéis.

—¿Tú crees?

—Sí. Tenéis los mismos ojos orgullosos.

Martin la miró fijamente, preguntándose si todavía lo odiaba. Violeta se acercó hasta él y le sonrió suavemente, como si aquello fuera la respuesta silenciosa a su pregunta.

Violeta se tumbó en la cama, algo desconcertada. Por primera vez desde que la había salvado, no se había sentido incómoda en la presencia de Martin. Habían comido tranquilamente sin discutir. Quizá había logrado dejar de odiarle. ¿Pero por qué seguía sintiendo ese nudo en el estómago cada vez que lo tenía cerca?

Decidió dejar de pensar en él y cogió el diario de Camille. Lo ojeó de nuevo, echando de menos sus palabras. ¿Qué habría sido de ella? ¿Y qué había pasado con Frank? Sentía una terrible curiosidad por saber qué había pasado con sus vidas. Entonces, se topó de nuevo con los dibujos de la joven. Antes no los había observado con

atención, demasiado abstraída en la historia que contaba el diario. Sin embargo, esta vez los analizó detalladamente. Camille había sido muy buena. En otra época, quizá hubiera podido ser pintora, pensó apenada por la vida que le había tocado vivir a aquella joven. Entonces, se topó de nuevo con el retrato de Frank. Frunció el ceño.

—Un momento…

Saltó de la cama con el diario en la mano y recorrió los pasillos de la casa como una exhalación, tratando de recorrer el mismo camino que había hecho unas horas atrás. No tardó en encontrar la biblioteca. Avanzó hasta el lienzo del bisabuelo de Martin y se puso el retrato de Frank al lado. No era posible. ¿Cómo podían parecerse tanto? ¿Sería casualidad?

Violeta cerró el libro y recorrió la casa en busca de Martin. Abrió montones de puertas sin encontrarlo. Se apoyó en la pared, frustrada, después de media hora buscando.

—¿Qué busca, señorita? —Era la voz de Lisa. Violeta levantó la vista hacia ella.

—¿Sabe dónde está Martin?

—¿El señor? Debe de estar en su habitación.

—¿Y dónde es?

—¿No lo sabe todavía? —preguntó sorprendida—. Se encuentra justo al lado de la suya.

Violeta sonrió como buenamente pudo, sintiéndose estúpida. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿De qué material estaban hechas aquellas paredes? No lo había escuchado ni una sola vez.

—Gracias —dijo, mientras caminaba aceleradamente hasta su habitación. Se detuvo en la puerta de al lado y respiró profundamente, tratando de disimular que llevaba media hora corriendo por la casa como una loca. Llamó a la puerta y Martin no tardó en aparecer, con unos pantalones de chándal y una camiseta de deporte. Nunca le había visto vestido así.

—¿Vas a salir a correr? —preguntó con curiosidad.

—Sí. Me gusta correr por la finca. ¿Quieres venir? —preguntó.

—Ah, no. Gracias. —El deporte no era lo suyo.

—Veo que has descubierto dónde duermo —dijo con una sonrisa.

—Sí, Lisa me lo ha dicho. ¿Por qué no me dijiste que estabas al lado?

—¿Tenías miedo de que te escuchara roncar? —contestó él, riendo.

—¡Yo no ronco! —soltó, avergonzada. ¿La habría escuchado?

—Supongo que habrás venido hasta aquí para algo más, ¿no? —preguntó Martin maliciosamente.

—Ah, sí, claro. ¿Cómo se llamaba tu bisabuelo?

—Frank.

—¿Qué? —preguntó alucinada—. ¿En serio?

—¿Qué te pasa? No es un nombre tan raro —dijo con una mueca.

—¿Cuál era su apellido?

—Hayden —contestó extrañado ante aquel interrogatorio—. ¿Por qué te interesa tanto mi bisabuelo de repente?

Violeta se mordió el labio. El apellido no coincidía. Camille había escrito Frank Schmidt, no Frank Hayden. Quizá tan solo fuera una coincidencia.

—¿Vas a contestarme? —preguntó Martin, todavía esperando una respuesta.

—Ah, es solo que… —le tendió el diario.

—Oh, por fin me dejas ver esta reliquia —dijo contento, sosteniéndolo en las manos—. ¿Qué pasa con el diario?

—Mira este retrato —dijo la chica, moviendo las páginas hasta llegar al dibujo de Camille. Martin frunció el ceño, apreciando la calidad de los trazos.

—Es bueno.

—Eso ya lo sé —respondió exasperada—. ¿No te recuerda a alguien?

Martin volvió a mirar el dibujo y entonces recordó la excursión que Violeta había hecho hasta la biblioteca de su bisabuelo.

—¿Crees que se parece a mi bisabuelo? —preguntó, entornando los ojos mientras miraba el dibujo.

—¿Tú qué opinas?

—Sí, ahora que lo dices… podría ser la misma persona.

—Ambos se llaman Frank —añadió la chica.

—¿Crees que este hombre es mi bisabuelo? —preguntó arqueando las cejas.

—No estoy segura.

—¿De qué época es?

—De 1916.

—Mi bisabuelo debía de tener cerca de treinta años entonces.

—Eso encaja con lo que dice. ¿Sabes si estuvo destinado en Francia?

—No lo sé. Lo cierto es que no solía hablar de la guerra. Además, yo era solo un niño cuando murió. Quizá mi madre tenga más información.

—¿Crees que podrías preguntarle?

—Sí, supongo que sí. ¿Y qué dice el diario sobre ese tal Frank?

—Era un soldado alemán.

—¿Alemán? —preguntó con curiosidad.

—Sí.

—Creo que mi bisabuelo era inglés —respondió confundido—. Probablemente no sean la misma persona. Igualmente, ¿dice algo más que pueda ser útil?

—Era médico.

Martin la miró unos instantes y se pasó la mano por el pelo, pensativo.

—Como él.

—¿También era médico? —preguntó, con un hilo de esperanza. ¿Y si el destino había querido que conociera el final de aquella historia? ¿Y si el bisabuelo de Martin era Frank?

—Sí —musitó, empezando a dudar. Quizá aquel hombre sí que fuera su bisabuelo—. ¿Me dejas leerlo? —le preguntó.

—Sí. Supongo que a Camille no le importaría.

—¿Quién es Camille?

—La mujer que escribió el diario.

Martin frunció el ceño.

—Mi abuela, la hija de Frank, también se llamaba Camille.

—¿Qué? —preguntó sorprendida—. ¿Crees que es otra coincidencia?

—Me empieza a parecer algo más.

CAPÍTULO 19

Violeta no durmió demasiado bien aquella noche. No paraba de darle vueltas a lo que había descubierto. Si resultaba que aquel hombre era familiar de Martin, quizá pudiera investigar un poco más y descubrir qué había pasado con ellos.

Escuchó ruidos y voces en el piso de abajo y salió de la habitación, sorprendida. Pensaba que tan solo estaban Lisa, Martin y ella en la casa. ¿De quién eran aquellas voces femeninas? La joven miró hacia el piso de abajo desde la escalinata y descubrió a dos mujeres hablando alegremente con Lisa. Las dos tenían una hermosa cabellera y unos ojos azules que le recordaron a los de Martin. El hombre salió de la habitación y se quedó a su lado.

—Buenos días, Violeta —saludó con una sonrisa.

—¿Quiénes son? —preguntó en un susurro.

—Mi madre y mi hermana. Les pedí que vinieran. Así quizá descubramos la verdad sobre mi bisabuelo.

—Vaya, qué rápido —musitó, sorprendida.

—Parecía importante para ti… —murmuró desconcertado.

—Sí, pero… —No estaba preparada para conocer a su familia.

—Baja, te las presentaré.

Violeta lo miró horrorizada. ¿Acaso no se había dado cuenta de que iba en pijama y sin peinar?

—Dame diez minutos.

—Ah, sí, claro —contestó él, reparando entonces en el detalle.

Violeta rebuscó nerviosamente por el armario. No le había dado tiempo a ver demasiado, pero aquellas mujeres parecían muy elegantes. Resopló, deseando que Lavinia estuviera allí para asesorarla. La echaba de menos. No era lo mismo hablar por teléfono que comer helado juntas.

—Tú también la echas de menos, ¿verdad? —dijo, mirando a Frida, que se refregaba por sus piernas—. ¿Qué te parece esto? —le preguntó a la gata, enseñándole un sencillo vestido de color verde oliva. Frida maulló, como si le estuviera dando su aprobación.

Violeta se enfundó el vestido y se adecentó el pelo. Se miró en el espejo y dio una vuelta sobre sí misma. Sin embargo, su sonrisa se quedó congelada en sus labios al ver su espalda. Las cicatrices sobresalían por el vestido, que no lograba taparlas. Se mordió el labio reprimiendo las ganas de llorar. Buscó en el armario hasta que dio con una rebeca negra. Se cubrió la espalda y respiró hondo, tratando de recobrar la tranquilidad. Cuando se calmó, bajó rápidamente la escalinata y entró en el salón, donde las dos mujeres hablaban con Martin animadamente. Sus risas se cortaron en cuanto Violeta entró en el salón. Martin la miró unos segundos, sorprendido al verla tan bien vestida. Y le sonrió.

—Mamá, te presento a Violeta. Violeta, esta es Sarah, mi madre.

La mujer se acercó hasta ella y le dio un cálido abrazo. Parecía amable.

—Y esta es Helen —dijo, señalando a la chica, que debía de tener su edad.

—Encantada —dijo Violeta, en su inglés oxidado.

—Me alegro de conocerte —dijo Sarah con una sonrisa—. Martin no traía a nadie a esta casa desde Claire. Ya era hora.

Violeta miró incómodamente a Martin. De nuevo aquella Claire. ¿Quién era esa mujer? ¿No se suponía que tan solo era una amiga? Se sintió engañada de nuevo, pero trató de mantener la compostura delante de su familia. No quería causar una mala impresión el primer día. La madre de Martin se dio cuenta enseguida de que había metido la pata.

—¿Quieres desayunar con nosotros? —preguntó rápidamente, tratando de cambiar de tema.

—Claro.

Se sentaron en la mesa que Lisa había preparado rápidamente y empezaron a untar algunas tostadas.

—Bueno, ¿y cómo os conocisteis? —preguntó Helen, mirando primero a Violeta y después a su hermano con una sonrisa pícara—. Martin es tan reservado… No sabíamos ni que saliera con alguien.

—No, es que… —Violeta se disponía a sacarla de su error, pero Martin la interrumpió.

—Nos conocimos en el trabajo —contestó.

—Vaya, ¿en serio? —preguntó sorprendida.

—Sí. Violeta es pintora y vino a las oficinas a pintar un cuadro

en una de las salas de reuniones.

—¿Y cuánto hace que salís?

—Solo unos meses —contestó él. Violeta lo fulminó con la mirada. ¿Cómo podía engañar así a su propia familia?

Violeta se pasó el resto del día encerrada en su habitación, incapaz de mantener la farsa frente aquellas dos mujeres. Le habían parecido amables e inocentes, ¿por qué Martin era tan distinto a ellas? ¿Cuándo se había vuelto así de frío y calculador?

Se quedó tumbada en la cama acariciando a Frida hasta bien entrada la noche. Cuando ya había anochecido por completo, escuchó que alguien llamaba a la puerta. Era Lisa.

—Señorita, la cena ya está preparada.

—Gracias.

Violeta rebuscó en el armario y encontró un vestido rojo de manga larga. Era demasiado apretado para su gusto, pero era el único que le cubría la espalada lo suficiente para tapar sus cicatrices. Se pintó los labios a conjunto y bajó. Ya estaban todos en el salón. Se alegró de haberse arreglado. Aquella parecía una cena de gala. Martin iba incluso con traje. El hombre se levantó de la silla y se acercó hasta ella, a cierta distancia de su familia.

—Estás preciosa —dijo, cogiéndola de la mano.

—Corta el rollo —susurró, molesta—. Tenemos que hablar.

—Sígueme la corriente. No quiero decepcionarlas.

—¿En serio? ¿Vamos a fingir que somos una pareja feliz?

—Por favor —le pidió con ojos suplicantes.

Violeta se soltó de él con discreción y caminó hasta Sarah y Helen.

—Buenas noches —dijo, con la mejor de sus sonrisas. Las dos mujeres la saludaron con amabilidad. Empezaron a comer mientras hablaban de temas banales. Entonces, Martin se aclaró la garganta.

—Mamá, el otro día justo estaba enseñándole la casa a Violeta y acabamos entrando en la biblioteca del bisabuelo Frank. ¿Aún conservas sus cosas?

—Por supuesto. Ni se te ocurra tirarlas —le soltó su madre.

—Estabais muy unidos, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. Aunque era mi abuelo, fue como un segundo padre para mí.

—Entonces, sabrás si… ¿luchó en la guerra?

—Oh, sí —respondió ella, sorprendida ante aquel extraño interrogatorio—. Aunque no hablaba mucho sobre ello.

—¿Por qué no?

—Supongo que no tenía buenos recuerdos. Tan solo lo mencionó una vez.

—¿Y qué te dijo?

—Creo que lo destinaron a Francia. No sé lo que debió pasar allí, pero no pudo volver a casa.

—¿Qué quieres decir?

—Frank nunca volvió a pisar su país.

—¿Entonces no era inglés?

—Tu bisabuelo era alemán.

Martin clavó los ojos en Violeta. Aquella era la confirmación que necesitaban.

—¿Y cómo acabó en Inglaterra? —preguntó él, con curiosidad.

—Nunca me lo dijo. Sé que fue prisionero de guerra en Francia durante un tiempo, pero consiguió escapar. No sé en qué lío debió meterse con la justicia alemana, pero incluso cambió su apellido por el de su mujer cuando emigró a Inglaterra.

—¿Hayden no era su apellido?

—No, era el de su esposa. Después de la guerra se casó con Martha, tu bisabuela, y adoptó su apellido.

—¿Recuerdas su verdadero apellido? —preguntó Martin, frunciendo el ceño.

—Mmmm… no estoy segura —murmuró pensativa—. Algo así como Smith.

—¿Schmidt?

—Sí, ¡eso! —dijo chasqueando los dedos—. ¿Por qué tantas preguntas? —le dijo Sarah—. Nunca habías estado tan interesado en él.

—Ah, es solo que al ver la biblioteca me he acordado de él.

La mujer pareció satisfecha con la respuesta y le sonrió. Violeta se quedó en silencio, sin prestar demasiada atención al resto de la conversación, que ahora giraba entorno a una vecina que había comprado unas cuantas cabras. Volvió a pensar en lo que había dicho la madre de Martin. Si Frank Schmidt era su abuelo, quería decir que, a pesar de todo, había sobrevivido a la guerra. Sin embargo, ¿había olvidado a Camille y se había casado con otra

mujer? ¿Qué habría pasado con ella?

Acabaron de cenar y sirvieron unos postres dignos de un festín, pero Violeta no probó bocado. Aquella historia le había quitado el hambre, aunque le costaba reconocer que no era tan solo por el matrimonio de Frank con otra mujer por lo que estaba así. Le dolía saber que Martin la había engañado de nuevo. Aunque no la habían vuelto a mencionar, estaba claro que aquella tal Claire no había sido tan solo su amiga. Parecía que había sido alguien importante en su vida. Y odiaba sentirse así. Celosa y traicionada.

Agradeció que Sarah y Helen se retiraran pronto a dormir. Violeta subió a su habitación sin ni siquiera despedirse de Martin y cerró con llave. No quería que nadie la molestara. Abrió uno de los cajones de su mesilla de noche y rescató algo que había comprado en el aeropuerto en un descuido de Martin. Una cajetilla de cigarros. Acababa de decidir que aquel era un buen momento para dejarse llevar por su peor vicio. Abrió el paquete y cogió un par de cigarrillos y el mechero. Abrió la puerta de aquella terraza que todavía no había inspeccionado. Sintió una oleada de aire frío a través de la tela del vestido, pero no le dio importancia. Después de tantos meses de frío en aquel granero, podía soportarlo casi todo. Se sorprendió al comprobar que aquel lugar era enorme y estaba repleto de plantas y flores preciosas. También había una mesa de hierro forjado con un par de sillas en el centro. Vio que había otro acceso a la terraza, pero no le dio demasiada importancia. Encendió un cigarro y le dio una calada. Cerró los ojos y cuando los abrió miró hacia la luna llena, que lucía resplandeciente aquella noche.

—¿Has vuelto a fumar? —dijo una voz masculina a sus espaldas. Respondió con una mueca al comprobar que era Martin. El otro acceso debía de dar a su habitación.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, molesta por la interrupción.

—Tan solo quería salir a tomar un poco el aire.

—Claro —repuso con una sonrisa fingida, sabiendo perfectamente que estaba allí por ella. Nadie en su sano juicio saldría afuera con aquel frío. A no ser que fuera para fumar.

—¿Estás molesta conmigo?

—Oh —dijo simulando sorpresa, volviéndose hacia él y tirándole el humo—. ¿Por qué tendría que estarlo? —preguntó con ironía.

—Es por lo de Claire, ¿cierto?

—Vaya, qué observador —contestó, mirándole con desprecio—. ¿Por qué te empeñas en mentirme?

—En aquel momento no podía explicarte la verdad.

—Vaya, ¿y ahora sí? Pues soy toda oídos.

—Siéntate —dijo él, señalando a la silla.

—Prefiero quedarme de pie —lo desafió, apoyándose en la barandilla. Martin se quedó frente a ella—. ¿Vas a decirme de una vez quién es Claire?

—Era mi novia. —Violeta frunció los labios, tratando de disimular su incomodidad al pensar en él con otra mujer. No dijo nada, esperando a que el hombre continuara hablando—. Claire era la hija del dueño de Laroche Auctions. Yo acababa de entrar a trabajar en la empresa y la conocí en una subasta. Tengo que admitir que me enamoré de ella locamente. —Violeta apretó la barandilla con fuerza al escuchar sus palabras. Martin miró hacia sus manos, percatándose del detalle—. Pero ella resultó ser el mayor error de mi vida.

—¿Por qué?

—Al principio, todo era perfecto, casi como en una película. Al cabo de un año, le pedí que se casara conmigo, así que me presentó a su familia. Ya te habrás dado cuenta de que no vengo de una familia humilde, pero lo de aquella gente era extraordinario. Tenían palacios enteros, fincas enormes y un poder que jamás había imaginado que una familia pudiera tener. Una noche, su padre me llevó a su despacho a solas. No recuerdo exactamente las palabras, pero vino a decirme que, ahora que formaba parte de la familia, debía conocer todos sus secretos si iba a estar al lado de su hija. En aquel momento supe que me había metido en un buen lío al enamorarme de ella. Aquella familia era peligrosa. Aquel día descubrí algo que ya sospechaba. La familia Laroche lo controlaba todo y no dudaba en matar si hacía falta. Y aquel hombre me hizo cómplice de sus delitos al contármelo. Creo que mantuve el tipo, aunque salí de aquel despacho aterrorizado. Fui corriendo a contárselo a Claire, que era el ser humano más inocente y noble que había conocido nunca. ¿Cómo podía una mujer así haber salido de aquel hombre despiadado? Sin embargo, cuando se lo conté todo, me sonrió y me dijo exactamente las siguientes palabras: “Eso es que confía en ti”. Ni siquiera se extrañó por lo que le expliqué. Lo

sabía todo. Resultó ser su mano derecha en la sombra. Nunca se planteó que lo que hacían era horrible, para ella era su modo de vida. Pasé semanas encerrado en mi casa, incapaz de afrontar aquella terrible verdad. La Claire que conocía no era como yo creía. Al igual que su padre, no tenía conciencia. Al final, me armé de valor y fui a verla. Le pedí que rompiéramos nuestro compromiso. No podía entrar en aquella familia de mafiosos.

Violeta escuchó toda la historia en silencio, con la boca abierta. El cigarro se había consumido entre sus dedos sin que se diera cuenta, abstraída por sus palabras.

—¿Y entonces qué pasó? ¿Te marchaste de Laroche Auctions? ¿La empresa sigue siendo suya?

Martin sonrió con resignación.

—Ojalá me hubiera marchado muy lejos en aquel momento, pero no lo hice. Seguí yendo a trabajar como si nada, hasta que un día, el director me llamó a su despacho.

—¿El director?

—Sí, el padre de Claire es el director de la empresa cuando no está manejando sus negocios turbios. Cuando entré en su despacho, sentí un aire terriblemente frío. Me miró de tal manera, que creí que me mataría allí mismo. Pensé que era por haber roto el compromiso con su hija, pero lo que me dijo me dejó completamente devastado.

—¿Qué te dijo? —preguntó impaciente.

—Claire se había suicidado. Y su padre tiró sobre la mesa su nota de despedida. No recuerdo lo que hice. Creo que ni siquiera respiré cuando me golpeó la primera vez.

Violeta se llevó las manos a la cara, incapaz de asimilar aquella terrible historia.

—Dejé que me pegara. Ni siquiera sentía dolor, tan solo podía escuchar sus palabras retumbando en mi cabeza. Claire estaba muerta por mi culpa. Porque la había dejado. Al contrario de lo que pensé que haría, su padre no acabó conmigo. Me ascendió y me puso en una posición privilegiada en su empresa.

—¿Qué? ¿Por qué haría eso?

—La culpa que sentía era el arma más poderosa que tenía aquel hombre contra mí. Con tal de redimirme, hice todo lo que me pidió. Tampoco tuve elección. Sabía que si no hacía lo que me decía, me

mataría.

—¿Qué? ¿Te amenazó?

—No. No hizo falta. Sabía perfectamente de lo que era capaz. Así que llevo los últimos diez años de mi vida sirviendo a un delincuente.

—¿Nunca pensaste en huir?

—No —respondió—. Supongo que en el fondo pensaba que esa vida miserable era lo que merecía por haber provocado la muerte de Claire.

—Pero no fue tu culpa, quitarse la vida fue su decisión —le dijo, empezando a sentirse mal por él. Quizá detrás de todas sus acciones había motivos de peso.

—Yo sabía que Claire era frágil —murmuró—. Había pasado por varias depresiones. Y no pensé en ella. Debí haberlo imaginado.

Violeta se mordió el labio y le tocó el brazo, tratando de reconfortarlo. Había olvidado por completo su enfado.

—¿Y por qué me ayudaste? —preguntó, levantando los ojos hasta los de él.

—El padre de Claire se encargaba de ocultarme los asesinatos y los secuestros de su organización. Sabía que yo, en el fondo, tenía principios. Podría robar, encubrir falsificaciones y mil delitos más, pero nunca permitiría que le hicieran daño a alguien. Sospechaba todo lo que pasaba a mis espaldas, pero no saberlo lo hacía de algún modo más soportable. Un día, por accidente, me enteré de lo de Susana. Supe que había sido él, pero no tenía ningún modo de descubrir dónde la ocultaban. Entonces, Lucrezia, que ahora es la mano derecha de ese hombre, me pidió que te secuestrara.

—¿A mí?

—Sí. Me prometí a mí mismo que no dejaría que te pasara lo mismo que a Susana, así que me acerqué a ti para protegerte. Cuando te secuestraron, casi me vuelvo loco. Te busqué por todas partes. Removí cielo y tierra hasta que di contigo.

Violeta se miró los pies, conmovida ante sus palabras. Había sido demasiado dura con él. Martin tan solo había querido protegerla desde el principio.

—Siento haber sido cruel contigo estos días —acabó diciendo con un hilo de voz.

—Supongo que tenías derecho a estar enfadada.

Violeta sonrió y se encendió el otro cigarrillo.

—¿De verdad tienes que fumar eso? —dijo disgustado.

—Me relaja —contestó, dando otra calada, apoyándose con los brazos sobre la barandilla y mirando hacia el jardín de la casa—. ¿Nunca has vuelto a estar con alguien? —le preguntó de repente.

—No. El recuerdo de Claire me perseguía —confesó. Martin se quedó en silencio unos segundos, hasta que encontró el valor de continuar—. Pero entonces te conocí a ti.

Violeta se incorporó y lo miró sorprendida. ¿Qué había querido decir con aquello?

—¿Qué…?

Martin le arrancó el cigarro de entre los dedos y lo tiró al suelo con decisión. Después, la agarró por la cintura y la atrajo hacia él. La miró un instante a los ojos y luego la besó. Violeta sintió una corriente eléctrica en el estómago al sentir sus labios. No. No podía perdonarle tan fácilmente. Sin embargo, su cuerpo no opinaba lo mismo. Su mano agarró a Martin por la nuca y sus dedos se enredaron en su pelo. Entonces, el hombre se separó bruscamente de ella.

—Perdona, no debería haber hecho eso —se disculpó, recuperando la compostura y dando un par de pasos hacia atrás.

Violeta lo miró largamente, estudiando lo que debía hacer a continuación, pero no tuvo la oportunidad de reaccionar. Martin se había marchado a toda velocidad.

CAPÍTULO 20

La habitación estaba completamente a oscuras. Tan solo se filtraba tímidamente la luz de la luna por la ventana. Sin embargo, Martin llevaba meses teniendo el sueño muy ligero. Sintió una leve caricia en la mejilla y frunció el ceño, con los ojos todavía cerrados. Entonces escuchó un ruido y los abrió ligeramente espantado. ¿Qué había sido eso? Se incorporó en la cama y le pareció ver la silueta de una mujer justo al lado de la ventana. La cortina ondeaba al viento y apenas podía verle el rostro, pero sabía que era ella. Claire. Su piel clara y el contraste con su cabello negro azabache eran inconfundibles.

Martin sintió que se le paraba el corazón. ¿Estaba viendo un fantasma? Se frotó la cara, tratando de despertarse. Debía de estar soñando. Cuando miró de nuevo hacia donde la había visto, ya no estaba. Se levantó y encendió la luz, con el pulso todavía acelerado. Comprobó que no había nadie en la habitación y se dejó caer de nuevo sobre el colchón, algo más calmado. No era la primera vez que la veía. Claire lo había perseguido en sus pesadillas durante años. Sin embargo, hacía tiempo que no soñaba con ella. ¿Sería que inconscientemente se sentía culpable por haber besado a Violeta? Un escalofrío recorrió su cuerpo y notó que hacía más frío de lo habitual en su habitación. Entonces, se dio cuenta de un detalle que le puso los pelos de punta. ¿Quién demonios había abierto la ventana? Estaba completamente seguro de haberla cerrado anoche. ¿Realmente le había visitado el fantasma de Claire? Tragó saliva y cerró rápidamente la ventana, como si temiera que el espíritu volviera a colarse en la habitación. Supo que no podría volver a dormirse, así que, aunque ni siquiera había amanecido, se vistió con algo de ropa cómoda y salió al pasillo.

Violeta tampoco podía dormir aquella noche. Todavía sentía los labios de Martin sobre los suyos. Resopló y dio una vuelta más en la cama, incapaz de conciliar el sueño en aquel estado de nervios. Entonces, escuchó la puerta de la habitación contigua cerrarse. Se

levantó de la cama, se cubrió con un batín y salió a investigar.

El corazón le dio un vuelco cuando se encontró de frente con él. Martin la miró unos segundos y Violeta tuvo la sensación de que estaba algo alterado.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —preguntó él.

Violeta respondió con una mueca y apartó la vista, incapaz de mirarle a los ojos con normalidad. Se sintió como una niña de cinco años, pero no pudo evitarlo.

—¿Quieres un té caliente? —preguntó Martin.

—Vale —dijo Violeta, aunque estaba segura de que la teína sería contraproducente.

Bajaron a la cocina sigilosamente, tratando de no despertar a Sarah y Helen. Martin preparó una tetera y le tendió una taza humeante a Violeta, que lo observaba silenciosamente desde uno de los sillones.

—Siento lo que pasó ayer —dijo Martin. El ambiente entre ellos estaba enrarecido. Quizá hablar del tema rebajara un poco la tensión.

—No te preocupes —contestó Violeta, aunque no apartó los ojos de la taza que tenía entre sus dedos.

—Ojalá mi madre y Helen no tarden mucho en despertarse. Tengo hambre —confesó con una sonrisa. Violeta lo miró y vio que se estaba esforzando por mantener una conversación normal.

—Sí. Yo también —respondió ella tímidamente.

—Espero que no te moleste que las haya llamado. Llevaba tiempo sin verlas y…

—No, para nada. Me cayeron genial —se apresuró en decir Violeta. Y era cierto, hablar con alguien más que no fuera Lisa o Martin había sido como un soplo de aire fresco—. Mañana podríamos ir a dar un paseo con ellas por el campo. ¿Qué te parece? —sugirió, intentando evitar quedarse a solas con él lo mínimo posible.

—Me temo que no va a poder ser.

—¿No? ¿Por qué no? —preguntó extrañada.

—Se marchan hoy.

—Vaya, ¿tan pronto? —musitó con fastidio.

—Sí, solo han venido a pasar el fin de semana. Mañana trabajan.

—Qué pena.

—No te preocupes, puedes volver aquí siempre que quieras.

Violeta le dedicó una sonrisa forzada. Si su familia se marchaba, eso quería decir que volverían a quedarse solos.

Helen no tardó demasiado en bajar a desayunar. Le dedicó una cálida sonrisa a Violeta y después saludó a su hermano con un fugaz beso en la mejilla.

—Mamá me ha pedido que subas —le dijo—. Creo que necesita ayuda con una maleta.

—Ah, sí, claro —dijo Martin, terminándose de un sorbo el té, que ya se había enfriado. Salió del salón y Violeta sintió que Helen la miraba fijamente. Se giró hacia ella y le sonrió algo desconcertada por su escrutinio.

—A veces es un poco frío, pero se nota que está coladito por ti —le dijo de repente. Violeta la miró sorprendida.

—¿Qué? —balbuceó.

—No te quita los ojos de encima. Incluso él, que parecía de piedra, ha resultado tener un corazón —dijo riendo.

Violeta sonrió nerviosamente, recordando que se suponía que eran pareja. Quizá Helen tan solo le estuviera diciendo aquello pensando en hacerla sentir mejor. Sabía que su hermano podía ser como un témpano de hielo.

—Supongo que sí —acabó diciendo Violeta, deseando salir airosa de aquella extraña conversación. Entonces se le ocurrió que aquella era una oportunidad de oro para investigar sobre su historial amoroso—. ¿No suele traer a chicas aquí? —preguntó.

—¿Quién? ¿Mi hermano? —preguntó, como si estuviera de broma—. Qué va. Ni siquiera ha pisado esta casa en los últimos diez años.

—¿Por qué no? —preguntó con curiosidad.

—Creo que le recuerda a ella.

—¿Te refieres a Claire?

—Sí. Vivieron aquí un tiempo. —Violeta desvió la mirada, algo incómoda, comprendiendo por fin las reticencias de Martin para quedarse en esa casa—. Lo siento, no debería haber hablado de ella —dijo rápidamente Helen.

—Tranquila, la culpa es mía por preguntar —le contestó Violeta con una sonrisa.

Martin alcanzó la maleta que había sobre el armario con cierta dificultad. Después, se la tendió a su madre.

—¿Se puede saber cómo has llegado a ponerla ahí arriba?

Sarah le sonrió inocentemente y se encogió de hombros. Martin le dedicó una mueca y dio media vuelta dispuesto a marcharse de nuevo al salón.

—¿De verdad crees que te he hecho subir solo por la maleta? —dijo su madre justo antes de que abriera la puerta. Martin se detuvo en seco. Dio media vuelta y la miró interrogativamente.

—¿Qué pasa?

—A mí no me engañarás tan fácilmente como a Helen —soltó su madre.

—¿De qué estás hablando?

—Sé que no sales con esa chica.

Martin puso los ojos en blanco y la miró con cara de fastidio.

—¿Cómo lo has sabido?

—¿Todavía piensas que puedes ocultarle algo a tu madre?

Martin resopló y llegó a la conclusión de que había sido Lisa. Había sido estúpido por su parte creer que la mujer que llevaba toda la vida al servicio de su madre le ocultaría algo. Ya lo había hecho antes. Cuando era un adolescente siempre iba a decirle a su madre en qué líos andaba metido.

—La próxima vez que quieras engañarme, por lo menos dormid en la misma habitación —continuó su madre con dureza.

—Lo siento —acabó diciendo—. No quería decepcionarte. Sé que hace años que me dices que debo rehacer mi vida y…

—Y sigo creyéndolo. Tienes que superar lo de Claire de una vez. Pienso que podrías conseguirlo con ella. Parece buena chica. Y es muy guapa.

—¿Cómo?

—No soy ciega, hijo. He visto cómo la miras. Y cómo te mira ella a ti. Salta a la vista.

—Mamá, no voy a hablar de esto contigo —masculló, avergonzado—. Me voy abajo.

Su madre le dedicó una sonrisa condescendiente y lo vio desaparecer por las escaleras a toda velocidad.

Violeta observó desde el umbral de la puerta cómo el lujoso coche

se alejaba por el camino de tierra principal de *Stonehill Manor*. Helen y Sarah se habían marchado. Aquella visita fugaz le había subido el ánimo y hubiera deseado que se quedaran por más tiempo con ellos. Martin, que estaba en el pasillo, miró hacia la entrada donde se encontraba la chica.

—¿Vas a quedarte ahí parada todo el día? —dijo arqueando una ceja.

—Ah, no —contestó, cerrando la puerta.

—Ven conmigo —ordenó Martin. Violeta lo miró con el ceño fruncido, sin saber adónde pretendía ir, pero lo siguió. Se metió por los eternos pasillos de aquella casa y acabaron en la puerta de la biblioteca de Frank.

—¿Qué hacemos en la biblioteca de tu bisabuelo?

—¿No tienes curiosidad por saber si realmente él era el hombre de ese diario?

—Claro que sí —murmuró—. Aunque creo que con lo que nos contó tu madre…

—Sí, es lo más probable. Quizá entre sus cosas encontremos algún documento que pruebe su verdadera identidad.

Violeta caminó al lado de Martin mientras él recorría la estancia. Se sentía una intrusa allí y no se atrevía a tocar nada. Martin repasó los libros con atención, pero negó con la cabeza.

—No parece que haya nada en las estanterías.

—¿Y en el escritorio? —sugirió Violeta, mirando a la mesa que había frente al retrato de Frank, que parecía observarlos atentamente con aquellos ojos azules. Martin se acercó al escritorio y abrió la cajonera. Resopló. Estaba repleta de papeles. Martin los sacó y los colocó sobre la mesa.

—Siéntate, tenemos para rato —dijo con una mueca, señalándole el sillón. Violeta sintió que estaba invadiendo el espacio de Frank, pero obedeció. Martin se apoyó en el escritorio con una pierna y le pasó parte de aquellos documentos. Violeta levantó la vista y tuvo que desviarla rápidamente. Estaba demasiado guapo aquel día. Se concentró en estudiar los papeles para relajarse un poco. Y pareció surtir efecto. Pasó horas absorta en la correspondencia de Frank. Hablaba con amigos y familiares. Entonces, se topó con una carta en francés.

—¿Qué pasa? —preguntó Martin, viendo que se había quedado

concentrada en aquel papel, con el ceño fruncido.

—Es una carta para… Camille.

—¿Qué? —exclamó, poniéndose a su lado para leerla—. ¿Entonces es realmente él?

31 de mayo de 1965

Querida Camille,

Sé que esta carta nunca llegará a tus manos, pero no puedo parar de pensar en ti ahora que sé que mi vida se apaga. Me gustaría contar el número de veces que he deseado que nuestro final hubiera sido distinto. ¿Qué hubiera pasado si me hubiera fugado de aquella prisión tan solo unas horas antes? ¿Hubiera llegado a tiempo para reunirme contigo? ¿Qué hubiera sido de ti si te hubieras marchado de la granja cuando te lo pidieron? Porque sé que te lo pidieron, Camille, y sé que en vez de marcharte a un lugar seguro, te quedaste junto al campo de batalla. Sé que te quedaste por mí. Pensaste que aquel sería el único modo de volver a vernos. Y ese fue el mayor error de tu vida. Amarme fue lo peor que pudo pasarte. ¿Qué hubiera pasado si yo no hubiera caído herido en tu granja? ¿Y si me hubiera resistido a tus labios? Pero el destino es cruel. Y ya nunca lo sabremos. Lo único que sé es que la imagen de nuestros últimos segundos juntos me persigue cada noche. Y sé que me perseguirá hasta mi último aliento. Cada vez que cierro los ojos veo el granero envuelto en humo. Te juro que entré lo más rápido que pude. Subí las escaleras como si pudiera volar. Y te encontré allí, dormida. Habías inhalado todo el humo de aquella maldita bomba. Te despertaste unos segundos. Me miraste como si estuvieras viendo a un ángel y me sonreíste. La sonrisa más pura que jamás he visto. Y cerraste los ojos. Para

siempre. Intenté reanimarte. Te juro que lo intenté durante horas, pero me habías dejado. Tan solo pude abrazar tu cuerpo. Creí que moriría contigo. Fue el mayor dolor que he sentido nunca, peor que cualquier herida de guerra. Enterré tu cuerpo en el jardín y te cubrí de flores, con la esperanza de hacer de aquel lugar devastado un lugar más bonito para ti, donde pudieras descansar para siempre. Me marché de allí abandonando una parte de mi alma, que se quedó contigo.

Pensé que viviría una vida miserable sin ti. Lo cierto es que logré alcanzar algo parecido a la felicidad. Me casé y formé una familia, pero siempre tuve un vacío en el corazón que nadie pudo llenar. Porque esa parte te la quedaste tú, Camille. Quiero pedirte perdón, por entrar en tu vida y por haber llegado tarde.

Tan solo espero que puedas perdonarme y que cuando abandone este mundo, tu alma venga a buscarme.

Siempre tuyo,

Frank

Violeta sintió una lágrima recorriendo su mejilla. Suspiró y cerró los ojos, intentando calmar la tristeza que la había invadido de repente. Camille había muerto en brazos de Frank por culpa de una bomba de gas. Casi lo habían logrado. Estuvieron a punto de ser felices para siempre, pero la guerra se había interpuesto en su camino.

—¿Estás bien? —preguntó Martin al cabo de unos segundos. Aunque él no estaba llorando, aquella carta también parecía haberle afectado. Estaba algo más pálido de lo normal. Había leído el diario de Camille que le había dado Violeta y sentía que, de algún modo, aquella mujer formaba parte de la historia de su familia. Descubrir que había muerto de una manera tan injusta le apenaba.

—Sí —susurró Violeta.

Violeta se dejó caer sobre el sillón, todavía algo aturdida por lo que habían descubierto aquella mañana sobre el trágico final de Camille. Frida se acercó hasta ella y dio un saltito para subirse en su regazo.

—Vaya, menuda agilidad —dijo orgullosa, acariciando su cabeza—. Parece que este sitio te gusta. Puedes moverte más que en ese diminuto piso, ¿verdad? —murmuró cariñosamente. Aunque le sonreía a su mascota, en aquel momento sintió una oleada de melancolía. Llevaba meses sin pisar su casa. Y aunque tan solo se tratara de un destartalado estudio, al fin y al cabo, era su hogar. Y por primera vez desde que había salido de su cautiverio, sintió ganas de pintar. Suspiró aliviada. Durante días había creído que aquel secuestro habría acabado con su pasión por la pintura. Se alegró de comprobar que no era cierto. Se levantó del sofá y tomó rápidamente una pequeña libreta de encima de la mesa. Se concentró y empezó a trazar el esbozo del que sería su próximo cuadro. Su primer cuadro después de aquel infierno. Se vio tan absorbida por el lápiz que no se percató de que Martin la observaba a cierta distancia, desde la puerta del salón. Sus ojos recorrieron el rostro de Violeta con detenimiento. Se fijó en su ceño fruncido, en su pequeña nariz y en sus labios. Recordó aquel beso y maldijo entre dientes. ¿Por qué no había podido contenerse? Se suponía que era el rey del auto— control. ¿Qué le estaba pasando? Aquella mujer lo estaba volviendo loco.

Frida maulló y Martin agachó la vista para descubrir que la gata estaba arremolinándose entre sus piernas.

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí? —susurró, agachándose hasta el felino—. Si es la gata fugitiva —musitó, recordando cómo Frida se había adentrado en la Zona Roja en busca de su dueña.

Fue entonces cuando Violeta se percató de su presencia. Levantó sus ojos del papel y los posó sobre Martin.

—No te he oído entrar —dijo, algo sorprendida.

—No quería interrumpir —contestó, señalando con la cabeza hacia la libreta que ella todavía sostenía entre las manos.

—Oh, no te preocupes. Ha sido tan solo una idea, necesitaba esbozarla.

—Me alegro de que todo esto no te haya quitado las ganas de pintar.

—Por supuesto que no. Ni siquiera mis padres lo consiguieron, ¿qué te hace pensar que un secuestro y meses de trabajos forzados me harían cambiar de opinión? —repuso, quitándole hierro al asunto, sin admitir que incluso ella había llegado a dudar de sí misma, de su capacidad para superar todo aquello y de volver a pintar.

—¿Te apetece dar un paseo? —preguntó Martin mirando por la ventana. No era para nada un día soleado, pero en Inglaterra nunca lo eran.

—Sí, ¿por qué no? —dijo la chica, levantándose del sofá y poniéndose una gruesa chaqueta.

Martin abrió la puerta que daba a la calle y empezaron a avanzar por el estrecho camino que recorría el enorme jardín de *Stonehill Manor*. Violeta ya había paseado por allí antes, pero Martin tomó un camino distinto al llegar al final y cruzó el prado.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Te voy a llevar a mi lugar favorito de esta casa.

Violeta sonrió y lo siguió hasta que llegaron a un pequeño bosque.

—¿Pero cuántas hectáreas tiene este jardín? —preguntó alucinada—. Si tenéis hasta un bosque.

—Ven —dijo Martin, agarrándola de la mano. Violeta se puso nerviosa al sentir su piel cálida contra la suya y se mordió el labio recordando el beso de la noche anterior. Martin no pareció percatarse del detalle y continuó avanzando entre los árboles.

Llegaron a un claro que daba a las orillas de un lago enorme y maravilloso.

—No me lo creo. ¿Es el lago que se ve desde la ventana de mi habitación?

—El mismo.

—Si no hiciera este frío… —susurró con pena, observando aquellas aguas calmadas que debían ser gloria en los calurosos días de verano.

—Te prometo que te traeré aquí un verano.

Violeta le sonrió de nuevo tímidamente y entonces se armó de valor para preguntarle algo que llevaba dándole vueltas en la cabeza desde que Martin la había sacado de aquel granero, pero no se había atrevido a preguntar.

—Martin, hay algo que…

El hombre la miró con seriedad. Veía en el rostro de Violeta que lo que iba a decirle a continuación era delicado.

—¿Por qué elegiste el Jardín de las delicias?

Martin se quedó unos instantes en silencio y miró hacia el lago, pensativo.

—Era el cuadro favorito de Claire.

Violeta se mordió el labio y desvió la mirada, incómoda. Se preguntó si Martin olvidaría a su antiguo amor algún día. Sentía que no podía competir contra su recuerdo de ningún modo. Martin la miró, analizando su reacción y dijo algo que Violeta nunca se hubiera esperado.

—Quizá haya tardado en darme cuenta, pero… creo que la dejé atrás hace tiempo.

Violeta levantó la vista y se encontró con sus ojos. Sintió que se le aceleraba el corazón y cambió rápidamente de tema, incapaz de mantener aquella tensión.

—Parece que han detenido al director de Laroche Auctions, al padre de Claire —dijo la chica.

Martin se quedó en silencio y acabó asintiendo. Lo había visto en las noticias aquella misma mañana.

—Quizá esta pesadilla por fin haya terminado —añadió Violeta—. El plan de Lavinia ha surtido efecto. Ella no se ha expuesto y la policía lo está investigando todo. —Martin asintió de nuevo, esperando a que formulara la pregunta que sabía que le haría tarde o temprano—. Pero… me pregunto qué pasará… contigo —susurró—. ¿Hay papeles que te comprometan?

Martin le dedicó una sonrisa torcida.

—¿Estás preocupada por mí? —preguntó fingiendo sorpresa—. Pensaba que me odiabas.

—Supongo que ya se me ha pasado el enfado —murmuró con una mueca—. Pero no has respondido a mi pregunta.

—No te voy a mentir, Violeta. Mi nombre está por todos lados. En papeles, en cartas, en *emails*. Me buscarán y me harán muchas preguntas.

—¡Pero te estaban chantajeando!

—Tienes razón, y tengo pruebas para cubrirme, pero no es eso lo que más me preocupa.

Violeta tragó saliva y se apoyó contra un árbol, sabiendo perfectamente a qué se refería. Por mucho que tratara de enterrarlo en su memoria, recordaba perfectamente cómo Martin había matado a un hombre con tal de salvarla. Y temía que le hicieran pagar por ello.

—Fue en defensa propia —murmuró.

—Pero eso sí que no puedo demostrarlo —contestó él con una sonrisa triste.

—Testificaré si hace falta —exclamó.

—Cabe la posibilidad de que no lleguen a saberlo nunca. En el vídeo que publicó Lavinia no mencionaste en ningún momento cómo escapaste. Si tú no se lo dices a la policía, nadie lo sabrá.

—Me llevaré ese secreto a la tumba —susurró, mirándolo a los ojos—. Es lo menos que puedo hacer después de todo lo que has arriesgado por mí. Esta será la última vez que mencione lo que pasó.

Martin asintió y le apartó un mechón de cabello pelirrojo de la cara. Violeta se perdió en sus ojos y sintió que se le aceleraba el corazón. Entonces, notó cómo cientos de gotas empezaban a caer rápidamente del cielo. Martin miró hacia arriba con disgusto.

—¡Maldita primavera! —masculló, tratando inútilmente de cubrirse con la chaqueta—. Será mejor que volvamos —dijo, cogiéndola de nuevo de la mano y tirando de ella en dirección a la casa.

Violeta caminó lo más deprisa que pudo sobre el barrizal en el que se había convertido aquel prado en tan solo unos minutos. Sintió cómo las gotas de lluvia le calaban el abrigo hasta llegar hasta el fino vestido que se había puesto aquel día. Apretó los labios, incómoda al notar cómo la tela se pegaba a su cuerpo.

No tardaron en llegar a la casa, pero aquellos minutos bajo la lluvia fueron suficientes para dejarles completamente empapados.

—Vaya, mira qué desastre —se quejó Violeta cuando se detuvieron en la entradita de la casa, mirando hacia sus piernas llenas de barro—. ¿Dónde está Lisa? Quizá nos pueda traer unas zapatillas y unas toallas para no ensuciar toda la casa.

—No va a poder ser —dijo quitándose el abrigo. Violeta lo imitó y dejó la chaqueta empapada sobre el perchero.

—¿Por qué no? —preguntó extrañada.

—Le he dado el día libre —dijo, mirándola fijamente.

Violeta tragó saliva y se quedó atrapada en aquellos ojos azules que parecían haberse mimetizado con la lluvia. Siguió atentamente el trayecto de una gota que se escurrió desde la mejilla de Martin hasta sus labios. Esos labios que tanta curiosidad le generaban. Bajó la mirada, tratando de serenarse, pero fue peor. Se dio cuenta de que la camisa azul cielo de Martin se había vuelto casi transparente con el agua. No pudo evitar apreciar las formas perfectas de su torso y trató de calmar su respiración, que se había agitado de repente. Volvió a subir la vista avergonzada y se encontró de nuevo con sus ojos. Por el aspecto de su expresión, él parecía estar teniendo la misma lucha interna que ella. Y Violeta se cansó de resistirse. Dio un paso al frente y se abalanzó sobre él, estampándolo contra la pared de la entrada. Martin la miró desconcertado unos instantes, pero Violeta lo besó antes de que ninguno de los dos pudiera pensar. Fue un beso húmedo y casi desesperado. Violeta lo agarró por la nuca y enredó sus dedos en el pelo mojado de Martin, que la apretó con fuerza contra su cuerpo mientras seguía apoyado en la pared. Se separaron un momento para respirar y se quedaron a tan solo unos centímetros el uno del otro.

—Violeta, ¿qué estamos haciendo? —susurró Martin.

—Sht —dijo ella, poniendo un dedo sobre sus labios para que callara. Martin la miró como si se hubiera vuelto loca, pero cerró los ojos cuando sintió de nuevo los suaves labios de Violeta sobre los suyos. En ese momento, supo que había perdido el control de la situación. No tenía sentido reprimir lo que sentía por más tiempo. De repente, la cogió por la cintura y la levantó del suelo. La llevó hasta el sofá del salón. Violeta lo observó sorprendida, nunca le había visto actuar impulsivamente. Martin no pudo evitar recorrer con la mirada las curvas que insinuaba aquel vestido mojado. La chica no pudo aguantar más tiempo separada de él y tiró de él agarrándolo de la mano. Martin se tumbó sobre ella y la besó de nuevo. Esta vez, no fue un beso suave e inocente. La besó con intensidad, como si temiera que fuera a alejarse de él. Violeta lo abrazó con fuerza y el calor se apoderó de ella con tan solo sentir la piel de sus manos recorriendo su cuerpo. Martin le empezó a desabrochar el vestido y, entonces, Violeta se puso tensa. Y recordó

las horribles cicatrices que cubrían su espalda. Nadie más que Susana las había visto y temía la reacción de Martin al verlas.

—¡No! —dijo, un poco más bruscamente de lo que le hubiera gustado. Martin la observó algo desconcertado y se apartó ligeramente de ella.

—Lo siento, ¿he ido demasiado deprisa? —preguntó, separándose un poco de ella.

—No es eso… —murmuró, tomando aire—. Es solo que… —No estaba demasiado segura de cómo contarle aquello—. Durante mi secuestro, intenté escaparme una vez —confesó. Martin frunció el ceño, sin saber muy bien qué quería decirle con aquello, pero imaginó que nada bueno—. Aquel hombre me castigó por ello.

—¿Que te castigó…? —repitió en un susurro.

Violeta le dedicó una mueca y se retiró el vestido de la zona de la espalda, mostrándole las irregulares líneas rosadas que recorrían su piel.

—Dios mío —murmuró al verlo. Violeta fue a cubrirse de nuevo rápidamente, pero Martin detuvo su mano y se acercó a ella lentamente. Y besó cada centímetro de su espalda, con un cuidado y una reverencia que calmaron para siempre los miedos de Violeta.

Aquella noche hicieron el amor sin pensar en nada más que en lo que sentían, olvidando su pasado y sin pensar en su futuro, hasta que se quedaron dormidos el uno en brazos del otro, exhaustos de tanto amarse.

CAPÍTULO 21

Violeta abrió los ojos, molesta por los primeros rayos de luz que entraban a través de las cortinas. Tardó unos segundos en recordar lo que había pasado la noche anterior, hasta que sintió los brazos de Martin a su alrededor. Todavía estaba dormido. Observó su rostro, que parecía tan calmado ahora y lo recorrió con los dedos. Él ni siquiera se movió, parecía que descansaba profundamente. Lo que Violeta no sabía era que aquella era la primera noche que Martin dormía del tirón desde hacía meses, desde su desaparición.

La joven sonrió y se giró. Ahogó un grito al ver a una mujer en medio del salón. Se tapó con la manta que los cubría, como si aquello fuera a defenderla de cualquier mal. Era la mujer que ya había visto una vez en su habitación. Había creído que era un sueño o un fantasma. ¿Por qué había vuelto aquel espíritu de pelo oscuro y ojos claros? Trató de calmar su pulso y tocó el brazo de Martin para despertarle.

—Martin… —susurró, mirando de nuevo hacia el hombre. Martin entreabrió los ojos y la miró unos segundos. Después sonrió, recordando la noche anterior—. Hay una mujer…

—¿Qué? —espetó incorporándose y mirando hacia donde le señalaba Violeta. Frunció el ceño al comprobar que el comedor estaba vacío—. Aquí no hay nadie —contestó arqueando una ceja. Violeta miró de nuevo hacia el centro del salón y comprobó que, efectivamente, ahí no había más que aire.

—Pero estaba aquí, estoy segura.

—¿No estarías soñando?

—¿Otra vez?

—¿Cómo que otra vez?

—No es la primera vez que la veo.

Martin sintió que se le helaba la sangre. ¿Y si…?

—¿Cómo es ella?

—¿La mujer? —preguntó pensativa—. Lo cierto es que no le he podido verla muy bien, pero tiene el pelo muy oscuro. Y sus ojos dan un poco de miedo, tan azules. —Martin empalideció—.

¿Martin? ¿Estás bien? —preguntó la chica al verle tan desconcertado.

—Yo también la veo.

—¿Qué? —exclamó asustada.

—Es Claire —dijo con un hilo de voz.

Violeta tragó saliva.

—¿Qué? ¿Su fantasma? —susurró, sintiéndose estúpida. Los espíritus no existían, aunque se escuchaban historias de todo tipo por internet.

Martin apretó las mandíbulas. ¿Su espíritu atormentado había vuelto para hacerle la vida imposible? Violeta se percató de lo inquieto que estaba y puso su mano sobre la de él.

—No le des más vueltas, tendrá una explicación. Quizá nos hemos sugestionado…

Martin asintió, aunque, muy en el fondo, no encontraba ninguna explicación para aquel fenómeno.

El lujoso baño estaba completamente inundado de vapor. Violeta suspiró y trató de relajarse en el agua cálida de la bañera. Se quedó pensativa un rato. Estaba tan feliz la noche anterior, ¿por qué habían tenido que ver a Claire? Había estropeado aquel momento mágico… Se zambulló en el agua y se enjabonó con calma. Cuando sintió que el agua empezaba a enfriarse, decidió salir. Se envolvió en un albornoz y se cepilló el largo cabello, que le llegaba ya prácticamente por la cintura. Entonces vio tras ella un cabello oscuro. Se giró espantada, pero no tuvo tiempo de gritar. Sintió un fuerte golpe en la cabeza y cayó al suelo. Vio cómo aquella mujer se acercaba a ella, pero todo se volvió borroso y perdió la conciencia, sintiendo un pequeño reguero de sangre recorriendo su sien.

Martin estaba en su despacho, concentrado en algunos papeles. Se preguntaba qué iba a hacer ahora con su vida. Estaba claro que no podía volver a Laroche Auctions. Los periódicos hablaban ya de quiebra y habían detenido a todos los directivos. Tampoco tenía intención de volver a su antigua empresa. No después de lo que le habían hecho a Violeta y de saber todo lo que sabía. Tendría que buscarse un nuevo trabajo después de darle unas cuantas explicaciones a la policía. Quizá por fin había llegado el momento de seguir su vocación y estudiar arqueología.

Sintió que la puerta se abría tras él y se giró, esperando encontrarse con los ojos ambarinos de Violeta. Sin embargo, se encontró con una gélida mirada azul. Se quedó congelado en la silla mientras miraba a Claire a los ojos. Esta vez no le pareció ningún fantasma. Veía demasiado nítidamente su piel blanca y sus labios de color carmín. Llevaba unos tejanos y una camisa negra. Tenía las manos escondidas tras su espalda y se balanceaba juguetonamente. Le sonrió, una sonrisa fría que nunca llegó a sus ojos.

—¿C-Claire? —balbuceó el hombre, incapaz de levantarse de su silla.

—Cuánto tiempo, Martin —dijo con una voz fina que hizo que se le erizaran los cabellos de la nuca.

—¿No es posible…? ¿Estás…?

—¿Te sorprende? ¿De verdad pensaste que me suicidaría? —preguntó burlonamente.

Martin tragó saliva, creyéndose un estúpido. ¿Había tirado por la borda diez años de su vida sintiéndose culpable por algo que nunca había sucedido?

—¿C-cómo… pudiste mentirme así? ¿Por qué? —balbuceó, todavía sin poder creérselo.

—Porque te atreviste a abandonarme. Y tenías que pagar por ello.

—¿Cómo me has encontrado? —logró preguntar después de unos segundos de desconcierto.

Claire se acercó hasta él y se sentó en el escritorio. Martin la miró de nuevo, incapaz de creerse que la tuviera delante. Entonces, la mujer sacó una pistola de detrás de su espalda y acarició el rostro de Martin con el cañón.

—No creerías que iba a quedarme de brazos cruzados después de que hayas arruinado a mi padre —espetó—. Estoy aquí para vengarme, *Darling*. Lo cierto es que has sido un poco predecible escondiéndote aquí —Martin sintió que se le paraba el corazón. Y en aquel momento tan solo pudo pensar en ella.

—¿Dónde está Violeta?

—Oh, ¿la pelirroja? —preguntó con fingido desinterés—. Creo que aún dormirá un ratito más.

Martin se puso en pie bruscamente.

—¿Qué le has hecho? —gruñó.

—Nada todavía, pero no te preocupes, tengo algo muy especial pensado para ella.

Martin apretó los puños, intentando calmarse.

—Como le toques un pelo…

—¿Qué? ¿Qué vas a hacer? —murmuró, bajando sinuosamente el arma que todavía tenía contra su mandíbula hasta su pecho. Martin la siguió mirando con dureza, pero no contestó.

—¿Cómo has podido arruinar mi vida de esta manera? ¿Acaso no tienes sentimientos? Me has visto sufrir durante años por tu muerte.

—No sufrías por amor, tan solo te sentías culpable. Jamás me amaste.

—Sabes que eso no es cierto —soltó Martin, ofendido.

Claire resopló con una sonrisa.

—¿Sabes lo que creo? Que estás intentando ganar tiempo. Deja que te diga algo. Lisa no va a venir hoy, tú mismo le diste el día libre. Y Violeta… bueno, ella no va a poder salvarte ahora.

Martin cerró los ojos, pensando en lo perversa que se había vuelto. ¿O siempre había sido así? ¿Cómo pudo estar tan ciego?

—Violeta no tiene nada que ver en esto, deja que se marche —le pidió.

Claire soltó una maligna carcajada.

—¿Que no tiene nada que ver? Todo esto es por su culpa.

—¿Pero qué dices?

—Si no te hubieras enamorado de ella, mi padre y nuestra empresa seguirían como hasta ahora, pero no. Tenías que estropearlo todo por esa estúpida. ¿Qué tiene de especial? No es para tanto…

Martin soltó una sonrisa irónica.

—No le llegas ni a la suela de los zapatos, Claire —replicó.

—Entonces, será mejor que vayamos a verla. Quizá esta vez pueda apreciar mejor lo que sea que le ves.

Martin se puso tenso, deseando haberse mordido la lengua. No quería implicar a Violeta en todo esto.

—Por favor, Claire, deja que ella…

—¡Cállate! No seas patético —exclamó, molesta—. Vamos, empieza a andar. Iremos a visitarla —le ordenó, moviendo la pistola para que obedeciera. Martin se quedó quieto. No pensaba poner a

Violeta en peligro.

—No.

Claire lo miró exasperada.

—Muy bien, tú lo has querido —soltó, quitándole el seguro al arma.

—¿Qué haces? —preguntó él, con el ceño fruncido.

—Si no te mueves, dispararé.

Martin se quedó mirándola desafiante sin moverse ni un centímetro de su sitio. No llevaría a aquella loca hasta Violeta. Claire apretó las mandíbulas, furiosa y apuntó hacia su hombro. Se escuchó un disparo que retumbó por toda la casa. Martin cayó hacia atrás por culpa del impacto de aquella bala. Gruñó de dolor y se llevó la mano a la herida. Observó la sangre sorprendido. Jamás hubiera pensado que realmente fuera a dispararle.

—Mierda, Claire. ¿Estás loca? —exclamó con la respiración agitada.

—Sí, estoy loca, porque has arruinado mi vida. Te arrebataré todo lo que te importe —gruñó furiosa—. ¡Ahora muévete o mi próxima bala será para la pelirroja!

Martin chasqueó la lengua con fastidio. Llegados a ese punto, no podía hacer más que obedecerla. Salieron del despacho. Martin caminó delante de ella con una mueca de dolor. Aunque no era una herida mortal, el hombro le dolía horrores. Subieron las escaleras hasta la buhardilla, repleta de muebles tapados con mantas y baúles cubiertos de polvo. Se sintió morir cuando vio a Violeta atada a una silla con la cabeza hacia abajo y un hilo de sangre en su sien. Estaba inconsciente.

—¿Qué le has hecho? —dijo con un hilo de voz.

—Ya te lo he dicho, nada. No te preocupes, despertará en un segundo —dijo Claire, acercándose hasta ella. Tomó un cubo de agua que había dejado cuidadosamente preparado junto a Violeta y se lo tiró por encima con rabia. La joven abrió los ojos sobresaltada, cogiendo aire mientras el agua fría recorría su rostro y su cabello. Miró en todas direcciones, desconcertada. Entonces se topó con los ojos de Martin y empalideció al ver su camisa manchada de sangre. Estaba herido.

—Buenos días —dijo Claire con una sonrisa maliciosa. Violeta temblaba ligeramente. Hacía frío allí arriba y aquella agua no había

hecho más que empeorarlo—. Por fin estamos todos.

Violeta miró de nuevo a Martin, como buscando una salida.

—¿Estás… viva? —balbuceó la chica al cabo de unos segundos, dirigiendo su mirada hacia Claire. La mujer la miró con condescendencia.

—Ya lo creo.

—¿Entonces lo fingiste todo? —preguntó horrorizada ante la idea.

—Sí. Necesitaba desaparecer para poder ayudar a mi padre desde la sombra —explicó con una sonrisa de suficiencia—. Sabíamos que Martin tenía un gran potencial, así que se nos ocurrió aquella idea para poder controlarle. Lo conocía lo suficiente como para saber que la culpa no le dejaría vivir en paz.

Violeta la miró con disgusto.

—Eres despreciable —le soltó.

—Vaya, te la has buscado osada —le dijo a Martin, acercándose hasta Violeta con la pistola.

—No te acerques a ella —gruñó.

—Conmigo nunca fuiste tan protector… —murmuró con cinismo, fingiendo estar dolida.

Martin resopló, incapaz de contestar a aquella acusación.

—¿Qué quieres de nosotros? —le preguntó entonces Violeta, harta de aquella situación.

—Oh, lo verás muy pronto —dijo, recorriendo los metros que las separaban. Violeta esperaba que la golpeara, pero, en vez de eso, la liberó de las cuerdas que la apresaban sin dejar de apuntarla con la pistola—. Ponte junto a él —le ordenó. Violeta se levantó como una exhalación y corrió hasta Martin, que la abrazó fugazmente.

—¿Estás bien? —preguntó la chica, mirando hacia su herida. El hombre asintió.

—Estoy convencida de que pensáis que lo que sentís es amor —dijo entonces Claire con voz suave—. Pero voy a demostraros que eso no existe.

Violeta frunció las cejas, observando a aquella malvada mujer con temor. Martin tomó de la mano a la joven, tratando de reconfortarla.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Martin, conociendo la mente maquiavélica de Claire.

—Las reglas son muy simples. Voy a dejaros aquí a los dos solos con una de estas —dijo, sacando otra arma de la parte trasera de su pantalón—. Cerraré la puerta con llave y esta noche solo uno de vosotros podrá salir de aquí dentro con vida. Tendréis que elegir: vuestra vida o la del otro. Olvidaos de intentar ninguna artimaña. Si cuando vuelva a abrir esta puerta estáis los dos vivos, os mataré a los dos.

Violeta tragó saliva. Martin observó a Claire sin poder creer lo que estaba diciendo.

—Jamás pensé que llegarías tan lejos —le dijo clavando sus ojos en ella. Claire lo miró con desprecio y le sonrió.

—Tenéis dos horas —acabó diciendo, dejando el arma sobre la mesa y cerrando la puerta tras ella. Violeta y Martin escucharon cómo cerraba la puerta con llave y se miraron horrorizados.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —murmuró Violeta con un hilo de voz.

Violeta tenía la cabeza apoyada sobre el hombro sano de Martin. Llevaban casi dos horas abrazados, incapaces de separarse o hablar. Estaban en un rincón de aquel desván, sentados en el suelo y apoyados contra una pared que olía ligeramente a carcoma. El hombre miró por la enorme cristalera que cubría la otra mitad de la pared y se mordió el labio al darse cuenta de que era de noche.

—Violeta, ya casi es la hora… —susurró. La joven levantó la vista hacia él, comprendiendo lo que significaba—. No podemos resignarnos…

—No parece que tengamos muchas opciones —murmuró, asumiendo su destino.

—No pienso hacerte daño —dijo Martin con resolución—. Si estás en todo este lío es por mi culpa, por mi pasado. Así que tengo que asumir la responsabilidad —dijo, levantándose del suelo y cogiendo el arma del escritorio. Se acercó hasta Violeta, que lo miraba horrorizada—. ¿Sabes disparar? —le preguntó.

—¿Qué estás diciendo?

—Si alguien tiene que acabar con mi vida, prefiero que seas tú —le dijo, sonriendo dulcemente y agachándose a su lado. Le acarició el rostro con suavidad y observó esos grandes ojos que lo miraban como si hubiera perdido la cabeza. Entonces, puso el arma entre sus dedos.

—No digas eso —balbuceó la joven, incapaz de respirar. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No tienes alternativa, Violeta. Míralo así, yo ya estoy muerto. Tan solo tienes que decidir si quieres morir para nada.

—No… —musitó, rompiendo a llorar—. No puedo matarte, Martin.

El hombre la abrazó con fuerza y cerró los ojos, aspirando su aroma, que aún olía a jabón. La miró largamente y la besó con suavidad en los labios. Cogió de nuevo el arma de sus manos.

—Está bien, no tienes que hacerlo tú.

—¿Qué? —dijo, con los ojos anegados de lágrimas, sin comprender en qué estaba pensando. Hasta que vio que se apuntaba a sí mismo con el arma.

—¡No! Martin, por favor —le suplicó, poniendo su mano sobre la que sostenía la pistola, deteniéndole—. ¿Crees que me va a dejar vivir de todas maneras? —le dijo. Martin resopló. Había pensado en ello, pero no había querido dejar que esos pensamientos se adueñaran de su esperanza—. La crueldad de esa mujer no conoce límites —insistió la joven—. ¿En serio piensas que me dejará vivir siendo testigo de quién es y de lo que ha hecho?

Martin se pasó las manos por la cara.

—Está bien, lo intentaremos de otra manera —concluyó, apartando el arma de su sien. Sabía que Violeta estaba en lo cierto. Claire nunca dejaría un cabo suelto.

—¿Qué sugieres? —preguntó Violeta.

—Cuando se abra esa puerta, dispararé. Si fallo…

—No fallarás —le dijo. Martin no estaba tan seguro. ¿Sería capaz de matar a la mujer a la que había amado durante tanto tiempo?

—Tápate los oídos —le dijo, tratando de pensar en otra cosa—. Voy a disparar al aire, así pensará que uno de los dos…

Violeta asintió e hizo lo que le había pedido. Luego, escuchó aquel trueno retumbar por toda la casa.

Violeta miró a Martin fijamente. Sabía que todo podía salir mal, aquellos quizá fueran los últimos momentos que pasaran juntos. Quizá Claire acabara asesinándolos a los dos. Todo dependía del acierto de Martin en cuanto la maldita puerta se abriera. Violeta creía que no soportaría por más tiempo aquella tensa espera. Y

entonces escucharon la cerradura al otro lado. Ya estaba allí. Claire abrió la puerta y entró en la sala. Violeta tan solo pudo verla durante un instante, con el arma en su mano. Le pareció ver decepción en su mirada. ¿Realmente creía que ella había asesinado a Martin? Entonces, la mujer posó la vista sobre los ojos de Martin, que la miró con odio. No tuvo tiempo de reaccionar. Un disparo rompió aquel instante. Claire gritó cuando la bala alcanzó el brazo con el que sostenía el arma. Sin embargo, antes de soltarla, disparó en la dirección de la que había provenido el ataque. Violeta observó con horror aquel cruce de fuegos. Sintió que se le detenía el corazón cuando vio a Martin caer a su lado. Una de las balas le había alcanzado en la pierna.

Violeta se quedó unos instantes paralizada, mirándolos a ambos, tendidos en el suelo y desarmados. ¿Qué debía hacer? Vio cómo Claire se recuperaba de la sorpresa del disparo de Martin y se disponía a recoger el arma que se le había caído al suelo. Entonces, se abalanzó sobre ella para detenerla. Claire la miró con odio.

—¡Suéltame! —gritó, sacándosela de encima de un fuerte golpe en la cara. Violeta se llevó la mano a la mejilla, pero se volvió a tirar sobre ella en cuanto vio que de nuevo pretendía recoger el arma. Empezaron a forcejear por toda la habitación. Violeta perdió al cuenta de los golpes. Lo único que sabía era que no podía permitir que aquella mujer llegara hasta la pistola. Si no, aquel sería el fin de Martin. Y el suyo. Claire la agarró de la solapa del albornoz con rabia y la estampó contra la pared. Violeta se dio la vuelta con ímpetu, agarrándola también de la chaqueta. Y empujó a Claire con todas sus fuerzas. Sin embargo, no se dio cuenta de que tras ella estaba aquel enorme ventanal. Vio la expresión de Claire pasar de la sorpresa al miedo como si se tratara de una película a cámara lenta. Ni siquiera escuchó el terrible sonido que hizo el cristal al romperse bajo el peso de la mujer. Tan solo podía ver los ojos azules aterrorizados cuando supo que caería al vacío. Después, Claire desapareció de su vista. Y se escuchó un fuerte golpe.

Violeta se quedó paralizada en medio de aquel desván, mirando hacia el ventanal, temblando. Sintió que el pánico se apoderaba de ella. La había matado. Estaba segura. Nadie podría sobrevivir a una caída así. Se acercó lentamente a la ventana para verlo con sus propios ojos. Sin embargo, una mano la detuvo.

—No mires. —Era Martin, que se había acercado a ella como había podido con el hombro y la pierna heridos.

—No… No quería… —balbuceó, incapaz de asumir lo que había sucedido. Martin la abrazó, intentando consolarla, pero Violeta no se sintió mejor.

—Márchate —le ordenó, sosteniendo su rostro entre las manos para obligarla a mirarle a él—. Vuelve a casa y no le cuentes esto a nadie. Yo me encargaré de todo.

EPÍLOGO

Palabras pintadas

Actualidad. Barcelona, España.

Violeta observó por la ventana el distinguido edificio cuando el taxi se detuvo. Apenas podía respirar con aquellos nervios en el estómago. Llevaba un vestido de cóctel negro y unos zapatos de aguja de color blanco. Su larga melena estaba recogida en un refinado moño. Había tenido que vestirse con elegancia, aunque fuera en contra de sus deseos. Aquella era quizá la noche más importante de su vida y tenía que estar a la altura.

—Gracias —le dijo al taxista, pagando la cuenta.

Bajó del vehículo y tomó aire. Podía hacerlo. Por fin había logrado su sueño. ¿Por qué dudaba? ¿Por qué aquella noche tan solo podía pensar en él?

—¡Violeta! —Escuchó una voz familiar a sus espaldas y se giró para descubrir a Lavinia y Bruno acercándose hacia ella, agarrados ligeramente de la mano. Violeta le sonrió a su amiga, que iba vestida con un vestido igual de elegante que el suyo. Bruno llevaba esmoquin. —¿Qué haces aquí afuera? No me digas que llegas tarde al estreno de tu propia exposición —la regañó Lavinia.

—No, es solo que…

—Estabas pensando en él otra vez —dijo. Violeta asintió y Lavinia puso una mano sobre el brazo de su amiga. Sabía que aquel no había sido un año fácil. Violeta había tenido que superar muchas cosas. Después de su fuga con Martin a Inglaterra, había vuelto a casa como una alma en pena. Tardó meses en volver a comer y, aún ahora, un año después, en ocasiones se quedaba mirando al vacío con una pena inmensa.

—Me pregunto dónde estará —musitó. Deseaba tanto que

estuviera allí junto a ella. Llevaba un año sin saber nada de él. Después de su precipitada huida de *Stonehill Manor*, no había podido localizarle. Había cambiado de teléfono y su familia no sabía dónde se encontraba.

—Venga, vamos adentro —dijo Lavinia con una sonrisa tierna.

—Oye, y ¿dónde esta Luna? —preguntó, echando en falta a aquella pequeña que se había vuelto parte fundamental de su vida.

—La hemos dejado con sus abuelos —dijo Bruno con una sonrisa orgullosa. Violeta los miró con esperanza. Al menos, ellos habían conseguido encontrar la felicidad. Quizá ella algún día también lo lograra.

Entraron en el edificio y se sintió abrumada al descubrir a tantas personas en aquella sala, deseando hablar con ella sobre sus pinturas. Les sonrió y respondió a todas y cada una de sus preguntas. Entonces, vio a Alicia en un rincón de la sala. Muy a su pesar, sonrió al ver a su hermana. Todo lo que había sucedido con Laroche Auctions las había unido de algún modo. Desde que se había enterado de su secuestro, su hermana había cambiado su actitud hacia ella. Ya no la trataba con sequedad, sino que, a su manera, intentaba apoyarla. Violeta le sonrió sinceramente. Quizá, después de todo, su hermana no fuera una persona tan horrible y se preocupara realmente por ella.

—Buenas noches, Alicia.

—Violeta —dijo su hermana con una sonrisa—. Felicidades, el espacio es genial. Y los cuadros, por descontado, también.

—Gracias —respondió con una sonrisa triste.

—¿Estás bien? —preguntó al verla un poco abatida. Había esperado encontrarla radiante de felicidad.

—Sí, pero falta él.

—¿Martin? —preguntó arqueando las cejas.

—Sí, ya sé lo que opinas sobre él, pero…

—Quizá no fuera tan malo —la interrumpió con una mueca, recordando todo lo que aquel hombre había hecho por su hermana. Aunque habían hablado bastante de la caída de Laroche Auctions, no solían mencionarle.

—Una vez me dijiste que era peligroso. ¿Por qué? —musitó. Aquellas palabras la habían perseguido desde entonces.

—No lo sé. Llámalo instinto, pero sabía que Martin escondía

algo. Recibía llamadas del director a horas intempestivas y siempre escondía rápidamente los papeles cuando entraba en su despacho, como si ocultara un secreto. Ahora sabemos la verdad, pero en aquel momento me pareció sospechoso.

—Supongo que tenías razón —respondió con melancolía.

—Bueno, no hablemos más de él, que te pones más triste. Creo que ahora que tienes la guardia baja es un buen momento para decirte que no he venido sola.

—Oh, ¿has venido con Carlos? —dijo Violeta, buscando a su cuñado con la vista. Sin embargo, sus ojos se detuvieron sobre una pareja de unos sesenta años, que observaba uno de sus cuadros. Sus padres. Fulminó a Alicia con la mirada—. ¿Los has traído aquí?

—No. Han querido venir ellos —contestó con una sonrisa de suficiencia. Violeta resopló, dudando si debía acercarse o no, pero finalmente, fue hasta ellos. Habían hecho el esfuerzo de ir al estreno de su exposición. Aquella era la primera vez que mostraban interés por su trabajo. Era lo mínimo que podía hacer.

—Buenas noches —dijo, mirándolos seriamente.

—Violeta —dijo su madre—. Sentimos que te debemos una disculpa.

Violeta la observó en silencio, sorprendida. ¿Su altiva madre se estaba disculpando?

—Sé que no sirve de nada ahora, pero deberíamos haberte apoyado desde el principio. Este era tu sueño y…

—Vaya, ahora que vuestra otra hija está en paro ya no sois tan estrictos —soltó. Alicia no había encontrado trabajo todavía después de la quiebra de Laroche Auctions.

—¡Violeta! ¡No seas así! —exclamó Alicia, dándole un golpe en el brazo. Violeta se echó a reír, divirtiéndose con la cara de circunstancias de sus padres, a pesar de que estaban más que acostumbrados a sus salidas de tono.

—No importa —dijo finalmente—. Lo importante es que estéis aquí.

Un par de horas después, cuando encontró un momento libre, Violeta cogió una copa de cava de una de las bandejas y se acercó al cuadro principal de su exposición, *Palabras Pintadas*. No se cansaría nunca de mirarlo. En el centro del lienzo había una pareja.

Un soldado alemán y una joven francesa que sostenía un pequeño diario bajo su brazo se miraban con devoción y una sonrisa en los labios, completamente ajenos a la destrucción que se observaba tras ellos. Había un granero ardiendo y bombas y aviones de guerra surcando los cielos. Sin embargo, ellos estaban juntos, y nada más importaba. Por lo menos, podrían ser felices para siempre en aquella pintura, se decía cada vez que la miraba. Aquel había sido su particular homenaje a Frank y a Camille. El primer cuadro que había pintado después de toda aquella pesadilla. Y todavía no podía creer que aquella pintura que escondía tanto sufrimiento, hubiera sido la que la hubiera hecho saltar a la fama.

—Les hubiera encantado —dijo una voz ronca a sus espaldas. Sintió que se le detenía el corazón al reconocer aquel inconfundible acento inglés. Se volvió y se quedó mirando fijamente a aquellos ojos azules durante un instante que pudo ser eterno.

—Estás aquí… —murmuró, tratando de contener las lágrimas.

Martin se acercó hasta ella y le acarició la mejilla con suavidad, mirándola como si la viera por primera vez.

—No sabes cómo te he echado de menos —susurró él.

Violeta empezó a llorar y a reír a la vez. Martin la atrajo hacia él y la abrazó, sin importarle las miradas curiosas de los asistentes a la exposición. Tampoco le importó la presencia de los padres de Violeta. Ni cómo Alicia los observaba boquiabierta.

—¿Por qué has tardado tanto? —murmuró Violeta sin soltarlo. Se separó ligeramente de él y lo miró a los ojos.

—Tenía que desaparecer un tiempo y aclarar las cosas con la policía. No podía volver a ti hasta asegurarme de dejar todo mi pasado atrás —explicó en un susurro.

—¿Y lo has hecho?

—Por completo —le contestó, clavando sus ojos en ella. Y la besó largamente. Cuando se separaron, Violeta lo miró con la respiración todavía agitada.

—¿No vas a volver a marcharte?

—Nunca —susurró, acariciando sus labios.

—¿No habrá más secretos?

—Ni uno más.

Violeta sonrió y lo besó de nuevo, sabiendo que esta vez él se quedaría a su lado para siempre.

FIN

AMANDA CLARK Licenciada en Publicidad por la Universidad Autónoma de Barcelona. Completó sus estudios con cursos en guion cinematográfico, escritura creativa e ilustración. En 2016 publicó la primera parte de su trilogía *Tiempo y Destino* (*Las aguas del destino*), de manera independiente, a la que siguieron las respectivas segunda y tercera parte (*La piedra del tiempo* y *Prisionera del futuro*).